



Kiss Me

THE KISS OF DEATH SERIES 2

LP LOVELL



The Kiss of Death Series

#2

Kiss Me



Kiss Me

Esta traducción fue hecha sin fines de lucro

Para todas las que disfrutamos de una buena lectura. Si el libro llega a tu país, apoya al autor comprándolo.

Por favor, no subas capturas de este PDF a las redes sociales o etiquetas al autor, no vayas a sus grupos y comentarios que leíste su libro, si no hay traducción oficial del mismo.

Recuerda que muchos blogs, foros y páginas de traducción dedican su tiempo y esfuerzo para que disfrutes los libros que no están en nuestro idioma. Seamos cuidadosos para seguir disfrutando de las lecturas que ofrecen los grupos de traducción independiente.



Kiss Me

Créditos:

Traducción

Lady Red Rose

Let me Sleep

Alyce

Corrección:

Alyce

Fassy MC

Diseño :

Fassy MC

Revisión final:

Gretel

Kaju



Kiss Me

Índice

<i>Sinopsis</i>	7
<i>Prologo</i>	8
1. <i>UNA</i>	11
2. <i>Nero</i>	18
4. <i>UNA</i>	29
5. <i>UNA</i>	33
6. <i>NERO</i>	37
7. <i>UNA</i>	43
8. <i>NERO</i>	51
9. <i>UNA</i>	55
10. <i>NERO</i>	57
11. <i>UNA</i>	62
12. <i>NERO</i>	67
13. <i>UNA</i>	70
14. <i>NERO</i>	76
15. <i>UNA</i>	85
16. <i>NERO</i>	100
17. <i>UNA</i>	108
18. <i>NERO</i>	118
19. <i>UNA</i>	123
20. <i>NERO</i>	128
21. <i>UNA</i>	133
22. <i>NERO</i>	154
23. <i>NERO</i>	158
24. <i>NERO</i>	160
26. <i>NERO</i>	172
27. <i>UNA</i>	175
28. <i>UNA</i>	179
29. <i>UNA</i>	181
30. <i>NERO</i>	186
31. <i>UNA</i>	191
32. <i>UNA</i>	196
33. <i>NERO</i>	199



34. *UNA* 203

Epílogo 206



Kiss Me

Sinopsis

Una

Estoy huyendo.

Tengo demasiados enemigos contra los que no puedo luchar sola, y un precio de cinco millones de dólares por mi cabeza, todo porque ayudé a Nero. El cazador se ha convertido en la presa a cazar, y ahora tengo una vida que proteger: un bebé inocente. Y eso de repente se siente como la misión más importante que he tenido. Nunca he estado tan interesada en sobrevivir, así que dejare que vengan tras de mi y los mataré a todos.

Nero

Tenía un plan y fue perfecto.

Ella era mi reina, mi arma definitiva. Ella jugó su parte y me ayudó a traer el poder que buscaba por encima de todo, pero ¿a qué costo? Ahora ella es todo lo que quiero, todo lo que necesito. Una es mía. Mataré a cualquiera que se interponga entre nosotros y reduciré el mundo en cenizas solo para mantenerla a salvo.

Una guerra pendiente. Una prueba de supervivencia. Una asociación que vería a sus enemigos temblar a su paso.

Un rey despiadado. Una reina salvaje.

¿Mátame o bésame?



Kiss Me

Prologo

Me arde el pecho. El corazón golpea contra mis costillas mientras estoy de pie en medio de la sala de estar, temblando por la adrenalina. Agarro el cuchillo en mi mano tan fuerte que mis dedos duelen. Tomando una respiración constante, me obligo a relajarme.

Algo toca mi pie y miro hacia abajo, al charco de sangre que se extiende por el suelo de madera. Se arrastra alrededor de mi pie como un río que se divide alrededor de una roca. La sangre se extiende, saliendo a borbotones de la arteria cortada del desconocido a sólo unos metros de distancia. Me quedo aquí. Una isla en un mar de muerte y caos. La sangre salpica las paredes, rociando los muebles y manchando todo de una manera que nunca se podrá limpiar. Cierro los ojos e inhalo el olor metálico de la sangre mientras se mezcla con el persistente olor a pólvora.

Ese olor es como el crack para mí. Me recuerda que soy la muerte misma. Cinco cuerpos. Cinco hombres enviados aquí con el único propósito de matarme. He estado corriendo durante seis semanas y en ese tiempo, he sido perseguida sin piedad. Aunque, no esperaría nada menos. Cinco millones de dólares es una cantidad tentadora de dinero, y actualmente es el precio de mi cabeza.

Sólo un amigo me queda en este mundo. Una persona en la que puedo confiar. Sasha. Él me ayuda a ir un paso adelante, llamando a sus contactos para que puedan avisarme cuando vienen. Pero ese trabajo se está volviendo cada vez más difícil porque tengo enemigos que se acercan a mí de todas las direcciones. Sasha confirmó en las últimas dos semanas que es de hecho Arnaldo Boticelli quien dio el golpe, tal como Nero sospechaba. Así que ahora tengo al jefe italiano fuera esperando mi sangre.

Nicholai también me está buscando porque desafié su orden de regresar a Moscú, y luego, por supuesto, esta Nero. Debería haber sabido que no me dejaría marchar sin más, que no se contentaría con mi simple promesa de volver a él. Hace dos semanas apareció aquí, pero en el apartamento en el piso de abajo que registré bajo uno de mis alias conocidos. Este, lo alquilo en efectivo. Sin nombre.

¿Por qué alquilar otro apartamento bajo un nombre que sé que ellos van a encontrar? ¿Por qué traerlos aquí? Porque soy Una Ivanov, y aunque pueda estar corriendo por ahora, no me escondo. Sí. Si me quieren, pueden venir. Estoy lista para ellos, y mataré hasta el último de los



hombres de Arnaldo si tengo que hacerlo. Pero hace una semana, no fueron los hombres de Arnaldo los que aparecieron. Fue...Nero.

El apartamento de abajo está equipado con alarmas y sensores. En el momento en que alguien ponga un pie dentro de ese lugar, yo lo sabré. La alarma se disparó, así que me fui y fui a mi lugar al otro lado de la calle: una escalera de incendios protegida en la sombra de un callejón oscuro. Desde allí tengo un claro punto de vista del apartamento, y es allí donde vi a Nero. A través de mi rifle apuntaba y podía ver el duro gesto de su mandíbula, la tensión detrás de sus ojos. De todas las personas que me cazan, Nero Verdi puede ser al que más temo.

Puedes matar a los enemigos. Incluso puedes luchar contra ti mismo, pero no puedes luchar contra el destino. Tú no puedes matar a la única persona por la que sientes algo, porque así como de despiadado y violento es Nero, somos dos mitades de un entero, irremediabilmente atraídos por la oscuridad del otro.

Una vez me dijo que puedo correr, que puedo poner a la mitad del mundo entre nosotros, pero siempre seré suya. Soy suya, y él es el padre de mi hijo. Y ahora está aquí, en Londres, que hace que esto sea más peligroso que nunca. No puede saber sobre el embarazo. Es una criatura impredecible en el mejor de los casos, pero esto, no puedo ni imaginarme cómo sería su reacción. Necesito tiempo. Seis meses más para ser exactos. Y luego volveré, como dije que lo haría.

Tiene a mi hermana después de todo.

Parpadeo y miro hacia mi estómago no tan plano. Tengo que irme. Me tomaron por sorpresa esta vez, se colaron aquí en medio de la noche. Las alarmas de abajo no reconocieron algo extraño. Me encontraron aquí, en mi verdadero apartamento. No puedo conseguir deshacerme de estos cuerpos sin llamar a alguien para que me ayude, por que la ayuda llevará a mis enemigos a mí como los tiburones a una nueva matanza. Recojo el teléfono desechable que he estado usando y envió un mensaje a Sasha. Necesito una limpieza en el apartamento para cinco.

Se está oscureciendo.

Me doy una ducha rápida. El agua corre de color carmesí mientras me lavo las capas de sangre de la piel. Salgo y limpio la condensación en el espejo y miro el reflejo. Apenas me reconozco a mí misma y eso es bueno. Mi anterior pelo rubio es ahora marrón chocolate, aunque el tinte se está desvaneciendo en algunos lugares. Encuentro una curita y la coloco sobre



Kiss Me

la herida sangrante en mi mejilla. Mi mandíbula está estropeada por una marca roja y mi garganta ya se está poniendo morada por el cinturón con el que trataron de asfixiarme. Esto es Inglaterra. Los tiroteos son frecuentes. Por suerte para mí. Es mucho más fácil sacar cinco chicos cuando no pueden dispararte. Me pongo un par de vaqueros y una sudadera con capucha suelta, y luego me voy con sólo una bolsa. Tengo dinero en efectivo. Mi cuchillo. Varios pasaportes falsos y una computadora portátil. Eso es todo. Camino por las calles oscuras hasta el Subte de Londres y me dirijo a la estación Victoria. Desde allí compraré un billete con dinero en efectivo y saldré de aquí. Tal vez iré a Irlanda, o incluso a París, ¿quién sabe? Y cuanto menos sepa, más difícil es para cualquiera seguirme. La clave es correr y no tener un plan, ser espontánea, y lo que es más importante, no llamar la atención.

Ni siquiera yo sé lo que voy a hacer a continuación, y tampoco que va a hacer Arnaldo.



Kiss Me

1. UNA

Le entregué al tipo detrás del escritorio una licencia de conducir falsa bajo el nombre de Sarah Jacobs. Le echa un vistazo y la pone en la fotocopidora antes de devolvérmela junto con una llave.

—N24—, dice, su tono es aburrido.

—Gracias—. Tiro de mi bolsa más arriba en mi hombro antes de tomar el ascensor para bajar al estacionamiento. El N24 es un Mercedes negro de aspecto elegante. Dejo mi bolso dentro, antes de subir y arrancar el motor. No tengo tiempo para perder.

Salgo del aeropuerto JFK y me dirijo al puente de Brooklyn. Necesito suministros, armas, municiones, explosivos, chaleco antibalas. Debaté desaparecer en Europa, pero no pude soportar la idea de huir de ese débil italiano de mierda. Nero y Nicholai me asustan infinitamente más, pero Arnaldo no es nadie y me estoy aburriendo de matar a sus hombres por él.

Estoy a punto de entrar voluntariamente en la guarida del león para poder matar al macho de la manada y cortar su maldita cabeza.

He entrado en la casa de Arnaldo varias veces antes y conozco la mayoría de las entradas. Cada escondite y rincón libre de cámaras. Al acercarme a la puerta principal a pie, me levanto la capucha más alto, manteniendo mi cabeza sumergida y mi cara en la sombra. En el momento en que deslizo mis manos dentro de mis bolsillos, envuelvo mis dedos alrededor de las dos granadas, sacándolas y deslizando las trabas. Me apoyo en una rodilla y las hago rodar hacia la puerta en un movimiento suave. El metal se mueve sobre el asfalto, el sonido es un preludio tan inocente de la carnicería que se avecina. Doy vueltas y me encorvo hacia adelante cuando explotan. El calor golpea mi espalda y pedazos de escombros pasan volando sobre mí. Hay un crujido de metal seguido de un fuerte golpe cuando la puerta se desencaja de la bisagra. Me paro y corro al bosque al lado derecho de la puerta de enlace antes de que los últimos restos de desechos se hayan asentado. Dos guardias se tambalean fuera de la pequeña cabaña junto a la puerta y cada uno recibe una bala en la cabeza. Meto mi pistola en la funda de mi muslo y me agacho en el bosque, siguiendo el muro perimetral hasta la parte trasera de la propiedad.



La parte trasera de la casa está iluminada como el cuatro de julio, lo cual no es ideal, pero el beneficio es que está ligeramente custodiado. Sin embargo, hay un guardia armado con un rifle generalmente en el techo. Creo que la explosión en la puerta será suficiente para distraer a la seguridad terrestre, pero se supone que es la muerte. Yo me subo a la pared ancha y me detengo un segundo antes de tirarme al otro lado. Mis pies golpearon la cubierta de rocío en la hierba con un suave susurro, y me quedo en la sombra de la pared. No puedo ver ningún movimiento en el techo, pero eso no significa nada. La piscina está delante de mí, arrojando una luz azul luminiscente a través del césped. Palmeando mi arma, me alejo de la pared y corro por el césped al arbusto más cercano, agachándome detrás de él. Mi corazón late rápidamente en mi pecho mientras la adrenalina inunda mis venas. Aprieto los ojos, los cierro por un momento y luego paso al siguiente árbol perfectamente recortado. Estoy reteniendo el aliento cuando una bala me atraviesa el pecho, o quizás sea un tiro en la cabeza y no sabré que fue. Dudé por un segundo, rozando con la palma sobre mi estómago. Si muero aquí ahora, entonces también lo hace mi bebé, y esa es una vida que no estoy dispuesta a sacrificar. Esto se siente como lo único que importa, quizás lo único que haré que valga la pena en mi vida. El problema es que estoy acorralada en una esquina sin salida segura. No puedo traer este niño al mundo con Arnaldo en mi camino porque si yo muero, entonces todo esto no tuvo sentido. ¿Qué sucederá en un par de meses cuando el embarazo me dificulte el movimiento, cuando no pueda defenderme adecuadamente? No, debo hacerlo. Es la última oportunidad que voy a tener. Soy Una Ivanov. Sobreviviré, y luego desapareceré como un fantasma en la noche, tendré este bebé, y volveré a hacer lo que hago mejor. Matar. El niño puede tener una familia cariñosa, una oportunidad de vida normal. Es lo mejor que tengo para ofrecerle.

Con una nueva resolución, Corro los últimos metros hacia la casa, presionando mi espalda contra la pared. La parte trasera de la casa no tiene muchas cámaras. Honestamente, Arnie debería realmente aumentar su seguridad. Deslizo la mochila sobre mis hombros y voy para adentro, sacando unos cuantos bloques de C4¹. Los coloco al lado de las puertas francesas y luego respiro hondo antes de lanzarme frente al cristal al otro lado. Un alambre delgado abarca la ventana hasta los dos bloques que ahora pongo contra la pared opuesta. ¿Impetuoso?

¹C4: Explosivo plástico



Tal vez. Pero el hecho es que Arnaldo tiene un ejército, y quiero atraerlos. No puedo llegar a él si está protegido. Podría haberle pedido ayuda a Sasha, si él hackeó el sistema de seguridad, y apago las cámaras. Probablemente podría haber matado a Arnaldo sin mi presencia y nunca se hubiera notado, pero no se trata de eso. Quiero que se siente en su oficina y vea cómo su preciosa casa vuela en pedazos. Quiero que sea testigo de la muerte de sus hombres, uno tras otro, hasta que se dé cuenta de que estoy viniendo por él y no quede nadie que lo proteja. No hay ningún lugar a donde correr. Esto es más que sólo matarlo. Este es un mensaje: nadie busca la muerte. No es el primero que me subestima. Por supuesto, no esperará que yo venga hasta aquí. Incluso si no fuera físicamente suicida, políticamente, es un terreno poco seguro. Los italianos podrían verlo como algo justo. Él vino detrás de mí, así que fui por él. O, podrían hacerme su enemigo número uno, en cuyo caso, toda la mafia italiana estaría detrás de mí. Pero tengo el respaldo de los rusos... creo.

Y estaría mintiendo si dijera que no tengo una fe antinatural en Nero. Joder si sé por qué. Es un capo de la misma mafia, pero también es un chico malo. Un comodín, y, en sus propias palabras, soy suya. Honestamente, él es probable que me dispare, no es como si estuviera de mi lado, pero una chica puede tener esperanzas. Y vamos a ser honestos, tengo un as bajo la manga, o debería decir, en mi útero.

Me muevo por la esquina del edificio y tomo el teléfono de mi bolsillo. Presiono el número uno durante tres segundos y luego todo parece ingrátido. Estoy bien lejos del alcance de la explosión, pero el calor me envuelve, tirándome de nuevo al césped. Me pongo de pie y saco ambas pistolas de las fundas de mis muslos mientras corro hacia la parte de atrás de la casa de Arnaldo. Trozos de escombros se derrumban del hueco que ha quedado en la pared trasera. A través de ella puedo ver el primer piso y la ahora cocina ardiendo más allá en la planta baja. La mitad de la pared está esparcida por el césped, trozos de puerta en llamas haciendo que parezca más una zona de guerra que una mansión de los Hamptons. Me quedo cerca del edificio, usando las llamas, el humo y el polvo para cubrirme. Cualquiera que venga de los jardines tendrá dificultades para verme. Cualquiera en el interior... bueno, no pueden disparar a través de la pared a mi espalda. Disparo a cualquier cosa que se mueva, sólo para distinguir las sombras a través de la barrera de humo. Apunto, disparo. Apunto, disparo. Recargo. Y así sigue, hasta que los cuerpos se amontonan tan rápido como los casquillos de bala y finalmente un espeluznante



silencio impregna el aire a mi alrededor. El único sonido es el constante crepitar del fuego, respaldado por el ocasional desmoronamiento del edificio.

Espero un poco antes de soltar las trabas de ambas pistolas y volver a cargarlas. Salto sobre la pila de ladrillos y a través de lo que solían ser las puertas francesas, me deslizo por la cocina. Mis músculos me duelen por la tensión mientras me muevo por el pasillo. La casa está demasiado tranquila. Esto se siente demasiado fácil. Sé que mis pies apenas se escuchan sobre el suelo de baldosas, pero para mis oídos suena dolorosamente fuerte. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, mi pulso golpeando contra mis tímpanos en un ritmo burlón.

Hago una pausa cuando escucho el más mínimo movimiento de la puerta oscura delante de mí. Es suficiente. Me dejo caer por el piso en un abrir y cerrar de ojos y disparo dos veces. Escucho un grito de dolor, pero apenas registro el resultado, cuando pasos retumban sobre el suelo a unos metros de mí. Apenas me pongo de pie, antes de que tenga un arma en la cara.

Agarro la muñeca del hombre, empujando su mano hacia un lado mientras coloco mi arma en su estómago y aprieto el gatillo. Su arma se dispara dos veces antes que su brazo caiga flojo. No está muerto, pero hace que el cuerpo sea un buen escudo. Él se desploma contra mí y yo tomo su peso, deslizándole mis brazos bajo los suyos y disparando a cuatro tipos que están viniendo hacia mí. Las balas golpean a mi amigo aquí y él gruñe antes de que se quede completamente inerte. Me tambaleo bajo su cuerpo muerto y luego escucho el tintineo de un alfiler de granada.

Joder. Algo golpea mi bota y arrojo el cuerpo sobre la parte superior de la granada antes de correr hacia la puerta más cercana. No lo logro. Una mano sale volando, dándome un puñetazo en la garganta, así que estoy bastante segura de que acaba de colapsar mi esófago. La granada explota lo suficientemente fuerte como para hacer que mis oídos duelan. Algo húmedo golpea mi cara y parpadeo, arrastrándome hacia el suelo y jadeando por aire hasta que mi visión es borrosa. Veo un par de botas en mi línea de visión y me fuerzo a mí misma a concentrarme, a calmarme. Dejo caer la pequeña cuchilla en mi muñeca y la palmo visiblemente.

—Beso de la muerte, mi culo—. La voz fuertemente acentuada se burla. Me las arreglo para llevar una pequeña cantidad de aire a mis pulmones y me muevo. Mi mano destella y arrastro la cuchilla detrás de su tobillo, seccionando su tendón de Aquiles. Cae duro, su pierna cediendo debajo



de él. —Maldita perra—, maldice. Me arrastro por el suelo hasta que estoy medio encima de él. Sus manos van a mi garganta, y aprieta sus dientes, sus ojos enfocados en los míos mientras me agarra el cuello con fuerza. Yo manejo una pequeña sonrisa antes de meter la pequeña cuchilla en el costado de su cuello y luego tiro de él hacia mí. Su yugular se abre como un grifo y rocío de sangre el suelo de baldosas. Su agarre en mi cuello se afloja mientras apoya la palma de la mano en su propia garganta. Pero ninguna cantidad de presión le ayudará ahora. Está muerto. Me pongo de pie, pongo las manos en las rodillas, aún incapaz de respirar profundo. Deslizo la cuchilla nuevamente dentro del manguito y tomo mis pistolas del piso. La oficina de Arnaldo está al otro lado de la casa, y quién sabe cuántos soldados hay entre él y yo.

Me sorprende cuando sólo me encuentro con un puñado de tipos más.

Supongo que Arnaldo se está quedando sin soldados, ya que voy matando a los que me envía. La mafia no es nada sino arrogante, sentados aquí en sus mansiones, pensando que nadie se atrevería a atacarlo. Los pocos hombres que le quedan caen fácilmente y pronto me encuentro de pie fuera de la oficina de Arnaldo. En el momento en que abra esas puertas; van a llover balas. No se habría dejado a sí mismo completamente indefenso. Siempre tiene al menos dos hombres con él, y dada la situación, esperaría más. Miro a la pequeña cámara que está justo encima de la puerta. Sé que puede verme. Estrechando mis ojos, tomo dos granadas más de mi mochila y las levante a mi cara, poniendo mis labios contra el metal frío mientras miro fijamente a la cámara. Dejo una marca roja de lápiz labial sobre los restos de metal. Mi tarjeta de visita. Sonriendo, dejo caer las granadas, haciéndolas rodar hacia las puertas. Me doy la vuelta, agachándome detrás de uno de los gruesos pilares de mármol que adornan un pasillo horriblemente ostentoso. En el momento en que detonan, me estoy moviendo hacia la destrozada puerta de la oficina, con las armas desenfundadas y disparando. Una bala me atraviesa el muslo y aprieto los dientes, agachándome junto a la puerta.

Miro hacia abajo, maldigo en voz baja, veo la sangre corriendo por mi pierna, empapando mis pantalones. —Vamos, Arnie. Esa no es forma de tratar a tus invitados—, digo.

—Eres un enemigo a las puertas, Baccio Della Morte. Puedes ser venerada como una asesina, pero morirás como una perra—.

Me río. —Tal vez, pero estoy segura que joderé tu mierda al salir—. Me alejo de la puerta, cojeando a medida que me voy.



—Ladrillos y mortero...— Empiezo a correr, me pincha el dolor en mi pierna. Cuando estoy a un par de pies de distancia de la puerta, me pongo de rodillas. La sangre que sale de mi pierna me ayuda a deslizarme por el suelo de mármol. Hago dos disparos, antes de detenerme al otro lado de la puerta. Un segundo después oigo el ruido sordo de los cuerpos golpeando el piso. Dos. Dos cuerpos. No sé cuántos hay, aunque podrían estar escondiéndose detrás de los mismos muros en los que ahora me refugio.

—¿Eran ladrillos y mortero?— Pregunto a través de mis dientes. Apoyando mi espalda contra la pared, me pongo en cuclillas, presionando mi palma contra el agujero de mi pierna. Alcanzo por debajo de mi sudadera con capucha y agarro el fondo de mi camiseta, rasgando una gruesa tira del material. Lo ato justo encima de la herida tan apretada como pueda conseguirlo. Cerrando los ojos, apoyo la cabeza contra la pared y respiro profundamente. Sé que estoy fuera, pero libero el clip de cada arma, revisándolas, por si acaso he contado mal. No lo he hecho. Joder. Tomo una pistola del suelo, manteniendo el control de la otra. Puede que esté vacía, pero él no lo sabe. Me quito la daga de la funda del muslo. Entro en la oficina sin dudarlo, porque la percepción lo es todo. He visto a Nero entrar en una habitación llena de hombres armados y los pone completamente nerviosos simplemente porque es tan seguro, tan completamente en control de todo a su alrededor. Intento canalizar su sentido del poder. Arnaldo se sienta detrás de su escritorio, aparentemente solo además de los dos guardias muertos a cada lado de su escritorio. Con una mueca, levanta su arma y yo disparo la mía. Se fija en el reloj. Lo dejó tan aturdido que cruzo el espacio de su escritorio y clavo mi cuchillo en su muñeca, clavándola en la madera. Grita como la pequeña zorra que es, sus dedos se aflojan alrededor de su arma, sus nervios están cortados. Cojo el arma y él me mira, su expresión enmascara el dolor, el sudor salpica su frente. Me deslizo en el escritorio frente a él y agarro un puñado de su pelo canoso.

—Viniste detrás de mí, Arnie—, lo sé.

—Te aliaste con él. — Escupe las palabras. La sangre se extiende sobre el escritorio, goteando sobre el borde de la madera y goteando el suelo en un patrón constante.

Me encogí de hombros. —Me vendo al mejor postor. Pagó más. — Me pagó con algo que el dinero no puede comprar. Mi hermana.



—Vas a morir. Tu dulce padre ruso no puede ayudarte esta vez,— gruñe, envolviendo sus dedos alrededor de la empuñadura de mi cuchillo. Estoy impresionada cuando lo saca de su brazo y se lanza hacia mí descuidadamente. Agarro su muñeca y empujo mi palma hacia el centro de su antebrazo, sonriendo cuando escucho el crujido satisfactorio de su hueso seguido de un agónico grito de dolor. El cuchillo cae en el escritorio y agarra su brazo que ahora está doblado en un ángulo extraño. Los hombres como Arnaldo no son para ser tomados a la ligera, pero el hecho es que son jugadores de poder, hombres que se sientan detrás de los escritorios llamando a los tiros y no se suicidan. Cuando la ocasión lo requiere, ellos aprietan el gatillo. No es rival para mí y lo sabe. Veo la derrota en sus ojos. La resolución. Agarrando un puñado de su pelo, le tiro la cabeza hacia atrás y le obligo a mirarme. Sonrío, levantando mi cuchillo a su garganta. Y luego lo miro justo a los ojos mientras arrastro mi daga a través de su garganta. Sus ojos se agrandan y un gorgoteo de asfixia se desliza por sus labios. La sangre se derrama, brotando por su cuerpo como una cascada. Le agarro la barbilla y sus ojos que se desvanecen se encuentran con los míos. —Yo no necesito ayuda. Soy el beso de la muerte—. Presiono mis labios contra los suyos y cuando me alejo, ese último aliento inútil deja su cuerpo en un silbido. Normalmente siento una pequeña emoción cuando mato a un objetivo, esta vez, realmente no siento nada. Arnaldo no era una marca. No era un cheque de pago. No era el enemigo sin rostro de un cliente. Se hizo mi enemigo. Esto era personal. Esto es lo que pasa cuando buscas a la muerte. Ella viene por ti. Y ahora, me voy. Acabo de matar al subjefe de la mafia italiana, y hay consecuencias para eso. Incluso la muerte debe saber cuándo correr.



Kiss Me

2. Nero

Furia. Es mi compañera constante, que me lleva al borde de la cordura cada día que pasa. Y Una Ivanov es la maldita causa. Sé que puede cuidarse a sí misma y que no necesita mi protección, pero el precio de su cabeza es alto. Lo suficientemente alto como para igualar las probabilidades en su contra dramáticamente. Estoy fuera de la escena porque Arnaldo ha decidido que ella es una traidora. Él sabe que yo estaba trabajando con ella, aunque, por supuesto, no puede probarlo. Sólo tengo que esperar mi tiempo en lo que a él concierne. Si sé algo sobre Una, cuanto más la arrinconas, peor lo hace para sí mismo. Parece que ha olvidado con quién está tratando, y si ella no se lo recuerda, Nicholai Ivanov lo hará. El ruso loco no se lo tomará bien cuando se entere de que su mascota favorita está siendo cazada como un perro.

Nada está saliendo como lo planeé. De ningún modo. Porque nunca tuve en cuenta la posibilidad de que me importara una mierda Una. Se suponía que era un peón y en su lugar, se convirtió en mi reina. Mi pequeña reina viciosa, hasta que huyó de mí. Desde la primera vez que la vi, la he querido, incluso la he anhelado, pero esto es diferente. ¿Qué es lo que dice? ¿No sabes lo que tienes hasta que se ha ido? Bueno, no podría haber predicho cuánto se había metido bajo mi piel hasta que se fue. Debería dejarla ir. Es una debilidad que no necesito. Sin mencionar la cantidad de tensión que emana, pero cada vez que pienso en alejarme, en la posibilidad de que la maten, o peor, de sobrevivir, seguir adelante, follarme a alguien más... no puedo. Ella no puede. Ella es mía y nadie más la toca excepto yo.

—Nero—, me doy la vuelta desde mi lugar en la ventana y me enfrento a Gio que está en la puerta de mi oficina temporal en el apartamento de Londres.

—¿La has encontrado?— pregunto.

Frunciendo el ceño, dobla los brazos sobre el pecho. —No exactamente—. Parece algo salido de una película de terror. Cinco cuerpos y lo que parece ser la sangre de diez. Las alfombras. Las paredes. El sofá, todo es de color carmesí. Me muevo por el apartamento, mis ojos mirando las pocas posesiones que Una dejó atrás. No hay nada personal, nada que la delate como si hubiera estado aquí, excepto el baño de sangre en la sala de estar. El baño de la suite tiene un par de botellas de champú, una maquinilla de afeitar, cojo el champú y abro la tapa, inhalando. Vainilla. El olor me



recuerda instantáneamente a ella, aunque le falta el aceite para armas que siempre parece adherirse a ella. Salgo del baño y hago una pausa en la puerta del dormitorio, mirando al hombre muerto que está desparramado al azar dentro de la habitación. La empuñadura de un cuchillo sobresale de su frente, enterrada tan profundamente que apenas hay sangre. Me agacho y le arranco el cuchillo de la frente. El sonido del crujido del hueso reverbera por toda la habitación. Inspecciono la simple pero delicada daga, sonriendo mientras me imagino al equipo de asesinos de Arnaldo acercándose sigilosamente a Una en la oscuridad para encontrarse con las víctimas de una pesadilla.

—Los limpiadores llamaron—, dice Gio, con la expresión preocupada mientras me mira. Hemos pagado todos los contactos subterráneos posibles que pudimos encontrar, y los limpiadores son un buen lugar para empezar. Son imparciales, un tercero que limpiará cualquier cosa siempre y cuando les paguen. —Ella no los llamó—, dice, —los rusos lo hicieron—

Mis ojos se cruzan con los suyos y frunzo el ceño. —¿La están apoyando?— Se encoge de hombros. —Supongo que no les deja muchas opciones. Ellos no quieren este tipo de problemas—. Ondeas su mano hacia el baño de sangre en la sala de estar. Es cierto, pero esto era realmente inevitable. Arnaldo sigue enviando hombres tras ella como si fuera un animal sangrante con una maldita piel de premio. Tarde o temprano iba a hacer un desastre que no podría limpiar sola. Y aquí estamos.

—No, esto es más que eso—, digo. —Estos cuerpos tienen al menos veinticuatro horas. La están ayudando activamente. Esperaron para llamar. Le dieron la oportunidad de salir de allí—. Sé que Nicholai la quiere, pero ayudarla ahora lo pondría en la línea de fuego. El ruso está loco, ¿pero lo suficiente como para arriesgarse a causar una guerra?

Gio asiente. —Este tampoco es su estilo. Ella es limpia y eficiente. Esto..— . se queda a la deriva.

—Ella está enviando un mensaje—, murmuro, una sonrisa que me tira de los labios.

—Mensaje recibido—, dice en voz baja. El teléfono suena en su mano y mira la pantalla, su cara pierde el color.

—¿Qué es?— pregunto.

Voltea la pantalla hacia mí, mostrándome la imagen de la cabeza cortada de Arnaldo sentada en su escritorio, una marca de lápiz labial rojo en su



frente de cerosa. Una lenta sonrisa me tira de los labios. Ella lo hizo. Meses de planificación. Ella, su hermana, todo parte del plan más grande. Todo parte de esto. Pero entonces él la golpeó y ella huyó. No quería que corriera, pero quería protegerla de la tormenta de mierda en la que la metí. Nunca esperé que entrara en la casa de Arnaldo y lo matara, por el amor de Dios. —¿Se escapó?—

—No la han atrapado, si eso es lo que quieres decir. Ella mató a dieciocho de sus hombres—, dice él y tengo que reírme.

—Acabamos de perderle la pista, y probablemente se ha vuelto aún más buscada. ¿Por qué demonios estás sonriendo?—

La perdimos, por ahora, pero la encontraré. —Porque es jodidamente perfecta—.

Estoy a punto de conseguir todo lo que siempre he querido, excepto a ella. Debo encontrarla porque sin ella, todo el poder del mundo no sería suficiente para llenar el vacío dejado por mi pequeña mariposa viciosa.

Llevo el coche junto a una pila de contenedores en el borde del patio de embarque. Gio está prácticamente erizado de tensión a mi lado. —No me gusta esto—, murmura. —No confío en los malditos rusos—.

—Una es rusa—.

—Exactamente—.

Admitiré que normalmente no estaría de acuerdo con esta reunión. Si fuera por alguien que no fuera Una, no estaría aquí. Una llamada a mi teléfono, una voz fuertemente acentuada que simplemente indica una hora y un lugar. Nada más. La única razón por la que estoy aquí es porque ese acento era ruso. El único factor común entre los rusos y yo es Una.

Apagué el motor y, por un segundo, ninguno de los dos se movió. Miro fijamente a través del parabrisas al tipo alto y delgado que descansa contra el capó de un deportivo Jaguar. Su pelo rubio-blanco, del mismo tono que el de Una, atrapa la luz de la luna. Juro que podrían ser hermanos. Sus afilados ojos verdes nos miran fijamente mientras se lleva un cigarrillo a la boca e inhala, haciendo que el final brille con un carmesí brillante.

Abro la puerta y salgo, sintiendo el peso de mi pistola atada a mi pecho debajo de mi chaqueta. El ruso tira su cigarrillo a un lado y camina hacia mí. Se mueve como un depredador y un bailarín envuelto en uno, calculador y letal. Se mueve como Una. Es uno de la maldita Élite. Mi mano va instantáneamente por mi arma. Su cabeza se inclina hacia un



lado mientras sigue el movimiento como un lobo observando un conejo con total indiferencia y sabiendo que podría acabar con la criatura menor en un instante. Por supuesto, la Élite no siente miedo, incluso cuando debería. —No hagas eso—, dice en un italiano muy acentuado.

Agarro el arma y dejo caer el brazo a mi lado, con el dedo índice sobre el gatillo. —¿Quién eres tú?—

Suspira y cruza los brazos sobre su pecho. —Sasha, un amigo de Una—.

—Perdona si no nos gusta mucho la marca de amigos de Una—, dice Gio, que viene a pararse a mi lado.

—Ella parece más mi hermana—. Sus pálidas cejas rubias se juntan mientras sus ojos se desplazan de Gio a mí. Es lo más cercano a una expresión que he visto de él. —Así que usted es el italiano que la llevó a la destrucción—, dice acusadoramente.

—¿Por qué estás aquí?— Le pregunto ya que se me terminó rápidamente la paciencia.

—No me gustas—, entrecierra los ojos, —pero ella está en peligro en este momento—. Diecinueve italianos son demasiados. Ella es la mejor que he visto, pero ni siquiera la mejor puede enfrentarse a toda la mafia italiana—. Suspira. —Y yo no puedo ayudarla mucho antes de que Nicholai se entere—.

—Fuiste tú—, dice Gio. —Llamaste a la tintorería por ella—.

Sasha asiente con la cabeza. —Haré cualquier cosa por ella, pero no puedo traicionar a Nicholai, y él la quiere de vuelta. Ella mató a Arnaldo Boticelli. Fue demasiado lejos. Tal vez podría huir de Nicholai, pero no con los italianos persiguiéndola. Ya no puedo protegerla más—. Se pasa una mano por la cara. —Pero tú puedes—.

Respiro con calma. —Ella huyó de mí. ¿Qué te hace pensar que puedo ayudarla?—

Se acerca más hasta que está parado directamente frente a mí, sus ojos se clavan en los míos. —Ambos sabemos que no eres lo que pareces, Nero Verdi. ¿Qué es lo que dicen? Con un gran poder viene una gran responsabilidad—. Hace una pausa. —No sé si eres amigo o enemigo—, me mira de arriba a abajo, —pero ella debe haber confiado en ti—.

Yo me río. —Ella no confiaba en mí—.

Su expresión permanece impasible. —Ella necesita ayuda—. Sí, no me digas. Ese barco zarpó hace mucho tiempo. —Consíguela, y una vez que



la tengas, protégela de tu propia gente y de la mía. Arnaldo está muerto, pero la venganza es inevitable. Nicholai la quiere de vuelta, y no tienes ni idea de lo lejos que llegará por ella—.

—¿Qué le hará a ella?— Se volvió completamente sinvergüenza, me ayudó a hacer algo que nunca debió haber hecho por una hermana que se supone que es demasiado fría para preocuparse.

Sus ojos se alejan por un segundo. —La mente humana es flexible. Puedes hacerla olvidar. Puedes arreglarla—.

—¿Arreglarla?— Mis puños se aprietan y el calor hierve a fuego lento justo debajo de mi piel.

Me mira un momento y asiente con la cabeza una vez antes de darse la vuelta y alejarse. Abre la puerta de su coche, haciendo una pausa. —Puedo rastrear su teléfono desechable. Te enviaré las coordenadas de su destino—.

—Espera. ¿Por qué la estás ayudando? Estás traicionando a Nicholai por ella—.

Sus brillantes ojos verdes se cruzan con los míos. —Porque la amo—. Y luego se desliza dentro del auto y cierra la puerta detrás de él. El motor ruge antes de que las ruedas giren.



3. Una

París. La ciudad tiene una atmósfera como ninguna otra. Las calles son un bullicio de actividad, pero de alguna manera todo se siente tan tranquilo. Camino por la calle, agarrándome lo más cerca posible de los edificios. Las calles laterales están menos pobladas, pero siempre estoy atenta, siempre alerta. Llego a la puerta de madera con persiana que da acceso a una casa en la ciudad y la abro. Las viejas baldosas blancas y negras del pasillo dan paso a la escalera de madera. Subo las escaleras hasta el primer piso y abro la puerta. Hace un par de días estaba deambulando por la ciudad, tratando de pasar desapercibida cuando vi un cartel en la ventana que anunciaba este apartamento. Había planeado quedarme en París por un par de días antes de tomar un ferry de regreso a Inglaterra. Un breve viaje para despistar a cualquiera que pudiera estar siguiéndome. Pero en el segundo en que Annaliese, la casera, me mostró el interior del apartamento, sentí una sensación de paz que no había sentido en años. Es completamente inadecuado. Sólo hay un hueco de escalera, y como solía ser una casa no hay ni siquiera una escalera de incendios desde el primer piso, pero la tomé de todas formas. Supongo que sólo quería dejar de correr por un segundo, hacer una pausa y tomar un respiro. París es tan buena ciudad como cualquier otra para esconderse.

Empujo la puerta para abrirla y dejo caer la pequeña bolsa de víveres en el lado de la cocina. El apartamento es pequeño, de un dormitorio, pero las ventanas se extienden desde el suelo hasta el techo y, en cierto modo, me recuerda al apartamento de Nero en Nueva York. El sol de la tarde se filtra a través de las largas cortinas, proyectando sombras sobre las tablas del suelo de madera.

Me gusta estar aquí. Podría quedarme aquí hasta que nazca el bebé, y él o ella puede crecer en París, a salvo de todos los peligros de mi mundo. Voy al baño y tomo algunas provisiones del botiquín. Me siento y pongo las gasas y las vendas en la mesa de café frente a mí. Mi bolsillo zumba y saco mi teléfono de prepago, viendo un texto en blanco de Sasha. Es una solicitud de registro. Le envío un mensaje rápido.

Me salgo de la red. Estaré en contacto cuando pueda.

Necesito alejarme de todo y de todos porque incluso los amigos pueden ser enemigos. No dudo que cuando llegue el momento, Sasha se pondrá del lado de Nicholai. Y me alegro. Su lealtad hacia mí es peligrosa para él. Me



bajo los vaqueros y me quito el vendaje que está pegado a mi muslo. Mis costuras al azar no estarían mal en una película de Frankenstein. Hice lo mejor que pude con lo que tenía en ese momento: un kit de costura de bolsillo comprado en la tienda de la esquina. Es para coser botones, no para cerrar un agujero de bala. La carne alrededor de las puntadas está hinchada y roja, y duele como una perra. Creo que está infectada, pero no puedo conseguir ayuda para eso. Cualquier hospital reportará una herida de bala de aspecto dudoso, y todos los doctores que normalmente llamarían para este tipo de cosas están afiliados a Nicholai o a alguien más. Concedido, el precio de cinco millones de dólares debería haber desaparecido con Arnaldo, ya que es él quien lo puso ahí, pero yo valgo algo para alguien. No puedo confiar en un médico. Desenrosco la tapa de la botella de vodka y aprieto los dientes mientras la vierto sobre la herida. Me pica y tengo que respirar por la nariz. Pienso en unas semanas atrás en Nero y en el agujero de bala que le hice en el hombro. Lo uní con pólvora y me gustaría poder hacer lo mismo, pero esa mierda es lo suficientemente dura como para hacérsela a alguien más, y mucho menos a uno mismo. Mi mente va hacia él. Me pregunto qué estará haciendo ahora mismo. ¿Me está buscando? ¿Me quiere muerta ahora? ¿Es un amigo o un enemigo? ¿Me mataría ahora que he matado a su jefe? No lo creo, pero podría estar equivocada. Nero juega con sus propias reglas. Se supone que la mafia es sobre la familia y la lealtad, pero Nero hizo que mataran a su propio hermano. No, algo me dice que no sentirá ni una pizca de remordimiento por la muerte de Arnaldo. Pero él es un jugador de poder, y a veces para ganar poder, las lealtades deben ser fingidas. Después de todo, su poder viene de la mafia y puede ser quitado con la misma facilidad. Le prometí que volvería con él, pero ahora no sé si podré cumplir esa promesa. En nuestro mundo los sentimientos son baratos, las emociones no tienen sentido y las lealtades se compran muy fácilmente. Un acto, un momento, una muerte, y todas las piezas del tablero se han movido. ¿Se han movido tanto que Nero y yo ya no estamos uno al lado del otro, sino al otro lado del tablero?

Me despierto y cada uno de mis sentidos está instantáneamente en alerta máxima. Alguien está en el apartamento. Me siento en posición vertical y tomo el arma de debajo de mi almohada, quitando el seguro. Al salir de la cama, hago una pausa cuando escucho el crujido de una tabla del piso justo afuera de la puerta de mi habitación. Joder. Cruzo la habitación de puntillas, agachándome detrás de la puerta, y aquí espero.



Mi mano se aprieta alrededor de la pistola y mi dedo pasa por encima del gatillo. Listo. Esperando. Presiono mis omóplatos contra la pared fría detrás de mí y mi mente se concentra, mis oídos captan cada pequeño sonido de la casa. Deben ser los italianos. O peor, Nicholai. Si me atrapa, nunca me dejará salir de esa instalación, y este bebé... preferiría morir.

El ligero susurro de los pies sobre las tablas del suelo es el único sonido, y para cualquier persona normal pasaría completamente desapercibido. Si se trata de Nicholai, entonces sabrá que el patear la puerta fue suficiente para firmar su sentencia de muerte. No, deben ser los italianos los que piensan que están cazando a una niña. Miro a mi mesita de noche, al juego de llaves del coche que está ahí. Mi plan de escape, el pequeño Fiat 500 beige que está en el callejón de la parte de atrás del edificio.

La tabla suelta del suelo fuera de la puerta de mi dormitorio chirría de nuevo y contengo la respiración. Cada músculo de mi cuerpo se tensa mientras la adrenalina inunda mis venas. Hubo un tiempo, no hace mucho, en el que simplemente hubiera salido y matado a todos, pero eso fue cuando yo era la cazadora, hoy en día, soy la cazada. Hay otro paso. La puerta cruje al abrirse, las bisagras chillan en protesta.

La puerta me esconde de la vista y me empuja aún más contra la pared, deseando poder arrastrarme dentro de ella. La luz de la calle fuera de la ventana proyecta una tenue neblina a través de la habitación, silenciando el brazo que sostiene un arma apuntando a mi cama vacía.

Bajo mi arma, deslizo la pequeña cuchilla del brazalete en mi muñeca y la aprieto entre mi pulgar y mi dedo como una aguja gigante. Este es el problema de esconderse en una ciudad, las peleas de armas llaman la atención. Me arrastro detrás de él, silenciosa como un fantasma. Mi mano le golpea sobre la boca al mismo tiempo que le clavo la hoja en la garganta con la otra. Esta pequeña cuchilla me ha sacado de más situaciones que cualquier otra arma. No es lo suficientemente grande como para apuñalar a alguien en las tripas o en el pecho, pero es letalmente afilada y perfecta para abrir una yugular. Me toma por sorpresa y me arroja al suelo cuando cae de rodillas. Mi pistola se desliza de mi empuñadura, deslizándose a un par de metros de mí. Su gran estructura se eleva sobre mí. La sangre sale de su cuello y cae al suelo. Ojos oscuros. Cabello oscuro. Piel color oliva. Definitivamente italiano. Me arrastro lejos de él a través de la alfombra, alcanzando mi arma mientras espero que el golpe que señala mi fin haga eco en mis oídos. Pero nunca llega. Todo lo que oigo son los últimos



respiros ahogados del hombre antes de que golpee el suelo con un ruido sordo. Escucho el sonido apagado de las voces al final del pasillo. Joder.

Cojo la pistola y las llaves del coche y voy hacia la ventana. La madera chirría contra el marco y el vidrio se estremece cuando lo levanto. Supongo que la mitad del vecindario lo oyó, incluyendo a los intrusos. Las pisadas golpean el pasillo y sólo puedo esperar que la oscuridad me dé los preciosos segundos que necesito para escapar. Levantando mi pierna sobre la ventana, miro fijamente al suelo dos pisos más abajo. Hace unos meses habría saltado sin pensarlo dos veces, pero ahora la luz se enciende y me da pánico, lanzando mi otra pierna por el hueco y balanceándome precariamente en el alféizar de la ventana.

—Morte—. Me congelo, dudando del sonido de esa voz profunda. —No lo hagas—, ordena. Ese rastro de acento hace que las palabras habladas suavemente suenen duras. No debería mirarlo, sólo debería saltar. Pero lo hago. Miro por encima del hombro, con las manos apoyadas en la estructura. Nero está ahí de pie con su traje caro y su pelo peinado de esa manera tan sexy. Esos ojos oscuros se cruzan con los míos y es como si el tiempo se detuviera. Veo la amenaza que baila en sus ojos, la promesa de violencia e ira, pero también el deseo y la necesidad, arremolinándose y mezclándose en algo potente y embriagador. Ese poder que emite parece envolverme, adictivo y tan peligroso, tan seductor. Mientras lo miro a los ojos, considero que por un breve momento me dirijo a él porque quiero que sea mi salvador en un mundo de enemigos, mi monstruo para acabar con todos los demás. Pero él puede ser mi enemigo, ya no lo sé. No puedo confiar en nadie más que en mí mismo, y eso es difícil, especialmente con él.

El aire se carga y cruje, su fuerza de voluntad se enfrenta a mi determinación de sobrevivir a cualquier precio. Somos dos caras de la misma moneda, alimentándonos el uno del otro. Una fuerza singular, caótica e imparable. Sus labios se levantan en una esquina, la sonrisa amenazante pero atractiva. Mi corazón revolotea en mi pecho mientras responde al hilo de miedo que él instiga, ahora más que nunca. Siempre parece tan perfectamente montado, como si no fuese capaz de matar a hombres a sangre fría por nada más que el poder. ¿No dice siempre que parezco tan inocente? Ambos lobos con piel de oveja.

Da un paso hacia mí, sus ojos nunca dejan los míos. —No te acerques más—, le digo. Me ignora y da otro paso. Levanto el arma y le apunto a la cabeza.



Kiss Me

Él sonríe. —¿Qué vas a hacer, Morte? ¿Dispararme?—

Lo miro fijamente durante un rato. —Si eso es lo que hace falta—. Me voy de aquí, de una forma u otra.

Sus ojos se estrechan. —Eres mía—, dice, pero las palabras no significan nada cuando la vida y la muerte están en juego, y no puedo confiar en él. Otro paso. —¿Por qué corres? Arnaldo está muerto—. Levanta una ceja. —Dijiste que volverías a mí. Aquí estoy, y aquí estás a punto de saltar por una ventana—. Si tan sólo Arnaldo fuera nuestro único problema.

—Perdóname si no confío en ti—. Veo que uno de sus hombres se mueve en mi periferia, tratando de flanquearme. —Recuérdelos a tus hombres que no tengo problemas en poner una bala entre sus ojos—.

Frunce el ceño y levanta una mano y ellos instantáneamente retroceden. —¿No confías en mí?—, dice. —Yo no soy el que corrió—. Da otro paso. Está a pocos metros de mí ahora. Muevo mi peso ligeramente hacia delante en el alféizar de la ventana.

Sonríe. —Esto ha sido genial y todo eso, pero no me apetece que me atrapen tus chicos ahí abajo—. Señalo el callejón.

El suelo parece demasiado lejano, aunque en realidad sé que puedo hacer la caída fácilmente si sólo caigo en un rollo. Lo miro por última vez, recordando cada centímetro de su rostro perfecto. En un instante, él se abalanza sobre mí y yo me tiro por el alféizar de la ventana. El suelo se precipita hacia mí, y mis pies golpean con fuerza la calle. El dolor se dispara a mi pierna y los puntos de mi muslo se abren cuando caigo en un rollo. Me arrodillo y levanto el arma en mi mano, apuntando a la ventana. La otra mano se dirige instintivamente a mi estómago. Me encuentro con sus ojos, pero están fijos en mi estómago, en el pequeño pero distintivo bulto que sobresale entre mis caderas.

Respiro profundamente, apretando los dientes contra el dolor de mi pierna. —Si alguna vez sentiste algo por mí, déjame ir, Nero,— te lo ruego. —Volveré a ti—. Y entonces estoy de pie y corriendo, cada paso enviando dolor al rojo vivo a mi pierna.

Estoy tan cerca del coche que puedo ver el capó asomándose desde la sombra del callejón. Cojeo hacia adelante, agarrando mi arma cuando algo choca con un lado de mi cabeza y mi visión se arremolina. Me tambaleo de lado y siento que caigo. Los fuertes brazos me atrapan mientras mi



cuerpo se dobla inútilmente. Apenas puedo distinguir el perfil borroso de la cara de Gio antes de que todo se vuelva negro.



Kiss Me

4. UNA

Despierto con un quejido y mi cabeza que late. Cuando abro los ojos, me alejo de la luz cegadora. Intento poner la mano sobre mi cara, pero no puedo. Mirando a un lado, veo que mi mano está atada al lado de mi cabeza, el puño de cuero unido a una cadena de varias pulgadas de largo. Mi otro brazo igual, y ambos están unidos al marco de la cama debajo de mí. Jodidamente genial. Nero. Es lo último que recuerdo. Trato de averiguar dónde diablos estoy. La habitación no tiene ventanas y la puerta es bastante robusta, así que supongo que estoy en un sótano. Hay otra puerta medio abierta frente a mí, y puedo oír el lento goteo de un grifo que sale de ella. Me han quitado los pantalones de yoga y los han reemplazado con un par de pantalones cortos para dormir. Sigo usando la misma camiseta sin mangas con la que me quedé dormida en el apartamento de París.

La puerta se abre con un gruñido pesado y levanto la cabeza cuando Gio entra. Su habitual expresión de seriedad enmascara su rostro. Reposo la cabeza contra la almohada y respiro profundamente. —¿Cómo está tu pierna?— pregunta.

—Jódete, Gio. ¿Dónde está Nero?—

Se ríe a carcajadas. —Está ocupado—. Por supuesto que lo está. Se sienta en el borde del colchón y pone su mano en mi muslo, inspeccionando mi pierna. En el momento en que su piel hace contacto con la mía, me pongo rígidamente tensa. ¡Matar! ¡Matar! ¡Matar! Ese único instinto atraviesa mi cabeza, el impulso es tan fuerte e instintivo que duele no actuar en consecuencia. Tiré contra las restricciones y el cuero me muerde las muñecas. Su mano finalmente deja mi pierna y suspiro en alivio, mi cuerpo se debilita.

—¿Cuánto tiempo me vas a tener atada así?—.

Sus ojos se encuentran con los míos. —Hasta que sepa que no vas a matar a todos los del edificio—.

Yo me río. —Permanentemente entonces—.

—Hasta que Nero venga aquí y trate contigo personalmente—, murmura.

—Lo dices como si no lo fuera a matar—.



Sus ojos se dirigen a mi estómago. —Diría que actualmente tienes la ventaja en esa pelea, ¿no?—

Yo resoplo. —Le das demasiado crédito—.

Sus cejas se juntan en un ceño fruncido. —Deberías habérselo dicho—.

Lo miro fijamente. —No le debo una mierda—. Independientemente de lo que yo sienta por Nero, de lo que él se convirtió para mí, el hecho es: me chantajeó. Me puso a sabiendas en una situación que me puso en el punto de mira. Recibí la bala teóricamente por él. Y en algún momento me hizo sentir algo por él. En medio del caos, se las arregló para ganarse mi lealtad sin que me diera cuenta de que se la había dado, pero esto es diferente. Este bebé es algo que no puedo explicarle porque ni siquiera puedo explicármelo a mí misma.

—Podríamos haberte ayudado—.

—No necesito tu maldita ayuda. Te olvidas de quién soy—, gruño, mi rabia subiendo como una cosa viva, que respira. Incluso el frío asesino que hay en mí protege a este bebé cuando no debería estar más que distante. Estoy confundida, pero impulsada por el instinto y mataré a cualquiera que intente hacernos daño.

Gio se levanta y se aleja de mí. —No lo olvido, Baccio Della Morte—. Sus ojos se vuelven duros e implacables cuando se acerca a mí, sacando una jeringa de su bolsillo. Me sacudo contra las ataduras. Gruño cuando me pone la aguja en la piel.

—Voy a matarte, Gio. Dolorosamente. Despacio—.

Una pequeña sonrisa toca sus labios antes de que la aguja perfora mi piel y el émbolo se deprima. Sale de la habitación, dando un portazo detrás de él. Y entonces, todo se vuelve negro.

Cuando me despierto, mis manos ya no están atadas. Mi blusa está levantada y los restos de algo húmedo se siente sobre mi estómago. Mi pierna está recién vendada. La falta de dolor sugiere que he sido dosificado con analgésicos. Me pongo de pie y me tambaleo ligeramente a medida que los efectos del sedante se me pegan. Mis ojos observan cada centímetro de la habitación mientras la cruzo, planeando desesperadamente. Abro la otra puerta y busco un baño. Es básico. Una ducha, un lavabo y un inodoro. Abro la ducha, me quito la ropa y entro. El agua caliente lava lo que se siente como semanas de suciedad y mugre, tiñendo el agua de un tono rojo como la sangre seca, tanto la mía como la de otros. Me quito el vendaje del muslo e inspecciono la herida. Se ve mejor, menos enrojecida



e hinchada. Gio debe haberme dado antibióticos. Mientras estoy bajo la ducha, empiezo a formar un plan en mi mente. Por ahora, esperaré y veré si Nero hace un movimiento. El problema con él es que es terriblemente impredecible, incluso para mí. En un día o dos tendré una idea más clara de lo que está pasando.

Una vez que estoy limpia, salgo de la ducha y me envuelvo con una sola toalla. Y entonces comienza. El aburrimiento. La rutina. Después de un tiempo, las paredes empiezan a sentirse como si se cerraran sobre mí y es suficiente para hacerme querer arrancarme el pelo.

Eventualmente escucho el clic de la cerradura de la puerta y me preparo para atacar, pero en el momento en que se abre una grieta, una pistola me apunta. —No pensaste que entraría aquí desarmado, ¿verdad?— Gio pregunta. —Amenazaste con matarme—.

Sonrío fríamente. —No amenazo—.

Se ríe y hace señales a alguien detrás de él. Tommy entra en la habitación llevando una bolsa de papel marrón y algunas ropas dobladas. No puedo evitar sonreír cuando lo veo.

—Irlandés—, digo. Una tímida sonrisa tira de sus labios y sostiene la bolsa delante de él, estirándose como si tratara de mantenerse lo más lejos posible de mí. Pongo los ojos en blanco y cojo la bolsa. Él salta. —Te noqueé una vez, Tommy—.

—Mira—, frunce el ceño, —das miedo en tu mejor día. ¿Pero embarazada? Las hormonas volverán loca incluso a una mujer cuerda—. Lo miro fijamente.

—Juro que no tienes autopreservación alguna chico —, Gio suspira.

Me ofrece un pequeño encogimiento de hombros. —Lo siento, Una, pero es verdad—.

—Si fueras cualquier otra persona..—. Siempre le he tenido cariño a Tommy. Tal vez es porque es el punto débil de Nero, o tal vez es porque se las arregló para mantenerse inocente en este mundo de corrupción. De cualquier manera, es como un cachorro que no podrías soportar lastimar. Pone la ropa en la cama y se da la vuelta, caminando hacia la puerta.

—¿Dónde está Nero?— Le pregunto a Gio esta vez.



—Todavía está ocupado—, dice, su boca presionando en una línea delgada. Y esa expresión me dice algo. Lo que sea que esté pasando, Gio no lo aprueba. Se retira y la puerta se cierra de golpe.

¿Qué estará haciendo Nero que no le gusta a Gio? Esa es una pregunta estúpida. Todo. Nero es el chico malo de la mafia, sin sentido del honor o del deber, mientras que Gio es el polo opuesto. Él es todo sobre el deber y la lealtad. Simplemente resulta que es leal a Nero.

Opción uno, Nero va en contra del resto de la mafia y a Gio no le gusta. Opción dos, Nero va en contra de mí. La mafia tiene que ver con sus mujeres y sus hijos, por lo que es lógico, a Gio tampoco le gustaría eso. Joder, no lo sé. Estoy atrapada aquí, tratando de analizar la ética de los hombres que no tienen ninguna y esperando que el más desalmado de todos ellos esté tratando de ayudarme en lugar de matarme.



5. UNA

No sé cuánto tiempo he estado en esta habitación, pero definitivamente han pasado varios días. De vez en cuando Gio y Tommy vienen aquí y me dan comida, siempre con un arma apuntando en mi dirección. Cuanto más tiempo pasa esto, más sospechosa me vuelvo. Estoy siendo retenida como una prisionera. Arnaldo puede estar fuera de la imagen, pero los italianos todavía me quieren muerta. Probablemente más ahora, así que es lógico que la lealtad de Nero se haya inclinado hacia ellos. Cuanto más tiempo me tienen aquí, más convencida estoy de que él está en mi contra. Es sólo cuestión de tiempo antes de que me entregue a su nuevo jefe. Nicholai podría tener suficiente poder para sacarme de esto, pero es la última persona que quiero que me salve por varias razones. Prefiero arriesgarme con los italianos. Al menos ellos protegen a los niños en lugar de convertirlos en soldados.

Para cuando Gio llegue con la comida, habré terminado. Él sostiene la pistola y yo entrecierro los ojos hacia él. Uno de los chicos que no conozco trae comida a la habitación, pero en lugar de pararse a distancia como yo lo he hecho, lo ataco. Me estoy arriesgando. No creo que esté en condiciones de disparar a una mujer embarazada. Me dispararía sin pensarlo dos veces, pero ¿llevando el hijo de Nero? Lo dudo mucho. Es Gio después de todo. Espero que les haya dado órdenes de no disparar.

—¡Una!— Gio me grita.

Golpeo en la garganta al chico nuevo y se ahoga, agarrándose a su garganta. Lo agarro por el cuello y le pongo el cuerpo delante de mí. —Maldición, Una—, Gio escupe, mirándome por encima del hombro del tipo.

—Voy a hacer esto muy fácil para ti, Gio. Puedes llevarme a Nero, puedo romperle el cuello a este tipo, o puedo quitarte esa arma y matar a todos en esta casa hasta que encuentre a ese bastardo—.

Inhala con fuerza, sus ojos se clavan en los míos. —Bien—. Se aparta de mí y sale al pasillo.

—Camina—, le instruyo al tipo. Lo hace, siguiendo a Gio. Subimos unas escaleras, y luego a través de una puerta que lleva a un pasillo. Un pasillo que conozco muy bien, porque estuve parada en él hace sólo unos días. —Tienes que estar bromeando—, susurro en voz baja. La casa de Arnaldo. ¿Estamos en la maldita mansión de Arnaldo? Esto no es bueno.



Mis ojos se mueven por el pasillo y veo a dos tipos que se acercan con cautela. Gio les dice algo y ellos se hacen a un lado, presionándose contra las paredes de cada lado mientras pasamos. Miro a uno de ellos. Nuestros ojos se encuentran por un breve momento antes de que vea el arma metida en una funda en su pecho. Empujo mi escudo corporal hacia delante un paso y él se tambalea, dándome la oportunidad perfecta para golpear mi rodilla entre sus piernas. En la fracción de segundo en que sus gemidos causan una distracción, me lanzo sobre el otro tipo, golpeándolo en la sien lo suficientemente fuerte como para que se balancee sobre sus pies. Lo atrapo, lo rodeo con mis brazos y saco sus dos armas de su funda de pecho. Nunca me he sentido tan aliviada de tener un arma en la mano. Me siento entera otra vez. Completa. Dando vueltas, empujo al tipo al suelo y traigo ambas armas para enfrentar a Gio y al tipo que queda, los cuales ahora tienen armas apuntando hacia mí.

Yo sonrío. —Ya hemos pasado por esto antes, Gio. No puedes dispararme antes de que yo te dispare—.

Su expresión está puesta en un feroz ceño fruncido. —Suelta las armas, Una—. Empiezo a retroceder por el corredor.

—No creo que lo haga—.

—No somos el enemigo—.

Me río. —Bueno, me siento muy parecido a una prisionera ahora mismo—.

—Es para tu propia protección—.

Inclino mi cabeza a un lado. —¿Protección de quién?—

Respira hondo. —Principalmente de ti misma—.

—Buen intento, pero no he visto a Nero—. Mis cejas se han levantado. —Y mejor que creas que no confío en ese bastardo en el mejor de los casos—. Los ojos de Gio se desplazan sólo una fracción de pulgada sobre mi hombro izquierdo, y me doy la vuelta, manteniéndolo apuntado con un arma, mientras mi otro brazo sale volando hacia el otro lado en un ángulo de ciento ochenta grados. Nero. Por supuesto que sí.

—No me has visto, porque no quería verte—. Nero parece ferozmente poderoso en un traje a medida. Es perfecto, ni un solo pelo fuera de lugar. Esos ojos oscuros se encuentran con los míos, siempre arremolinándose con tan bellas promesas de sangre y dolor. Mi estómago se aprieta bajo su mirada. Lucho contra mi pulso martilleante, forzándome a concentrarme.



No es más que una amenaza, un enemigo potencial. Apunto el arma a su hermosa cara, mi dedo se mantiene en el gatillo como si el arma fuera una mera extensión de mí misma.

—¿Tratando de mantenerme prisionera? Gran. Jodido. Error—, gruño. Escucho el cambio de pasos detrás de mí. —No necesito mirarte para dispararte, Gio—, digo en voz baja.

Los labios de Nero se mueven y mira a Gio. —Vete—, dice.

—Jefe..—.

—¡Vamos!—, ruge. Oigo el arrastre de los pies desapareciendo por el pasillo antes de que se cierre una puerta. Y luego el silencio. Sólo él y yo.

Ahora, le apunto con ambas armas, mis dientes apretados mientras lo miro fijamente. Una extraña sensación de traición se desliza a mi alrededor, apretando hasta que esta horrible sensación astillada se asienta en mis entrañas. Él da un lento paso adelante y yo presiono el cañón de la pistola contra su frente. Recuerdo haberme parado en esta misma posición con él antes, con una pistola en su cabeza y él completamente sin miedo. Me sentí atraída por esa confianza, fascinada por ella. Él me inculcó esa cautela que no había sentido en mucho tiempo. Me mira con una fría indiferencia, una crueldad que hace que mi corazón lata y que mi respiración se acorte. Esa pequeña fisura de miedo me llama, me hipnotiza. Lo aparto todo a la fuerza, centrándome en lo que hay que hacer.

—¿Quién es el nuevo jefe?— Pregunto, necesitando esta oportunidad de reunir información. Ya no puedo confiar en Nero, y eso significa conseguir lo que pueda y salir de aquí.

—Tenemos que hablar—.

Me río. —Has tenido varios días para hablar conmigo. Me temo que no tienes tanta suerte, así que responde a mi pregunta. ¿Quién viene por mí ahora?— Mi mirada se dirige nerviosamente a las puertas que puedo ver. Esto está tomando demasiado tiempo. Me siento salvajemente fuera de control y no me gusta nada.

—Nadie viene por ti. Tú mataste a Arnaldo—.

—Exactamente—, le espeto. —La mafia es como las ratas. Matas a uno y dos más aparecen en su lugar—.

—Una—. Su mano se levanta lentamente y cubre la mía. Parte de la frialdad se aleja de sus ojos y es reemplazada por algo familiar pero no



menos peligroso. Le permito que me empuje la mano hacia abajo hasta que el arma se quede a mi lado. De repente me siento agotada. Los meses de fuga han pasado factura y a veces parece que no va a terminar nunca. Cierro los ojos por un segundo, luchando contra la fatiga y la sensación de traición ligada a este extraño dolor.

—Soy el nuevo jefe—, dice en voz baja. —Nadie te hará daño—.

Mis ojos se abren de golpe. —¿Qué jodidos?—



6. NERO

Es tan feroz. Tan jodidamente hermosa. Su pelo, que antes era blanco y rubio, está teñido de un marrón apagado y no me gusta. La hace parecer mucho menos de lo que realmente es: extraordinaria. Se ve cansada y delgada. Su cara está marcada con ojeras que persisten bajo sus ojos. Y, por supuesto, está embarazada. Pensé que nada podría sorprenderme en estos días. Me equivoqué. Mil preguntas siguen corriendo por mi mente como una molesta maldita banda de música, y, aun así estoy extrañamente entumecido, desconectado de ella.

Ha estado encerrada en el sótano los últimos tres días porque no sé qué coño decirle. Estoy enojado porque huyó, y se fue sin nada más que una nota como explicación. No confió en mí para protegerla de Arnaldo, o al menos eso es lo que pensé. Sólo que ahora la encuentro, y está embarazada. Tiene que ser mío. ¿Por eso se fue, porque no quería decírmelo? ¡Carajo! Y entonces, empieza un nuevo canal de preguntas. Da vueltas y vueltas, pero siempre acompañado de esta ira constante.

Ella me sigue a uno de los salones de la mansión y yo voy a la esquina, derramando un vaso de whisky. Estoy a punto de dárselo cuando vacilo. Embarazada. Me lo bebo todo yo misma. Lo necesito.

Ella mira alrededor de la habitación con nerviosismo, todavía agarrando las dos armas en sus manos. Parece que está lista para matar a todos y huir en un abrir y cerrar de ojos. No voy a dejar que se vaya a ninguna parte.

—¿Por qué no me lo dijiste?— pregunto. La pregunta sale sonando como una acusación. Se sienta y cruza las piernas, apoyándose en los cojines del sofá. Todavía lleva sólo una camiseta sin mangas y un par de pantalones cortos, y mis ojos siguen la longitud de sus largas y bronceadas piernas antes de detenerse en su estómago. —Tenía derecho a saber—.

Levanta una ceja, presionando sus labios en una línea delgada. —¿Por qué? ¿Para qué me digas que me deshaga de él? ¿O quizás te gustaría jugar al papá del año?— Inclina la cabeza hacia un lado, sus ojos se estrechan.

Tiene razón. Esto nunca fue parte de ningún plan. ¿Qué le habría dicho? —¿Así que en vez de eso te levantas y corres? Pensaste: ¡Al diablo! Me buscan algunas de las personas más poderosas del mundo, pero me dejo



completamente desprotegida mientras estoy embarazada, ¡Joder!— Ni siquiera me doy cuenta de que le estoy gritando hasta que me detengo. El silencio resuena por toda la habitación, interrumpido sólo por el sonido de mis propias respiraciones pesadas. Nunca hubiera querido esto si ella me lo hubiera dicho, pero ahora no es una opción. La idea de que Arnaldo intentó matarla ya es bastante malo, pero sé que Una puede arreglárselas sola. Sin embargo, si lo ponemos en la situación, es muy diferente.

—Siempre estoy protegida. No olvides quién soy—, dice, mirándome fijamente.

Su desafío me hace enojar. Cierro el espacio entre nosotros, inclinándome y agarrando la parte trasera del sofá junto a su cabeza. Ella levanta su barbilla, la esquina de sus labios se curvan. Agarro su mandíbula con mi mano libre, apretando fuerte mientras inclino su cabeza hacia atrás. Sus extraños ojos violetas se encuentran con los míos, y la amenaza de violencia se arremolina en el aire como una inminente tormenta. Joder, he echado de menos esto. La he echado de menos. Después de todo, ¿qué es el poder sin alguien que lo desafíe constantemente?

—Yo no soy el que olvida—.

Sus dedos se enrollan alrededor de mi muñeca, sus uñas se clavan en mi piel, y es aquí, con esta guerra tácita entre nosotros, que siempre la quiero más. Quiero su brutalidad y su odio, su dolor y su debilidad, pero sobre todo quiero su corazón, su cuerpo, su alma. Quiero todo lo que ella tiene para dar, y siempre lo haré. El tiempo y la distancia no hacen ninguna diferencia. Ella no puede escapar de mí. Somos perfectos de una manera que sólo dos personas tan volátiles como nosotros pueden ser.

Estoy enfadado, pero no puedo negar el control que tiene sobre mí. Acaricio mi pulgar sobre un lado de su cara y sus ojos caen sobre mis labios, permaneciendo allí. Joder, la quiero. Nunca sé si quiero matarla o besarla o ambas cosas. Agarro su cara con más fuerza y pongo mis labios sobre los suyos, deseando su sabor. Ella me muerde el labio inferior antes de empujar la palma de la mano en el centro de mi pecho con la suficiente fuerza para alejarme. Al ponerse de pie, observo mientras ella da vueltas a mi alrededor, sus ojos observando mi cuerpo como un comandante enemigo en busca de una debilidad.

—No confío en ti—, dice.



Inhalo profundamente y cruzo los brazos sobre mi pecho. —Yo no soy el que ha demostrado no ser confiable—.

Ella se pone frente a mí: —Dime, Nero, ¿cómo se pasa de ser un simple matón a ser el jefe en pocos meses?— Ella levanta una ceja. —Incluso si alguien chantajeara a un asesino, que eliminara toda la competencia y, a su vez, le pusiera un precio a su cabeza..—. Ella me mira fijamente. —Aun así, no pudiste llegar a ser jefe—. Inclina la cabeza hacia un lado. —Así que dime, capo, ¿a quién chantajeaste para conseguir este trabajo?—

Deslizo mi mano por la parte baja de su espalda, acercándola a mí. Su estómago redondo se presiona contra mí y no debería importarme, ciertamente no debería gustarme, pero hay algo increíblemente caliente en que ella tenga a mi bebé dentro de ella. ¿Mi pequeña mariposa viciosa siendo maternal? No encaja. —Dime que confías en mí y te diré cómo llegué aquí—, le susurro al oído.

—No confío en ti—, gruñe.

—Bueno, entonces estamos en un punto muerto porque para explicarlo debo decirte algo que muy pocas personas saben. Tengo que confiar en ti, y eso va en ambos sentidos—.

Se aleja un poco de mí, sus cejas están apretadas. —¿Quieres que te mienta?— Los últimos meses la han hecho desconfiar. Incluso más de lo normal.

—¿Por qué hacerlo, Morte?— pregunto. —¿Por qué correr y esconderse, incluso después de haber matado a Arnaldo? ¿Por qué huir de mí? ¿Por qué no confiar en mí? ¿No estaba yo allí cuando la mierda golpeó el ventilador?—

—Hiciste que la mayoría de esa mierda golpeará el ventilador. No puedes declararte héroe sólo porque hayas arreglado tu propio desastre—. Se aleja de mí y camina delante del sofá como siempre lo hace cuando está agitada. —Te lo diré si me dices por qué eres el jefe—, me ofrece.

Siempre con la negociación. —Mi padre, mi verdadero padre, es el jefe—.

Sus ojos se abren mucho y se detiene. ¿—El gran jefe—? ¿Tu padre es Cesare Ugoli?— Yo asiento y ella sacude la cabeza. —Debería haberlo sabido—, murmura. —¿Y lo supiste todo este tiempo?—

—Sí—.

La realización cubre sus características. —Este era el plan. Este fue siempre el plan. Anna todo fue por esto—.



Kiss Me

—Desde el primer momento en que nos conocimos, todo fue orquestado para este punto exacto, para que mataras a Arnaldo. Para que yo me convirtiera en el subjefe—. Sus rasgos se endurecen y la conozco lo suficiente como para ver el momento preciso en el que bloquea sus emociones. —Pero nunca esperé quererte. Cuando estuviste en peligro, pensé que podía protegerte, pero huiste—.

Resopla y se gira para mirarme. —Sabía en lo que me estaba metiendo. Sabía que eras un imbécil y que me estabas usando. Estuve de acuerdo con eso—.

Levanto la cabeza, acercándome lentamente a ella y forzándome a entrar en su espacio. Ella se aleja hasta que la pared está a su espalda. Pongo mi mano contra la pared junto a su cabeza. —Tu turno. ¿Por qué correr?—

Ella me mira fijamente. —Porque tenía un golpe de cinco millones de dólares y no tenía ni idea de quién lo había autorizado—.

Me acerco más, rozando mis labios sobre su mejilla. Huele a vainilla y a aceite de pistola, y ese olor por sí solo hace que mi polla esté dura para ella. Intenta apartarse de mí, pero yo presiono mi cuerpo contra el suyo. —Si eso fuera todo, ¿por qué saltar por una ventana después de matar a Arnaldo?—

—Yo..—. tartamudea, abre y cierra la boca.

—Eres mía, Morte. Te habría protegido—.

Ella traga con fuerza, sus ojos buscando en los míos como si buscara la verdad en mis palabras. —Necesito hacer esto por mi cuenta—, respira.

—¿Hacer qué por tu cuenta?— Pregunto lentamente.

Sus ojos se cierran y sus labios se separan. Parece tan frágil, tan inocente, aunque sé que no lo es. —Necesito irme de aquí, Nero—, dice. Un aliento silba a través de mis dientes y mi mano se golpea alrededor de su garganta, apretando la delicada piel. Abriendo los ojos, se empuja hacia delante en mi mano. Sus labios acarician los míos, su cálido aliento se apodera de mi lengua y mi pulso se agita a través de mis venas. —Deja que me vaya y en unos meses volveré a ti—, dice en una rara muestra de vulnerabilidad. Entrecierro los ojos, tratando de descifrar sus pensamientos. —Te lo prometo. La reina protege al rey, ¿recuerdas?—

—Ya no—.



Kiss Me

Echa la cabeza hacia atrás contra la pared y se muerde el labio inferior. Nunca había visto a Una con esa mirada tan abatida, como si hubiera luchado contra el mundo y de alguna manera siguiera en pie. —Por favor—

—¿Por qué? ¿Qué tienes que hacer que te llevará meses?— Y entonces todo encaja en su lugar como el agujero abierto en un rompecabezas que de otra manera sería completo.

—No—. Mi agarre en su garganta se estrecha, hasta que la empujo contra la pared. —¡No!—

Me golpea con el puño en el estómago. Gruño y presiono mi cuerpo contra el suyo hasta que nuestros labios casi se tocan. —Déjame ir y tener al bebé—, dice, —y volveré después—.

—¿Es esto lo que estabas planeando? ¿Tener a mi hijo en un país extranjero y abandonarlo?— Mi voz se eleva, mi temperamento raya en la rabia.

Ella aprieta los dientes, empujando contra mí. —¡No, lo voy a dar en adopción! Eso no es abandonarlo—.

—¡Joder!— Todo mi cuerpo está erizado de tensión y rabia, y quiero alejarme de ella, pero, al mismo tiempo, no quiero volver a dejarla ir nunca más. ¿Cómo puede hacer esto?

—¿Qué sugerirías?—

—Si no lo querías, ¿por qué no te deshiciste de él?— Siseé en su cara.

Se calla y deja caer su mirada al suelo. Después de largos momentos, finalmente habla. —No pude. Pero tampoco haré esto—. Hace gestos entre los dos. —Míranos, Nero. No puedo tener un bebé. Los niños necesitan..—. ella se aleja, sus ojos se ven distanciando. —No lo sé... no nosotros—.

Mi agarre de su garganta se afloja y le pongo la mejilla, arrastrando mi pulgar sobre su labio inferior. Ah, mi mariposa viciosa. Es tan fuerte, pero tan irreparablemente dañada, tan fijada en sus formas. Se considera un arma, algo entrenado y liberado. Nada más. Pero es mucho más. Renunció a todo para salvar a su hermana, una hermana que no había visto en trece años. Una hermana que, a través de un riguroso entrenamiento y acondicionamiento, debería haberse vuelto inconsecuente. Lo que no se da cuenta es que Nicholai quiere que ella no sienta nada, pero lo hace, y eso significa que él no pudo quebrantarla. Lo que Una ve como debilidad



es una prueba de lo fuerte que es. Ella tiene razón. Somos y siempre seremos despiadados y brutales. Está arraigado. Es instintivo. Sé que lo que dice es cierto, y sin embargo, quiero algo que nunca ha sido un factor hasta ahora. Hasta que esté justo delante de mí y crezca dentro de ella, mi peligrosa reina.

—Puedes estar dañada, Morte, puedes ser una asesina, pero no eres cruel—. Quito la mano de su cara, y cuando abre los ojos, una sola lágrima se desliza por su mejilla. En el tiempo que llevo conociendo a esta mujer la he visto matar sin pestañear, amenazar a la gente sin remordimientos. La he escuchado gritar con gritos de angustia en su sueño, y he visto su llanto por su hermana. La he visto romperse lentamente, destrozándose pieza por pieza, y con cada nueva parte astillada de ella soy arrastrado más adentro, atraído por ella. Pero somos lo que somos. Una debe ser siempre mi fuerza, y yo la suya, porque si no nos convertiremos rápidamente en la debilidad del otro. Somos iguales, pero mis próximas palabras cambiarán esa dinámica. —Te quedarás aquí. No me obligues a forzarte—, digo, antes de que me aleje de ella y salga a zancadas de la habitación.

—¡Nero!—, grita detrás de mí.

Acabo de convertir a Una en mi mayor debilidad, y yo mismo, acabo de convertirme en padre. El pobre chico no tiene una maldita oportunidad, pero no dejaré que sea criado por un extraño como yo lo fui.



Kiss Me

7. UNA

Camino de un lado a otro en el dormitorio que me mostraron a través de un guardia armado. Bajando la cortina un centímetro, miro a los tres hombres que están vigilando justo debajo de la ventana. Y están de frente a mí. Todos sabemos que están aquí para mantenerme dentro, no para que los intrusos salgan, pero al menos podrían fingir. Dejo caer la cortina con un gemido frustrado. No seré prisionera de Nero. Puede irse a la mierda. La habitación huele a él, su colonia se aferra sutilmente a la ropa de cama. Me siento en el borde del colchón y trato de pensar en una forma de salir de esto.

Nunca consideré la posibilidad de que Nero quisiera un bebé. Supongo que nunca lo consideré porque se suponía que nunca se enteraría. Y ahora, nunca más me perderá de vista.

Cuanto más tiempo estoy atrapada aquí, más pánico empiezo a sentir. Estaba huyendo de Arnaldo. Estaba huyendo de Nero, pero principalmente, estaba tratando de mantenerme fuera del radar de Nicholai. El hecho es que mi hijo nunca estará a salvo mientras sea mío, mientras esté conmigo. Por Nicholai. Su obsesión por los soldados de diseño comenzó con los niños de cierta edad, alrededor de diez años, como yo. Nunca tuvo ninguno menor de ocho años, hasta que uno de sus soldados embarazó a una cocinera en una de las instalaciones. Fui con él para recuperar al niño. Yo tenía dieciocho años entonces, pero todavía recuerdo la forma en que miraba a ese bebé como si fuera un arma nueva en su arsenal. Un juguete brillante. Después de eso escuché susurros y rumores de que se estaban criando bebés, de que los de la Élite ya no se esterilizaban. Cuanto más pequeño es el niño, más se le puede condicionar durante sus años de desarrollo. Por supuesto, en aquel entonces no me importaba el destino de los niños. No me preocupaban. A decir verdad, todavía no lo hacen. Pero me importa mi hijo. Si Nicholai supiera de este bebé, lo querría. Soy, después de todo, su favorita. Puedo imaginar la forma en que sus ojos se iluminarían si le pusiera las manos encima.

No estoy segura aquí. No estamos seguros aquí. Somos lo que somos, y Nero y yo vivimos en un mundo plagado de enemigos y peligros donde las opciones son limitadas, así que depende de mí asegurarme de que se haga la única elección admisible. Cuando se trata de esto, la opinión de Nero es intrascendente porque no puede entender de qué es capaz Nicholai.



Por supuesto, ahora estoy aquí, y Nicholai me encontrará. Necesito hablar con Sasha y ver qué es lo que sabe. También quiero hablar con Anna, porque a pesar de todo lo que está pasando, hice todo esto por ella, por nosotros. Trabajé con Nero para que ella pudiera ser libre, pero ahora que lo está, me encuentro dudando. Quiero que mi hermana vuelva, pero al mismo tiempo, quiero mantenerla lo más lejos posible de este lío. Ella es libre, lo cual es un lujo que nunca tendré. Nicholai siempre me poseerá, siempre me querrá. La ira, la frustración y el miedo se mezclan y me tienen permanentemente en vilo. Anhele el tiempo no tan lejano en que las emociones eran un concepto extraño para mí. Hoy en día, soy un desastre hormonal inestable.

Me levanto y abro la puerta del dormitorio. Dos tipos con traje se cruzan en mi camino, bloqueando la puerta. Uno de ellos está buscando su arma, y yo sonrío.

—¿En serio? Toca esa pistola y será mejor que estés listo para usarla—. Lo miro fijamente. Estoy irritable y cansada y no estoy de humor para los aspirantes a soldados de Nero. El tipo abre los ojos, pero no dice nada. —Necesito un teléfono—, le digo. Ambos me miran fijamente. —¡Ahora!—

—El jefe no ha permitido eso—.

Resopló una risa. —Sugiero que me consigan un maldito teléfono o les romperé la nariz a ambos, y luego le cortaré la garganta a su jefe mientras duerme—. Sonrío dulcemente. —No me pongan a prueba—.

El que iba a coger su arma retrocedió, mirando nerviosamente al otro. —Ve—, dice, sacudiendo su cabeza a un lado. El tipo se da la vuelta y se va por el pasillo.

—Sabio—, digo mientras vuelvo a la habitación y cierro la puerta detrás de mí. Tengo un as bajo la manga, y eso es puro miedo. Sus hombres me temen, pero la pregunta es: ¿a quién le temen más, a mí o a él? Podrían arriesgarse a que les rompiera el cuello para evitar ser destripados por Nero. Elecciones, elecciones.

Me está empezando a doler la cabeza, así que me acuesto en la cama mientras espero. Debo haberme quedado dormido, porque me despierto asustada cuando alguien me toca el hombro. Nero esquiva mi golpe reflejo dirigido a su garganta.

—¡No hagas eso!— digo.

Se ríe y se aleja de la cama. —Ah, Morte, te he echado de menos. Dormir es tan relajante sin ti—.



Me siento y me paso una mano por el pelo. —¿Qué hora es?—
—Tarde—.

Supongo que no voy a conseguir ese teléfono. Se quita la chaqueta del traje y la tira sobre el respaldo de la silla en el rincón de la habitación. Sus dedos se mueven sobre los botones de su camisa. No puedo evitar seguir su rastro, observando como el material se desprende lentamente, dando paso a la piel bronceada sobre el músculo duro. Cuando levanto mi mirada a la suya, él sólo me mira fijamente, sus ojos oscuros brillando con algo peligrosamente hipnótico. Obligándome a levantarme, me alejo de él. Abro la puerta de la habitación y, antes de que haya dado un paso dentro, sus manos están en mis caderas. Mi cuerpo se pone rígido por un segundo, los años de condicionamiento arraigado se activan y exigen que reaccione antes de que me relaje lentamente. Es su toque. Nero, mi adictivo y letal excepción.

Él se mete en mi espacio, su pecho contra mi espalda. Sus labios rozan mi hombro y yo inclino mi cuello hacia un lado mientras que respiraciones calientes soplan a través de mi piel, sus dedos escarbando en mis caderas. Siento su dura polla empujando contra mi espalda baja. Me doy la vuelta y me alejo de él. Levanta una ceja apoya los antebrazos a cada lado del marco de la puerta mientras me miraba alejarme. Está sin camisa, y cada músculo se flexiona en una demostración de poder. Los tatuajes le bajan de los brazos, la tinta le envuelve los miembros como si fueran serpientes. En su traje, casi podrías confundir a Nero con algo sofisticado, civilizado, pero es aquí, cuando está así, donde no puede esconderse. Todo en él es afilado y es letal, creado con el único propósito de destruir. Siempre he vislumbrado debajo del barniz de Nero, pero cuanto más me acerco, más veo. Ahora mismo, es como el diablo tomando su verdadera forma.

Se mueve, dando un paso hacia mí. Mi estómago se aprieta y el calor me pincha la piel mientras él acecha hacia delante, apretándome contra el tocador. —No huyas de mí, Morte—. Su voz es profunda y áspera, ya que trabaja sobre mis sentidos.

—No voy a correr—.

Me alcanza y me envuelve con sus manos alrededor de mi cintura, levantándome sobre el tocador. Su amplio cuerpo me presiona entre las piernas hasta que me consume, rodeada en todos los sentidos. Su dedo presiona debajo de mi barbilla, levantándola hasta que me veo obligada a mirarlo. —Siempre estás corriendo—. Pasa su pulgar sobre mi labio



inferior, presionándolo justo dentro de mi boca. Muerdo la yema de su pulgar. Sus ojos se arremolinan, la oscuridad se mete en ellos. Esa mirada es suficiente para hacerme temblar y que mi pulso se acelere. Es la promesa de algo explosivo, pero nunca sé qué camino tomará. Podría follarme, o podría asfixiarme. Es un viaje emocionante de la naturaleza más impredecible.

—No de ti—, susurro. Es una verdad y una mentira envueltas en una sola. Quiero huir de Nero porque al mismo tiempo quiero correr hacia él y eso me aterroriza.

—Mentiras—, dice. —¿Hasta dónde habrías llegado si no te hubiera atrapado?— El aire cruje con la electricidad y su ira es casi palpable.

Lo miro fijamente y le doy un empujón en el pecho. No se mueve. —No tengo que darte explicaciones—. Una lenta sonrisa tira de sus labios, fría y calculadora. Mi corazón late en mi pecho, la adrenalina inunda mis venas, y no puedo evitar sonreírle. Es como mi propio subidón personal. Una inyección de adrenalina directamente a mi alma, recordándome lo que es estar vivo, ser humana. Agarro su mandíbula y me inclino hacia adelante, rozando mis labios sobre los suyos. —No huyo de ti—, digo, mordiéndole el labio inferior, esperando todo el tiempo a que dé un golpe. Honestamente, lo quiero. Vivo para ello.

Me quita el pelo del cuello, pasando sus dedos sobre mi piel tan ligeramente que me da escalofríos. —No. Yo, tú peleas—.

—Me haces violento—.

Sus dedos se enrollan en mi cabello y me gira la cabeza a un lado, rozando sus labios sobre mi mandíbula. —Haces que quiera cazar a todos los que te lastimarían y desangrarlos hasta dejarlos secos—. Su voz es baja y profunda y hace que todo en mí se levante para saludarlo.

Sus dientes rozan el costado de mi garganta y mi pulso se acelera en respuesta. —No puedes matar a todos, Nero—. Envuelve su brazo alrededor de mi espalda, sujetándome, aprisionándome contra su duro cuerpo, y yo lo quiero. Quiero que luche contra mí y me domine. Trae su rostro al mío, nuestras miradas se cierran por un momento, promesas de muerte y retribución se arremolinan entre nosotros, nos unen y nos atan en la sed de sangre.

—Mírame—, dice como si fuera su voto solemne, y quiero creer que estoy dentro de su poder, dentro de nuestro poder. Su agarre en mi pelo se



aprieta y luego sus labios se estrellan sobre los míos. Gimo mientras esa dulce batalla se libra entre nosotros, el sonido de su profundo gruñido como el de las cuchillas de acero que se estrellan contra mis oídos. Su áspero rastrojo me araña la piel y empuja su lengua en mi boca. Abriendo su cinturón, deslizo mi mano bajo el elástico de sus calzoncillos, envolviendo mi mano alrededor de él. Una respiración baja silba a través de sus dientes y su cuerpo se enrosca fuertemente como una serpiente esperando para asestar su golpe mortal. Trabajo sobre él, observando cómo se va apretando cada vez más con cada golpe. De repente, su mano golpea mi garganta, empujándome hacia atrás hasta que estoy apoyada en mis codos, mi cabeza presionada contra el espejo en un ángulo incómodo. Me agarra la cara, sus dedos se hunden brutalmente en mi piel mientras me aprieta la mejilla contra el vidrio. Mis respiraciones no son más que jadeos rápidos mientras se inclina, acercando sus labios a mi oreja. —Eres mía, Morte—, dice, tocando su frente a un lado de mi cara y arrastrando su mano libre por el interior de mi muslo separado. Cuando me roza, un bajo gimoteo sale de mis labios. Anhele esto, su toque, su rabia, su total posesión.

Empuja dos dedos dentro de mí y yo aprieto los dientes. —Mírame—, gime, con su aliento caliente acariciando un lado de mi cara. Me vuelvo hacia él y él usa su agarre en mi garganta para levantarme de nuevo. Nuestros ojos se cierran cuando me folla con su mano, y me siento tan expuesta a él, tan cruda. Lo amo y lo odio. Me hace voluntariamente vulnerable, y estoy tan desesperadamente débil por él, pero inquebrantablemente fuerte.

Su mano me deja y se aleja, quitándose lo que le queda de ropa. Todavía estoy jadeando y mi cuerpo tararea de necesidad cuando él se mueve de nuevo entre mis piernas. Me agarra el culo y me levanta, cerrando su boca sobre la mía una vez más. Hay movimiento y él desliza la puerta de la ducha para abrirla antes de que yo sienta que una pared me golpea la espalda y que el rocío de agua rebota sobre mi piel. Jadeo mientras el líquido helado empapa la blusa que llevo puesta, haciendo que se pegue a mi piel. Bajando la cabeza, me chupa el pezón a través del material, y luego, me empuja tan fuerte y rápido que todo el aire sale de mi cuerpo. Me siento invadida y completa. Me está marcando, reclamándome de nuevo. Nero y yo nunca confiaremos completamente en el otro porque sabemos de lo que somos capaces. Somos dos depredadores que se rodean con un respeto mutuo. Pero lo quiero, ¿y no es éste el más primitivo de los instintos? Un simple factor criado en el ADN de toda criatura viviente para



ser atraído por el más fuerte de la especie. Yo soy la fuerte, y Nero es el único que me ha igualado. Lo quiero porque lo respeto y le temo, y esa combinación es intoxicante. Esta es la atracción y el deseo y la necesidad en un nivel tan básico y arraigado, es innegable.

Me da besos hambrientos con la boca abierta a un lado del cuello, lamiendo el agua mientras baja por mi cuerpo. Me rompo por él, rindiéndome y rompiéndome en pedazos mientras me aferro a sus anchos hombros. Él echa la cabeza hacia atrás. Cada músculo se tensa contra su piel mientras se mete en mi y se pone rígido. —¡Joder!— Sus dedos rasguñan mis muslos con suficiente fuerza como para que sienta el sordo escozor de sus cortas uñas contra mi piel. Sus ojos se entrelazan con los míos, y el silencio entre nosotros está impregnado sólo por nuestras pesadas respiraciones y el martilleo del agua sobre el azulejo. —No huyas de mí—. Hay un límite en la forma en que lo dice, hablado como una orden, pero la expresión de su rostro es algo que nunca antes había visto en él, la desesperación.

—No voy a correr—, digo mientras le tomo la cara y me inclino, rozando mis labios sobre los suyos. El beso se siente extraño, la suavidad del mismo me sacude. Es como si estuviéramos parados en un precipicio. Los depredadores se detienen y se miran unos a otros por un momento y se preguntan si tal vez hay más en este mundo que la emoción de la matanza. Tentativamente rozo mi lengua sobre su labio inferior y él se empuja hacia adelante, profundizando el beso.

Eventualmente se retira, sus ojos se entrelazan con los míos. —Correrás, Una. Te conozco muy bien—.

Dejo que mis dedos se deslicen sobre su cálida piel, dejando caer mis ojos sobre sus labios con la esperanza de que no vea la verdad en ellos. Nunca he tenido problemas para mantener mis cartas ocultas en lo que respecta a mis pensamientos y sentimientos, pero Nero ve a través de mí como un cristal. Tiene razón. No pasará mucho tiempo antes de que tenga que huir, y casi me siento mal por ello, porque por mucho que Nero me asuste, por más despiadado e implacable que sea, en realidad le creo cuando dice que me protegería. Cuando me dice que soy suya, casi quiero serlo. Ansío ese sentido de pertenencia que tengo cuando estoy con él de esta manera, cuando no existe nada fuera de nosotros. Pero cuando salgamos de esta ducha, mis enemigos seguirán ahí. Sé sin duda alguna que Nero es el mayor monstruo con el que me he encontrado, y he conocido a gente despreciable en mi época. No hay nada que no haga en la búsqueda de lo



que quiere. Si a eso le añadimos un intelecto sin igual y la capacidad de crear estrategias y manipular a los que les rodean, Nero es formidable. Sí, él podría protegerme. Me hace sentir segura, pero la seguridad es sólo una ilusión. La sensación de seguridad es en sí misma una debilidad porque te hace descuidado. Si no estuviera gestando a su hijo, sería la cosa más simple del mundo permitirme quererlo, estar hombro con hombro con él contra todos los que nos harían daño. Pero lo estoy, y no puedo explicar cómo esta necesidad de conducir para proteger a mi bebé anula todo lo demás. Nero y yo, ya no importa.

Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello e inclino mi barbilla hacia arriba, presionando mis labios contra los suyos. Me aprieta el pelo en un puño, y produce un aguijón de dolor sobre mi cuero cabelludo que me hace sisear. Sonriendo contra mi boca, me muerde el labio inferior con suficiente fuerza para que pruebe la sangre. Su lengua pasa sobre la herida y gime. —Casi había olvidado lo dulce que es tu sabor—, respira contra mis labios. —Tan violento—.

Lentamente me pone de pie, sus dedos se deslizan sobre mi piel. Su mano traza sobre mi pecho, antes de rozar mi estómago. Se queda allí, cerrando los ojos mientras toca su frente con la mía. Apenas puedo respirar, apenas me muevo mientras él extiende sus dedos, casi cubriendo la protuberancia. Y luego, así como así, se retira y deja caer su mano.

—No me gusta tu pelo así—, dice unos segundos después, recogiendo un mechón de mi pelo.

—Las necesidades deben serlo cuando te mezclas—, digo bruscamente.

Él sonríe. —Prefiero cuando destacas—.

—¿Para qué me veas venir?—

—Eso..—. Se encoge de hombros. —Y así nuestros enemigos te ven como lo que realmente eres; extraordinario—. Mi estómago se apaga con sus palabras. —Peligrosa—. Las puntas de sus dedos siguen mi clavícula. —Valiente—. Bajando a la deriva, roza la parte superior de mi pecho. —Y mía—, dice, su voz profunda sacando la palabra. No puedo evitar consolarme con sus palabras. Nunca he pertenecido a nadie, nunca he tenido a nadie en quien confiar excepto en mí. Y aunque sé que eso es sabio —sé que confiar en alguien que no seas tú es estúpido— no puedo evitar querer la sensación de paz que me dio a probar antes de huir. Incluso en medio del caos, me mostró un vistazo de algo que no había experimentado desde que tenía trece años. Me cubrió las espaldas, y eso



es lo que quiero. Es triste, el cuento de hadas lujurioso de una niña que nunca ha conocido nada más que la muerte. Mi cabeza me dice que me hace débil, y mi corazón quiere echarse en sus brazos por un rato y descansar del interminable vórtice de muerte y guerra que parece orbitar a mi alrededor.

Me pone un dedo debajo de la barbilla y me mira. —Te protegeré—, promete, casi con rabia. —A los dos—. Juro que a veces puede leer mi mente y me molesta porque debería ser ilegible.

—Estoy cansada—, digo, despidiéndolo. No puedo pensar en esto ahora mismo, y ciertamente no quiero hacerle promesas que sé que voy a romper. Él asiente con la cabeza y apaga la ducha antes de envolverme con una toalla. —No hagas que te haga daño—, le digo, frunciendo el ceño.

Él se ríe y yo salgo de la ducha, sacando su cepillo de dientes del tocador. Le levanto una ceja en el espejo, retándolo a decir cualquier cosa. Él simplemente sonríe y sacude la cabeza, y en el momento en que termino, me lo quita, haciendo un lento show de ponerlo en su boca. Pongo los ojos en blanco y salgo del baño, poniéndome una de sus camisas antes de arrastrarme a la cama. Unos minutos más tarde apaga las luces y se sube, me rodea con un brazo y me empuja contra él. —Para que lo sepas, si me cortas la garganta mientras duermo, hay guardias fuera de la puerta y la ventana—, me dice en la nuca.

Yo me quedo mirando en la oscuridad. —No tengo armas—.

El aliento cálido acaricia las hebras de mi cabello. —Eres inventiva—.



Kiss Me

8. NERO

Me despierto por la mañana y estiro el brazo en busca de Una. La cama todavía está caliente, pero ella se ha ido. Me levanto y reviso el baño, pero ella no está allí. Me pongo un par de pantalones de chándal y abro la puerta del dormitorio. Louis está agachado frente a Frank, que está desplomado contra la pared, agarrándose la nariz rota. La sangre le cae por la barbilla y se derrama por la parte delantera de su camisa blanca.

—¿Dónde está ella?— Suspiro.

Louis se estremece cuando se encuentra con mi mirada. —Dijo que iba a la cocina—.

Me paso la mano por la cara y bajo las escaleras en busca de ella. En el momento en que salgo al pasillo, Zeus me saluda. George no está en ninguna parte, lo que significa que está con Una. Voy a la cocina, pero ella no está allí. Busco en casi todas las habitaciones antes de darme cuenta de que podría estar en la otra cocina de la casa. Abriendo la puerta, aparto las sábanas de plástico que cuelgan del otro lado. Huellas de pies, acompañadas de huellas de patas, marcan la fina capa de polvo que cubre el suelo. Doy la vuelta a la esquina y encuentro a Una sentada en la isla de la cocina con George a sus pies mirándola fijamente. Está agarrando una taza en su mano y tomando malvaviscos de una bolsa que tiene a su lado. Se mete uno en la boca antes de ofrecérselo a George, completamente libre de la destrucción total que la rodea. La pared exterior está a mitad de camino de ser reparada, y la lona de plástico cubre el enorme agujero que lleva al exterior.

—¿Admirando tu trabajo manual?— Digo, doblando mis brazos sobre mi pecho.

Ella me mira brevemente antes de volver su atención a George. —Si hubiera sabido que iba a ser tu casa, habría volado más de ella—. Sus labios se levantan en la esquina mientras acaricia la cabeza de George. —O colgar la cabeza de Arnie en la puerta principal—.

—No deberías estar aquí. No es estructuralmente sólido—. Ella me ignora y yo me alejo de la pared, acercándome a ella. Miro dentro de su taza y veo chocolate caliente, malvaviscos nadando en el líquido marrón. —¿Malvaviscos para el desayuno?— Pregunto y ella se encoge de hombros. —Y yo que pensaba que te gustaba la sangre por las mañanas—. Envuelvo mis dedos alrededor de su muñeca, deteniendo su mano a medio camino



de su boca. Acerco su mano y envuelvo mis labios alrededor de sus dedos, robando el pequeño bulto azucarado. Sus ojos se oscurecen y se estrechan cuando trata de mirarme. —¿De verdad tenías que romperle la nariz a Louis?— pregunto.

—Si quieres que me quede aquí, deberías advertir a tus hombres de lo que pasará si me tocan. Tiene suerte de que sólo haya sido su nariz—, me dice. Me encanta que no pueda tolerar el toque de nadie más que el mío. —Ahora, lo dejé ir ayer, pero ahora quiero saber dónde carajo está mi hermana—. Su expresión se transforma en algo duro y agresivo.

—Te lo dije, está a salvo—.

—¿Dónde? Porque no la veo, y todos tus mejores hombres están aquí contigo, así que ¿cómo puede estar segura?—

—Nicholai sabe de ella—.

Sus ojos se ajustan a los míos. —¿Quién lo dice?— Vacilo y veo cómo se le aprieta la mandíbula con agravante.

—No importa..—.

—No, si sabes algo sobre Nicholai, eso significa que tienes a alguien dentro. ¿Quién es?— Me mira fijamente durante largos momentos. —¿Quién?—, grita.

—Sasha—, le digo. Ella presiona su mano contra mi pecho y me empuja fuera del camino, saltando del mostrador. Observo como ella camina hacia atrás y hacia adelante unas cuantas veces. —Fuiste a mis espaldas—. Mi temperamento se dispara, manifestándose con fría eficiencia.

—No estabas exactamente cerca y él vino a mí—.

Se detiene y se pone en cuclillas como lo hace cuando necesita pensar. —¿Dónde está Anna?— pregunta en voz baja.

—En México—.

Levanta lentamente la cabeza, con la mirada fija en la mía. —¿La dejaste con el maldito cártel?—

—Ella está con Rafael. Está a salvo—.

Se ríe sin humor e inclina la cabeza hacia el techo. Sus ojos se cierran y respira profundamente. —Es el maldito cártel. No son como tus preciosos italianos. No tienen ética o un código. Venderían a su propia madre por más poder. Si Nicholai sabe de ella, no está a salvo—.



—Ni siquiera Nicholai irá a la guerra con el cártel—.

—La gente puede ser comprada, Nero. Y Nicholai pagará cualquier precio, porque si la consigue, sabe que me tiene a mí—.

—No—. Doy un paso adelante y la pongo en pie. —No, no te tiene a ti. Y si consigue a Anna, aun así no te tendrá a ti—.

—Quiero hablar con ella—. Suena cansada, casi desesperada, y me molesta, porque no se da por vencida. No puede ser otra cosa que la fuerza indestructible que sé que es.

—Vamos—. Salgo de la cocina y cierro la puerta tras ella. Algunos de mis soldados se quedan en el pasillo. Una baja la mirada al suelo mientras pasamos junto a ellos. Tal vez sea una costumbre, años de esconder su cara y no querer ser reconocida, pero no puede esconderse de ellos. Son mis hombres.

Los perros nos siguen a la oficina y yo cierro la puerta, tomando asiento detrás del escritorio. Una se posa en el borde del escritorio, mis grandes pantalones de chándal colgando sobre sus pies. Se ve tan delicada usando mi ropa, su estómago sobresale sutilmente frente a ella, pero su lenguaje corporal canta una canción diferente. Sus hombros están tensos, sus ojos observan todo y se fijan en los detalles. La forma en que se sienta parece casual, pero cada músculo está rígido, preparado. Pongo el teléfono de la oficina en el altavoz y llamo a Rafael. Él contesta al tercer timbre. —Nero, loco hijo de puta. ¿Cómo estás?— Saluda con su fuerte acento español. Mis labios se mueven. Me gusta Rafael, pero está al borde de la locura. Sus lealtades son sólidas, por eso le envié a Anna. Y a pesar de que está trastornado, su reputación es suficiente para mantener a los demás lejos de él, y a su vez, a ella. —Bien. Necesito hablar con Anna—.

Hay una pausa. —Nero, amigo mío. Me encanta que mates a los aldeanos y que mates a sus perros—, divaga en esa forma distraída suya, —pero no estoy seguro de que la pequeña Anna esté lista para hablar contigo—.

—No fue una petición, Rafael—.

Se ríe, largo y tendido, hasta que Una se inclina, gruñendo por el teléfono.

—Escucha, *malparido*—

—Pon a mi hermana en la línea antes de que yo mismo vaya a tu ciudad de mierda y te meta mi pistola en la garganta—.

Se ríe otra vez. —¿Esa es tu forma de negociar conmigo, Ángel de la muerte?—



Una suspira, volviendo su mirada feroz hacia mí. —Sus juegos preliminares tienden a involucrar cuchillos, Rafael. Ahora, trae a Anna—. Se ríe, y luego, la línea se queda en silencio por unos momentos. Me levanto para irme, pero la mano de Una sale disparada, agarrando mi antebrazo. Los dos miramos hacia abajo, al punto en que su mano está bloqueada en mi muñeca, y no sé quién está más sorprendido, si ella o yo. —¿Y si... y si no me recuerda?—, susurra en una rara muestra de vulnerabilidad.

—Ella te recordará, Morte. Eres su familia—.

Una cierra los ojos y traga mucho. Su mano se desliza de mi brazo mientras asiente con la cabeza una vez. Le agarro la barbilla e inclino su cara hacia atrás, dándole un fuerte beso en los labios antes de salir de la oficina. Zeus me sigue, pero George se queda con Una. En el momento en que salgo de la oficina, Gio está a mi lado. —Sabes que ella va a correr en algún momento, ¿verdad?—, dice.

—Lo sé. Asegúrate de que los hombres estén listos—.

Asiente con la cabeza y se aleja. Gio organiza todo para que yo no tenga que hacerlo. Y por supuesto, ahora mismo, estoy ocupado con Una. Sé que quiere asegurarse de que nunca vea a ese bebé, y tal vez sea prudente, pero no me importa. Ella va a correr, y yo estaré listo para ella, pero he aprendido a nunca subestimar a Una. Nunca puedes tener suficientes hombres, suficientes armas, o suficientes planes de respaldo cuando se trata de esa mujer. Añade el hecho de que causarle algún daño está fuera de discusión, y estoy al límite, aterrorizado de que se me escape. Si la pierdo ahora, no será más que un susurro en el viento. Nunca la encontraré, y ciertamente no antes de que tenga a mi bebé.

²En el Original en español.



9. UNA

—Hola—. La pequeña voz llega por encima de la línea, y mi corazón deja escapar un fuerte golpe. He imaginado tantas veces lo que diría si alguna vez la encontrara, y sin embargo ahora mismo, no tengo nada. Ni una palabra. Mi boca se abre y se cierra unas cuantas veces más mientras lidio con emociones ajenas.

—Oye—, finalmente me las arreglo.

Silencio. Me pregunto si esto es tan difícil para ella como para mí. Pero honestamente, odio esto porque sé por lo que ella pasó. Mi vida no fue fácil, pero Nicholai tenía razón en una cosa. Me hizo fuerte. Anna fue relegada a una vida en la que continuamente se sentía débil, día tras día. Mes tras mes.

—Gracias por ayudarme—, dice.

—Yo... eres mi hermana—, hago una pausa. —Te he buscado—.

—Lo sé. Rafael me lo dijo—.

Otra larga pausa. —Te sacaré de México. Lo haré. Es sólo que no es seguro ahora mismo—. Odio haber logrado salvarla, pero ¿para qué? Para que pueda ser un peón para mis enemigos.

—Estoy a salvo con Rafael—. Hay una suavidad en su voz, un cariño. Quiero preguntarle si está bien, pero por supuesto que no lo está. Anna nunca estará bien. Todo este intercambio es incómodo porque en realidad somos completamente extraños el uno al otro.

—Está bien. Bueno, te quiero—. Las palabras se sienten extrañas y frías en mi lengua. Palabras que no he dicho desde que apunté un arma a la cabeza de Alex y apreté el gatillo.

Ella no dice nada, y luego la línea se corta. Me siento en el escritorio de Nero y agarro los brazos de su silla con suficiente fuerza para que mis dedos empiecen a palpar. Mis emociones se desbordan. Una sola lágrima recorre mi mejilla, y la dejo. Una sola lágrima por mi hermana. Una sola lágrima por todo lo que perdimos, todo lo que nos quitaron. Una sola lágrima por el hecho de que el destino me puso aquí y a ella allí, ¿y si nuestros papeles se hubieran invertido? La ironía es que yo nunca habría sobrevivido a su destino, y ella podría haber terminado exactamente en el mismo lugar de todos modos. Porque si no hubiera luchado tanto contra ese destino, Nicholai nunca me habría sacado para entrenar. Quiero gritar



y llorar al mundo por ser tan cruel, por despojarnos de la familia y del sentido de pertenencia y por hacernos nada más que objetos. Anna, una posesión para nada más que el placer, y yo, un arma. Una vez fuimos una familia. Una vez nos tuvimos, nos amamos incondicionalmente. Miro hacia abajo, apoyando mi mano en mi estómago. Amor incondicional. ¿Cómo se sentiría eso? ¿Cómo se vería? ¿La adoración injustificada de un niño? Esa capacidad de parpadear para que alguien tan inocente te vea a través de unas gafas de color rosa. ¿No es así como solía ver a Nicholai, como un salvador? Hasta que un día, de repente me di cuenta de que mi caballero de brillante armadura era, de hecho, el mismo monstruo del que necesitaba ser salvada. Por un segundo, me imagino a Nero con un pequeño bebé en sus brazos, y luego, en un instante, esa imagen cambia a un adolescente, su padre le pone una pistola en la mano y lo obliga a disparar a un chico encadenado a una pared en una habitación fría y de concreto.

—Una—.

Pestaño y miro a Nero que está parado justo frente a mí. Frunzo el ceño. Mis sentidos se están volviendo descuidados mientras mis emociones se desbordan. Sus ojos caen a mi mano sobre mi estómago, y sus labios presionan en una línea dura. —¿Estás bien?—

Deslizo la lágrima que se aferra a mi mandíbula y me pongo de pie. —Por supuesto—. Siempre estoy bien. No puedo permitirme no estarlo. Especialmente ahora



Kiss Me

10. NERO

—Trae ese cargamento aquí—, digo, —o iré con los chinos—.

—Nero, pides lo imposible. La frontera—. No me jodas, ¿es demasiado pedir a la gente que mantenga su puta palabra?

—Esta noche, Max—. Cuelgo el teléfono y me recuesto en mi silla. Ser el subjefe viene con su propio conjunto de responsabilidades, a saber, forrar los bolsillos de los carteles. Si no llevan sus malditas drogas a mi ciudad, ¿cómo diablos se supone que voy a hacer eso? El problema es que no les importa. Incluso cuando el problema es su fin, las excusas son inaceptables. Arnaldo se hizo el simpático con ellos, pero yo no me agacho para joder a nadie. Me llevaré mi negocio a otra parte.

—Jefe—. Suspiro y miro a Tommy parado en la puerta. —Uh, tienes una reunión inesperada—.

Frunzo el ceño. —No, Tommy. Quienquiera que sea, dile que se vaya. ¿Por qué diablos dejas que la gente pase por la puerta de todos modos? Estamos confinados. Sácalos de aquí—.

—Bueno, no es una bienvenida muy cálida, ¿verdad?—

Tommy se aparta del camino mientras Cesare Ugoli pasa a su lado. Tres tipos entran en la habitación con él, colocándose en las esquinas. Cesare tiene unos cincuenta años, pero no lo parece. A pesar de sus canas, tiene una ventaja, una cualidad con la que no hay que meterse. Desabrocha el botón de su chaqueta, revelando un chaleco debajo.

—Cesare—, digo.

Él sonrío. — ¿No, padre?—

Esta cosa entre nosotros es difícil. No lo necesito para nada más que para el poder. Su nombre tiene peso y estar unido a él va a mi favor. Más allá de eso, no tengo sentimientos hacia el hombre. Me dejó bajo el puño duro de Matteo. No me arrepiento. Una y yo somos iguales en ese sentido: los dos reconocemos que crecimos en condiciones no ideales, pero también aceptamos que nos formó y nos hizo fuertes. Si una mala experiencia te hace más fuerte, ¿fue realmente mala o simplemente educativa? Él se acerca a mí y yo doy la vuelta al escritorio para saludarlo. Él me abraza con soltura, besando mi mejilla. Es de la vieja escuela, de la patria. Todavía habla con un acento fuerte y sigue las viejas costumbres.



—¿Cómo puedo ayudar?— Mi tono está recortado. Honestamente, no tengo tiempo para sutilezas en este momento, y no lo quiero aquí mientras Una esté por aquí. Puede que sea un viejo, pero es poderoso, y Una mató a muchos de sus compatriotas cuando mató a Arnaldo. Por supuesto, a ella no le importa la política, y en el momento en que él la llame, es probable que le arroje un cuchillo. Eso es lo último que necesito.

—He escuchado rumores, Nero—. Da un paso atrás y se acomoda en la silla frente a mi escritorio. Cruza un tobillo por encima de su rodilla, agarrando un trozo de pelusa en la pernera de su pantalón.

—Yo no les daría mucha importancia a los rumores—.

Sonríe y mira hacia arriba desde debajo de las cejas oscuras. —El beso de la muerte—, dice, y yo sigo. —Escuché que ella es tu puta—.

Estrecho los ojos y me encuentro con su mirada sin pestañear. Podría mentir. Pero no quiero hacerlo. A la mafia no le gustará Una, pero ella es lo mejor para ellos, aunque no puedan verla. Una organización es tan fuerte como sus líderes. ¿Por qué tener un ama de casa cuando puedes tener una reina? —Ella es mía—, digo.

Su expresión se cierra, pero veo su mandíbula apretada. —¿Y sabes lo que ha hecho?—

—Sé que ella jugó en un plan—. Un plan del que era muy consciente.

—No recuerdo ningún plan que involucrara veintiún italianos muertos—, dice. —Buenos hombres—.

—Víctimas de la guerra, padre, cortesía de Arnaldo. ¿Qué esperaba cuando envió sicarios tras ella?— Me río. —Ella es el beso de la muerte—. Nunca iban a ganar esa pelea—.

—Arnaldo era un buen hombre. Leal—.

Ah, la amarga ironía. —Arnaldo estaba permitiendo que esta organización se estancara. ¿Es eso lo que quieres? ¿Qué se convierta en una reliquia del pasado?—

Se inclina hacia adelante, el movimiento diseñado para ser amenazante. Me encuentro con su mirada sin vacilar. —Me arriesgué contigo—, dice.

—Y me arriesgué con ella. Ella me es leal—. A veces dudo de Una, pero cuando se trata de eso, cuando todo está en juego, confío en ella. Puede fingir que es una llanera solitaria, pero sé que tengo su lealtad como ella la mía.



Suspira. —Ella es rusa. Y es una de la Élite—. Escupe la palabra. —En última instancia, su lealtad estará con Nicholai Ivanov. Siempre. Ella es un riesgo muy peligroso en el mejor de los casos. Y aunque tuvieras su lealtad, no puedes casarte con ella—.

—Estoy al tanto de las costumbres—.

—Eres mayor de edad. Si vas a liderar, debes encontrar una buena mujer italiana—.

Echo la cabeza hacia atrás y me río. —Con el debido respeto, no sabría qué hacer con una buena mujer—.

—Juega con tu puta, pero no olvides tu deber, Nero—. Seguramente porque él cumplió muy bien con su deber, cogiéndose a una mujer casada y dejando que ella y al imbécil de su marido criaran al niño.

Dirijo mis ojos a los suyos nuevamente, y todo rastro de humor se ha ido. —No soy un caballo para que me pongan de semental. Esto no es discutible—, digo con calma. Esto podría costarme todo, pero no me sentaré aquí y actuaré como si Una no fuera más que un coño fácil. Ni mucho menos. Tuve que trabajar duro para esa mierda. —Es hora de que la mafia pase a una nueva era. Una mujer fuerte a mi lado me servirá mucho mejor que una servil en mi cama—.

Su rostro comienza a enrojecerse, e incluso los hombres que trajo consigo comienzan a moverse incómodamente en el inminente silencio. —Estos son los sacrificios que deben hacerse—, dice. —Yo sé esto más que nadie—.

Lo miro fijamente. —No—.

—¿No?— Sus cejas se disparan. —¿Pondrá en peligro tu posición, tu respeto, tu cultura, todo por esta mujer?—

Me pongo de pie y doy la vuelta al escritorio. —Si los hombres me respetan por la mujer con la que me acuesto, no son hombres cuya lealtad o respeto necesite. El poder se gana a través de hechos y estrategias. Ellos ven a Una como el enemigo, pero tú y yo sabemos que no es así—. Le levanto una ceja. Ayudó a orquestar todo el plan con Una, para que ahora la rechace por los mismos hechos que sancionó, bueno, no es muy político de su parte. —Si querías una marioneta, deberías haberte quedado con Arnaldo—, digo, bajando la voz. Yo gobierno con miedo, y pocos son más temidos que Una. Ella es como un mito de fábula, un susurro en el viento,



un cuento contado para asustar a los niños. Sólo ella asusta a los hombres adultos. Ella fortalece nuestra posición, pero quizás esté tan cegado por sus tradiciones que no puede ver. Este es un mundo nuevo. Mantener a las mujeres seguras y protegidas se está convirtiendo en una opción a la que ya no podemos aferrarnos porque hay demasiados bastardos como yo que no se preocupan por la moral. ¿Quiero que la madre de mis hijos se acobarde indefensa cuando se le presente un enemigo y espere a que yo la salve, o quiero que Una los masacre donde estén? No hay elección. Que ella sea el ejemplo. Que cambie la forma de pensar de la mafia.

—Ella no es italiana—, dice entre dientes.

—No, no lo es. Encuéntrame una chica italiana con su habilidad, su ferocidad y su lealtad, y la tendré en cuenta—. Este es mi trato, porque sé que él no puede hacerlo. La mafia no permite que sus mujeres peleen. Y de nuevo, por mucho que las tradiciones me obstaculicen, también lo obstaculizan a él.

Se pone de pie, tira del material de su chaqueta y se abrocha el botón.

—Estaré en contacto—.

Lo acompaño a la salida porque no quiero que se encuentre con Una al salir. En el momento en que se cierra la puerta de entrada, aparece desde la cocina en funcionamiento, con un frasco de Nutella en la mano y una cuchara saliendo de su boca. Apoya su hombro en el marco de la puerta y se quita la cuchara de la boca lentamente, arrastrando su lengua sobre ella. —¿No querías presentarme a tu querido papá?— dice sarcásticamente.

Me cuesta arrancarle los ojos de la boca. Una pequeña mancha de chocolate está en su labio superior y me está volviendo loco. —No creo que ese sea el movimiento más seguro—.

—¿Preocupado de que intente disparar al pequeño bastardo que está llevando la mamá en su vientre?— Sus labios se inclinan hacia arriba y voy hacia ella. Ella levanta su mirada hacia la mía mientras yo le agarro la nuca y la acerco. Inclinándome hacia abajo, la beso, pasando mi lengua por su labio superior y capturando la mancha de chocolate.

—Llama a mi bebé bastardo otra vez, Morte. Y mira lo que pasa—, respiro contra sus labios.

Sus ojos fijan los míos. —Conmovedor—, murmura, sus ojos se estrechan.



Kiss Me

—¿Es técnicamente el hijo de un bastardo, o has cambiado ese estatus?—
Da un pequeño paso hacia atrás, mordiéndose el labio inferior.

—Oh, te encanta empujarme—. La tomo del pelo y le echo la cabeza hacia atrás con fuerza. El frasco que tiene en la mano golpea el suelo con un golpe seco y ella sonríe como si acabara de ganar el juego. En un abrir y cerrar de ojos, me lleva un pequeño cuchillo a la garganta, apretándolo contra mi piel.

—Juega bien—, bromea.

—No hacemos las cosas bien—.

Ella tiene ese violento brillo en sus ojos. —No. No lo hacemos—, susurra mientras pasa la cuchilla por mi piel ligeramente. Siento el escozor, seguido por el cálido chorro de sangre.

—Ah, Morte—. Doy un paso adelante, empujándola de vuelta a la habitación detrás de ella. —Te voy a jodidamente romper,— prometo contra sus labios.

—Entonces rómpeme—.

No debería tentar al destino.



Kiss Me

11. UNA

Ha pasado una semana, una semana de jugar bien y comportarse bien. Ni siquiera he matado a una sola persona. Creo que estoy teniendo el síndrome de abstinencia. Nero sigue siendo Nero. Sigue siendo un imbécil y, por suerte para mí, no hace falta mucho para cabrearlo. Sin eso, Dios sabe lo que haría para entretenerme encerrada en esta maldita casa. Sin embargo, él es diferente, más cuidadoso. Ya no soy la asesina que contrató, un cuerpo desechable. Soy la incubadora ambulante. Bromeo, pero soy Una Ivanov y me trata como a la mamá de su bebé. Con cada día que pasa, mi ira empeora y probablemente las hormonas no me ayudan. Y a medida que pasen las semanas, me haré cada vez más grande, menos móvil. Tengo que estar en un lugar seguro durante los dos últimos meses de este embarazo porque en ese momento no podré correr. Tiene que ser ahora. Está relajado a mi alrededor. Tal vez él cree que no voy a intentar nada. Me paro en el baño, con una toalla envuelta a mi alrededor mientras observo mi reflejo nebuloso en el espejo. Finalmente, me las arreglé para quitarme el tinte marrón del pelo, aunque probablemente tenga que volver a teñirlo cuando me vaya.

Observo cómo Nero entra en el baño y se mueve detrás de mí. Una mano me envuelve por en medio, descansando sobre el bulto. Se está volviendo más audaz, más obvio en sus intenciones. Me alejo y me vuelvo hacia él.

—Tengo que ir a una reunión en la ciudad hoy—, dice, una pequeña línea del ceño frunciendo su rostro, que de otra manera sería perfecto. Se ve la imagen de la gracia despiadada en su traje de sastre. Su cabello oscuro está desordenado, pero de alguna manera estilizado. Un rizo suelto cuelga sobre su frente mientras inclina su cara hacia mí.

—Uh, está bien. No soy tu esposa, Nero. No tienes que decirme a dónde vas—.

Sus labios se levantan de un lado. —Recuerdo específicamente una chaqueta en perfecto estado sufriendo las consecuencias bajo un cuchillo de cocina porque fui a una reunión y te dejé en el apartamento—.

—Eso fue diferente—.

—La mente femenina es una maravilla—. Sus ojos se estrechan. —Dime, ¿cómo es eso?—



—Bueno, para empezar, yo no era como Moby Dick—. Apunto a mi estómago y él se ríe. —Mira, si yo fuera tu esposa, estarías demasiado asustado de mí para reírte—.

—Oh, te tengo miedo, Morte—. Doblo mis brazos sobre mi pecho y él sonríe, levantando los brazos y pasando su dedo sobre mi labio inferior. —Pero si necesitas que haga lo del romance—. Se inclina hacia adentro y pasa sus labios por mi cuello. Mi cuerpo se enciende y aprieto mis piernas. —Quiero follarte tan fuerte—.

Sus palabras me dan ganas de arrancarle la chaqueta de los hombros, pero en vez de eso resoplo y pongo los ojos en blanco. Distancia. Necesito distancia de él. —Romántico—.

—Tu idea del romance es una pelea de cuchillos—.

Me encojo de hombros. —No veo ningún cuchillo—.

—Ah, eso me recuerda...—. Saca su cartera del bolsillo y la abre. Saca algo del interior de la cartera y lo sostiene delante de mi cara.

—Mi cuchilla—. Tomo la pequeña hoja de plata de entre sus dedos, inspeccionándola.

—La saqué del cuello de un tipo en el vestíbulo después de tu pequeño baño de sangre—.

Sonríó y lo deslizo de nuevo en el puño de mi muñeca. —Gracias—.

—Volveré en unas horas—. Me mira de forma significativa, en otras palabras, no hagas nada estúpido.

—Trata de no matar a nadie—, le digo. —Odiaría pensar que te diviertes sin mí—, digo.

Él sonríe, poniendo una mano en mi cadera mientras se inclina y roza sus labios sobre los míos. —El poder no se compra con misericordia, Morte—. Me muerdo el labio inferior.

—No, se paga con sangre—. Me pongo de puntillas y presiono mi boca contra la suya, pasando mi lengua por su labio. Sus dedos se estremecen en mi cadera mientras gime en mi boca.

—Unas pocas horas—, murmura, y luego se aleja de mí, dándome la espalda y saliendo por la puerta.

Presiono mis dedos contra mis labios hormigueantes y cierro los ojos. Ahora o nunca. Agarro la bolsa que está debajo de la cama y reviso a través



de ella. Me limito a una muda de ropa y a unos mil dólares en efectivo que encontré ayer en uno de los cajones de la cocina. Me muevo rápidamente por la habitación, buscando en los cajones de la cama, el baño, el armario. Finalmente, me arrodillo al lado de la cama y bingo. Hay una calibre 40 atada al marco de la cama. La tomo y reviso el seguro antes de meterla en la parte trasera de mis jeans.

En el momento en que salgo de la habitación, los chicos del equipo de Nero están en mi cara. Golpeo las piernas al grande y saco mi pistola, y al segundo le doy un golpe con ella. El primero se mueve para levantarse, pero mi pistola cae en su cara antes de que pueda gritar levantarse.

—Puedo dispararte o noquearte—. Arqueo una ceja hacia él y él levanta las manos para rendirse. Me agacho y le doy un puñetazo en la sien. Sus ojos se vuelven a poner en blanco antes de que se quede sin aliento. Sacudo mi puño, sintiendo mis nudillos doloridos. Ha pasado tanto tiempo desde que entrené, tanto tiempo desde que sentí los miembros punzantes de una pelea real. Lo echo de menos.

Me abro paso por la casa, y está bastante tranquila. Sospechosamente. Abro la puerta de la oficina de Nero y entro, cerrando la puerta detrás de mí. George se levanta, meneando su pequeña cola hacia mí. Zeus me ignora cuidadosamente como de costumbre. Reviso los cajones del escritorio hasta que encuentro lo que busco: un juego de llaves. O cree seriamente que no intentaré irme, o cree que me iré a pie. De acuerdo, tomar uno de sus coches significará que puede seguirme hasta que pueda deshacerme de él, pero, tiene sus beneficios.

Me levanto y George levanta las orejas, tratando de seguirme. Me pongo en cuclillas delante de él y le beso la cabeza. —No puedo llevarte conmigo. Lo siento—. Él inclina la cabeza hacia un lado y yo le rasco detrás de la oreja antes de pararme. Me dirijo hacia el garaje en la parte trasera de la casa, me meto por las puertas y en las habitaciones en desuso mientras evito a los hombres de Nero. Eventualmente, estoy parada en el garaje. Presiono el botón de la llave. Uno de los cinco coches me pita. Un deportivo Maserati. Eso apesta, considerando lo que estoy a punto de hacerle. Entro y tiro mi bolso en el asiento del pasajero antes de acelerar el potente motor. Ronronea y gruñe, haciéndome sonreír. Presiono el mando en el salpicadero y la puerta del garaje comienza a subir, revelando dos guardias que están de pie al otro lado. Ellos fruncen el ceño en el garaje, confundiendo sus expresiones hasta que descubren quién está sentado al volante del llamativo coche. Sacan armas y me apuntan, pero yo



simplemente sonrío y pongo el pie en el acelerador. El simple hecho es que no le dispararán a la embarazada de Nero... sea lo que sea que yo sea. El auto se tambalea hacia adelante y ellos saltan fuera del camino mientras el humo de los neumáticos y la grava se levantan a mi paso.

El camino de entrada tiene unos doscientos metros de largo, y al pisar hacia la puerta, veo a los hombres corriendo frenéticamente. Las armas están levantadas y las balas salen del capó. Presiono mi pie con más fuerza sobre el acelerador, agachándome detrás del volante mientras me dirijo hacia la puerta metálica. Lo encuentro con un impacto que sacude, el chirrido del metal sobre metal y el chirrido de los neumáticos. El coche se detiene contra la orilla opuesto a la verja, y entonces suenan los ping, ping, ping de las balas. Miro detrás de mí y golpeo el coche en reversa antes de empujarlo y forzar el vehículo arruinado tan rápido como sea posible en la carretera. Mi corazón late con fuerza cuando miro por el espejo retrovisor, pero nadie me sigue. Necesito salir de este camino y quedarme en las carreteras secundarias y luego deshacerme del coche. Sin embargo, en el momento en que doblo la esquina, mi corazón se hunde. Dos SUV³ parados atraviesan la carretera, bloqueándola. Delante de ellos están Gio y Nero y un montón de otros tipos.

³SUV: Vehículo Utilitario Deportivo.

Mi pie se levanta del acelerador por un segundo mientras evalúo mis opciones. Los todoterrenos bloquean la carretera, pero hay un hueco entre ellos, probablemente lo suficientemente grande como para abrirse paso... el hueco que tienen delante Nero y Gio. Aprieto el volante y vuelvo a pisar el acelerador. Gio levanta su arma y yo me estremezco cuando dispara al parabrisas. El cristal se rompe, pero mantengo mi mirada fija en Nero. Apenas está a cien metros de mí ahora. Levanta un rifle y mis ojos se abren de par en par. No confío en que ninguno de sus hombres me dispare, pero él. ¿Prefiere matarme a dejarme ir? No oigo, pero siento el duro golpe y el dolor punzante de algo que me golpea el pecho. Aprieto los dientes y miro hacia abajo por un segundo. Un dardo sale de mi pecho y mi cabeza empieza a dar vueltas. Golpeo mi pie en el freno y tiro del volante hacia un lado. El coche patina de lado. El sonido de los neumáticos chirriando me llena los oídos, seguido rápidamente por el ensordecedor golpe de metal contra metal. Pestaño lentamente y un dolor cegador me atraviesa el cráneo. Tanteando la puerta, la abro y caigo del auto.



Kiss Me

Mis manos y rodillas se encuentran con el asfalto y el vidrio me muerde la piel mientras trato de arrastrarme. Pero es inútil. Mi cabeza está nadando, la niebla se aferra a los bordes de mi mente, riéndose y burlándose de mí de mi propia libertad. Me lanzo de lado, agarrándome el estómago mientras todo se vuelve negro.



Kiss Me

12. NERO

—Joder. Joder—. Rugí.

Sabía que intentaría algo, pero ¿un coche? No esperaba tener que tranquilizarla al volante de un puto coche. Su cabeza cae hacia atrás contra el asfalto y sus brazos se aflojan, cayendo a sus lados. La forma en que se agarraba el estómago me asusta mucho.

—Traigan al maldito doctor. ¡Ahora!— La sangre cubre su cara, brotando de la herida en la línea del pelo. Su pelo rubio-blanco está manchado de rojo, y fragmentos de cristal se adhieren a las hebras.

La levanto y la subo a la parte trasera del todoterreno, acunándola contra mi pecho mientras Gio regresa a la casa. Sabía que ella intentaría algo, así que deliberadamente me fui tarde. Bajo y he aquí que apenas estoy a un par de millas de la carretera cuando recibo la llamada. Nos detuvimos en la casa. El portón y la mitad de mi Maserati están por todo el camino. Han despejado el camino lo suficiente como para permitirnos pasar y Gio se acerca a la puerta principal.

Salgo y camino a través de la casa hasta mi oficina donde la pongo en uno de los sofás. Gio me sigue un minuto más tarde y me tiende un fajo de gasas y vendajes. Los presiono contra su frente, tratando de detener la hemorragia. No hay nada más que pueda hacer.

—Está loca—, refunfuña Gio, arrastrando su mano por el pelo con agitación.

—No es como si realmente esperara que ella hiciera lo que le dicen, carajo—.

—Nero, está embarazada de tu hijo! No puedes darle rienda suelta. Es demasiado inestable—. Sacude la cabeza. —No tiene sentido de la autopreservación. Matará a ese bebé—.

—¡Basta!— Grito. Aprieto y suelto el puño antes de apretarlo contra mi frente. Él no entiende a Una. No estoy de acuerdo con ella. No puedo



dejarla hacerlo, pero veo por qué cree honestamente que está haciendo lo correcto. Lo entiendo. Entiendo que está intentando ser desinteresada.

Gio asiente y sale de la habitación sin decir una palabra más. Gio sólo ve las cosas de manera diferente. Piensa que las mujeres deben ser protegidas, que su único trabajo es criar niños. Una confunde todo eso. Le quito el pelo de la cara, mirándola fijamente un momento antes de que mi mirada se dirija a su estómago. Deslizo mi mano por debajo del material de su camisa y presiono con la palma de mi mano su piel desnuda. ¿Está él o ella bien ahí dentro? ¿Están heridos? No sé lo que espero, una señal o algo así. No siento nada. El doctor dijo que el sedante no le haría daño al bebé, pero el accidente de coche... Lllaman a la puerta y Gio vuelve a entrar seguido por el doctor. Él toma mi lugar y quita el vendaje, inspeccionando su cabeza, —Esto necesitará puntos—, dice.

—Tienes que revisar al bebé primero—, le digo. Me mira, con las cejas levantadas.

Abre la boca para discutir, pero lo piensa mejor. Prepara una máquina y pone un poco de gel en el estómago de Una, antes de enrollar el dispositivo de mano sobre su piel. La pequeña pantalla muestra una imagen en blanco y negro, pero ese sonido... el thwap, thwap, thwap de un latido me llena los oídos y me relajo. —Todo se ve bien—, dice.

Suelto la respiración que no me había dado cuenta que estaba aguantando. ¿Cómo puede algo que nunca estuvo en mi radar sentirse tan crucial de repente? ¿Cómo puede esta pequeña cosa que ni siquiera he conocido, parecer la cosa más importante del mundo? Nada me asusta, pero esto me aterroriza.

Me siento en el sofá frente a Una, con los codos apoyados en los muslos separados mientras veo al doctor coserla. Está tan quieta. Demasiado quieta. Incluso mientras duerme, Una siempre está inquieta, atormentada por pesadillas y esperando un golpe en cualquier momento. Cuanto más tiempo la observo, más desesperada parece esta situación. ¿Cómo se



enjaula a alguien como ella? Salvaje y mortal. ¿Cómo se mantiene una mariposa en un frasco sin sofocarla?

La quiero y quiero ese bebé, pero ella no lo quiere, así que, ¿dónde nos deja eso? ¿Me verá obligado a elegir? ¿Tendré que dejarla ir para poder tener a mi hijo? Arrastro la mano por la cara y me pongo de pie, paseando mientras el médico le pone un vendaje en la cabeza y se pone de pie. — Vigílala. Debería despertarse en una hora más o menos. Si está dormida mucho más tiempo, llámeme—.



Kiss Me

13. UNA

Oh, Dios mío. Mi cabeza. Gimoteo mientras parpadeo y abro los ojos. Mi mente está nublada y desarticulada. Entro en pánico, tratando de juntar mis recuerdos fragmentados. Nero me disparó. Me paso la mano por el pecho, tratando de sentir una bala entera, una venda. Nada. No hay nada ahí. Me siento y la habitación gira en un remolino de colores.

—Cuidado—. La voz profunda de Nero viene de algún lugar de la habitación. Cierro los ojos y me agarro a la parte trasera del sofá, esperando que mis mareos se calmen y se queden quietos.

—Me disparaste—, acuso.

—Corriste—, responde.

La cabeza me palpita y levanto la mano, tocando con los dedos un vendaje en la línea del pelo. Dejé caer mi cabeza en mis manos y me quejo. —¿Por qué no puedes entender esto, Nero?—

—Lo entiendo. Pero no estoy de acuerdo—.

—Entonces, ¿vas a encarcelarme aquí hasta que no tenga otra opción? ¿Quieres que tenga este bebé, y luego qué? Sólo mantenerlo aquí, el siguiente en la línea del trono de la mafia?— Yo resoplo. —Si toma todo ese tiempo tan largo, por supuesto. Ambos sabemos que tú y yo tenemos más enemigos que la maldita Corea del Norte—.

—Los protegeré a ambos—.

Me río amargamente y vuelvo mi mirada hacia él. Está sentado con los muslos abiertos, con los codos apoyados en ellos. Los ojos oscuros se encuentran con los míos, decididos, y sé que nunca lo convenceré. —Esta es la cosa más egoísta que harás, Verdi—.

Sus ojos se oscurecen, su expresión se vuelve volátil antes de que explote del sofá y camine con zancadas hacia mí. Se inclina, agarrando mi mandíbula en su mano y acercándose a él. —No me presiones ahora mismo, Una—, dice con los dientes apretados.

—No te gusta la verdad, Nero, pero este no es uno de tus juegos de poder. Esto no es un trabajo. Esto es un niño—. Mi niño. Nuestro hijo.

Puedo sentirlo temblar mientras la punta de sus dedos se clavan en mis mejillas. —No es una amabilidad quitarle un niño a sus padres, dejarlo,



sin saber realmente quiénes son. ¿Qué habrías dado por quedarte con tus padres, Morte?— Escupe las palabras con veneno.

Aparto mi rostro y él se endereza, dándome la espalda. He tocado un nervio, pero él también. —¡Mis padres eran buenas personas!— Le grito a su espalda. —Y murieron. ¿Cuántas familias crees que hemos separado entre nosotros, Nero? ¿A cuántos niños hemos privado de padres? Nosotros somos los monstruos de esta historia. No nos alegramos y seremos felices después de eso —.

Se vuelve hacia mí. —Hasta los monstruos se reproducen, mi amor—, dice burlonamente, sus ojos brillando con ese borde salvaje.

—No te dejaré hacer esto sólo para satisfacer tu ego masculino—.

—Y no dejaré que te vayas sólo porque un niño no encaje en tus planes—, dice. Rechino los dientes y aprieto los puños. —Si quieres irte después de que nazca, no te detendré—. Los músculos de su mandíbula revolotean bajo su piel. ¿Irme? ¿Me iría? Si esta fuera mi única opción, si él manteniendo este bebé fuera la única opción, entonces quizás lo haría. Nicholai nunca puede saber que tuve un hijo, porque nunca dejará de quererlo. Así que ya ves, mis opciones son limitadas. ¿Cómo es que algo que se suponía que era simple se volvió tan complicado?

En el mejor de los casos, el bebé estaría completamente libre de nosotros, pero si hubiera una segunda opción, Nero tiene enemigos, pero puede protegerse a sí mismo. Mis enemigos son infinitamente más poderosos.

—Tendré que hacerlo—, susurro.

Él sacude la cabeza. —¿Tu trabajo significa tanto para ti?—

Me fijo en él. Enterrado bajo la ira y el resentimiento hay un rastro de dolor que nadie más que yo verá en él. Pero, por otra parte, siempre he sido capaz de leer a Nero, de la misma manera que él puede leerme a mí. Tal vez esto es lo que él necesita pensar: que yo elegiría un trabajo en lugar de él. Sé mejor que nadie que ante circunstancias peligrosas y abrumadoras es fácil creer que habrá una solución, una salida. Nero no está acostumbrado a perder, y, a sus ojos, pensará que puede derrotar a Nicholai. No puede hacerlo. Podría explicárselo, exponerle el hecho de que está eligiendo entre yo o nuestro hijo. Pero no quiero hacerlo porque quiero que elija a este bebé. Eso me demuestra que merece ser padre. Protegerá este legado con su vida, y la protección de Nero es feroz y absoluta. Mientras tanto, puedo volver a caer en el redil de la Bratva y Nicholai



estará contento porque me tiene a mí. Nunca sabrá que hubo un bebé. Así que digo lo que necesita oír. —Te lo dije, no me atreví a matarlo, pero soy lo que soy, Nero. No quiero ser madre—, le digo. En parte es verdad. En otro mundo, en otro tiempo, quizás podría haber sido una madre. Pero en este mundo, simplemente no es posible. Caminamos por el camino que tenemos delante y podemos desviarnos hasta cierto punto. Podemos desear que sea diferente, pero eventualmente debemos aceptar lo que es.

Los duros ojos de Nero me penetran. Prácticamente puedo sentir su asco, su odio. —Gio—, llama. Gio aparece en la habitación, con su habitual postura rígida en su lugar. —Lleva a Una al sótano. Ella no debe ser liberada. Si hace algún movimiento para salir, tienes mi permiso para sedarla—.

Gio se acerca a mí y me toma del brazo. —No lo hagas—. Levanto mi mano y él hace una pausa. Me pongo de pie y mi cabeza da vueltas, supongo que por los sedantes en mi sangre todavía. Mis ojos se cierran con los de Nero una vez más antes de que me gire y salga de la oficina. Esto es lo mejor. He roto su confianza y le he echado sal en la herida. Cuando llegue el momento, me dejará ir con Nicholai sin discutir.

La paciencia no es mi virtud. Me estoy volviendo loca en esta habitación, y creo que sólo han pasado dos días. Estoy haciendo flexiones en el suelo cuando se abre la puerta. Ignoro a quien acaba de entrar... setenta y dos, setenta y tres, setenta y cuatro.

—¿Se supone que debes hacer eso cuando estás embarazada?—

Miro hacia arriba y veo a Tommy sentarse al borde de la cama, con una sonrisa irónica en sus labios. Continúo, y él espera pacientemente hasta que llego a cien. Me siento, apoyando la espalda contra la pared y estirando las piernas delante de mí. Me pesa el pecho, y mi piel está resbaladiza de sudor. —Estoy embarazada, Tommy, no discapacitada—.

Riéndose, arrastra una mano por su cabello castaño. Sonríe y me lanza una bolsa de papel. Miro dentro y encuentro un sándwich, comprado, por supuesto. —Gracias—. Le doy un mordisco y cojo la botella de agua que él me tira a continuación. Un rasguño viene del otro lado de la puerta. Pone los ojos en blanco, se levanta y abre la puerta unos centímetros. George se escabulle a través del hueco y se acerca a mí, moviendo todo su cuerpo mientras gime emocionado. —Oh, hola tú—. Yo sonrío, dándole palmaditas.



—Ese perro está obsesionado contigo—. Su voz está teñida de un acento irlandés y me hace sonreír. Tommy siempre ha sido el que no encaja en la mafia, pero Nero está unido a él, así que lo protege donde cualquier otro italiano lo mataría simplemente por ser un mestizo.

—Nero es malo para ti. ¿No es así?— Beso el lado de la nariz de George y él entrecierra los ojos como un idiota, haciéndome reír. Zeus es el leal, el perro guardián. Y me pregunto por un segundo si de la misma manera, Nero se decepcionaría de su hijo si no estuviera a la altura de sus expectativas. No, no puedo pensar en ello. —Entonces, ¿qué está pasando en el mundo libre?— Pregunto, necesitando que Tommy sólo hable de algo. De cualquier cosa.

—No mucho—, dice. —Quiero decir, han pasado dos días, Una. No es como si hubiera empezado la Tercera Guerra Mundial—.

Tomo un bocado de mi sándwich antes de tomar un pedazo y dárselo a George. —Si viniste a entretenerme, estás haciendo un trabajo de mierda—

Se acuesta de nuevo en la cama y dobla las manos detrás de la cabeza. — En realidad, se supone que sólo debería estar vigilando la puerta, pero me siento mal por ti—.

—¿Te estás ablandando, irlandés?—

Gira la cabeza para enfrentarse a mí. —Nunca, asesina—. Él sonríe.

George mueve las orejas y mira la puerta unos segundos antes de que se abra. Gio mira dentro, su mirada se dirige desde mí hacia Tommy hasta el perro antes de que ponga los ojos en blanco. —El jefe quiere verte—.

—¿A mí?—, pregunto. Él asiente y se queda atrás, manteniendo la puerta abierta. En el momento en que paso junto a él, Gio presiona un arma contra mi espalda. —Siempre tan caballero, Gio—.

—Perdiste todos los derechos a cualquier trato amable en el momento en que pusiste a ese bebé en peligro—, gruñe. No soy de los que se enfadan, pero me hace enojar. Giro, plantando mi bota firmemente contra la parte interior de su tobillo en una patada firme. Él cae. Aterrizo encima de él con mis dedos envueltos en su nuez de Adán. No lo matará, pero ciertamente no es cómodo. Presiona el cañón del arma en el lado de mi cuello mientras nos miramos fijamente. —No sabes nada acerca de mis motivos o mis problemas. Asume que lo sabes de nuevo, y te mataré. Me importa una mierda lo leal que seas a Nero—. Me levanto, sacando un arma de la funda



de su pecho mientras me alejo de él. Meto el arma en la parte delantera de mis vaqueros antes de que esté de pie, y empiezo a caminar de nuevo.

Tommy suelta un silbido bajo y le susurra a Gio. —¿Estás loco, carajo? Ella es Una y está hormonal. Tú, amigo mío, eres un suicida—.

—Vete a la mierda, Tommy—, Gio le grita.

Camino por el pasillo y en la oficina de Nero, *la oficina de Arnaldo*. Está sentado detrás de ese escritorio y dos de sus hombres están parados frente a él, mirando algo. En el momento en que sus ojos se cruzan con los míos, algo en mí se endurece, las paredes se erigen, bloqueándolo. Ya no tiene en cuenta lo que debe hacerse. Me aferro a esa fría eficiencia, abrazando al despiadado asesino que llevo dentro y aferrándome a él. Lo necesito ahora mismo. Los dos hombres se hacen a un lado y veo un paquete en el escritorio.

—¿Qué es esto?— Pregunto.

—Está dirigido a ti—, dice Nero, con sus palabras heladas. Y ahora veo por qué todos parecen tan preocupados. ¿Quién sabe que estoy aquí? No mucha gente.

Miro el paquete, y entonces mi sangre se enfría. Mi nombre, está escrito en ruso. —Podría ser Sasha—.

Inclina la cabeza hacia un lado y sé que su mente está girando a través de cada posibilidad, cada ángulo. —¿Te enviaría Sasha algo?—

Me pongo las manos en las caderas y cierro los ojos. —No—. Por supuesto que no lo haría. Sasha y yo no nos aferramos a un sentimiento sin sentido. Si él quiere darme algo, es inevitablemente importante. Tú no mandas nada importante.

—Ábrelo—, dice Nero y mi mirada se fija en la suya. Tommy me tira suavemente hacia atrás. Nero se levanta y se mueve alrededor del escritorio, de pie a un lado mío y a unos metros de distancia. Uno de sus hombres recoge el paquete, y de repente me doy cuenta a través de mi niebla de que piensan que podría ser una bomba. El tipo que lo abre tiene una expresión de acero, pero puedo ver el sudor que le salpica la frente. El papel se rasga y todos parecen contener la respiración mientras miran dentro.

—Está bien—, dice, sacando un pequeño peluche del paquete. Frunzo el ceño cuando me pasa un sobre. Es blanco y no tiene nada escrito.



Completamente discreto. Lo abro y saco una tarjeta que dice: Felicidades, en ruso. La foto de una cigüeña está debajo de la escritura, y hace que mi estómago se caiga. Tiemblo antes de abrir la tarjeta, pero en el momento en que veo las palabras, todo mi cuerpo se adormece.

—Palomita,

Escuché que las felicitaciones están a la orden del día.

Siempre me has hecho sentir muy orgulloso, y ahora me darás un nieto, engendrado por nada menos que Nero Verdi.

Él será fuerte. Será el soldado perfecto.

Sin embargo, debes volver a casa ahora. No me hagas ir por ti.

Te veré pronto, palomita.

Nicholai.—



Kiss Me

14. NERO

Observo como su cara se drena de color y la tarjeta se desliza de sus dedos al suelo. Entrecierro los ojos y espero a que ella diga algo, pero en lugar de eso se da la vuelta y sale de la habitación.

—¿Una?— Voy tras ella. Cuando rodeo la puerta, la veo caminando por el pasillo, con su mano buscando la pistola que lleva en la parte de atrás de sus vaqueros. ¿De dónde coño ha sacado una pistola? Llega a la puerta principal y mis hombres se apresuran a detenerla, pero hay algo en la forma en que se mueve, como un depredador en la cacería, que me hace levantar la mano y agitarla. No puedo permitirme perder buenos hombres por su temperamento.

—¿Jefe?— Gio pregunta por detrás de mí.

—Yo me encargo de esto. Trata de averiguar de dónde vino ese paquete. Quiero saber quién lo entregó—, digo sin dejar de caminar.

Sigo a Una por la puerta principal y ella acecha hacia la puerta recién reemplazada esta mañana, después de su intento de fuga. Una vez más, despido a mis hombres y ellos abren la puerta, permitiéndole salir. Ella nunca rompe el paso, ni siquiera los reconoce, sino que sale por la puerta y se engancha a la izquierda en el bosque.

—Pongan toda la propiedad bajo llave. Nadie se acerca a menos de cien metros de la puerta—, le digo al guardia.

—Sí, jefe. ¿Necesitas ayuda?— pregunta, mirando a Una.

—No. Dame tu arma—. Rápidamente coloca su arma en mi palma que espera y la sigo hacia el bosque.

Perdiéndola de vista por un momento, entro en pánico, pensando que ha vuelto a huir, pero entonces oigo un disparo delante de mí. Salgo a toda velocidad hacia el sonido del disparo y me detengo cuando llego a un pequeño claro en el bosque. Una está de pie en el medio, con el arma levantada mientras dispara a un árbol. ¿Qué carajo está haciendo?

Lentamente, me acerco a ella mientras dispara ronda tras ronda, vaciando el cargador. Su mano cae a su lado y el silencio desciende, cayendo sobre nosotros como una manta. Me muevo delante de ella. Está parada como una estatua, incluso su respiración apenas se distingue. Sus ojos están cerrados y su expresión casi serena.



—Morte—, susurro.

Sus ojos se abren de golpe y no hay nada allí. Se ve exactamente como se veía hace meses: muerta, inhumana, sin emociones. Inclina la cabeza hacia un lado y eso sólo aumenta su calidad de animal. Siempre he tenido un saludable respeto por este lado de ella, incluso cuando me siento atraído por él. Esta es la parte de ella que cortará la cabeza de un hombre sin parpadear, y si eso no es caliente, entonces no sé lo que es. Extiendo la mano y acaricio su mejilla suavemente. De nuevo, sus ojos se cierran y ella se inclina hacia mi toque, soltando un largo aliento. Me acerco a ella y me sorprende inclinando su cabeza hacia atrás y presionando sus labios contra los míos. La tomo por la cintura y la mantengo cerca mientras me acaricia la lengua sobre el labio inferior, y es entonces cuando siento el cañón de su pistola presionando mi estómago. Me echo hacia atrás y cierro los ojos con ella, nuestras caras apenas a una pulgada de distancia.

—¿Vas a dispararme, Morte?—

Su expresión vuelve a estar en blanco, completamente indiferente. Maldición, es buena. —Ya viene—, dice ella, con sus ojos distantes.

—¿Quién viene?—

No responde, así que le agarro la cara, obligándola a centrarse en mí. Ella presiona el arma más fuerte en mi estómago. —¿Quién?— Yo pregunto.

—Nicholai. Él lo sabe. Viene por nosotros—. Aprieta los dientes y un profundo ceño fruncido se graba en sus rasgos. —Ahora nunca se detendrá. No hay ningún lugar donde pueda esconderme, ningún lugar donde pueda correr. Incluso si voy a él, no será suficiente. Él querrá al bebé—.

Frunzo el ceño. —No vas a ir a ninguna parte—.

Ella traga fuerte y deja caer su mirada al suelo. —Todo lo que quería era hacer algo bueno. Sólo una cosa buena en toda una vida de maldad. Tener un bebé. Dárselo a una familia que lo amaría. Y ahora..—.

Acaricio mi pulgar sobre su pómulo. —Ahora nada. No te tocará, ¿me oyes? Nunca—.

Me mira y, por primera vez desde que conocí a Una, veo un miedo real y genuino en esos ojos violetas suyos. —No sabes de lo que es capaz—.

—¿Por qué quiere un bebé?—



Ella cierra los ojos. —Para que lo criemos como el soldado perfecto—, susurra. Las palabras me dan escalofríos, y veo el tipo de vida en el que creció Una. Sabía que era de la Élite. Sabía que la habían entrenado desde pequeña, pero creía que Nicholai se preocupaba por ella a su manera. Esto es más que eso. Esto es una locura. —Y ahora... no tengo otra opción—, dice. —Tengo que tratar de escapar de él—. Respira profundamente. —Me queda una bala. No quiero dispararte, Nero, así que déjame ir—.

—Así que dispárame, pero será mejor que me mates, porque si te vas, te perseguiré hasta los confines de la tierra—. Su mandíbula se tensa y el arma se retuerce en su mano, clavándose en mis costillas. —¿Cuándo te vas a dar cuenta de que no estás sola?—

Se tambalea por un segundo, y luego cae en cuclillas, apoyando la empuñadura del arma en su frente. —Debería haberme deshecho de ella—, susurra. —Fui tan estúpida, tan jodidamente egoísta al pensar que podía hacer esto—.

—Morte, olvidas quién eres, quiénes somos—. Ella me mira. —No corremos. Te lo preguntaré una vez más, ¿confías en mí?— Le tiendo la mano y ella la mira fijamente por un segundo antes de volver a mirarme.

—Prométeme una cosa—, dice con un asentimiento. —Si viene por mí, no dejes que me lleve—.

—Nunca—.

—Lo digo en serio, Nero. Si tienes que matarme para alejarme de él, entonces hazlo—.

—Una..—.

—No tienes ni idea de lo que me hará, de lo que hará con este bebé—. Se ve tan desolada, como si fuera su única opción, un destino resignado. —Yo... nunca saldré de ese lugar—.

Cierro los ojos y trago fuerte. ¿Puedo prometerle eso? ¿Podría matarla a ella y a mi hijo para salvarlos de ese loco ruso de mierda? Abro los ojos y la miro, y veo cuánto necesita que le diga que haré esto. —Bien—, digo y ella asiente, deslizándose su mano en la mía mientras la pongo de pie. Se acerca a mí, presionando su mejilla contra mi pecho. La envuelvo con mis brazos lentamente, sosteniéndola hacia mí durante largos minutos.

—¿Realmente ibas a dispararme?— Finalmente pregunto.



Ella se aleja y yo la libero. —No deberías hacer preguntas de las que ya sabes la respuesta—. Alcé una ceja y ella puso los ojos en blanco. —No habría sido herida de muerte—, dice antes de darse la vuelta.

—Tranquilizador—, murmuro, siguiéndola a través del bosque.

Tan pronto como rompemos la línea de árboles, Gio, Tommy y dos soldados están ahí de pie, con las armas en la mano y esperando. Gio mira fijamente a Una y ella le saluda con los dedos antes de pasar junto a él, moviendo las caderas a cada paso. Tommy se aparta y la sigue. Dios sabe que él es el más seguro a su alrededor.

—¿Podrías dejar de mirarle el culo el tiempo suficiente para decirme qué coño está pasando?— Gio dice con impaciencia.

Me giro para enfrentarlo. —El ruso está llegando. Quiero que todos nuestros mejores hombres estén listos para salir en una hora—.

—¿Adónde vamos?—

—Al penthouse—. Es imposible entrar, y eso lo convierte en el lugar más seguro que tenemos—. Parte de mí quiere tomar a Una y huir, pero nunca he huido de nada. Siento como si me partieran en dos. La parte más primitiva de mí, está luchando con esta nueva parte, este instinto que necesita proteger a ese bebé a cualquier costo. Pero el hecho es que Una y yo somos temidas por una razón. Ella me ha dicho que no podemos hacer esto, que nuestro mundo es peligroso. La ironía es que para proteger a ese bebé, necesitamos ser exactamente lo que somos: formidables, temidos y poderosos. Eso, puedo hacerlo.

Una no ha dicho una palabra, todo el viaje desde los Hamptons. En el momento en que entramos en el ático, se dirige a las escaleras. Puedo decir que está asustada. Eso en sí mismo debería asustarme. Discuto algunas cosas con los chicos. Seguridad, turnos, inteligencia en el futuro y luego subo las escaleras y abro la puerta del dormitorio. La luz del pasillo se derrama en el cuarto oscuro, y puedo ver a Una en la cama. George se acuesta a su lado, con la cabeza apoyada en su pecho mientras ella pasa sus dedos por encima de su cabeza.

Entro, y George salta, corriendo de la habitación. Juro que ese perro se convierte en un rebelde total cuando ella está cerca.

Me quito el traje y me voy a duchar. El agua caliente golpea mis músculos tensos, pero no ayuda en nada. Estoy tan tenso que duele. Necesito pelear



o follar. Cuando vuelvo al dormitorio, Una está tumbada de espaldas, mirando al techo. Sus labios están en una línea apretada y tiene esa mirada decidida en los ojos que a veces tiene. Voy al armario y me pongo un par de calzoncillos antes de meterme en la cama. Me apoyo sobre un codo y la observo por unos momentos.

—¿Qué está pasando por esa mente tuya, Morte?—

—Todo fue tan inútil—. Respira profundamente y gira la cabeza a un lado.

—Estaba dispuesta a sacrificar cualquier cosa por este bebé—.

Frunzo el ceño. —Te habrías marchado—, digo, recordando nuestra conversación, ella diciéndome que no quería ser madre. Algo de eso no me gustó. Nadie se esfuerza tanto por una vida de la que felizmente se alejaría.

—Mientras Nicholai no pensara que era mío, estaría a salvo. Así que sí, me habría mantenido alejada—.

Suelto un aliento pesado. —Una..—.

—Pero el tiempo de los actos desinteresados ha pasado. Acaba de traer una guerra a nuestra puerta—. Sus ojos se entrelazan con los míos y se sienta, arrastrando sus uñas sobre mi mandíbula mientras roza sus labios con los míos. —No sé si podremos ganar, pero te necesito—, respira contra mi boca. —Los mataremos a todos, o morimos en el intento—. Ahí está mi reina, con la corona manchada de sangre en su lugar.

Sonrío y le pongo una mano en la nuca, rodando sobre ella. —Vivo para la maldita guerra—.

—Entonces mataremos a todos los que nos podrían hacer daño—, dice.

Joder, es caliente cuando se pone violenta. Me muerde el labio inferior y me clava las uñas en la espalda haciéndome gemir. Arranco el botón de los jeans tan fuerte que se sale, y luego, me siento y le tiro el material por las piernas junto con su ropa interior. Deslizo mis manos por debajo de su trasero, la aprieto y presiono mi boca sobre ella. Un gemido tambaleante sale de sus labios mientras pasa sus dedos por mi cabello, acercándose. Ella gira sus caderas, empujando contra mi boca mientras meto la lengua dentro de ella. De repente, me rodea la nuca con una pierna y me aprieta, me ahoga sosteniéndome mientras me pone de espaldas. Aterrizo con sus muslos a horcajadas en mi cara y pone su coño en mis labios. Sonrío y arrastro mi lengua a lo largo de ella mientras me folla la cara. Se inclina hacia atrás y pone una mano sobre mi estómago, moviéndose rítmicamente. La tomo por las caderas y me levanto de la cama, tirando de ella para acercarla. Todo su cuerpo se aquieta y se tensa y largos



gemidos se deslizan por sus labios. Me encanta verla romperse para mí, porque sé que Una no se rompe. No por nadie. Esto de aquí, es una rareza, un regalo que ella me da porque me ve lo suficientemente fuerte como para dármelo.

Su cuerpo se debilita y la lanzo a un lado, poniéndome de rodillas y dándole la vuelta. Ella jadea fuertemente y su piel está cubierta de una fina capa de sudor. Levanto sus caderas en el aire y le meto dos dedos dentro de su coño. Ella presiona su cara en su brazo, amortiguando sus gemidos.

—Jodidamente te amo, Morte—. Agarrando un puñado de su cabello, la levanto sobre sus manos y le giro la cabeza hacia un lado. Su espalda presiona contra mi pecho, la piel se desliza sobre la piel mientras beso un lado de su cuello. Ella tiembla y sus respiraciones se convierten en gemidos con cada roce de mi boca sobre ella. —Eres mía—, respiro contra su oreja. Deslizo mi mano por el frente de su cuerpo y la enrosco alrededor de su garganta, tirando de ella hasta sus rodillas. Ella mira por encima de su hombro y se empuja contra mí. Agarrando su cadera con fuerza, me deslizo hacia ella de un solo empujón.

La lujuria y la violencia se arremolinan entre nosotros, mezclándose con la necesidad mutua de proteger lo mismo. Por primera vez, Una y yo estamos completamente en el mismo equipo y puedo sentir el poder de eso. Somos uno, y seremos imparables.

Me agarra la muñeca, me clava las uñas en la piel, gira la cabeza a un lado y me besa. Aprieto los dientes porque ella se siente como en el cielo. Nunca tendré suficiente de ella, nunca me cansaré. Todo acerca de sus retos me empuja, y la anhelo. La necesito a mi lado.

Mi nombre cae de sus labios, y entonces ella gime, su espalda se inclina mientras me empuja hacia atrás. Me encanta verla así, completamente vulnerable sólo para mí. Ella se aprieta a mi alrededor y yo gimo cuando el placer se dispara por mi cuerpo. Le digo que es mía y me vengo, sé sin duda alguna que es dueña de una parte de mí.

—¡Joder!— Un gemido gutural bajo se desliza de mis labios. Sus uñas se deslizan por mi brazo mientras mis dedos se aprietan alrededor de su garganta. Ambos nos lanzamos hacia delante, y yo descanso mi cara entre sus omóplatos, respirando con fuerza sobre su piel húmeda. Finalmente, ella se pone de espaldas. Se ve tan jodidamente inocente, su pelo rubio



blanco desordenado, sus mejillas sonrojadas y su cuerpo hinchado con el bebé que puse en ella. Presiono mis labios contra los de ella y trabajo su pecho, succionando un pezón en mi boca a medida que avanzo. Y luego, presiono un beso contra la piel de su estómago. —Ningún bebé estará más protegido—, murmuro, mirando a Una.

Ella arquea una ceja. —Creo que la mayoría de la gente sólo compra una minivan y tapa con cinta los enchufes eléctricos—.

—No somos la mayoría de la gente, Morte—.

Se sienta, acercando su cara a la mía. Sus cejas se juntan y una pequeña línea se hunde entre ellas. —¿Es así como se siente el miedo?—

—Tal vez—.

Se frota el pecho. —Siento que me estoy deshaciendo y que todo lo que he conocido se está deshaciendo hilo a hilo. ¿Quizás no estoy hecha para esto?—

—Nunca nadie fue más adecuado—. Es viciosa y peligrosa, y me da pena cualquiera que intente hacer daño a su hijo. Puede que no tenga el material materno clásico, pero sólo hay que mirar el reino animal para ver que las mejores madres son también las más letales.

Cuando me despierto por la mañana, Una se ha ido y, como de costumbre, tengo que ir a buscarla. La encuentro de pie frente a Gio, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras le mira fijamente. —Voy a contar hasta tres, y luego voy a partirte el cuello y dejar tu cuerpo aquí mismo para que lo encuentre Nero—, dice, con un tono frío como el hielo.

—Yo no..—. empieza Gio.

—Uno—, cuenta mientras me acerco por detrás y le beso el cuello antes de pasar por delante de los dos en busca de café. —Dos—.

—¿Por qué le estás contando a él?— Le entrecierro los ojos.

Ella mira por encima del hombro de Gio. —Quiero mis armas, y él no me las dará—.

Suspiro pongo las manos al costado de la encimera de la cocina, esperando que el néctar negro se elabore. —Gio, yo me encargo de esto—.

Gio se aleja, sacudiendo la cabeza mientras se va. —No, no lo tienes—, dice Una mientras se acerca a mí, con una mirada feroz en su rostro.

—Nena, tú y las armas..—.



Me señala a mí. —No te atrevas, joder. Soy mejor tirador que cualquiera de tus soldados de mierda. Soy mejor tirador que tú. Entonces, ¿cómo va a hacer esto, Nero? ¿Vas a tratarme como a un prisionero? ¿Tu propia incubadora personal?— Ella me frunce el ceño, su mandíbula se pone dura. —No te necesito, recuérdalo—.

Siempre tiene que presionar. Me acerco a ella y la agarro por la garganta, acercando su cara a la mía: —No me presiones antes de que haya tomado un café, joder—. Ella continúa fulminándome con la mirada, pero no hace ningún esfuerzo para salir de mi alcance. —No eres un prisionero. Eres mi igual—. La aparto de mí. Ella retrocede un paso y le doy la llave de la armería.

Se da la vuelta antes de retirarse voltea sobre su hombro. —En realidad, soy el Beso de la Muerte. Nadie es mi igual—.

Maldita sea, me hace querer hacerle daño y follarla. Lo juro por Dios, en el momento en que el bebé salga de ella... Para cuando termino de haberme tomado el café, Una ya bajó las escaleras con sus pantalones de yoga y su sostén deportivo, con los auriculares puestos. Su pelo está recogido en una cola de caballo alta y sus manos están envueltas.

—¿Te apetece una ronda?— me muestra una sonrisa irónica.

—No voy a pelear contigo—. Mis ojos caen sobre su estómago.

Ella me mira fijamente. —Puedes ser mi saco de boxeo entonces—.

—Cualquiera pensaría que sólo quieres arruinar mi linda cara—. Yo me río.

—Eres demasiado bonito para ser un jefe de la mafia. ¿Seguro que no quieres que te deje algunas cicatrices? ¿Hacerte parecer más guapo?—

Me pasa un dedo sobre el corte aún en proceso de curación en mi cuello de la semana pasada. —Tengo muchas cicatrices, cortesía de usted, gracias—, le digo. A saber, el maldito y feo agujero que me hizo en el hombro. Se encoge de hombros. —Sólo piénsalo de esta manera, si alguna vez decides matarme, mi cabeza será un trofeo mucho más bonito que el de Arnaldo—.

—Cierto—. Sus ojos se entrecerraron, una sonrisa de satisfacción sonando en sus labios. Sólo el recuerdo de la cabeza decapitada de Arnaldo es suficiente para ponerme duro por ella. Descubrió de la forma más dura lo que pasa cuando se cabrea a Una. Es despiadada.



Doy un paso hacia ella mientras ella retrocede hacia el gimnasio. —
¿Alguna vez te dije lo caliente que encuentro tus ataques de violencia
extrema?—

Se encoge de hombros y se aleja de mí. —Hormonas—.

—Todavía caliente—.

Una sonrisa irónica se dibuja en sus labios. —Estás enfermo—, dice
mientras abre la puerta del gimnasio y la cierra detrás de ella.

—Dice la mujer cuyos arrebatos hormonales incluyen volar una casa y
matar a dieciocho hombres—, murmuro para mí mismo antes de ir a la
oficina.



15. UNA

Golpeo la pesada bolsa una y otra vez hasta que me duelen los brazos y el sudor corre por mi espalda. Casi espero que Nero venga a verme, pero no lo hace y estoy agradecida. Necesito tiempo para pensar, para repasar todo lo que tengo en mi mente. Una parte de mí odia que Nero me haya atrapado. Esa parte siente que es su culpa que estemos aquí porque no me dejó escapar. Pero entonces pienso: ¿qué pasa si podemos ganar esto? Es muy poco probable, pero ¿y si pudiéramos? Y ahí está, esperanza. Nero me hace sentir cosas, quiere cosas, y creo que prefiero caer en un resplandor de gloria con él a mi lado, en lugar de entregar a mi hijo a un extraño y volver a Nicholai para que vuelva a ser su mascota favorita. Él llega demasiado lejos, pide demasiado, y yo lo mataré o moriré en el intento.

Al acercarme a Nicholai, todo debe ser estratégico. No piensa como la gente normal. Es la encarnación del depredador supremo, inteligente, persistente, despiadado, rico y loco. Si sumamos todo eso, nos enfrentamos a un oponente que realmente me asusta. También hay mucho en juego aquí. He sido entrenado para no temer nada, pero es fácil no temer cuando el peor de los casos es la muerte. Mi propia muerte no me asusta, pero la de mi bebé... De repente el miedo es algo muy real, muy tangible, y no me gusta. No me gusta la forma en que se asienta en mi pecho y hace que el simple acto de respirar se sienta como una tarea. Todo mi cuerpo late con una tensión que nunca he sentido. Y está constantemente ahí, presionando mis músculos, apretando alrededor de mi pecho. Hago una pausa y descanso mi frente contra la bolsa, respirando profundamente.

No, no dejaré que eso suceda. Incluso si me caigo, Nero estará allí. Tengo que confiar en eso. El camino ante mí parece tan claro y sin embargo imposible. La única forma en que Nicholai se detendrá es si está muerto, ¿pero se puede hacer? ¿Puede un jugador tan importante en la Bratva ser realmente derribado? Tal vez, podría ser capaz de acercarme lo suficiente a él. Después de todo, soy su favorita.

Me aparto de la bolsa y salgo del gimnasio, quitándome las vendas de las manos. George está tumbado de lado justo fuera de la puerta del gimnasio, pero se levanta en cuanto me ve. Sonriendo, paso mis dedos sobre su elegante abrigo mientras camina a mi lado. Uno de los soldados de Nero pasa corriendo junto a mí, con la mano pegada a su oreja mientras dice



algo en un auricular. Todo lo que oigo es una palabra: intruso. Es suficiente para que mi ritmo cardíaco se acelere y me haga desviar hacia la armería, un cuarto de pánico reforzado escondido detrás de un panel en el comedor. Nero no es nada si no es ingenioso. Presiono el llavero en la ranura de la pared e introduzco un código. La puerta se abre con un silbido y entro. Hay una pared de armas en un lado y pantallas de televisión en el otro, todas mostrando varias cámaras en el apartamento y el edificio. Miro a cada una de ellas, haciendo una pausa en el vestíbulo. Entrecierro los ojos ante el grupo de hombres con traje, todos rodeando a un solo hombre. Su cabello es casi blanco, pero su rostro es juvenil. Sasha. Dos hombres yacen a sus pies, inconscientes o muertos. Los tipos que lo rodean parecen recelosos, aunque él parece completamente tranquilo. Típico de Sasha. ¿Es amigo o enemigo ahora? No es un secreto que su lealtad está con Nicholai. Pero se acercó a Nero, y me ayudó a huir. Dudé un momento antes de salir de la habitación y dirigirme al ascensor. Hay un tipo haciendo guardia, y alcanza su arma tan pronto como me ve.

—Tienen que recibir el memorándum de que no soy un prisionero—, gruño.

—Lo siento, señora. Órdenes del jefe. Nadie se va. Nadie entra—. Sonrío, acercándome lo suficiente para que mi abultado estómago roce contra él. Él traga fuerte y se pone rígido. —En primer lugar, llámame señora otra vez, y te cortaré la lengua. En segundo lugar, piensa en mí como una extensión de Nero, porque si me vuelves a faltar el respeto, no te va a ir bien—. Temblando, él asiente y yo pongo una sonrisa falsa en la cara. —Ahora, llama por radio a esos idiotas y diles que dejen subir a Sasha—.

—No toques tu radio—, la voz de Nero viene desde atrás de mí, baja y dominante.

Me vuelvo hacia él, con la mirada perdida. —¿En serio?—

Sólo lleva un par de pantalones de entrenamiento, su pelo aún está húmedo por la ducha. —¿Confías en él?— pregunta incrédulo.

—Por supuesto, es Sasha—. No es una mentira completa. Confío en que no vendría aquí a hacerme daño, pero no es que no le diría a Nicholai todo lo que sabe. No lo juzgo por eso, la clase de educación que tuvimos, te trastorna la mente a través del miedo y el condicionamiento. Sentí la misma lealtad ciega a Nicholai durante años, pero tenía algo a lo que aferrarme fuera de esas instalaciones: una hermana. Sasha nunca tuvo



eso. Lo más cercano que tiene a la familia somos Nicholai y yo, y esencialmente le estoy haciendo elegir entre su padre y su hermana.

—¿Y si está aquí para matarte? ¿No sería el peón perfecto? Es lo suficientemente cercano a ti como para que confíes en él, lo suficientemente hábil para derribarte, y sin duda prescindible, así que si lo mato después, a Nicholai no le importará—.

Suspirando, pongo mis manos en mis caderas. —Sasha es bueno, pero no mejor que yo, y mucho menos cuando estoy rodeada por la mitad de esta multitud—. Pongo los ojos en blanco. —Y Nicholai no me quiere muerta. Es lo último que quiere—.

—Una—.

—Por favor, sólo confía en mí. Puede que tenga información. Hasta ahora no ha hecho más que ayudarnos—.

Sus cejas oscuras se juntan y cruza los brazos sobre su amplio pecho. —No me gusta—.

—Entiendo—.

—No le digas nada. ¿Cómo supo que estás aquí? ¿Sabe Nicholai dónde estás?—

—Capo—, resoplo, —eres dueño de dos propiedades en Nueva York. No es difícil, además, Sasha puede hackear cualquier cámara de seguridad, en cualquier lugar. Si quiere encontrar a alguien, lo encontrará—. Muevo la barbilla hacia la cámara en la esquina de la habitación. —Puede atravesar todos tus cortafuegos. Es bueno—.

—Eso es tranquilizador—, refunfuña. —Diles que lo traigan—, le dice al tipo que sigue detrás de mí. Se da la vuelta y desaparece por la escalera. Lo veo irse, esperando que el ascensor suba a la cima del edificio. Unos segundos más tarde siento a Nero acercarse por detrás sin siquiera mirar. Se mueve para pararse un poco delante de mí y pone una camisa sobre su cabeza antes de enfrentar el ascensor como mi propio perro guardián personal. Por puro principio, me pongo a su lado, doblando los brazos sobre el pecho.

El ascensor suena y las puertas se abren, revelando una pared de italianos bien situados. A los hombres de Nero todavía no les gusto, y la mayoría de ellos me miran fijamente o me ignoran por completo. No me importa, pero me preocupa que su lealtad a Nero pueda flaquear ya que está follando al



enemigo. Él y yo sabemos que fue una represalia, pero incluso yo admitiré que veintiún italianos muertos es difícil de explicar. Y bueno, los italianos parecen estar todos vinculados. Garantizado, cada tipo que maté tiene un primo o sobrino o hermano dentro de las filas de Nero, lo que siempre es reconfortante.

Los hombres en traje salen, alineándose a cada lado de las puertas y revelando a Sasha. Su cara es de acero como siempre, sus rasgos son severos y angulosos. Una pequeña línea del ceño se hunde entre sus cejas mientras sus ojos se mueven desde mi cara hasta mi estómago.

—Así que es verdad—, dice simplemente. Yo asiento y él mira alrededor de la habitación.

Puedo ver su mente procesando cada detalle, buscando amenazas. Está evaluando todo, desde la distancia entre nosotros hasta la forma en que cada hombre sostiene su arma, detectando debilidades, planeando, haciendo estrategias. Lo sé, porque es exactamente lo que hago cuando estoy en una situación hostil.

—¿Por qué estás aquí, Sasha?— Yo pregunto.

Miró a Nero, y luego volvió a mí, sus labios apretados en una delgada línea.

—Danos un minuto—, le digo a Nero.

—No—.

Me giro para mirarlo y él simplemente mira fijamente a Sasha, su expresión no dice nada. —Nero—... digo. Su mandíbula se aprieta, los músculos revoloteando bajo la piel bronceada.

Nero mira a los chicos a ambos lados del ascensor. —Váyanse todos. Gio, quédate—. Los hombres hacen lo que se les ordena, entrando en el apartamento y dejándonos sólo a Gio, Nero, Sasha y a mí. Me doy la vuelta y los ojos de Sasha se encuentran con los míos. Sé lo que está pensando, que acabo de reducir el rebaño y emparejar las probabilidades. Me acerco a él y él cierra la distancia entre nosotros, tirando de mí en un abrazo que me pone tensa. Sasha y yo nunca nos hemos abrazado. No es algo que se hace cuando ninguno de los dos puede soportar ser tocado.

—Siento mucho haberles ayudado a llegar a ti. Tenemos que llevarte lo más lejos posible de aquí—, susurra en ruso, tan silenciosamente que apenas supera el aliento. Siento que algo sólido presiona mi estómago y lentamente me alcanza, mis dedos rozando el frío metal de una pistola. —¿Lista?— dice, su cuerpo se tensa, preparándose para el ataque.



—Espera, Sasha—. Me alejo un poco de él. —No me voy a ir—.

—¿Qué coño está pasando?— Nero gruñe. Oigo el clic de un seguro que está siendo retirado por Gio, y puedo sentir la agresión que se desprende de Nero como un ser vivo deslizándose sobre mi espalda.

Le tiendo la mano a Nero porque Sasha, aunque como mi hermano, sigue siendo un asesino letal. No me hará daño, pero Nero y Gio son simplemente objetivos evaluados en su nivel de amenaza. Yo sé esto. —No voy a correr—, digo, en inglés esta vez, sacando el cargador del arma que me dio y devolviéndosela.

Esos ojos verdes de jade se encuentran con los míos, la preocupación y la confusión nadando en ellos. —Una, él lo sabe—.

Asiento con la cabeza. —Estoy consciente—.

—Entonces sabes que quiere ese niño—, dice, con la voz en alto. Se arrodilla y se pasa la mano por el pelo agitadamente. Solíamos arrodillarnos cuando entrenábamos en el campo como una forma de hacer estrategia, tomándonos un minuto para planear.

—¿Dónde podría ir, Sasha? No hay ningún lugar donde no me rastree—.

—Entonces..—. Suspira. —Entonces vuelve a casa, ruégale que te perdone. Sabes que lo hará. Él te ama. Esto... sólo está empeorando las cosas para ti, Una—. Nero deja salir un gruñido bajo detrás de mí y me vuelvo contra él.

—¿En serio? Sólo ve a la cocina—, le digo con los dientes apretados. Él frunce el ceño, mirándome como si yo fuera otro de sus peones a los que hay que mandar.

—Perdóname si no confío en tu amigo súper asesino—, dice Nero.

—Juro por Dios, Nero, dolor, mucho dolor,— espeté.

—Pensé que el estrés era malo para los bebés—, dice Sasha rotundamente.

Me vuelvo hacia él y no puedo evitar sonreír. —Oh, bueno—, digo, —el pobre cabrón no tiene ninguna oportunidad entonces—. Se pone en pie, mirando de nuevo a Nero.

—El italiano es volátil e impredecible—, dice en ruso. —Hará que te maten—.

—En nuestro mundo, lo volátil e impredecible gana guerras—. Dejo caer mi mirada al suelo y respiro profundamente. —Él es peligroso y yo necesito el peligro—.



—Por favor, vuelve a casa—, ruega. Puedo ver el indicio de miedo en sus ojos, y sé que no es por el bebé, es simplemente por mí porque soy lo más cercano a la conexión humana que tiene.

Suspiro, arrastrando una mano por mi cabello. —Nunca voy a volver, Sasha. Le hará a este bebé lo que nos hizo a nosotros—.

Su expresión es firme, su postura es rígida y tensa como siempre, lista para un ataque en cualquier momento. —¿Fue tan malo?— pregunta.

Lo que Sasha no puede ver es que, a pesar de sus muchas fortalezas, su vida es una existencia triste y lamentable. Cuando lo conocí, tenía trece años. Él tenía catorce, pero él ya llevaba cinco años en el centro. Tal vez Nicholai me reclutó demasiado tarde, porque nunca dejé de lado la vida que tenía antes de llegar a la Élite. Sasha es la encarnación viviente de todo lo que Nicholai quería que fuera. Su vida es todo lo que Nicholai elige en ese momento porque no conoce nada más. No tiene libertad, sólo órdenes y cumplimiento. Y lo más triste de todo esto es que no puede verlo. No puede ver lo que le quitaron, sólo las fuerzas que le dieron, pero tienen un alto precio. —Éramos niños, Sasha—.

—Nos hizo fuertes, Una. Tú eres la más fuerte de nosotros, y sin embargo se lo echas en cara— dice, con su voz levantándose ligeramente antes de recomponerse de nuevo.

—Nos quebró y nos convirtió en armas—. Doy un pequeño paso atrás y me acerco a Nero. —He hecho mi elección—.

Los ojos de Sasha se dirigen a Nero, su mandíbula se fija en una línea rígida. —¿Crees que eres lo suficientemente fuerte para protegerla de lo que se avecina?— le dice a Nero en inglés.

—Un gran poder conlleva una gran responsabilidad—, responde Nero de forma enigmática.

Sasha respira profundamente. —No tienes ni idea de lo que se avecina—. Se pellizca el puente de la nariz. —Irás a por tus debilidades—. Sus ojos se dirigen a Nero otra vez. —Y has desarrollado muchas, pero trataré de ayudarte—.

—¿Por qué?— Frunzo el ceño. —Si Nicholai se entera..—.

—Porque eres mi hermana y te quiero—.

—Yo también te quiero—. Me pican los ojos y maldigo estas malditas hormonas. Se da la vuelta y entra en el ascensor. —Pero Sasha..—. Me



mira. —No te pongas en peligro por mí. No espero salir viva de esto—, digo en ruso porque Nero no necesita saber lo bajas que son mis expectativas. Le lanzo el cargador a Sasha y él lo toma en el aire justo antes de que las puertas se cierren.

Me aferro a esas últimas palabras entre nosotros, porque no sé si lo veré o cuándo lo veré de nuevo, y realmente, Sasha es más como un hermano para mí que mi verdadera hermana. Sasha y yo siempre hemos sido muy unidos, pero no creía que ninguno de los dos fuera capaz de amar. ¿Ha cambiado él, o soy sólo yo? ¿Siempre me ha amado y no he tenido emociones para verlo? Después de Alex, rechacé y temí el amor como si fuera una plaga. Amar a Alex me costó mucho, y haría cualquier cosa para evitar ese dolor otra vez. Perder a alguien que te importa tan profundamente es un dolor como ningún otro, te hiere, dejando cicatrices que nunca se curan. Y entonces pienso: ¿qué pasaría si Nicholai matara a Nero? Me preocupo por él, estoy comprometida con él como un aliado, como el padre de mi hijo, y tal vez... tal vez lo amo de alguna manera. Matar a Alex me arrancó el corazón, y no me queda mucho para dar, pero creo que cualquier parte retorcida y ennegrecida que quede pertenece a Nero. Después de todo, él es mi igual. Me ha obligado a sentir cosas que creía inactivas desde hace mucho tiempo, y lo respeto de una manera que nunca he respetado a nadie más. Confío en él, y eso lo dice todo.

Me vuelvo para enfrentarlo. Sus brazos están doblados sobre su pecho y su pelo está desordenado como si hubiera estado arrastrando sus manos a través de él. —Elegiste quedarte—, dice simplemente. Asiento con la cabeza, incapaz de decir las palabras que cuelgan en el aire. Te elegí a ti. Si quería escapar, nunca iba a tener una mejor oportunidad que con Sasha aquí. Todos los soldados del rey y todos los hombres del rey no podían detenernos a los dos juntos. Por mi cuenta, soy buena, con Sasha, somos invencibles, el mejor equipo de matanza de Nicholai. —¿Puedes confiar en él?— Nero pregunta.

Me mastico el labio inferior. —Quiero hacerlo—. Quiero creer que Sasha nunca me vendería. —Pero tienes que entender, el entrenamiento, es difícil de resistir. Y los castigos por deslealtad son...—. Los recuerdo bien. Electrocutaciones repetidas, latigazos, inmersión en agua, incluso inyecciones de veneno de escorpión que te harían alucinar. Y cuando has visto las cosas que hemos visto, esas alucinaciones no son bonitas. —No es el enemigo—.



Me observa durante unos segundos y luego asiente con la cabeza. —En el momento en que te pone en riesgo, se convierte en uno. ¿Entiendes?— Yo dudo. —Esto ya no se trata sólo de ti, Morte. Dime que lo entiendes—, exige, ese poder que lleva tan bien flexionándose y rodando como una ola. Asiento lentamente y él se aleja de mí, dirigiéndose a las escaleras. Me paso la mano por el pelo y dejo salir un largo aliento antes de seguirlo, porque necesito ducharme. Cuando estoy en el dormitorio me quito los pantalones de yoga. Nero sale del vestidor, con pantalones de vestir y una camisa a la que está abrochando los botones.

—¿Vas a algún sitio?— Yo pregunto.

Levanta una ceja, su expresión es estoica. —Tengo algunos asuntos que atender en la ciudad—.

—¿No tienes gente para eso?—

Se vuelve hacia mí, se mete la camisa y se abrocha el cinturón. —A veces, si quieres un trabajo bien hecho, tienes que hacerlo tú mismo—.

Me tumbo en la cama y estiro los brazos sobre mi cabeza. Se mueve para pararse frente a mí, sus manos casualmente se meten profundamente en sus bolsillos mientras sus ojos escudriñan mi cuerpo vestido de ropa interior. —Soy muy minuciosa en mis trabajos—, le digo, sonriéndole.

Frunce el ceño. —No—.

Suspiro y me siento. —Si no salgo pronto, es probable que lastime a Gio muy mal. Estoy seguro de que es útil si tu mano derecha tiene... bueno, una mano derecha—.

Sus labios se movieron ligeramente, la diversión rompiendo esa implacable máscara. —Morte, se supone que deberías estar pasando desapercibida—

—Eso es, no estoy segura de querer pasar desapercibida—. Él no dice nada y yo le extiendo la mano, sacando su camisa de sus pantalones y deslizando mi palma sobre su duro y caliente estómago. —No corremos y nos escondemos. Las líneas de batalla necesitan ser dibujadas, capo—. Su mano envuelve mi muñeca y la saca de debajo de su camisa.

Inclinándose sobre mí, me pone las dos manos sobre la cabeza. Sus labios son apenas un susurro de los míos. —Y por mucho que aprecie tu lealtad, Morte, no saldrás de aquí—.



—¿Igual que un prisionero, capo?— Inclina la cabeza hacia atrás y un exasperado aliento se desliza por sus labios.

Lentamente lleva su mirada a la mía, y, por un momento, simplemente nos miramos fijamente. —Eres la única persona en este mundo que podría ser mi igual—, dice arrogantemente.

Yo sonrío y subo el último centímetro, tocando mis labios con los suyos. Él está indeciso, sus labios contenidos y su cuerpo tenso. Le paso la lengua por el labio inferior y él me suelta las manos, agarrándome las caderas y tirando de mí hacia la cama, hasta que me aprieta entre las piernas. Su cuerpo se cierne sobre el mío, y yo agarro la parte delantera de su camisa, acercándolo. El aroma de su colonia teñida con humo de cigarrillo me envuelve y respiro profundamente mientras me muerde un lado del cuello.

—No hagas nada estúpido. Mantente a un metro de mí en todo momento—. Respira contra mi piel.

Entrecierro los ojos. —Te estás olvidando otra vez—.

Me pellizca la mandíbula entre sus dientes. —Nunca—. Su voz retumba en mi oído antes de que se retire y me mire fijamente. —Me reuniré con el líder del Slovo de Rusia—. Pongo los ojos en blanco. —Y no puedes poner los ojos en blanco, o dispararle, o cortarlo—.

—Bien. Pero si tratas con perros, la gente te verá como una perrera—.

—Eso no tiene sentido—, dice, alejándose de mí.

—Lo tiene si eres ruso—. Me pongo de pie. —¿Qué trato tienes con él?—

Sus ojos viajan sobre mis piernas desnudas. —Hablaremos en el coche—.

—Bien—. Voy y me meto en la ducha.

La ciudad vibra fuera de la ventana del coche. Las bocinas de los coches suenan cuando nos sentamos en el tráfico de parachoque a parachoque. Solía odiar la ciudad, los altísimos rascacielos, los viajeros ignorando todo, la forma en que la gente bajaba por las aceras como un río, los olores, el aire espeso y pútrido. Es una sobrecarga sensorial, una pesadilla para alguien como yo.

Los Foo Fighters resuenan a través de los altavoces de los coches. Miro a Nero, y él está presionado en el respaldo de su asiento, con su brazo extendido mientras casualmente pasa su muñeca por el volante. Casi parece relajado, excepto por el sutil tic de su mandíbula.

—¿Qué pasa?— Yo pregunto.



Kiss Me

Se vuelve hacia mí. —Nada—.

Vuelvo a mirar al parabrisas. —Mentiras—.

Ninguno de los dos dice nada más mientras pasamos por el tráfico de paradas y arranques y finalmente nos detenemos fuera de un viejo edificio de ladrillos justo al lado del puente de Brooklyn. Las altas ventanas están adornadas con pequeñas cajas de flores y los anchos escalones de piedra conducen a un conjunto de puertas dobles de aspecto pesado. Tan pronto como el auto se detiene, la puerta se abre y un joven con un traje elegante viene corriendo.

Salgo y Nero le arroja las llaves antes de que subamos los escalones hacia la puerta.

Llevo un vestido y unos tacones, porque aparentemente dondequiera que esté esta reunión, es una ocasión formal. Ha habido muchas ocasiones en las que he tenido que seducir a objetivos y vestirme como una mujer a la que seguirían con gusto a una habitación apartada. Pero me siento falsa, una hoja que pretende ser una flor. En algunos casos, una flor es un buen disfraz, pero en otros, quieres que te vean como algo peligroso y que amenaza tu vida. Un abrigo a la altura de la rodilla esconde de alguna manera el bulto de bebé. Sé que no tiene sentido ahora, pero mostrarlo se siente como si estuviera apuntando a un punto débil y desafiando a un enemigo a apuñalarme allí.

El brazo de Nero me envuelve la cintura y me empuja hacia su lado mientras subimos los escalones. —Te ves hermosa—, dice, con su voz divertida mientras gira un mechón de mi cabello alrededor de su dedo.

—Tengo una pistola y dos cuchillos. Te haré daño—.

Se ríe mientras me abre la puerta. Yo le miro fijamente cuando paso, pero él sólo me mira el culo. —No vayas a apuñalar a nadie. No querrás que se te manche el vestido de sangre—. Voy a mancharlo de sangre en un minuto.

Pasamos directamente por lo que parece ser un mostrador de recepción. El tipo de atrás me mira fijamente y puedo sentir sus ojos mientras doblamos la esquina. Otro juego de puertas dobles se abre en un bar. Tiene ese aire del Viejo Mundo, con suelo de madera y sillas con respaldo de alas de cuero por todas partes. No hay mucha gente aquí, pero de nuevo, todos me miran como si tuviera dos cabezas. O tal vez es Nero a quien miran.



Kiss Me

—¿Por qué están mirando?— Digo en voz baja.

Él sonríe. —No ven muchas mujeres aquí—.

Vuelvo a mirar alrededor. No hay ni una sola mujer aquí, y todos los clientes son... de cierto tipo. —Brillante, un club de caballeros. Ni siquiera sabía que aún podían seguir haciendo esa mierda sexista—. Entonces se me ocurre un pensamiento. —Espera, ¿van a intentar echarme? ¿No hacen esgrima o alguna mierda? Por favor, déjame desafiar a alguien a una pelea—.

—Hoy tienes sed de sangre—. Jesús, si se sintiera como yo ahora mismo, ciudades enteras estarían en llamas. —Morte—, dice en voz baja. —Si alguien te apuntara con un arma, me vería obligada a quitarle los dos brazos del cuerpo—.

—Dices las cosas más dulces—.

—Hmm—. Me da un beso rápido en la mejilla, antes de poner su mano en la parte baja de mi espalda y guiarme a una mesa en la esquina.

Un hombre pequeño con un peinado de aspecto grasiento se sienta allí, su caro traje a rayas está fuera de lugar y es un completo cliché. Parece de unos cuarenta años, con una ventaja para él. Evidencia de una vida dura y violenta. Pero este hombre es Slovo, y ellos son los que se alimentan de la parte inferior, oportunistas por naturaleza, pero nunca los que se arriesgan por sí mismos. Se lleva un cigarro a los labios, entrecerrando los ojos a través de los zarcillos de humo que se elevan mientras mira fijamente a Nero.

—Nero Verdi, en carne y hueso—, dice con un fuerte acento ruso.

—Igor—. Nero responde.

El hombre vuelve su mirada hacia mí. Veo el destello de reconocimiento, pero lo cubre rápidamente. —¿Y quién es esta mujer?—

—Sabes quién soy, perro—, digo en ruso.

Se ríe. —Bueno, ahora lo sé. Eres distinguida, Una Ivanov—.

Nero saca una silla para mí, y yo me siento antes de que él tome el asiento a mi lado. —Y tú eres olvidable en todos los sentidos—, le digo.

—Basta de insultos—. Nero interviene, su tono es aburrido.

—Simplemente estaba elogiando su encantador traje—. Yo me río.



La mano de Nero aterriza en mi muslo bajo la mesa, la punta de sus dedos rozando el cuchillo atado por dentro. —Igor, aquí, desea traer armas a nuestra ciudad. ¿No es así, Igor?— No echo de menos el ‘nuestra’ y tampoco Igor. Sus ojos se mueven de un lado a otro entre nosotros, estrechándose. Nero casualmente saca su paquete de cigarrillos del bolsillo y se desliza uno entre los labios antes de encenderlo. El chasquido de su encendedor al cerrarse es el único sonido mientras espera que Igor responda.

Su mano se posa sobre mi muslo y lo miro. Levanta las cejas y sacude la cabeza hacia Igor mientras inhala una larga calada. Tal vez esto sea una especie de prueba, o tal vez, él sabe que estoy aburrida.

—Es una gran pregunta—. Me inclino hacia adelante, mirando a los ojos del pequeño hombrecillo. —Pero verás, Igor, el cordero no le pide un favor al león, cuando todo lo que ofrece a cambio es su propia pierna para masticar—. Abre la boca para responder. —Y no quiero tu pierna, así que dime, ¿qué me ofreces?—

Igor coloca su cigarro en el cenicero y se inclina hacia atrás en su silla, frotando una mano sobre su barbilla. Después de unos momentos, Nero se aclara la garganta. —No soy un hombre paciente—.

Igor asiente con la cabeza y coloca las palmas de las manos sobre la mesa. El cigarro está en el cenicero delante de él, el humo se eleva constantemente en perezosos arroyos entre nosotros. —Iba a ofrecerte una nueva droga, pero te voy a dar opciones a elegir—, dice en un inglés formal. —Puedo darte una droga. Una nueva buena droga para fiesta. Toda la furia en Moscú. O..—. levanta una ceja, una pequeña sonrisa en sus labios. — Puedo convertirme en aliado—.

Hay un golpe de silencio antes de que me ría. Nero permanece en silencio. —¿Qué podrías ofrecernos?—

Él que se ríe esta vez. —Estás con él—, se cambia al ruso. —¿Por qué? He oído que te buscan, Beso de la Muerte. Escuché que mataste a Arnaldo Boticelli, luego escuché que Nicholai te está cazando. Y ahora te veo aquí, con Nero Verdi de todas las personas. Parece muy... apegado a ti—. Alisa una mano en la parte delantera de su chaqueta. —Entonces, te pregunto, ¿eres leal al lobo, o a tu supuesto león?— El lobo. Sólo los enemigos de la Bratva llaman a Nicholai el lobo, y hace mucho tiempo que no lo escucho.



—Estoy aquí, ¿verdad?— Digo a través de los dientes apretados, volviendo al inglés.

Sus ojos nunca dejan mi cara mientras respira profundamente. —Sí, pero lo que no puedo entender es por qué le eres leal—. Sacude la barbilla hacia Nero, que parece casi aburrido de la conversación. —Eres la mascota de Nicholai—.

Decido dirigir la conversación. —No tienes lealtad a la Bratva. Esto se sabe—. Los eslovacos han causado problemas a la Bratva en el pasado. Mi primer asesinato en solitario fue el de su antiguo líder.

—Los escupo—. Él frunce el ceño.

Me vuelvo hacia Nero y él se concentra en Igor durante un rato más antes de que sus ojos se encuentren con los míos. —No confío en él—, digo en italiano esta vez. —Te lo dije, es un perro, y girará la cola en cuanto alguien le ofrezca mejores sobras—.

Sus labios se inclinan hacia arriba, esa confianza fácil de su vertido en las olas. Tiene esa forma de hacerme sentir como si todo fuera posible porque es Nero Verdi, y el mundo dejaría de girar si él lo quisiera. —Esto es personal para él. Su padre fue asesinado por Nicholai—. Yo trago pesadamente porque Nicholai no hace sus propias matanzas. Él envía a su Elite. Y ahora el nombre de Igor me suena. Igor Dracov, el hijo ilegítimo de Abram Petrov, el antiguo líder. Mi primera misión en solitario.

—¿Qué es lo que quieres?— Le pregunto a Igor en inglés.

—Quiero el frío cadáver de Nicholai Ivanov a mis pies—. Él sonríe.

Cierro los ojos y me tomo un minuto. —Está bien—. De pie, desabrocho los botones de mi abrigo y separo el material. —Mi lealtad está aquí mismo—.

Sus ojos se abren de par en par mientras mira el bulto. —Pensé que la Elite no podía reproducirse—.

—Sí, bueno, evidentemente éste no es el caso—.

Él mira de mi a Nero antes de reírse. —Oh, esto será bueno—. Se inclina hacia atrás en su asiento y aplaude con las manos juntas, con una amplia sonrisa en su cara. —Te ofrezco mi ayuda, Una Ivanov. Con una condición: Que Nicholai muera—.

—¿Cuánto vale tu lealtad para mí? Los Slovo son pequeños e intrascendentes—. Más como una banda de rebeldes que otra cosa.



Se ríe a carcajadas, cogiendo su ahora apagado puro y poniéndolo entre sus labios. Lo enciende de nuevo e inhala. —No, los Bratva piensan que el Slovo no es una amenaza y así es como lo queremos. Nuestros números casi rivalizan con los suyos, pero tengo a mucha gente enterrada en la mafia, callados como ratones. Ellos escuchan. Ellos ven—.

—Está decidido entonces—, dice Nero. Ha terminado la conversación.

—Nero...—.

—Están bien conectados, y están motivados para remover a Nicholai. Si la Bratva cae, entonces pueden asumir el poder—.

Entrecierro mis ojos en él. ¿De qué demonios está hablando? Se vuelve hacia Igor y se pone en pie. —Acepto su propuesta. Puedes mover tu cargamento de armas por la ciudad, pero mantenlo limpio. Si tengo que involucrarme, no te gustará—.

Nero extiende su mano. Igor la agita antes de darme la mano. Aprieto los dientes y la tomo, forzando al asesino interior a salir a la superficie. Lo que sea que vea en mis ojos, hace que me suelte la mano rápidamente.

—Fue un placer—, ronronea Igor antes de salir del bar.

Tan pronto como estamos en el coche, volteo hacia Nero. —La Bratva nunca caerá—, digo. La red es enorme, poderosa y entrelazada hasta el gobierno de Rusia. No se puede hacer. Aunque Nicholai es uno de sus jugadores clave y su muerte sería un golpe; pronto será reemplazado.

Una sonrisa de reconocimiento se dibuja en sus labios cuando arranca el coche. —Por supuesto que no—. Eso es todo lo que dice. Maldición, el hombre es tan críptico.

—Por supuesto— no es una explicación. ¿Te importaría explicarme qué está pasando por esa loca mente tuya?—

—¿Mi mente brillante?—

Pongo los ojos en blanco. —Nero...—.

—Bien. Por supuesto, la Bratva nunca caerá, pero si matamos a Nicholai, tendrán que tomar represalias. Alguien tiene que asumir esa caída, y no puedo hacer que eso recaiga sobre la Familia. Esto tiene el potencial para empezar una guerra de la mafia—.

—Quieres aliarte para tener una opción de escape—. Maldición, él piensa en todo. Puedo planear un asesinato al pie de la letra, pensar en todas las opciones de escape, en todas las cosas posibles que podrían salir mal, pero



Nero toma eso y lo hace a escala masiva, teniendo en cuenta a los actores clave y a organizaciones, pandillas y familias enteras.

—No tiene sentido matar a Nicholai sólo para morir unas semanas después. Tengo la intención de que sobrevivamos a esto, Morte. Y tú gobernarás esta ciudad conmigo—.

Me río. —No estoy segura de que tu padre apruebe eso—.

Se detiene en un semáforo y me observa, con una amplia sonrisa en sus labios. —Tengo un plan—.

Suspiro. —¿No lo haces siempre?—

—Siempre—.



16. *NERO*

Planificación. Es todo lo que he hecho en los últimos tres días. Apenas he visto a Una porque ha estado llamando a sus contactos en Rusia mientras que yo he estado llamando a todos, a cualquiera que pueda ayudar a nuestra causa. El simple hecho es que Nicholai Ivanov viene a por nosotros y tenemos dos opciones: entregar a Una o luchar. La primera no es una opción, lo que nos deja preparándonos para una guerra con un hombre que tiene su propio ejército personal y más dinero, armas e influencia que Dios. Sin mencionar que está jodidamente loco y obsesionado con Una. De todas las mujeres del mundo, tenía que quererla.

Me paso la mano por la cara y miro los planos que Gio ha puesto delante de mí. Estoy sentado en uno de los sofás del ático y él se ha sentado frente a mí. Una camina de un lado a otro, crujendo el cuello como si estuviera a punto de hacer una locura. Gio me echa una mirada nerviosa y yo sonrío. Ella decidió que lo odia, y ahora él es el blanco de su furia, de la cual hay mucha.

—¿Así que la única forma de entrar es a través de la bahía de vehículos?— Señala el plano. Resulta que Igor fue útil. Su gente se las arregló para darnos planos precisos de la base militar de Nicholai, aunque no creo que nos sirva de mucho. El único plan que tenemos es ir a por él de frente.

Una suspira y se vuelve hacia nosotros, inclinándose sobre la mesa de café y apoyando la palma de su mano contra la madera. —La base está bien custodiada. Este es el único camino para entrar—. Dice eso apuñalando el papel con el dedo. —Está expuesto, con sólo una línea de árboles en un lado. Pueden verte venir desde kilómetros de distancia. Hay una torre de vigilancia con una ametralladora calibre 50 y balas perforadoras de blindaje, así como RPGs. Cualquier vehículo no autorizado es eliminado—, dice, levantando una ceja. Gio me mira, con las cejas juntas. —Si pasas esa puerta, te quedas con un búnker inexpugnable y a prueba de explosiones nucleares. Y sí, sólo tiene una entrada, y es la bahía de vehículos que está fuertemente custodiada por la Élite. Podría llevarte ahora mismo mientras acaricio un balón de fútbol, Gio. No tienes ninguna oportunidad contra uno de ellos, y te propones entrar en su puta base, donde viven y entrenan, donde estarán armados hasta la médula—. Se da la vuelta y vuelve a caminar, arrastrando ambas manos por su cabello.



—¿Tienes un plan mejor?— Gio dice. Se da la vuelta y lo mira fijamente. El aire zumba con la promesa de sangre, y prácticamente puedo oír su tictac, listo para explotar en cualquier momento.

—¡Sí! ¡Tenía un mejor plan hasta que ustedes dos idiotas decidieron arrastrarme de vuelta a Nueva York!— Se dirige a la ventana y apoya una palma de la mano en ella, dejando caer la cabeza hacia delante mientras aprieta y suelta el puño a su lado.

—Gio, dame un minuto—. Asiente, se levanta y sale de la habitación. La puerta se cierra con un clic, dejando un tenso silencio a su paso.

Me pongo de pie y me acerco a la ventana, estudiando el perfil de su rígida espalda. —No me hagas el enemigo, Morte—.

Apoya su cabeza contra el cristal y se nebuliza con su aliento. —Me siento como un blanco fácil—.

—Percepción, Morte. Si crees que eres un pájaro esperando una bala, entonces la bala seguro que te encontrará. Estamos haciendo estrategias, siendo inteligentes y formando un plan que realmente funcione. No puedes luchar si crees que la guerra ya está perdida—.

—Nero—, doblando el puño contra el cristal, suelta un gemido, —tu confianza no va a ganar esto para nosotros—. Se da la vuelta, apoyando la espalda contra la ventana. —Tienes que ir con tu padre—.

—No.

—Tú eres el subjefe. Necesitamos el respaldo de la mafia—.

—Estamos hablando de una guerra de la mafia. ¿Y le estaría pidiendo que la inicie en nombre de qué? La mujer rusa que mató a los nuestros—.

—Hemos ido hacia atrás y hacia delante en cada plan concebible. Como mínimo, necesitamos la protección de la mafia en las secuelas, incluso si podemos llevar a cabo esto con un número limitado de personas—. Se pellizca el puente de la nariz. —Si matamos a Nicholai, se lo colgamos al Slovo, y tenemos la protección de los italianos, estaremos a salvo. Los rusos tampoco querrán una guerra. Sin ella, somos un pájaro esperando una bala—.

Suspiro. —No entiendes—.

—Estarías pidiendo su ayuda para eliminar tu mayor competencia. Nicholai maneja todas las armas de Norteamérica. Ese comercio vale millones. Tómallo—. Se adelanta, agarrando mi chaqueta con ambas



manos. Sus ojos se cierran con los míos, la desesperación se refleja en su expresión. Está asustada y lo odio, joder. Odio que Nicholai tenga a mi viciosa asesina temiendo por su vida y la de nuestro hijo. Voy a acabar con Nicholai Ivanov, pero al mirar a Una, por primera vez en mi vida, me pregunto cuál será el precio exacto de eso.

—Morte, hay líneas que ni siquiera yo puedo cruzar—.

—A la mierda la política, Nero. Que se jodan los límites. No hiciste tanto para convertirte en subjefe, sólo para sonreír bajo la voluntad de tu padre—. Sus ojos se acercan a mi boca y se inclina, arrastrando sus dedos sobre mi mandíbula mientras sus labios rozan los míos. —Muéstrale por qué eres el futuro de la mafia. Muéstrale cómo es el verdadero poder—. Ella me besa. —Muéstrale lo que un hombre sin límites está dispuesto a hacer. Puede que los italianos me odien, pero odian más a los rusos—.

Le agarro la mandíbula, inclinando la cabeza hacia atrás hasta que me mira. —No te odian, Morte, te temen. Nos temen porque no tenemos límites—.

Su aliento caliente sopla sobre mi cara y una sonrisa malvada tira de sus labios. —Bien—.

Gimo contra sus labios que están a un suspiro de los míos. Mi viciosa reina, tan hermosamente despiadada. He crecido en la mafia, rodeado de hombres que disparan a un hombre en un momento y luego predicán sobre su honor y ética al siguiente. Una y yo somos iguales, ella se regodea en su miedo. A ella le gusta. Entendemos el poder de ser temidos incluso antes de entrar en una habitación, de que se susurre tu nombre con reverencia y asco. Me encanta eso de ella. Somos la nueva generación, más despiadada, menos indulgente, y con un código ético que nos sirve a nosotros y a los que nos son leales. Hombre, mujer o niño, si te enfrentas a nosotros, eres el enemigo y serás cortado.

Volteo la cara de Una a un lado y le beso la garganta, inhalando su aroma a vainilla y aceite para armas. —Cámbiate, ponte un vestido. Vamos a ver a Cesare—. De una forma u otra, lo atraeremos a nuestra causa. No estoy por encima de jugar sucio. Si esto es lo que Una necesita para sentirse segura, entonces se lo daré. Cesare no significa nada para mí y Una significa todo.

—Odio usar vestidos—, dice, frunciendo el ceño.



Sonrío, mi agarre se desliza de su mandíbula y descansa alrededor de su garganta. Su pulso late contra la punta de mis dedos, firme y fuerte. —A mi padre le gusta pensar que las mujeres son algo delicado, algo que hay que proteger. Y tú haces muy bien de cordero inocente, mi amor—. Ella me mira fijamente y yo me río. —Especialmente con esto—. Descanso mi mano libre sobre su estómago.

—Esto ya me está haciendo querer matar a alguien—.

Sonrío, besando su frente. —Encántalo de la forma en que me has encantado a mí—.

—Nero, traté de matarte y te pusiste duro por ello—. Pone los ojos en blanco. —Eso no es encantador, sólo es retorcido—.

Yo me río. —Te gusta retorcido—. Agarrando sus caderas, la levanto, empujándola contra la ventana. Sus piernas se enrollan alrededor de mi cintura y mi polla dura presiona contra ella. Ella se aferra a mis hombros, su aliento enganchado.

—Me encanta lo retorcido—. Le doy un beso en la nuca y ella echa la cabeza hacia atrás contra el cristal, empujando sus pechos hacia mí. El embarazo ha sido bueno para ella, y su pecho se tensa contra los confines de su camiseta sin mangas. Deslizando las correas por sus brazos, me meto un pezón en la boca y ella gime, rodando sus caderas hacia mí. —Joder—, gimo, mi polla se hincha. Me encanta como siempre responde por mí, suavizándose y abriéndose como la mariposa que es. Agarrando mi camisa, ella la desgarrá. Los botones se esparcen por todas partes, y luego sus uñas se rastrillan sobre mi piel en un rastro de fuego. Siseé y la bajé, permitiéndole deslizarse por la parte delantera de mi cuerpo. Ella pasa la blusa sobre su cabeza y comienza a quitarme la chaqueta y la camisa cuando vuelvo al sofá. Ella me acecha, sus caderas se balancean seductoramente mientras me hace sombra como un depredador hambriento. La mirada en sus ojos patina la fina línea de lujuria y violencia, ambas tan cercanas. Se quita la ropa hasta que está completamente desnuda y es tan jodidamente hermosa. Su cuerpo es duro, con músculos afilados, lleno de un mapa de cicatrices, pero suavizado por sus pechos llenos y su creciente estómago. Ella se empuja contra mi pecho y yo caigo de nuevo en el sofá antes de que ella esté a horcajadas sobre mis muslos. Sus movimientos son agresivos y frenéticos, y me encuentro con cada toque de sus labios, cada latigazo de su lengua



con la misma necesidad brutal, alimentando las llamas, antagonizándola. Ella presiona besos calientes y de boca abierta contra mi cuello, trabajando más abajo hasta que hunde sus dientes en mi pectoral. Pasa su lengua por las finas líneas de sangre que dejan sus uñas.

Con el puño en el pelo, le acerco los labios a los míos, probando mi propia sangre en su lengua mientras presiono mis dedos entre sus piernas abiertas. Un jadeo desigual se desliza de ella mientras presiono dos dedos dentro de ella. Ella toca su frente con la mía y todo su cuerpo se tensa y tiembla mientras sus respiraciones temblorosas se mezclan con las mías. Agarrándole la garganta, la sostengo a lo largo de los brazos mientras me acerco a ella con más fuerza, viendo cómo se expone tan jodidamente para mí. Sus ojos se cierran con un gemido y su piel se tiñe de un hermoso tono rosado. El pelo rubio blanco cae en cascada por su espalda mientras su cuerpo se inclina hacia adelante, sus caderas se encuentran con mis duros empujes con entusiasmo. Joder, es tan perfecta.

La suelto y la tomo por la cintura, tirándola en el sofá a mi lado. Abriendo mi cinturón, me bajo los pantalones lo suficiente como para soltar mi polla. Tan pronto como estoy entre sus muslos de nuevo, ella me envuelve con sus piernas, acercándose hasta que me deslizo dentro de ella. Sus uñas se rastrillan sobre mi cuello antes de que me agarre el pelo, tirando bruscamente. —Fóllame capo—, me exige. Y lo hago, tomando, exigiendo, poseyéndola con cada empuje despiadado. Sus manos me acarician la cara y ella me besa, acariciando su lengua contra la mía. Agarro sus muñecas y las pongo sobre su cabeza, forzando su pecho y su cuerpo a inclinarse tan jodidamente hermoso. Le muerdo los pezones, le beso el pecho, el cuello y la mandíbula mientras me la follo fuerte y rápido. Me la follo hasta que prácticamente se sale de su piel y busca mis labios. Sus besos son todo lengua y dientes y puedo saborear mi propia sangre en mi boca por un labio partido. Ella rueda sus caderas debajo de mí, encontrándose conmigo en cada empujón. Se mueve como si tratara de unir nuestros cuerpos, imprimiéndose en mí de todas las maneras posibles. Echando la cabeza hacia atrás, gime y yo paso mi lengua por su garganta expuesta, saboreando la salinidad de su piel. Ella folla de la misma manera que lucha, con una gracia salvaje que me deja hipnotizado.

—Acaba por mí, Morte—, digo a través de los dientes apretados.

Y lo hace, gimiendo y apartándose a mi alrededor, con su cuerpo retorciéndose eróticamente. —Nero—, respira.



Mi nombre saliendo de sus labios en un momento de debilidad es tan correcto, tan absoluto. Gruño, me acerco a ella con más fuerza. Me acerco, mordiendo su hombro mientras una ola de placer me ahoga. —¡Joder!—

Aun así, mi pecho se agita y mis músculos se adormecen. Descanso mi frente contra su garganta, inhalando el olor del sudor y del sexo, mezclado con su familiar aroma a vainilla. Ella me agarra el pelo, inclinando mi cabeza hacia atrás antes de besarme y empujarme de ella.

—Ahora podemos ir a ver a tu padre—, dice, poniéndose de pie.

—Ves, ahora haces que eso suene mal—.

Agarra su blusa y su ropa interior, y se los vuelve a poner antes de dirigirse a la puerta. —Una, ponte tus malditos jeans—, gruño mientras abre la puerta.

Ella mira por encima del hombro y guiña el ojo antes de salir. —Maldita sea—. Me subo los pantalones y me voy tras ella. Ella camina por el salón donde cinco de mis chicos están sentados con Gio. Los miro fijamente, retándolos a que miren en su dirección. Todos miran hacia otro lado con timidez, manteniendo sus miradas fijas en el suelo.

La alcanzo en las escaleras y la tiro por encima del hombro. —¡Bájame!— Le doy una bofetada tan fuerte que lo sentirá cuando se siente. —Te encanta presionarme—.

Entro en el dormitorio y la dejo en el vestidor. —Me gustas enojado—, dice con un ligero levantamiento de ceja.

Sacudo la cabeza. Dios, ¿cómo no me aburrí jodidamente sin sentido antes de que ella llegara? —Vístete—.

—Necesito ducharme—, dice, ladeando la cabeza y doblando los brazos sobre el pecho.

—Oh no—. La llevo de vuelta a la cómoda, envolviendo mis dedos alrededor de su delicada garganta mientras llevo mis labios a su oreja. Puedo sentir su pulso acelerado en anticipación. —No puedes lavar mi semen después de esa pequeña maniobra—.

Sus ojos se encuentran con los míos y se muerde el labio inferior con una sonrisa. —¿Ahora quién es el sucio? Pensé que querías inocente, sumiso, puro—. Se aleja, con una sonrisa irónica en sus labios.



—Nunca—. Paso mi pulgar sobre su labio inferior con brusquedad y me inclino hacia adentro. —Juega ese papel, pero lo sabremos mejor, Morte—

Roza los dientes sobre la yema de mi pulgar y mi polla se mueve de nuevo. —Mira y aprende, capo—. Sonríó y me alejo de ella, agarrando una camisa y la funda de mi pistola. Me alejo antes de decidirme a follarla de nuevo.

Cuando llego al final de las escaleras Gio se aclara la garganta. —¿Llegaste a alguna parte con los planos?— pregunta. Planos? Oh, los planos.

—Vamos a intentar un enfoque diferente—. Levanta las cejas. —Vamos a Cesare—.

—¿Nosotros?

Asiento con la cabeza. —Me llevo a Una. A ver si ella puede apelar a su lado estratégico—.

Inhala una respiración profunda. —Con el debido respeto, creo que eso podría agravar la situación—.

—No tenemos muchas opciones. Necesito números y apoyo político, Gio—. Suspiro, tirando de él hacia la esquina de la habitación. —Nicholai va a hacer una jugada pronto. No vendrá directamente hacia nosotros, y no podemos ir hacia él, no en la base. Es un suicidio. Creo que tenemos que atraparlo lejos de su territorio—.

—Una podría atraerlo—, dice en voz baja.

—Sugiere eso de nuevo, Gio,— lo miro fijamente, —y te mataré, amigo o no—.

Pone sus manos en sus caderas. —Nero, te enfrentas a lo imposible. Tenemos que sacarlo, y la única cosa por la que está garantizado que saldrá es Una—.

—Gio, ¿me eres leal o no?—

—Sabes que lo soy—.

—Entonces eres leal a ella y a mi maldito bebé—. Me mira fijamente durante un rato y luego suelta un largo aliento, asintiendo con la cabeza. Su mirada pasa por encima de mi hombro antes de darse la vuelta, volviendo a los pocos hombres que hay reunidos. Me doy la vuelta justo cuando Una está bajando las escaleras. La observo mientras se acerca con una sonrisa engreída en sus labios.



—¿Suficientemente inocente para ti?— pregunta.

—No estoy seguro de que esa sea la palabra que yo usaría—, murmuro. Lleva un vestido gris que se aferra a cada maldita cosa. Ese bulto no podría ser más claro si pusiera un letrero de neón parpadeante en él. El material sigue la línea de sus curvas y se detiene justo encima de su rodilla. Lleva un par de tacones altos y el pelo le cae por la espalda en una sábana blanca plateada. Su infame lápiz labial rojo está firmemente colocado en su lugar haciendo que parezca sexy, aunque es un recordatorio cegador de quién es ella exactamente. No estoy seguro de que mi padre necesite ningún recordatorio en ese frente.

Ella se acerca a mí y me pasa la mano por la parte delantera de la chaqueta. —Ven ahora. No querrás hacer esperar a tu querido papá—.



Kiss Me

17. UNA

—Necesito saberlo todo—, digo mientras nos sentamos en el tráfico de Nueva York.

Suspira, empujando hacia atrás en su asiento y apoyando su mano contra el volante. —Vas a tener que ser más específico—.

—Cesare—.

Me mira, soltando un largo aliento mientras sus oscuros ojos se fijan en los míos. —Es un líder fuerte, gobernando con una combinación de miedo y respeto. Es de las viejas costumbres—.

—La mafia ama sus tradiciones—, murmuro.

Él sonríe. —Las tradiciones lo obstaculizan—.

—¿Mujeres y niños?—

Asiente con la cabeza. —Entre otras cosas. Cuando vino a mí en la casa de los Hamptons, expresó su disgusto por ti—.

Me río. —Nero, soy rusa. Bien podría ser el anticristo—.

Pasa los dedos por encima del volante, con una pequeña sonrisa de satisfacción en sus labios. —Quiere que me case con una buena mujer italiana—.

No estaba preparada para eso. Mi pecho se aprieta ligeramente y miro por la ventana, tratando de desalojar la sensación de incomodidad. —Tendrás que hacerlo en algún momento—, digo en voz baja. Nunca había pensado en ello hasta ahora, pero por supuesto que él sí. La mafia se dedica a mantener puras las líneas de sangre, a extender su legado y a proteger a sus mujeres, a sus mujeres italianas. Un buen matrimonio sería estratégica y políticamente sabio. Yo sé esto. Es lo más racional y fuerte, así que ¿por qué me molesta la idea?

—Morte—. Sus dedos rozan mi muslo y cierro los ojos, tragando fuerte antes de volverme hacia él. Se ha parado en el lado de la calle más transitada y me mira fijamente. Su mirada es tan intensa, tan cautivadora. —Soy Nero Verdi—, dice con arrogancia. —Tomo lo que quiero—. Me agarra de la mandíbula, su agarre es duro e implacable. —Y estoy seguro de que no quiero una maldita buena mujer. Te quiero a ti, mi pequeña mariposa viciosa—.



Su expresión es dura y casi enojada mientras nos miramos fijamente. —Nero, tú eres el jefe. Hay reglas y costumbres de las que no puedes simplemente alejarte—. Susurro.

—Puedo y lo haré—.

Me aliento se atasca. —Sé serio—. Vive por el poder, lo persigue con una sed de sangre como ningún otro. Para ir en contra de la mafia en esto... —No puedes renunciar a todo por lo que trabajaste sólo porque voy a tener tu bebé—. Suspiro. —Esto no es... somos sólo nosotros, ¿Ok? No hay promesas. Sin ataduras. No podemos—.

—Morte—. Sus ojos caen sobre mis labios mientras su agarre se suaviza, su pulgar acariciando mi mandíbula. —Te amo—.

Todo el aliento sale de mis pulmones y no puedo hablar. El amor. Debilidad. Vulnerabilidad. No quiero debilitar a Nero, pero creo que lo amo en la medida en que lo he hecho, y por más que me aterrorice, no me hace sentir débil. Todo lo contrario. Nunca soy más fuerte que cuando estoy a su lado. Siento el poder de sus palabras casi instantáneamente. Siento el puro regocijo de ser amada por un hombre como Nero. Me envuelve como una manta de acero, impenetrable y cálida, y me siento invencible bajo su peso. Me doy cuenta de que quiero su amor, tal vez incluso lo necesito. Después de todo, ¿no es el amor lo que nos hace humanos? El amor de Nero va de la mano de la misma humanidad de la que Nicholai se esforzó tanto por despojarme. Inclina la cabeza hacia un lado, con los ojos entrecerrados mientras espera que yo diga algo.

—¿El amor triunfa sobre el poder?— Pregunto, mi voz apenas por encima de un susurro.

Sus labios se curvan en una sonrisa. —Ah, Morte, cuando se trata de ti, el amor refuerza el poder—. Sus dedos se enrollan en mi pelo, tirando de mí hacia él. Voy hacia él, y cuando sus labios se encuentran con los míos se siente como algo más que un beso, es una promesa, un voto de algo más grande que sólo yo o él. Somos nosotros contra todo y todos los que nos harían daño. Siento el peso de todo lo que no dice simplemente en el roce reverente de sus labios, su exigente y posesivo agarre en mi cabello. Es un beso que dice que él está de mi lado, incondicionalmente. Rompe el beso y toca su frente con la mía, su aliento soplando sobre mis labios. —El rey protege a la reina ahora—, respira.



Y, por supuesto, la realidad se estrella como una presa que se rompe. Me hace tener esperanza, me hace querer. Desearía que Nero pudiera protegerme, y aunque sé que no puede, por alguna razón, quiero permitirle que piense que sí puede. Es una estupidez, pero supongo que estoy viviendo en mi versión distorsionada de un sueño. La mayoría de las niñas sueñan con casarse y vivir en una bonita casa. Yo soñé con sangre y tortura. Nero es mi versión de un cuento de hadas, empapado de sangre y despiadado como somos, esto es lo que tenemos. Y pronto probablemente se habrá ido. Le dije que no hay un *“felices para siempre”* aquí, que nosotros somos los monstruos de esta historia. Eso es cierto. Nada bueno dura en nuestro mundo de caos y muerte. Me pregunto si él sabe eso, o si realmente piensa que todo estará bien porque es Nero Verdi y así lo quiere. Nos detuvimos afuera de una casa en el Upper East Side y me bajé del auto, mirando la casa de cuatro pisos en una calle de aspecto totalmente discreto. Las matas de flores se alinean en las ventanas y hay pequeños árboles a lo largo de la acera. Cómo vive una familia de clase media-alta.

Sigo a Nero por los tres escalones que llevan a la puerta principal. Él empuja el timbre y éste hace eco, retumbando a través de la casa al otro lado de la gruesa madera. La puerta se abre casi inmediatamente y un tipo se queda allí. Su pelo negro está recogido, su traje immaculado. Levanta la barbilla hacia Nero antes de que su mirada se dirija a mí. La cicatriz de su frente le pellizca la piel cuando frunce el ceño.

—Ella está conmigo—, dice Nero antes de poder hablar. El tipo nos deja entrar, cerrando la puerta tras nosotros. Sin decir nada, el hombre nos lleva directamente a las escaleras. Nos muestra una oficina en la parte superior de la casa. Nero y Cesare no podían estar más separados en sus gustos. Nero es minimalista y moderno, mientras que Cesare es clásico. Su oficina se compone de suelos de madera, sofás de cuero y alfombras gruesas. Una estantería de libros cubre una pared, llena de libros antiguos. La habitación huele a humo de cigarro y a cuero. Pero donde parece que debería estar oscuro y sucio aquí, no lo está. Detrás del escritorio hay una pared de cristal que se abre a una terraza. Los muebles de jardín se asientan ahí fuera con vistas a la ciudad que se extiende ante ella.

Nero se sienta y yo miro las estanterías de libros y veo una primera edición de Hemingway en las estanterías. Todavía no he conocido a Cesare en



persona, pero el simple hecho de estar dentro de la casa de alguien puede decir mucho sobre ellos.

La puerta se abre con un clic y Cesare entra a zancadas, con el rostro fruncido. —Nero—, dice en seguida, sin siquiera mirarme a la cara.

—Cesare—, Nero lo saluda con frialdad.

—Esto no me lo esperaba—.

—Llamé antes.

—Sí, lo hiciste. Pero no dijiste que traerías a Una Ivanov contigo—, dice, escupiendo mi nombre como si le ofendiera. —Preferiría que no invitaras a soldados rusos a mi casa—.

Nero me muestra una mirada de advertencia. Podrías cortar la tensión en la habitación con un cuchillo. Girando los ojos, me acerco a Cesare, poniéndome delante de él. —No creo que nos hayamos conocido—. Le doy la mano, pero él se queda mirándome, sus ojos se deslizan lentamente sobre mi cuerpo con el vestido ajustado. Sus cejas se levantan y mira a Nero, sus labios presionando en una línea apretada. —¿Te digo que cumplas con tu deber y me presentas esto?—

—Si te sirve de consuelo, esto sucedió antes de que decidieras reclamar a tu hijo—, le digo. Sé que estoy pinchando a un oso con un gran palo, pero ¿en serio? —Oh y uh, ya no soy de la Elite. Aunque... no recuerdo que eso fuera un problema cuando necesitabas mis servicios—. Su ojo se mueve ligeramente, pero aparte de eso su expresión no cambia. Es bueno. Sonrío y me alejo de él.

Nero me regala una mirada cálida —Te lo dije, Una no va a ir a ninguna parte—. Me muevo a su lado. Sus manos se meten casualmente en sus bolsillos, y paso mi brazo por el suyo, mirando a Cesare. Sé que soy intimidante, y Nero es aterrador en los mejores momentos. Juntos somos formidables, incluso para alguien tan versado en el poder como César. Lo sé, y también lo sabe Nero.

—Lo que no dijiste es que está embarazada—.

Levanto una ceja. —¿Sorpresa?—

Me mira furioso. —Bien hecho, Nero. Te las arreglaste para crear un bastardo ilegítimo con una puta rusa—. Escucho el bajo silbido de la respiración de Nero y siento cada músculo de su cuerpo tenso.



Al soltarlo, doy un paso atrás. —Ese es un tema delicado—, digo, tratando de ocultar mi alegría porque sé que Nero está a tres segundos de ser nuclear, y bueno... me gustan los fuegos artificiales y la sangre.

—Te casarás con una mujer italiana y cumplirás con tu deber. He permitido que esto continúe lo suficiente—. Cesare se burla. —Esta organización está construida sobre años de tradición, y tú te cagas en ella—. Nero permanece extrañamente tranquilo, aparentemente controlando su temperamento mientras yo lucho mi propia ira a fuego lento justo debajo de la superficie. Mis dedos se mueven con la urgencia de alcanzar la daga que está atada a la parte interior de mi muslo.

Me alejo de Nero y rodeo a César, mis ojos lo evalúan como a un enemigo, detectando todas sus debilidades. La forma en que se camina sugiere que ha tenido una lesión en su pierna derecha. Vieja, porque está compensada por ello. Si lo atacara, tendría menos rango de movimiento en su lado derecho debido a ello. Miro a Nero y me ofrece el menor movimiento de su cabeza. —¿Él se caga en la organización?— Me paso el dedo índice por encima del labio inferior y Cesare gira la cabeza para mirarme.

—No sabes nada de nuestras costumbres. No tienes honor ni misericordia. Nero suspira. —Es rusa, mata a la gente. Sí, sí, soy consciente. Ahora, vas a aceptarla como la madre de mi hijo, públicamente, a la familia—.

Cesare se ríe, agarrándose el estómago antes de toser con fuerza. —Una rusa con mi hijo. Prefiero renegar de ti—, gruñe. —Nunca reconoceré a esa puta—. Apunta un dedo en mi dirección. —Y tampoco lo harán mis hombres. Ella mató a tus hermanos y te la follas como si su coño estuviera hecho de oro. Si te casas con ella, lo perderás todo, Nero. Piénsalo cuidadosamente—.

El cuerpo de Nero se tensa y sus puños se aprietan con fuerza. Esta vez soy yo quien sacude la cabeza ante él. No puede enloquecer. Siempre debemos controlar al viejo, mantener la ventaja. —Ves, aquí es donde estamos un poco confusos—. Me siento en uno de los sofás y cruzo lentamente una pierna sobre la otra. —Esas tradiciones de las que hablabas, ese honor...—. Me alejo, sonriendo ligeramente. —¿Saben los hombres que quedan que orquestaste un golpe a tus propios hombres sólo para que tu hijo tuviera el poder?— Finjo que inspecciono mis uñas. —¿Saben que ordenaste la muerte del propio hermano de Nero?—

Él resopla. —Nadie creería tu palabra, Baccio Della Morte—, escupe.



—No, pero creerían la mía—, dice Nero, dando la vuelta en la parte de atrás del sofá y parado detrás de mí.

—No me hagas perder el tiempo. Te implicas a ti mismo más que nada—. Nero se encoge de hombros. —¿Y?—

—Verás, Cesare, la diferencia entre nosotros y tú es que nosotros no nos ponemos un sombrero blanco y fingimos ser otra cosa que lo que somos—
—No fui criado a la manera italiana. Puedes agradecerle a Matteo por eso. Me importan una mierda sus tradiciones, y estoy seguro de que no me importa el honor—, dice Nero, con su voz baja y mortal. —Y todo el mundo lo sabe. No tengo que fingir. Tú, por otro lado...—. Se aleja, soltando una pequeña risa. —Eres el gran Cesare Ugoli, un hombre de honor, un hombre de la vieja patria—.

—Tal y como yo lo veo, tienes dos opciones, Cesare—, digo. —Puedes hacerme tu enemigo o puedes hacerme tu aliado. Tengo la intención de eliminar a Nicholai. Tengo las habilidades, las conexiones y el simple hecho de que él me quiere de vuelta más que nada. Y por supuesto, puedo llevar el comercio de armas rusas a Nero. Ó...—.

—Ó—, gruñe Nero, —puedo dar a conocer que montaste tu propia estrategia, contrataste a Una y luego la dejaste a su suerte, permitiendo que Arnaldo la cazara como un maldito perro mientras estaba embarazada de tu propio nieto—.

—Y en su defecto, Nicholai es muy acogedor cuando se trata de hombres con la habilidad de Nero. Le iría bien en la Bratva—. Esta vez, el ojo de Cesare se mueve notablemente. Estoy fanfarroneando, por supuesto. Si conociera la situación con Nicholai nos tendría a todos adentro de un barril porque entregarme a Nicholai arreglaría todos sus problemas. —Por supuesto, ahora que has reclamado públicamente a Nero, se vería terrible si trabajara para el enemigo—.

—¡Te irías con ese cretino ruso por este pedazo de puta!— Cesare explota. Y también lo hace Nero. En un instante está frente al hombre mayor, con un arma en la mano. Me levanto y le doy la espalda a Cesare, forzándome a entrar en la línea de visión de Nero. Colocando mi mano en su brazo, espero a que me dirija su mirada llena de rabia. Me mira fijamente durante un rato y luego respira profundamente y desliza el arma de nuevo dentro de la funda de su pecho.



Cesare me mira fijamente, luego a Nero. —¿Qué propones?—, dice con los dientes apretados.

Nero se aleja de mí, arrastrando sus dedos sobre mi hombro mientras lo hace. Es un pequeño toque, un gesto de apoyo hacia mí, una muestra de unidad hacia su padre. —Harás saber que Una no mató a esos hombres, que fue Arnaldo, y que él la puso como tapadera. El golpe que él dio no fue autorizado por ti. La retribución de una mujer solitaria y embarazada parecerá justa, y dado que él mató a los suyos, es justicia, ¿no crees?— La implicación está ahí mismo. Cesare sancionó a Nero chantajeándome. Esencialmente firmó las órdenes de muerte de los tres hombres que Nero me hizo matar.

Cesare se acerca a su escritorio, tomando asiento en él mientras abre una caja de metal. Saca un cigarro y lo coloca entre sus labios, encendiéndolo lentamente. Su encendedor se cierra y el silencio que sigue es intenso. —¿Me traicionarías a mí, a la familia, por esta mujer?— pregunta Cesare, con la mirada fija en Nero.

—Puede que le hayas dado la espalda a tu hijo y a la mujer que amabas, pero yo no haré lo mismo—.

Las cejas de Cesare se levantan antes de fruncir el ceño. —¿Y arriesgarás tu posición, tu nombre, tu vida por esto?— Sus ojos me miran y sé que ya sabe la respuesta.

—Si tengo que hacerlo, entonces sí—, dice Nero.

No puedo dejar que lo arriesgue todo y puedo ver que Cesare está al límite. —Nero...—. Yo empiezo.

Él me muestra una mirada de advertencia. —Ya veo por qué la respetas—, dice Cesare, estrechando sus ojos hacia mí. —Ella te honra, como el borde afilado de una cuchilla. Eres más peligroso con ella—.

—Podemos eliminar a los rusos—, dice Nero.

—Puede que no te guste, Cesare, pero estoy decidido a acabar con Nicholai. Mientras esté vivo, me perseguirá. Sé todo lo que hay que saber sobre él. Soy quizás la única persona capaz de matarlo. Harías bien en verme como un aliado—.

Toma otra inhalación lenta de su cigarro y el humo espeso serpentea por la habitación. —Bien. Si haces esto, Una Ivanov, la mafia no te aceptará,



pero..—. Se aleja como si hablar las palabras le doliera. —Me aseguraré de que te toleren. Fallar...

—Si fallo, muero—.

Asiente lentamente. Me levanto y camino hacia la puerta. —Morte, dame un momento—, dice Nero.

Sin decir nada, salgo y me pongo de espaldas contra la pared del pasillo. Respiro hondo y cierro los ojos. Echo de menos los días en que la vida era simple. Órdenes, muertes, dinero. Nada más y nada menos. Hay una cierta libertad en no tener libertad porque no tienes que pensar. Mis únicos pensamientos eran mi próxima muerte, la ejecución de la misma, la fuga. Mi trabajo, mi propósito, consumía cada hora que estaba despierta, y vivía para ello, hasta esto. Miro mi estómago, que parece que me he tragado un melón. ¿Quién podría haber predicho esto? En unos pocos meses, Nero puso todo mi mundo de cabeza, y aquí estamos, chantajeando a un jefe de la mafia y conspirando para matar a otro. Esta vida es más difícil y más fácil, porque Nero lleva la carga conmigo. Nunca he tenido eso, y no estoy segura de si es sólo una trampa para el fracaso, pero por una vez, voy a hacer algo, no porque sea racional o estratégicamente sabio. Voy a hacer esto con Nero a pesar de que mi cerebro me dice que no podemos ganar, porque mi corazón espera que sí podamos. El corazón es una cosa frágil y poco fiable.

Sale de la oficina unos minutos después, cerrando la puerta tras él. —Bueno, no escuché ningún disparo—. Lo estudio. —Y viendo que insistes en usar camisas blancas sin sangre—.

Sus labios se elevan con una sonrisa que es a la vez sexy e inquietante. —El viejo no está muerto todavía—. Caminamos a lo largo del pasillo y bajamos las escaleras, sin encontrarnos con nadie al salir.

—Qué vergüenza—. Sacude la cabeza. —¿No se supone que este lugar está bien vigilado?— Yo pregunto.

—Oh, están mirando. Son muy sutiles al respecto—, dice, poniendo su mano en la parte baja de mi espalda mientras me guía a través de la puerta principal. Estamos en el coche antes de que suelte el aliento y se pase las manos por el pelo.

—No sé por qué no le cortas la garganta y terminas con esto—. Yo resoplo. Cesare no tiene lo necesario para hacer lo que debe hacerse. Es el jefe, y no tengo dudas de que es respetado en la mafia, pero las cosas tienen que



cambiar. Nicholai ha pasado años tomando y entrenando a niños, todo porque nadie quería intervenir y detenerlo, ¿y por qué? Por la política. Una vida fácil. Nadie quiere una guerra. Aprendí muy pronto que un hombre puede matar a sangre fría, y no es una dificultad, pero hasta que no hace cosas que no quiere hacer, cruza líneas que nunca deberían ser cruzadas, no ha sido realmente puesto a prueba. La vida es dura y fea, y se necesitan hombres duros y feos para gobernarla. Cesare es un líder fuerte para aquellos que comparten sus valores. Nero tiene la capacidad de liderar incluso a aquellos que lo detestarían por puro respeto y miedo disciplinado. Eso es lo que se necesita para ser el rey de Nueva York. Nero debería tomar la corona del frío y muerto cuerpo de Césare.

—Política, Morte. Todo a su debido tiempo—.

—Malditos italianos—.

Se ríe. —La vida contigo siempre es interesante, mi pequeña reina salvaje—.

—Mi vida era simple antes de que me arrastraras a la tuya. Mata, come, duerme, repite. Me conozco y ahora soy una vaga y estoy pariendo en pocas semanas—, refunfuño. —Ni siquiera he matado a nadie en semanas, Nero—.

—Bien, pero creo que si lo calculamos a un promedio, probablemente estás por encima de tu cuota anual—. Él ladea una ceja y yo me quedo mirando.

—De todos modos... ahora tenemos lo que necesitamos de Cesare. Sacamos a Nicholai, volvemos a Nueva York y tendremos la protección política. El Slovo puede cargar con la culpa.—.

—Y viviremos felices para siempre—, dibujo, resoplando.

—¿Existe algo así cuando estoy con una mujer que tiene síndrome de abstinencia de matar?— Él sonríe. No digo nada y enciende el motor, alejándose de la acera. —Mira, tengo que ir a ocuparme de algo esta tarde. Puede que implique acabar con unos pocos de albaneses si quieres venir—

Lucho contra una sonrisa. —¿Me estás invitando a que te acompañe a golpear a los traficantes de droga dudosos?— Su mirada permanece fija en el camino mientras respira de forma audible, sin duda pidiendo paciencia. —Qué romántico—, bromeo.

—Bien—. Te llevaré a casa—, dice.



—Resulta que me gustan tus gestos románticos, capo. ¿De quién son las rodillas que estamos rompiendo?— Sus labios se convierten en una sonrisa, y me pregunto si esto es lo que es ser normal. Bueno, casi. Acelera el coche deportivo y nos alejamos de la ciudad, dirigiéndonos al Bronx.



Kiss Me

18. NERO

Me detengo en el viejo almacén de envíos en las afueras del Bronx. El lugar es de mala muerte, y tengo que dejar una seguridad constante para vigilarlo, pero es el trato que tengo con la policía de Nueva York. Les pago y, a cambio, tengo que mantener la mierda en la sombra en las zonas deterioradas de la ciudad. Efectivamente hacen la vista gorda, pero piensan en ello como el menor de dos males. La mafia mantiene sus narices limpias, tiene su mierda junta y gobierna con mano de hierro. Golpes dudosos, pandillas callejeras, armas y violencia, mantenemos esa mierda fuera de nuestras calles, lo que significa que la policía no tiene que hacerlo. Es un simple hecho que si se eliminaran las mafias y los cárteles, se produciría la anarquía. Ese es el mundo corrupto en el que vivimos, la realidad del sistema de justicia moderno. Estoy muy feliz de jugar al juez, al jurado y al verdugo.

Me acerco a una enorme puerta enrollable y se levanta lentamente, exponiendo el sucio y oscuro almacén que hay más allá. Entro y, mientras mis ojos se adaptan a la luz, veo a Gio apoyado en el capó de su Aston Martin, con los brazos cruzados sobre su pecho mientras observa la escena que tiene delante. Dos tipos están ahí de pie, con el ceño fruncido en sus caras. Jackson está de pie detrás de ellos, con un arma en cada mano apuntando a sus espaldas. El resto del equipo de Jackson está disperso alrededor del almacén vacío, con las armas en la mano.

Salgo del coche y voy al maletero, agarrando un bate de béisbol de metal. Cierro la cajuela y le lanzo el bate a Una, quien lo toma en el aire mientras cierra la puerta con la cadera. Los ojos de Gio se estrechan cuando nos acercamos a él y Una se sienta en el capó justo al lado de él. —Bonito coche—.

—Bonito bate—, responde.

Ella hace girar el bate con facilidad. —Gracias. Es un poco más corriente de lo que acostumbro—.

Sacudiendo la cabeza, me acerco a los dos tipos, haciendo una pausa delante de ellos. Tomo mis cigarrillos del bolsillo interior y coloco uno entre mis labios, levantando lentamente el encendedor y lo enciendo. El silencio desciende a través del almacén y me encanta, esa pausa embarazosa, como si todos los que están en la habitación contuvieran la respiración.



Cierro el mechero e inhalo una larga calada manteniendo el humo en lo profundo de mis pulmones mientras inclino la cabeza hacia atrás.

—Eres una reina del drama—, dice Una en voz baja y yo suelto el humo en el aire, girando mi cuello hacia ella. Una sonrisa irónica se dibuja en la comisura de sus labios y levanta una ceja, desafiándome. Le encanta empujarme. Obligándome a apartarme de ella, me concentro en los dos albaneses.

—¿Saben quién soy?— Les pregunto. Uno de ellos es un tipo mayor, feo como todos con una fea cicatriz en la garganta. Aparentemente este tuvo un roce con la muerte. El otro es más joven. Los dos llevan chándales y tienen cadenas de oro pesadas colgando de sus cuellos. Dios, es como algo sacado de una mala película policíaca de los setenta.

—V-Verdi—, el joven tartamudea. Su amigo le frunce el ceño. Asiento con la cabeza a Jackson y él agarra a ambos hombres por los hombros, pateándolos hasta las rodillas. El joven se queja. Todo su cuerpo tiembla mientras mira fijamente al suelo.

—Sí, soy Nero Verdi—. Me pongo en cuclillas, descansando un brazo casualmente sobre mi muslo mientras inhalo mi cigarrillo. Lo lanzo hacia el joven y él se estremece, haciéndome sonreír. —¿Y saben lo que eso significa, muchachos?— Los dos me miran sin comprender. —Eso significa que están en serios problemas—. Me levanto de nuevo, alejándome de ellos. Mis ojos se cierran con los de Una. —¿De dónde sacaron las drogas que vendieron en Poison anoche?— Yo pregunto. Silencio. Suspirando me vuelvo hacia ellos, ahueco mi oreja. —Lo siento, no escuché una respuesta—.

El más joven abre la boca. —Nosotros... yo..—. Su amigo ladra algo en albanés y yo echo la cabeza hacia atrás en un gemido. Revisando mi reloj, me vuelvo hacia Una, torciendo mi dedo hacia ella. Ella se quita la capucha y Gio pone los ojos en blanco mientras ella mueve sus caderas, girando el bate mientras camina hacia mi lado.

—Caballeros, ella es Una. Algunos la llaman El Beso de la Muerte, los mexicanos la llaman El Ángel de la Muerte. Entienden el punto—. Ella mueve el bate en círculos sueltos por el aire.

El tipo mayor se burla. —Haces que tu mujer haga el trabajo sucio—. Escupe en el suelo, y Una me mira.

—Bueno, ahora, eso es sólo un hábito asqueroso—. Ella se aleja de mí, sus talones chasqueando sobre el concreto y haciendo eco alrededor del



vasto almacén. Apenas rompe el paso mientras hace retroceder el bate y lo golpea en el estómago. Él se lanza de costado, tosiendo y resollando mientras intenta recuperar el aliento.

—Debo mencionar que ella es hormonal—, le digo sonriendo. Me echo para atrás y me siento junto a Gio, viendo cómo Una se va de largo con el chico mayor. Ella no toca al más joven, pero lo veo romperse con cada golpe que le da al otro tipo como si fuera él. Le rompe las rodillas, como había prometido, le rompe los dos brazos, en varios sitios, el pómulo, pero no la mandíbula. Buena chica.

—¿Sabes que están enfermos?— Gio dice a mi lado, mirando.

—Piénsalo de esta manera, mientras más rabia hormonal le ponga a este tipo, menos tendrá para ti—.

Suelta un fuerte aliento y hay una larga pausa antes de que hable. El silencio está impregnado sólo por los bajos gruñidos de dolor que provienen del hombre y los gemidos de su amigo. —No puedes pretender que todo está bien, Nero—.

—No seas condescendiente conmigo en lo que viene—, digo en voz baja.

—La estás distrayendo con tonterías de la mafia—.

Lo miro fijamente. —Porque si se sienta en ese apartamento y se aburre con la inactividad en él, va a hacer algo estúpido. Estoy ganando tiempo y manteniéndola bajo control—.

Él asiente con la cabeza hacia Una y yo sigo su mirada. Ella tiene su rodilla plantada en el pecho del hombre. Está aullando de dolor, sin duda por las costillas rotas. El bate de béisbol está presionado en su garganta y está jadeando para respirar. —Parece que tiene el control total, jefe—.

Ella le silba algo en lo que asumo que es albanés. Maldición, ¿hay algún idioma que esa chica no hable? Él le dice algo a cambio y todo su comportamiento cambia. Ella sonríe dulcemente y se aleja de él. Se para a un lado con un bate de béisbol cubierto de sangre en la mano, su pelo rubio suelto alrededor de los hombros, y el vestido salpicado de sangre que cubre el bulto del bebé.

—¿Te lo dijo?— Pregunto sin moverme.

—No—. Se desliza la falda hacia arriba y me muerdo el labio mientras muestra todo el muslo. Agarra una daga de la parte interior del muslo y la lanza, a la velocidad del rayo. La hoja se incrusta entre sus ojos y ella mira por encima de su hombro. —Me llamó puta rusa—. Se encoge de hombros.



—Cesare debería considerarse afortunado entonces—, digo en voz baja.

—Joder—, dice Gio. Jackson se acerca y se pone a mi lado. Apenas lo veo, ahora que lo hice capo en este lugar. Su disposición violenta lo hace perfecto para el trabajo, y sé que es infaliblemente y leal a mí.

—Creo que podría necesitar una mujer rusa—, dice.

Muevo la cabeza a un lado. —Tienen una cierta... delicadeza—.

—Miren, si ustedes dos han terminado de ponerse duros por esta mierda, ¿podemos terminar con esto?— Gio dice, empujando la capucha y agitando su brazo en dirección al tipo que queda. Una está agachada frente a él, y él está llorando.

—Joder, ya no hacen a los pandilleros como antes—, refunfuña Jackson, que parece totalmente incómodo con toda la situación.

Entrecierro los ojos cuando Una empieza a susurrarle algo en albanés otra vez, y luego, le acaricia la cara. Mis puños se aprietan y el calor al rojo vivo me sube por la espalda.

—Morte—, gruño a través de los dientes apretados. Ella me mira por encima del hombro.

—Maldición, ustedes dos están jodidos—, dice Jackson.

—Gracias—, añade Gio.

Unos segundos más tarde, Una se levanta y gira, caminando hacia mí. —Un tipo llamado Camilo Juan—, dice ella.

—Ese maldito colombiano—, escupe Jackson. —¿Qué estamos haciendo con él?— pregunta, señalando al albanés.

—Déjenlo vivir—, dice Una.

Levanto una ceja, primero porque está comandando a mis hombres, y segundo porque está mostrando misericordia. —¿Te estás ablandando, Morte?—

—Oh, por el amor de Dios, Nero—. Gio se va, y oigo la puerta de su coche abrirse y cerrarse.

Una sonríe, y se coloca entre mis piernas. Su mano me envuelve la nuca y acerca sus labios apenas a una pulgada de los míos. Su otra mano se desliza por mi pecho, debajo de mi chaqueta. Su aroma a vainilla y aceite de pistola se mezcla con el sabor metálico de la sangre, bailando a lo largo de su piel. —Nunca—, dice, presionando sus labios contra los míos. Su lengua me acaricia el labio y apenas reconozco que ha tomado mi pistola



hasta que oigo el golpe. Me alejo de ella y ella sostiene la pistola humeante detrás de ella, incluso cuando su mirada está firmemente fija en mí. El albanés cae hacia adelante, con un agujero de bala entre los ojos.

—Maldición. Una, tienes una hermana, ¿verdad?— Jackson pregunta. Lo miro y se reajusta, con una estúpida sonrisa en la cara.

—Un deseo de muerte es lo que tienes—, le digo. Se ríe mientras camina hacia el Range Rover aparcado en la parte trasera del almacén vacío.

Tan pronto como golpeo el capó de su coche, Gio enciende el motor y llevo a Una a mi coche, abriéndole la puerta. Mis ojos se fijan en su trasero mientras pasa a mi lado y se desliza en el asiento de cuero liso. Siempre quiero follármela, pero maldita sea, esa fría brutalidad suya saca a relucir el animal que hay en mí. Quiero follarla y hacerle daño, romperla y domarla, y sé que siempre tomará todo lo que le dé y me lo devolverá diez veces. Ella es perfecta, única y mía. Cuanto más tiempo paso con ella, más siento el peso de ese sentimiento, como si ella se estuviera imprimiendo en mi alma oscura, haciéndose una parte vital de mí. No estoy seguro de si luchar contra ello o abrazarlo, pero al final, no siento que tenga muchas opciones. La amo, y hay algunas cosas contra las que simplemente no puedes luchar.

Tan pronto como vuelvo al coche ella me da mi pistola, la vuelvo a meter en la funda. —¿Te sientes mejor?— Yo pregunto.

Ella sonríe, inclinándose sobre la consola central y colocando un beso en mi mejilla. —Mucho—. Gracias. ¿Quién sabía que eras tan bueno en las primeras citas?—

Me río. —Técnicamente matar a mi hermano fue nuestra primera cita—.

—Sí, porque estoy segura de que así es como empiezan todas las grandes historias de amor, Nero—.

Yo me río. —Y dicen que el romance está muerto—.



19. UNA

Me quedé despierta, mirando al techo. Las luces de la ciudad iluminan la habitación con una luz suave. Nero siempre me dice que cierre las persianas, pero me gusta. La luz me recuerda que soy libre, que no estoy en ese búnker, con los pies enterrados debajo de la tierra en los bosques nevados y desiertos de Rusia. Y me hace sentir segura y donde la gran cantidad de gente en la ciudad me intimidó, ahora me hace sentir cómoda. Si yo fuera a morir aquí en Nueva York, habría alguien que me extrañaría, que la gente sea testigo de ello, como mínimo. Si yo muriera en Rusia sólo sería otro peón, derribado en un juego más grande. nunca pensé nada de eso antes, nunca temí a la muerte, pero empiezo a pensar que el legado de una persona tiene un significado.

La gente que dejamos atrás, si es que hay— algo que importe. Y por supuesto, estoy pensando en esto porque estoy pensando en Nicholai. Yo estoy pensando en mi muerte. La puerta del dormitorio se abre silenciosamente, arrojando luz desde el pasillo a través de la alfombra. Observo la silueta de Nero mientras él se desnuda, tirando su ropa en la silla de la esquina antes de que se meta en la cama. Ha estado trabajando hasta tarde otra vez, y yo sé que lo siente tan intensamente como yo. Los segundos pasaban, haciendo tictac. Me doy la vuelta, alcanzándolo, necesitando tocarlo... es curioso que su toque me pone los pies sobre la tierra donde los demás me incitan a matar. Se gira de lado y apoya su mano sobre mi estómago, pasando su pulgar en círculos sobre mi piel.

Inclinándose, me besa la frente, permitiendo que sus labios se queden un rato y luego me acerca, apretando mi cara contra su amplio pecho. Puedo sentirlo en el aire, aquí entre nosotros: el miedo. Y Nero y yo, este es un lugar donde el miedo nunca ha existido.

—Has estado demasiado tranquilo—, digo contra su piel. Mis dedos suben por su espalda, sintiendo los músculos duros.

No dice nada durante unos largos momentos. —Sólo está haciendo tiempo, probablemente esperando a ver qué haremos.—

Yo lo sé mejor. Conozco a Nicholai. Él no espera nada, y siempre tiene un plan. Ataca la debilidad de su oponente, va a la yugular. Es la estrategia inteligente con la menor cantidad de molestias. El simple hecho es que si sostienes un cuchillo en la garganta de alguien, harán lo que tú quieras.



No quiere matarme, así que intentará maniobrar, acorralarme como un caballo salvaje, arrinconándome hasta que me tenga atrapado.

—No, algo viene.— No puedo quitarme la sensación de que no hemos cubierto todas las bases, que nos hemos perdido algo evidentemente obvio.

—Una, estamos aquí, y sabes tan bien como yo que la torre es casi impenetrable. Todos mis hombres pueden cuidarse ellos mismos. Tu hermana está oculta con el cartel, bien vigilada y bien escondida—.

—Nos falta algo, Nero.

—Tengo un plan.

Suspiro y levanto mi cara de su pecho, mirándolo. Sus ojos oscuros brillan en la luz tenue, y muevo un mechón de cabello lejos de su frente. —¿No lo tienes siempre?—

—Sí, lo hago—. Me da la vuelta, asentándose entre mis piernas mientras deja

besos sobre mi clavícula. Le paso las manos por el pelo, y quiero creer que lo tiene todo bajo control. Quiero confiar en que puede enfrentarse a Nicholai, que puede ganar. Y saber que veo a Nicholai a través de los ojos de un niño, a través de los ojos de alguien que siempre se ha inclinado ante su poder y haber sido condicionado para verlo de esa manera. Pero él no llegó a donde está sin una buena razón. Él y Nero es como enfrentar a dos monstruos y tratar de escoger un ganador.

No puedo

—Dime, respiro.

Me besa el pecho, mirándome a través de las gruesas y negras pestañas.

—Simple—. No podemos llegar a él, así que lo traeremos.—

—¿Cómo?.

—Todo el mundo tiene una debilidad, Morte.— Tiene razón, Nicholai tiene una debilidad.

—Úsame—.

Suspira, levantando su cara de mi pecho y frunciéndome el ceño. —No, es demasiado arriesgado—. Abro la boca para hablar, pero él me hace callar, poniendo una mano sobre mi boca. —Yo sé quién eres, y no dudo de tus capacidades, mi amor. Pero no eres sólo tú—. Su mano se desliza sobre mi estómago, como si necesitara el recordatorio. —¿Confías en mí?— pregunta, liberando mi boca.



—Sí, respiro—.

Él sonríe y luego sus labios trabajan en el centro de mi pecho. Me sube la camisa, me besa el estómago. —No dejaré que te pase nada— murmura contra mi piel y una ola de emociones me envuelve. Confío en él, pero yo siento este agujero en mi pecho de desesperación girando como un vórtice. Sus planes están vagamente formados en el mejor de los casos y nos estamos quedándonos sin tiempo, puedo sentirlo, como si el aliento caliente de Nicholai se escurriera por mi cuello mientras hablamos. Me siento y envuelvo mi mano alrededor de su cuello, atrayendo su boca a la mía porque necesito sentirlo. Necesito ese sentido de la invencibilidad que viene con el hecho de ser sostenido por él, siendo amada por él. Sus labios se separan y rozo mi lengua contra la suya. El beso se vuelve duro y exigente, y entonces él me empuja de nuevo a la cama y se desliza dentro de mí. Su aliento se mezcla con el mío mientras me folla lenta y duramente, sacando cada uno de los gemidos, empujándome más alto y más alto. Y allí, en sus brazos, encuentro un momento de paz y sé que es exactamente lo que quiere darme, así que lo abrazó y lo tomo. Permito que esa serenidad me envuelva por sólo unos breves momentos. Me aferro a él, deseando no tener que dejarlo nunca, pero sabiendo que debo hacerlo. Paso mis manos sobre sus músculos mientras se tensan y flexionan bajo su piel. Él es la belleza, el poder y el caos en bruto todo envuelto en un solo hombre.

Y él es mío.

Me duermo en sus brazos, pero incluso Nero no puede evitar que esa sensación de vacío me llene.

Está oscuro, muy oscuro. Me siento desorientada, mis sentidos apagados y adormecido.

—Ah, palomita, estás despierta—. Me doy la vuelta y Nicholai está de pie a mi lado, su imagen borrosa, pero con cada parpadeo de mis ojos él se vuelve más claro. Su pelo gris oscuro está peinado hacia atrás como siempre, y su traje de tres piezas está immaculado, hasta el pañuelo en su bolsillo superior que coincide con su corbata. Verdaderamente el diablo disfrazado. —tengo un regalo para ti—.

—¿Qué regalo?— Pregunto. Se da la vuelta, y mientras se mueve, veo un parche de luz en la pared del fondo. Encadenado a la pared está Nero

—No, susurro. Intento ir hacia él, pero mis pies no se mueven. Es como si estuviera pegada al suelo. Nero levanta la cabeza, esos ojos oscuros



encontrándose conmigo. La sangre fluye por su torso por varios cortes precisos en su pecho y estómago. —Déjalo ir—.

Nicholai se ríe. —Ah, pero él es tu debilidad, palomita. Sin él te convertirás en todo lo que estabas destinada a ser.— sacudo mi cabeza y él me pone una pistola en la mano. Miro fijamente y cuando miro hacia arriba, hay alguien más encadenado al muro, al lado de Nero. Un niño. De unos diez años. Su cabeza cuelga hacia adelante, pelo oscuro desordenado y despeinado, su torso también cubierto de sangre. Levanta la cabeza lentamente. Sus ojos violetas se encuentran con los míos- idénticos a mí, pero su cara... es la imagen de Nero. Sé que este es mi hijo. Lo sé.

—Dispara a uno de ellos, palomita—. Nicholai ronronea con satisfacción.

—No, le digo a través de los dientes apretados. Siento que una lágrima caliente se desliza hacia abajo en mi mejilla.

—Elige, o yo elegiré por ti, — dice.

—Morte, miro a Nero. Esto no es como Alex, su expresión no me ruega que lo mate, lo exige. Nero no teme a la muerte. Lo sé, pero... pero lo amo. — Levanta el arma,— dice con calma. Lo hago —Bien—. Ahora apúntalo a mi cabeza.— Hago lo que dice, mi mano temblando porque mi corazón me exige que me detenga. Miro al niño otra vez, un niño que no conozco, pero sí. En mi alma, lo conozco. —Mírame—. La voz de Nero me hace volver a él. —Aprieta el gatillo, Morte. Sé fuerte.—

—Te amo,— le digo mientras las lágrimas corren por mis mejillas.

—Te amo, responde, su expresión dura y determinada.

Él asiente con la cabeza y yo cierro los ojos, respirando profundamente. Escucho el pulso en los oídos, la inhalación y exhalación constante de mis propias respiraciones. Coloco el arma bajo mi barbilla.

—¡No!— Los gritos combinados de Nero y Nicholai son la última cosa que escucho. BANG.

Me despierto y me siento erguida, jadeando por aire mi cuerpo y mi corazón están latiendo tan fuerte que puedo sentirlo sacudirse contra mis costillas.

—Morte—. Pestañeo y miro a Nero que está sentado a mi lado. Él se extiende y me toma la cara, pasando su pulgar bajo mi ojo y atrapando una lágrima perdida.

—Sólo... necesito un minuto—. Saliendo de la cama, voy al baño y cierro la puerta detrás de mí. Enciendo la ducha y me quitó la camiseta de Nero



antes de entrar. El agua hace muy poco para lavar el recuerdo del sueño. Se siente tan real, la idea de tener que elegir entre Nero, mi bebé, y yo. Y sé que en ese escenario, yo me elegiría. Una vez le disparé al chico que amaba y se rompió algo dentro de mí. Si algo le pasara a Nero...

Cuando finalmente salgo del baño, Nero tiene su cabeza apoyada contra la cabecera, esperándome. Él no dice nada, simplemente abre sus brazos y me permite arrastrarme dentro de ellos. Me siento frágil, como si todas las piezas que hacen a Una Ivanov se estuvieran separando lentamente y siendo divididas. Una parte de mí está con Nero, otra con Anna, y la última con este bebé. Dividida, soy débil, pero si no estuviera dividida no tendría nada por lo que luchar en primer lugar, ¿verdad? Necesito encontrar la manera de ser la persona que solía ser, pero con las nuevas motivaciones que tengo ahora. Parece una tarea imposible, pero tengo que hacerlo. Lo haré.

Me quedo dormida por el constante latido del corazón de Nero y el roce de sus dedos por mi cabello. Duermo profundamente en los brazos de mi monstruo.



20. NERO

Me apoyo en la barra de desayuno, agarrando una taza de café en mis manos. Es temprano y una luz teñida de naranja se filtra a través de las ventanas del rascacielos, pintando todo en un tono tranquilo. Me gusta esta hora de la mañana, antes de que el mundo se despierte. Es como si fuera la única persona, envuelta en este sereno momento de paz, una pausa en el tiempo antes de que el mundo comience a girar nuevamente y todo lo que existe en la vida cotidiana vuelva a aparecer. Y esta mañana, necesito este momento para pensar.

Dejé a Una en la cama durmiendo. Ella se sacudió y giró toda la noche. Sus pesadillas la perseguían hasta bien entrada la madrugada. Ha pasado un tiempo desde que tuvo una, pero supongo que el estrés de Nicholai cazándola las está obligando a salir a la superficie nuevamente. Ella es tan jodidamente fuerte, pero veo cuán rota está. Él le hizo eso a ella. La hizo letal y, en muchos sentidos, le inculcó todos los rasgos que amo en ella, pero por primera vez en mi vida estoy empezando a ver que la fuerza tiene un precio. Quiero que mi hijo sea fuerte, pero nunca quisiera que pagara el precio que ella pagó por serlo. Y tampoco ella. Esto es lo que la persigue. Escucho sus palabras, la veo pelear, pero también vislumbro la resignación en sus ojos. Ganaré esta guerra con ese bastardo de una forma u otra. Rompió a Una, pero la mantendré. Haré de ella una reina para ser temida por todos menos por mí. Y él nunca tocará a mi hijo.

—Jefe—. Miro alrededor para ver a Gio parado en la entrada de la cocina. Ni siquiera son las seis y media y él está aquí, en mi apartamento, con el aspecto más alerta que nunca. ¿El chico no duerme? Mierda. —Tenemos un pequeño problema—.

Muevo la cabeza hacia la puerta y él me sigue hasta la sala de estar. Me siento en el sofá y recojo un paquete de cigarrillos de la mesa de café, colocando uno entre mis labios. Se sienta en el sofá opuesto y deslizo los cigarrillos sobre la mesa hacia él.

—Ziggie—, dice simplemente.



Frunzo el ceño mientras enciendo mi cigarrillo, inhalando el humo satisfactorio y profundamente en mis pulmones. —¿Qué hay de él?—

—Jackson fue a recoger dinero anoche, y eran veinte mil de los grandes menos. Dijo que lo pagará la semana que viene, pero ... Levanta una ceja mientras inhala el humo. Jodida razón. Ziggy trabaja en Brooklyn, dirige una pandilla allí abajo. En su mayor parte, no son más que guetos y adictos, pero hacen un buen dinero. Ziggy de alguna manera logra organizarlos, una hazaña que no muchos podrían lograr. Por esa razón, es útil para mí, pero esta es la segunda vez que se hace cargo de pedir prestado dinero. El problema con perros como Ziggy es el segundo que les quitas el talón de la garganta, te muerden, incluso si eres la mano que los alimenta. —Jackson lo maltrató un poco, pero bueno ... ya sabes lo que le hizo la primera vez—. Sí, la primera vez que Ziggy robó dinero, Jackson le rompió las dos piernas. Uno pensaría que sería un incentivo para no tener una repetición.

—Está bien, ve a buscarlo. Llámame cuando lo tengas. Yo me encargaré —le digo.

Gio asiente y se pone de pie, apagando el cigarrillo en el cenicero. Putos pandilleros. No necesito esta mierda en este momento, pero tengo que manejarlo. No voy a dejar que mi ciudad se vaya a la mierda mientras tengo al ruso respirando por nuestros cuellos. Desafortunadamente, el mundo sigue girando, no importa qué mierda esté pasando.

Voy al dormitorio y abro la puerta. Una está sentada en la cama, con un teléfono presionado en la oreja mientras acaricia a George, que está acurrucado junto a ella. Él se encoge cuando me ve y ella frunce el ceño, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello y besando su cabeza. Ese maldito perro está tan malcriado. Ella sigue hablando y sé que es Anna . Ella no llamaría a nadie más, y ciertamente no para un chat inactivo. Creo que está tratando de establecer una relación con ella, pero sé que no es fácil para Una. Ella no es alguien que habla solo por hablar, y seamos honestos, no es exactamente agradable.

Me quito la camiseta y los pantalones de entrenamiento. Sus ojos me miran y con una sonrisa, empujo mis boxers hacia abajo y salgo de ellos. Ella levanta una ceja, y sonrío antes de entrar al baño para ducharme.

Cuando salgo de la cabina de ducha, Una se apoya en el tocador y me mira con un cepillo de dientes en la boca. Una de mis camisetas está rozando



la parte superior de sus muslos y su cabello está recogido en un moño desordenado. Ella está luchando por mantener sus ojos en alto. Sonrío, arranco una toalla de la puerta de la ducha y lentamente la envuelvo alrededor de mis caderas. Me acerco y me inclino alrededor de ella, enganchando mi cepillo de dientes. Se da vuelta y escupe en el fregadero antes de enjuagarse la boca.

—¿Cómo está Anna ?—, Pregunto, mirándola a los ojos en el espejo. Ella se encoge de hombros. —Está bien, supongo.—

Aprieto la pasta de dientes en el cepillo de dientes y rápidamente beso su cuello. —Dale tiempo—, le digo. Ella asiente, su expresión triste, antes de salir del baño. La veo irse, su trasero apenas cubierto por una camiseta y ropa interior de encaje. Una vez que me lavo los dientes y recorto mi rastrojo, voy al armario y me visto con un traje.

—Tengo que salir a ver algo que tengo pendiente—, digo, mirando a Una tumbada en la cama.

—Bueno. Que te diviertas—.

Cruzo la habitación y me inclino sobre la cama, besándola lenta y profundamente. —Sé buena—. Ella frunce el ceño y me río mientras salgo de la habitación

Ziggie está de rodillas frente a mí, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. —Mira hombre—, dice. —Te lo devolveré, lo prometo—. Gio se para a su lado, con un arma apuntando a su cabeza.

Suspiro y cruzo los brazos sobre mi pecho. —¿Me veo como un maldito banco, Ziggie?—

—Lo siento. Te lo conseguiré mañana. Por favor, por favor no me mates. —Su mendicidad me está cabreando.

—¡No te disculpes conmigo cuando no lo lamentas!—, Grité. Él cerró los ojos con fuerza, su labio inferior tiembla. —Me estás rogando que no te mate, así que sabías las jodidas consecuencias—. Me agacho frente a él. —¿Pensaste que lo dejaría así?—

—Por favor. Mañana.—

Mi teléfono comienza a sonar en el auto, pero lo ignoro. Suena de nuevo y le lanzo una mirada molesta a Tommy que está sentado en el asiento del pasajero. Se apresura a responder. Me vuelvo hacia Ziggie y estoy a punto de emitir un juicio cuando la puerta del coche se abre de golpe.



—Jefe—. Tommy grita.

Estoy jodidamente ocupado, Tommy. Volveré a llamar.

—Pero, jefe ...

—¡Maldita sea, Tommy!—, Rugí, volviéndome hacia él. Se queda callado y baja la mirada al suelo. Sé que quiere alejarse de mí, pero no lo hace. — Es Rafael—.

Frunzo el ceño y avanzo, arrebatando el teléfono de su mano. —Gio, dispara si se mueve—, le digo antes de presionar el teléfono en mi oído. — Este no es un buen momento—.

—Anna se ha ido—, dice Rafael.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Tenía cuatro hombres con ella. Fueron encontrados muertos hace media hora. He llamado a exploradores desde los bordes de mi territorio y he llamado a la frontera. La recuperaré, pero me dijiste que te mantuviera informado.

—Mierda. Joder, tráela de vuelta, Rafael o tú y yo vamos a tener un problema mutuo en forma de Una.

Él cuelga y yo paso una mano por mi cabello. Una vez. Solo una vez, me gustaría un maldito día normal. El extraño negocio de las drogas, tal vez un asesinato por venganza, pero no. Tengo que lidiar con acosadores rusos, carteles, esclavas sexuales y, por último, mi novia asesina embarazada y muy temperamental. ¡Mierda!

Gio se encuentra con mi mirada cuando me doy la vuelta. Saco mi arma de la funda de mi pecho y la apunto a la cabeza de Ziggy. —No ...— Bang. Los ojos de Tommy se agrandan y vuelve corriendo al auto. —¡Limpia esta mierda!— Grito. Gio asiente y vuelvo al auto, saliendo del almacén abandonado.

—¿ Anna está bien?— Tommy pregunta en voz baja.

—Será mejor que así sea—. Incluso mientras digo las palabras, sé que Nicholai la tiene. Es solo una sensación en mi instinto, esperando el peor de los casos. La pregunta ahora es: ¿cómo detengo a Una para evitar que vaya tras ella?

Cuando entro en el departamento, no se encuentra Una. Zeus se acerca para saludarme, pero, por supuesto, George no se ve por ningún lado. El estará con ella. Escucho un ruido sordo desde algún lugar, seguido de otro. Sigo el ruido hasta el comedor.



Una está de pie sobre la mesa del comedor, con una ballesta levantada frente a ella. Aprieta el gatillo y suelta un tiro directamente en un lienzo que cuelga en la pared del fondo. Directo en el centro con los otros cuatro que ya están allí.

No puedo evitar sonreírle. Ella es tan pequeña, pero se ve tan feroz. Su cola de caballo rubia cae sobre su hombro mientras inclina su cabeza para apuntar nuevamente.

—Esa es una pintura de treinta mil dólares—.

Ella gira la cabeza para mirarme. —Es fea—.

—Es arte.—

—¿Podría darle un pincel a George y pedirle que lo repita si quieres?— Ella sonríe, balanceando las caderas mientras se desliza hacia el borde de la mesa. Doy un paso adelante y agarro sus caderas, bajándola al suelo frente a mí.

—Veo que tu puntería es tan aguda como siempre—.

Ella levanta una ceja. —Aún mejor que la tuya —.

Bajando la mirada hacia mi pecho, traza su dedo sobre mi corbata. Miro hacia abajo y veo la única gota de sangre que empaña la seda azul pálido.

—¿Qué te dije acerca de usar negro?—, Dice ella.

—Puede que no muestre la sangre, pero es bastante incivilizado—.

Sus labios se tuercen en una sonrisa divertida. —Pero, por supuesto, si el diablo no se pareciera a un ángel, no sería tan bueno corrompiendo a los inocentes ahora, ¿verdad?—

—Hmm—. Me inclino y rozo mis labios sobre su cuello, mordiendo su lóbulo. —Estás muy lejos de ser inocente, Morte—.

—Y estás muy lejos de ser un ángel—.

Me reí entre dientes. —Ven y baila alrededor del fuego conmigo, pequeña mariposa—.

—Pensé que era una oruga fea—.

—Nunca—. La beso y ella envuelve sus brazos alrededor de mi cuello. —Alas de acero, mi amor—. Ella me devuelve el beso. En el fondo de mi mente, solo sé que se avecina una tormenta. A menos que Rafael encuentre a Anna en las próximas horas, tendré que decírselo a Una y ella perderá su mierda.



21. UNA

Estoy en la cama, abrazando a George cuando suena mi teléfono, vibra sobre la mesita de noche. Echo un vistazo a la pantalla y veo un número ruso. Supongo que es Sasha. Deslizo la pantalla y la presiono contra mi oído. —Hola.—

—Pequeña paloma—. Se me encoge el estómago al oír la voz de Nicholai y me siento erguida, mis ojos al instante inspeccionan cada centímetro de la habitación. Todos y cada uno de mis instintos están en alerta máxima porque si Nicholai puede obtener el número en un teléfono con quemador no rastreado, entonces seguramente él puede comunicarse conmigo.

—Nicholai —, respiro.

Respira hondo. —¿Recibiste mi tarjeta y el regalo?—, Pregunta, casi alegremente.

—Lo hice—. Nicholai hace las cosas de cierta manera. Tienes que jugar su juego y esperar a que te diga lo que realmente quiere.

—Y te pedí que vinieras a casa, pequeña paloma—.

—No puedo hacer eso—. Me levanto y miro por la ventana, pero, por supuesto, incluso Nicholai no puede escalar un rascacielos.

Me heriste. Pero no importa. Sin embargo, te dije que vendría por ti, he recorrido una gran longitud y tenido que hacer todo lo posible. No estoy feliz contigo.

Todo mi cuerpo se tensa cuando sus palabras se hunden. —¿Qué longitud?— Silencio. —¿Qué longitud?— Repito, mi voz se alza. Me doy la vuelta y Nero está de pie en la puerta, sus ojos oscuros brillando como ónix en la tenue luz de la ciudad de abajo.

—¿Una?— Una pequeña voz llega por la línea. Mis rodillas se debilitan y cierro los ojos con fuerza mientras apoyo mi espalda contra la ventana.

—Anna—, susurro, deslizándome lentamente por el cristal hasta tocar el suelo. —¿Estás bien?— Soy consciente de que Nero se está acercando, pero mantengo la mirada fija en la oscura alfombra frente a mí.

—Creo que sí. ¿Que esta pasando?—

—Solo mantén la calma. Haz lo que dicen. Voy por ti.



Hay un susurro antes de escuchar la voz de Nicholai nuevamente. —Se parece mucho a ti, pequeña paloma. Pero siempre fuiste tan fuerte, Una. Eres el soldado perfecto, solo para ser superada por tu hijo —. La forma en que lo dice como un niño entusiasmado con un juguete nuevo me hace sentir enferma. —Pero Anna ... Anna no es tan fuerte como tú, pequeña paloma. Ella no será un soldado ... —Él deja que eso cuelgue en el aire entre nosotros.

—Te prometo que si la tocas, arrancaré el corazón de tu pecho—, gruño, las emociones burbujeando y girando sin control dentro de mí.

—Tsk, tsk, te crié mejor que eso palomita. Has estado fuera demasiado tiempo. Te has contaminado. Pensé que te había enseñado lo suficiente que el amor es debilidad. Tu hermana, el italiano, tu hijo ... te debilitan, Una. Te has vuelto frágil —, escupe, la ira consume su voz. Hay una pausa antes de que vuelva a hablar. —Pero está bien. Está bien. Yo puedo arreglarte. No te preocupes, pequeña paloma. Te haré perfecta de nuevo. Y voy a hacer que tú hijo sea más fuerte que incluso tú.—Aprieto los ojos cerrados y presiono mi apretado puño en la frente. —Vendrás a casa y liberaré a Anna. Tienes cuarenta y ocho horas, y luego la mato. Tic-tac. —La línea se corta y lanzó el teléfono al otro lado de la habitación, dejando una abolladura en el panel de yeso.

Presiono las palmas contra mis ojos para tratar de no llorar, pero no tiene sentido. Estoy jodidamente asustada. Tengo miedo de Anna, tengo miedo de mi bebé y tengo miedo de mí misma porque sé exactamente lo que me espera cuando regrese allí. Él me 'reiniciará'. Meses de terapia de descargas eléctricas, entrenamiento, inmersiones en agua y acondicionamiento reflejo. Solo hay una forma de sobrevivir a eso, y es echar un vistazo para adormecerse. Nadie sale de allí con una pizca de humanidad intacta. La mente humana no puede soportarlo, y por eso lo hace. No quiere humanos. Quiere soldados, robots, asesinos sin conciencia.

Los dedos me rozan la mandíbula, y dejo caer mis manos, encontrando la dura mirada de Nero. ¿Lo recordaré? Cuando Nicholai me quite todo rastro de sentimientos, ¿recordaré este sentimiento? ¿Sabré siquiera que lo amaba o simplemente parecerá una debilidad distante, nada más que la



sombra de un recuerdo? Y mi hijo ... ¿Lo amaré ? No estoy segura de que incluso la madre naturaleza pueda anular los métodos de Nicholai.

Me seca las lágrimas debajo de mis ojos. —No vas a ir—, dice, con un gruñido en su voz.

—Él tiene a Anna—.

El asiente. —Lo sé.—

—¿Qué?— Me pongo de pie y me alejo de él, sacudiendo mi cabeza. —¿Por qué no me lo dijiste?—

—Porque no sabía con certeza si la tenía—.

—¡Joder!— Me paso las manos por el pelo. ¿Cómo sucedió esto, Nero? ¡Me dijiste que estaba protegida! —No puedo evitar sentir un pequeño aguijón de traición porque jodidamente confié en él. Yo creía tontamente la palabra de Nero, su poder, era infinito. Y subestimé el alcance de Nicholai a pesar de todo lo que sé sobre él, y esa es la conclusión- debería haberlo sabido. Dejé que mi triste esperanza nublara mi juicio y me ha costado mucho. No dejaré que Anna pague el precio por mis acciones. Él me quiere a mí, no a ella. Ella no es más que un cebo. Un alma indefensa atrapada en medio de la retorcida obsesión de Nicholai conmigo.

—La matará—, le susurro, imaginando todas las cosas horribles que le hará, las formas en que la hará sufrir, y solo porque lo desafié. —Tengo que ir con él—.

—No. Su voz es engañosamente tranquila. Me giro para mirarlo, pero él me toma desprevenida envolviendo sus brazos a mi alrededor por detrás. Un brazo cruza mi pecho, sujetando mis muñecas al ras de mi cuerpo mientras el otro se aprieta alrededor de mi cintura. —No luches—, susurra bruscamente en mi oído. El latido de mi corazón golpea contra mis tímpanos y mi respiración se contrae.

Lucho contra su agarre, pero sus brazos son como el acero. —Nero ...—

—No te dejaré hacerlo, Morte—. Su aliento toca mi cuello. Su cuerpo duro es implacable. —No tienes nada que decir nada sobre la seguridad de nuestro bebé—.

Respiro hondo y me recompongo. —No entiendes—, le digo. —La matará y luego seguirá viniendo. El nunca se. Detendrá.—

—Una ...

—Dijiste que éramos iguales—.



Kiss Me

Duda, y un gemido bajo se desliza por sus labios. —Esto es diferente. Tu cabeza no está clara cuando se trata de Anna.

—¿Confías en mí?— Susurro, girando mi cabeza hacia él. Presiona su mejilla contra la mía, el rastrojo de su mandíbula raspa mi Respiraciones desiguales se escapan de sus los labios y casi puedo sentir su desesperación como un demonio que vive y respira en el ambiente. Él está asustado. Nero tiene miedo.

—Morte ...—

—¿Confías en mí?— Repito.

Él suspira. —Si.—

—Tenemos que controlarlo—.

—¿Qué?

Lucho por liberarme y él me libera a regañadientes, aunque parece listo para saltar de nuevo en cualquier momento. —Nicholai cree que tiene la ventaja—, le digo, —y tenemos que dejar que piense eso, adormecerlo en una falsa sensación de seguridad ...— Sus ojos oscuros se cruzan con los míos. Veo ese impulso en él, la necesidad de encerrarme y tirar la llave. Tengo que hacerle ver. —Sé a dónde me llevará. Puedes venir por mí.

—¡No vas a ir!— Su voz se eleva constantemente, su cuerpo erizado de tensión.

—¡Tengo que hacerlo!— Él da un paso ominoso hacia adelante, y yo me arrastro hacia atrás. —Si voy, pensará que ha ganado. Puedo ... puedo acercarme a él, sacarlo del interior —digo apresuradamente. —Es la única manera—.

—No—, gruñe.

—Solo escúchame. Y trata de ser objetivo —.

—No puedo ser objetivo cuando se trata de ti—.

—Y es por eso que Nicholai ganará, porque no ama, no siente. No tiene debilidad —, le digo.

Acuna mi mejilla, obligándome a mirarlo. —El amor no es una debilidad, Morte. Es la fuerza —. Ojalá pudiera creerle, pero con tanta gente que amo en la línea, no me siento muy fuerte.

—Soy su única debilidad—, digo lentamente. —Soy la única que puede hacer esto, Nero—.



Su mandíbula se tensa y suspira pesadamente antes de ponerse de pie y alejarse de mí. —No, tengo otro plan. Vístete. Estamos esperando visitas—. Y luego se va de la habitación, despidiéndome por completo.

Me siento en el sofá de la oficina de Nero mientras él hace varias llamadas. Estoy mirando una pantalla de computadora portátil, pero puedo sentir sus ojos en mí.

Mi pierna rebota erráticamente. Las paredes de la habitación parecen presionarme. Todo lo que puedo ver en mi mente es esa imagen rota de Anna antes de que Nero la encontrara y la comprara. Veo a la chica delgada y rota siendo violada en una cámara web para el entretenimiento enfermo de hombres depravados. ¿Nicholai le haría eso a ella? ¿Sobrevivirá ella de nuevo?

Eventualmente ya no puedo soportar la mirada ardiente de Nero. Decidoirme y buscar café. Estoy de pie en la barra de desayuno, comiendo una barra de granola y acariciando la cabeza de George, tratando de calmarme, cuando el sonido del ascensor se escucha. En el momento en que escucho la distintiva entonación de los acentos españoles, estoy asaltando el apartamento. Reconozco a Rafael D'Cruze de todos los años que Nicholai nos haría aprender a cada líder influyente, capo, jefe o incluso político sucio.

Cuatro hombres están con él, y todos están hablando rápidamente con Nero y Gio. La expresión de Rafael es seria mientras cruza los brazos sobre su pecho, su postura defensiva. Asalto en su dirección y, en el último minuto, todos me miran.

—Ah, mierda—, murmura Gio, justo cuando salto del piso y taladro mi puño en la mandíbula de Rafael.

Uno de sus hombres se mueve, y saco un arma de la parte trasera de mis jeans y apunto a su cabeza. —Voy a disparar a tu inútil saco de mierda donde estés parado—, le digo, engañosamente con calma.

Rafael se frota la mandíbula y levanta las cejas, mirando a Nero. —¿Siempre le gusta esto?— Nero se encoge de hombros antes de moverse para pararse a mi lado.

—Están aquí para ayudar—, dice Nero.

Miro a Rafael, mientras que el chico frente a mi arma se mueve ligeramente. —Putita loca—, murmura. Lo golpeo con la pistola sobre el



punto de la nariz sin apartar los ojos de Rafael. El chico se tambalea hacia atrás, agarrando su nariz ahora rota. Nero se aclara la garganta para reírse.

—Perdiste a mi hermana—, le digo con los dientes apretados.

Rafael suspira y se pasa una mano por la cara. —No pienses que tomo esto a la ligera. Los rusos mataron a cuatro de mis hombres —. Hay un borde en él, algo peligrosamente desquiciado, y por lo general lo tomaría en cuenta, pero hoy, preferiría matarlo.

¡No me importan tus hombres! Me prometiste que estaba a salvo contigo. Nero me lo prometió y odio que lo haya hecho porque ahora no puedo aceptar su palabra.

—Estaba fuertemente vigilada y en una de mis casas que solo conocen mis hombres más cercanos—.

—Bueno, entonces parece que uno de tus hombres más cercanos es una rata, Rafael—, gruño, mirando a los hombres que estaban a su lado. Nunca debería haberla dejado con otras personas. Pude ponerla en peligro, pero tengo cuidado, Nero tiene cuidado. Él solo mantiene a sus leales más cerca. Ninguno de los hombres de Nero la habría vendido, pero los extraños pueden comprarse fácilmente, y Nicholai tiene mucho que ofrecer como pago.

—Uno de los hombres que murió fue mi hermano—, dice uno de los tipos detrás de él como si me importara una mierda.

—No. Me. Importa. Si yo fuera tú, mi única preocupación sería el hecho de que mi hermana se haya ido. Miro al tipo que habló. —¿Sabes quién soy?—, Le pregunto en voz baja. Él me mira de reojo. Doy una vuelta alrededor de Rafael y me enfrento cara a cara con el hombre. —Si no la recupero, voy a venir a México y terminar con todo tu jodido cartel —.

—O-kay ...— Nero envuelve un brazo alrededor de mi cintura y me tira hacia atrás contra su pecho. —Vinieron a ayudar—. Me alejo de él y recorro la longitud de la habitación. Puedo sentir sus ojos en mí, mirando para ver qué haré después. Siento que estoy colgando de un hilo, mis emociones balanceándose como un péndulo. Estoy tan cerca de romperme, pero no lo haré frente a estos hombres. Salgo del vestíbulo y entro en la sala oscura, moviéndome hacia la ventana. Necesito pensar, pero mi mente es este enjambre de emociones y nada está claro.



No confío en ellos ¿Tendrán una rata? ¿O qué pasa si no lo hacen? ¿Qué pasa si Nicholai le pagó a Rafael por Anna y todo esto es solo una trampa? Presiono mi mano sobre mi estómago y aprieto los ojos. Una tabla del piso cruje detrás de mí. Sé sin verlo que es Nero. Sus labios rozan mi hombro y me recuesto contra él. El toque que una vez me dejó tan conflictivo ahora se siente como lo único real en mi vida. Y, en medio del caos completo, él es el único en el que puedo confiar. No confío en nadie, excepto en él.

—Necesitamos ayuda, Morte—. Su brazo se desliza por la parte delantera de mi cuerpo, apoyándose sobre mi pecho antes de que sus dedos se enrosquen alrededor de mi garganta.

Las yemas de mis dedos trazan la longitud de su antebrazo y agarro su muñeca, girando mi cabeza hacia un lado. —¿Y si están trabajando con él? No podemos confiar en ellos.

Sus labios presionan contra mi sien y su mano libre se desliza sobre mi estómago. —No. No tienes que confiar en ellos, me tienes a mí. Me giro en sus brazos y lo miro. Su barbilla está inclinada hacia abajo, sus ojos oscuros, duros y decididos, fijos en los míos. —Déjame manejarlo—. Su mano ahueca el costado de mi mejilla, y yo me inclino, tocando mi frente con la suya. Su cálido aliento se desliza sobre mis labios, el sutil aroma a menta y humo de cigarrillo se arremolina a mi alrededor. —Tú ...— Duda, con la mandíbula apretada mientras sus dedos se estremecen contra mi piel. Prométeme que no harás nada estúpido. Dime que estamos juntos en esto —. Suena tan extrañamente vulnerable y me rompe un poco el corazón. Es una promesa que sé que no puedo cumplir, pero lo hago de todos modos

—Siempre—, susurro. Agarra mi cara y me besa con fuerza, sus labios se mueven sobre los míos como si estuviera tratando de marcar mi alma. Poco sabe él, se imprimió irrevocablemente en mí hace mucho tiempo. Cualquiera que sea el plan que Nero esté tratando de idear, él está queriendo agarrarse de algo, lo sé. El lo sabe. De lo contrario, no intentaría desesperadamente llevarme a su causa. Nicholai nos ha arrinconado en una esquina. Jaque Mate. El juego terminó, pero Nero se niega a aceptarlo, por lo que puede perder.

¿Y no es así como siempre estaba destinado a ser? Se ha cerrado el círculo y estoy de vuelta donde empecé con él; yo y Anna, Nero y yo apenas pudimos huir de esto que pudimos predestinarnos porque lo orquestamos. Cada movimiento que hemos jugado nos ha traído aquí. Luchamos, matamos, está intrínsecamente retorcido en cada fibra de nuestro ADN, y



este es el precio que pagamos. La normalidad es un deseo lejano, un sueño que no podemos comprender. Sin embargo, quiero entenderlo, más de lo que siempre he querido en mi vida, pero no voy a sacrificar a las personas en el camino. No sacrificaré a Anna hoy solo para que Nicholai juegue otra mano y me atrape mañana. No, esto tiene que terminar. Dejaré que Nero planee y planifique. Lo seguiré por su bien, pero tengo mi propio plan.

—Ven. Tenemos que hablar con ellos —, dice, tomando mi mano y guiándome hacia su oficina.

Gio se sienta al lado de Rafael en uno de los sofás y una vez más, los planos están en la mesa de café. A decir verdad, no estoy segura de que Nicholai tenga a Anna ahí. Esa es su base principal, pero tiene otras, y por supuesto, conozco el diseño de esa base íntimamente. Lógicamente, la llevaría a otra parte, pero luego me dijo que fuera a él. Ahí es donde iría, así que tal vez ella esté ahí.

Nero se mueve hacia la esquina de la habitación y sirve un vaso de whisky. Se ve más cansado de lo habitual, con sombras persistentes debajo de sus ojos. Se toma el whisky en dos tragos y dirige su atención a los planos. Me siento a su lado y su mano aterrizo en mi muslo posesivamente. Discuten todo, pero apenas los escucho.

Sé que están azotando a un caballo muerto. Nicholai logró llegar a Anna cuando fue encerrada en el corazón del cartel, un lugar que todos pensamos que era intocable. Sin embargo, ningún lugar es intocable para Nicholai. Ella no saldrá de esa base a menos que él voluntariamente la deje salir por la puerta. Y la única forma en que lo está haciendo es si entro.

Rafael se levanta, jurando en español mientras se acerca a un lado de la habitación y golpea su mano contra la pared. Estrecho mis ojos hacia él. Nero se inclina a mi lado y me susurra al oído. —Creo que Rafael está enamorado de tu hermana—. Rafael y mi hermana. Aprieto los puños y una mano instintivamente alcanza la hoja atada a mi muslo, mis dedos rozando sobre ella. Otra razón para lastimarlo, se aprovechó de mi hermana maltratada y quebrada. Nero se ríe, cubriendo la espada con su propia mano. —Una mariposa tan viciosa—.

Me pongo de pie, mirando a Rafael mientras cruzo la habitación. Todo el mundo se tensa esperando que haga algo, pero en lugar de eso,



simplemente paso más allá de él, mirándolo al dejar la habitación. Reviso mi reloj. Tengo cuarenta y cinco horas y nueve minutos antes de tener que estar en Rusia. Camino directo a la armería, sacando la llave de mi bolsillo y abriendo la puerta de la sala de pánico que también alberga todo el armamento. Comprobando las cámaras, veo que Nero y los mexicanos todavía están en la oficina. Agarro una Cal .40 y un clip de repuesto y empujo ambos en la parte posterior de mis jeans con mis 9 mm. A continuación, abro todas las gavetas, mirando las diversas balas hasta que veo lo que estoy buscando. Hay dos pequeños recipientes color plata con puntas de aguja. Los tomo, los guardo en el bolsillo de mi sudadera y salgo de la habitación. Cuando salgo del comedor, me tropiezo con Tommy. Se sobresalta y se aferra a su pecho.

—Jesús, ¿tienes que arrastrarte por la oscuridad?—

—Solo soy yo—, resoplé.

Él me fulmina con la mirada. —¿Te das cuenta de que en realidad lo empeora?—

Pongo los ojos en blanco. —Eres un coño—.

—No, solo tengo un sentido de autoconservación. Todavía no me has matado, así que ...

—No te he matado porque me gustas—, le digo.

—Bueno, lo tomaré como un cumplido—.

—Deberías—. La sonrisa se desliza lentamente de mi cara mientras lo miro fijamente. Tommy tiene esta inocencia acerca de él, un lado que se las arregla para no contaminarse por la oscuridad que lo rodea. Lo esconde, pero espero que nunca lo pierda. Espero que siempre vea la luz en la oscuridad, sin importar las circunstancias. —Nunca cambies, Tommy—.

Él frunce el ceño. —¿Estás bien?—

Asiento y me alejo de él. No puedo pensar en la gente aquí; sobre la vida que tengo o podría haber tenido. En cambio, me voy a la cama, deslizando una de las latas de metal debajo de la almohada. Estoy lista, organizada. Tengo todo lo que necesito para hacer lo que se debe hacer y, por lo tanto, me quedo aquí, mi estómago revolviéndose horriblemente. En el momento en que Nero llega finalmente a la cama, mis emociones son completamente cargadas y agotadas.

Se desliza debajo de las sábanas y desliza su mano alrededor de mi cintura. —Morte—, susurra.



—Si.—

—¿Estás bien?—

Ni siquiera un poquito. —Si.—

—Tengo que preguntar porque Rafael todavía está vivo—. Puedo escuchar la diversión en su voz.

—Tan pronto como esto termine, considéralo hecho —, gruño. Mierda mexicana No solo pierde a mi hermana, sino que hizo una jugada con ella. Se ríe y roza sus labios sobre mi cuello. —Incluso lo sostendré para ti—.

—Pensé que era tu amigo—.

—No tengo amigos, Morte. Tengo peones, y cuando me fallan, pierden el favor. Dios, me encanta lo cruel que es. Me doy la vuelta y paso los dedos por su cabello, tirando de él hacia mí. Aprieto mis labios sobre los suyos, necesitando sentirlo, ansiando su fuerza y su brutalidad y todo lo que lo hace tan inherentemente temido por todos los que escuchan su nombre. Quiero mi monstruo Su lengua roza la mía y gimo en su boca, arañado con las uñas sobre su cuello. Quiero que me haga olvidar todo por un momento, que me permita sumergirme en él, ahogando las voces que gritan dentro de mi cabeza.

Me pongo de rodillas y me monto sobre su cuerpo, nuestros labios nunca se separan. Se sienta y me abraza con tanta fuerza que parece que nunca me dejará ir. Sus labios dejan los míos, presionando la piel de mi cuello, cálidos y duros, exigentes y sin embargo generosos. Le paso los dedos por el pelo y me aferro a él, deseando poder detener el tiempo y permanecer aquí, a salvo en sus brazos. Siempre he estado sola, siempre ferozmente independiente, pero tenerlo me ha hecho darme cuenta de lo que es tener a alguien. Para ser protegida Y una vez que lo conocí ... Tengo la sensación de que estar sin él es una propia forma de cruel tortura. Su mano se desliza entre mis piernas. Él sisea cuando se da cuenta de que no estoy usando ropa interior debajo de su camiseta de gran tamaño. Sus dedos se presionan contra mí y gime contra mi garganta en un beso con la boca abierta.

—Tan jodidamente mojada, Morte—, respira. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y cierro los ojos cuando él empuja sus dedos dentro de mí. Cada vez con él es una afirmación desvergonzada, posesión completa mezclada con algo tan crudo y real que casi siento que no puedo



Kiss Me

respirar. Nero siempre se siente como la esencia misma de la vida, justo en el borde irregular en todo momento. Se mueve debajo de mí y luego sus dedos son reemplazados por su polla empujando contra mí. Sus manos agarran mis caderas, guiándome hacia él lentamente. Todavía, respirando pesadamente contra sus labios. Es muy intenso

Así que todo lo consume. Lo que una vez fue una batalla sangrienta ahora se siente como la rendición más dulce, la fusión de dos almas devastadas por la guerra que abrazan las cicatrices. Lentamente giro mis caderas sobre él y su aliento tartamudea, sus brazos sujetan mi cuerpo al suyo. El placer me atraviesa y echo mi cabeza hacia atrás con un gemido bajo. Sus labios se encuentran con mi mandíbula y se mueven por la columna de mi garganta. Su lengua y dientes trabajan sobre mi piel en un frenesí. Chupa un pezón antes de morderlo con tanta fuerza, que instintivamente me alejo de él. Resoplando una pequeña risa, me acerca más y pasa sus dedos por mi cabello antes de acercar mi rostro al suyo. Nuestros labios se encuentran y los besos frenéticos se ralentizan, se hacen profundos y me drogan. Esta tensión flota en el aire entre nosotros, todas las palabras que ninguno de nosotros puede decir, y me pregunto si él lo sabe. Sus dos manos ahuecan mi cara e inclina mi cabeza hacia atrás, deslizando su lengua sobre la mía, empujando y tirando. De ida y vuelta. Pienso en dejarlo y mi pecho se aprieta porque es lo último que quiero. Pero esta no es nuestra realidad, esto es un sueño, una vida a la que no tenemos derecho. Ahora veo, y por difícil que sea abandonar los sueños, en algún momento, debemos despertarnos. Empuja contra mí, me reclama y me marca en todos los sentidos. Mi corazón se aprieta en mi pecho y me aferro a él con más fuerza mientras lo siento astillarse. Intento levantar las paredes de acero que necesito para protegerme, pero mi corazón permanece dolorosamente expuesto. Sus movimientos se vuelven lentos y burlones. Tan profundo que es prácticamente una parte de mí. Una lenta ola de placer se acumula y luego se derrumba sobre mí, rodando una y otra vez. Presiono mis labios contra los suyos, cerrando los ojos con fuerza y siento una lágrima en mi mejilla. Se pone rígido debajo de mí, sus movimientos se vuelven sacudidas brutales mientras gime mi nombre una y otra vez

—Jodidamente te amo—, gruñe, tocando su frente con la mía. Su aliento me baña la cara e inhalo el aroma de él: cigarrillos y whisky con menta.

—Te amo—, le susurro, empujándolo hacia la cama. Nuestros ojos se encuentran y él quita la cortina de cabello de mi cara. Veo sus



sentimientos reflejados en mí, el tipo de obsesión que consume absolutamente. Lo nuestro, es un amor que arde tan ardientemente y brillante, que destruye todo a su paso. Separados, somos fuertes, pero juntos somos imparables. Y estoy a punto de separarnos. Lo odio, pero hago lo que hay que hacer. Debo creer que lo que tenemos trascenderá el tiempo y la distancia. Lo necesitaré, incluso si es solo un pensamiento de él.

Cerrando los ojos, deslizo mi mano debajo de la almohada. Casi espero que me detenga porque no quiero hacer esto. Me rompe el corazón traicionarlo. Me inclino, besándolo suavemente, permitiendo que mis labios se detengan sobre los suyos. Mis dedos se envuelven alrededor del pequeño recipiente y pienso en Anna. En un movimiento rápido golpeo el dardo a un lado de su cuello. Él se queda quieto y yo me alejo, encontrando su expresión de sorpresa. —Lo siento—, digo, mi voz se rompe cuando las lágrimas ahora caen libremente por mi cara.

—Una, no—, gruñe. Su mano envuelve mi garganta, y no hago nada para luchar contra él mientras aprieta fuerte.

En lugar de alejarme de él, me acerco, besándolo. Mis lágrimas se derraman sobre sus labios. Puedo saborearlas en mi lengua. —Te amo, Nero. Confía en mí. Sus ojos comienzan a caer y su agarre se afloja. —Un día, volveré a verte—. Sus ojos giran en su cabeza y lo beso por última vez antes de alejarme de él y salir de la cama. Me pongo un par de jeans negros y una sudadera con capucha antes de agarrar la bolsa que dejé debajo de la cama. Le echo una última mirada, y luego, por segunda vez, dejo a Nero con su aroma todavía pegado a mi piel y el sabor de él en mis labios. Solo que, esta vez, parece que acabo de arrancar mi propio corazón que late. Esta vez hay mucho más en juego.

Me muevo por el apartamento, con cuidado de no hacer ruido. Estoy bastante segura de que voy a encontrarme con algunos de los hombres de Nero en algún momento, pero estoy lista para eso. No puedo dejar que me vuelvan a detener, Nero literalmente me encadenará en un sótano en algún lugar y nunca me dejará salir. Me escabullo por la sala y me detengo cuando escucho un fuerte clic. Congelándome, lentamente vuelvo mi mirada hacia el sofá. El extremo rojo brillante de un cigarrillo brilla en la oscuridad y puedo distinguir las facciones de Rafael. Alcanzo el arma en la parte posterior de mis jeans, envolviendo mis dedos alrededor lentamente. Si intenta detenerme ...

—Vas a ir a él—, dice, su voz baja y profunda.



—No intentes detenerme. Hago lo que debo hacer —.

Se inclina hacia adelante, permitiendo que el cigarrillo cuelgue libremente de sus dedos mientras apoya los codos sobre sus muslos. —¿Te sacrificarás por ella?—

—Sí.

—¿Y tu hijo? ¿Sacrificarás a tu hijo por ella?

Aprieto los dientes. —Pensé que ... sentías algo por ella—.

Suspira y se pone de pie, avanzando hacia mí. Puedo distinguir sus ojos negros como el carbón en la tenue luz. —Sí, pero Anna nunca desearía que sacrificaras a un niño inocente, Ángel—.

—Tengo un plan.—

Toma otra calada lenta de su cigarrillo. —Ah, tú y Nero y sus planes—.

—Este ... no involucra a Nero—.

Él calla por un momento. —¿Cómo sabes que va a liberar a Anna?—

Me pellizco el puente de la nariz. —No lo hago—. Siento que estoy en caída libre, atrapada en una situación desesperada. Pero Nero siempre dice que la vida es solo un juego de ajedrez gigante. Todo lo que tengo que hacer es posicionar a los jugadores clave. —Necesito que me hagas un favor—, le digo. El asiente. —Si no libera a Anna, negocia su regreso. Una vez que me tenga, no la necesitará.

Dejará que la usen bien en otra parte.

— ¿Negociar qué?—

Lo miro por un segundo. —Tienes acceso a un puerto ...—

—Sí.

—Ofrécele el uso de él. Obtener armas sobre la frontera sur es el punto de acceso más fácil a Estados Unidos, pero los carteles no permitirán que los rusos se establezcan —.

Frunce el ceño, sin decir nada mientras toma una larga calada de su cigarrillo. —Eso causaría problemas—.

Miro nerviosamente hacia lo alto de las escaleras. No sé cuánto tiempo durará ese tranquilizante. Supongo que tomó el lado más ligero de la dosis por su peso corporal. Nero pesa más del doble de lo que yo lo hago. —Mira, no será por mucho tiempo. De todos modos, Nicholai no es uno para romper su palabra. Creo que la dejará ir



Él sacude su cabeza. —Eres su mascota favorita, Ángel. Y has demostrado ser rebelde. Él tiene los medios para controlarte, no pienses que va a renunciar a eso fácilmente. Asiento. —y—ya vete no te ví.—

—Gracias.

—Y Una ...

—¿Si?

Sus ojos caen sobre mi estómago, una expresión de dolor cruza su rostro.

—Cuidate.—

Me alejo de él y me dirijo al elevador, con las dos armas en la mano mientras desciendo al estacionamiento. Cuando las puertas se abren, espero encontrar medio ejército aquí abajo, pero solo hay dos tipos de traje. Ambos tienen cigarrillos en la mano y me miran sin comprender como si acabaran de recibir un invitado sorpresa. Cargué contra el primer tipo, golpeándolo con la pistola lo suficientemente fuerte como para noquearlo. El segundo va por su arma, y caigo, pateando sus piernas debajo de él y clavándole el puño en la sien. Permanezco agachada, mis ojos recorren cada centímetro sombrío del estacionamiento antes de levantarme y trotar hacia mi moto todavía estacionada donde la dejé hace tantos meses. Saco la llave del bolsillo y balanceo la pierna sobre la máquina negra y cromada. Tose y chisporrotea cuando giro la llave, pero finalmente ruga a la vida. Si antes no había un ejército de hombres de Nero, pronto lo habrá. Me pongo un pequeño auricular en la oreja y balanceo mi bolso sobre mi espalda antes de que la rueda salga del estacionamiento. Mi teléfono suena, zumbando en mi bolsillo.

—¿Dónde te veo?—, Dice con su fuerte acento sureño. Billy es un piloto que me ha sacado de algunas situaciones inciertas. Es muy bueno para falsificar la documentación necesaria para los falsos planes de vuelo. Es un tipo útil para conocer, y lo más importante, no tiene vínculos con los italianos.

—Teterboro. Estaré allí en aproximadamente media hora —, grito sobre el rugido del motor de la motocicleta

—Sí, señora—. Cuelga y yo dejo correr la motocicleta, enviándola hacia el puente George Washington. Puedo estar lejos de Nero, pero nunca subestimo su poder o alcance. Nueva York es su ciudad, y mientras yo esté allí, él puede atraparme. No sé qué me asusta más ahora, Nicholai o qué hará Nero si me atrapa. Él va a estar muy enojado. Desearía haberle explicado esto a él, pero él no escuchará racionalmente cuando se trata de



mí o del bebé. Nicholai tomando a Anna me ha forzado la mano, pero también me hizo darme cuenta de que no hay ningún lugar al que podamos correr. Podríamos pelear, pero nos tiene superados en todos los sentidos. Llegó a Anna, y eso significa que puede llegar a mí, así que estoy tomando el control. Estoy sacando una página del libro de Nero y jugando con inteligencia, siendo estratégica. Terminaré esto, de una forma u otra. Conduzco media hora fuera de la ciudad, revisando constantemente los espejos para ver si se acerca algún auto.

Cuando me detengo en la pista, el guardia me mira y me saluda. De nuevo, el alcance de Nicholai se siente desde lejos. Esta es una de las pistas que usamos para entrar y salir del país sin ser notados. Los Elite son fantasmas, y los fantasmas vuelan por debajo del radar en todo momento. Los estadounidenses nunca necesitan saber de nuestra existencia, ni siquiera las alianzas si se puede ayudar.

Conduzco la motocicleta hasta el hangar seis y la estaciono en la esquina, pasando una lona sobre ella. No tengo dudas de que Nero tiene un rastreador, pero ya me habré ido para cuando lo encuentre. Billy se apoya en los escalones de un pequeño avión privado, sus gruesos brazos cruzados sobre su estómago y un cigarrillo colgando entre sus labios.

—Pensé que se suponía que no se debía fumar alrededor del combustible para aviones —, le digo secamente.

Él sonríe, toma el cigarro y lo arroja por el hangar. Pongo los ojos en blanco. Jesús, esto es lo que sucede cuando empleas un campesino sureño para volar. Le meto un fajo de billetes en la mano y subo los escalones.

—Bueno, ¿no estás feliz esta noche, rubia? Ya sabes, dejé todo para volar contigo.

Me detengo en la parte superior de los escalones y me giro para mirarlo con una sonrisa pintada en mi rostro. —Muy amable de tu parte. Estoy segura de que diez de los grandes ayudaron.

Inhala mientras sube las escaleras. —No va a doler—. Eso es lo que pensé.



Me siento en uno de los sillones de cuero y me recuesto en él, apoyando la cabeza contra el reposacabezas. Mi estómago se revuelve con anticipación. Desearía poder regresar, de verdad, pero hago a un lado esos pensamientos. Me concentro en la parte de mí que ha estado latente. Busco a la chica que experimentó demasiado, demasiado joven, que vio horrores e hizo cosas que su propia mente frágil no podía comprender. La niña que se convirtió en un monstruo. Necesito ser esa chica otra vez. La chica que fui por tantos años.

Esa chica estaba rota e insensible y se perdió mucho, pero fue capaz de derrotar a Nicholai. Ahora tengo que equilibrar la necesidad de convertirme en la bestia sin permitir que me consuma. Sé que lo que Nicholai tiene en mente para mí no es bonito. Es tan fácil simplemente deslizarse en ese lugar oscuro donde el miedo y el dolor no existen. Ese lugar es fácil, pero también es peligroso. Podría perderme fácilmente allí y olvidar por qué estoy luchando. Nunca lo puedo olvidar. El recuerdo de Nero, de lo que tenemos ... Nicholai intentará despojarme de él. Nicholai siempre me dijo que el amor es débil. Me obligó a dispararle a Alex, el chico que amaba, solo para demostrarlo. Pero se equivoca. El amor puede hacerte más fuerte que nunca, porque el hecho es que Nero y yo somos más fuertes juntos que separados. Y con él a mi lado, somos una fuerza de la naturaleza, un jodido huracán. Nicholai no tiene idea del tipo de avispero que está pateando. Puede que Nero no esté a mi lado aquí, pero sé que él es mío y yo soy suya, y eso tendrá que ser suficiente para que siga luchando. El capo puede ser bastante inventivo. Esta es una guerra de dos frentes.

Varias horas después y el avión choca contra la pista. Logré dormir un poco, pero fue interrumpido con violentos sueños de sangre y tortura. Tan pronto como el avión se detiene, me levanto.

—Hay una chaqueta para ti—, grita Billy desde la cabina. Levanto la chaqueta de invierno arrojada sobre uno de los asientos libres y me la pongo. Ni siquiera había pensado en eso, y, por supuesto, Rusia se está congelando en esta época del año.



—¡Gracias!—, Le grito y bajo los escalones. Mis botas dejan huellas en la pista nevada. El viento helado muerde cualquier piel expuesta, haciéndome temblar violentamente. Había olvidado cómo se siente el frío real. Moscú es como un infierno apocalíptico en invierno. Hemos aterrizado en otro aeropuerto privado en las afueras de la ciudad, y ahora, Nicholai sabrá que estoy aquí.

Tiene espías en todas partes, pero este es un punto de entrada de Bratz y está constantemente vigilado. Acelaré el paso, corrí hacia la puerta que sale del aeropuerto y me agaché debajo de la barrera. El guardia no hace ningún esfuerzo por detenerme. La pista de aterrizaje está justo en el medio de una pequeña ciudad, de nuevo, para que pueda ser monitoreada fácilmente. Me dirijo por una de las calles laterales y miro por encima del hombro rápidamente antes de detenerme afuera de un viejo garaje deteriorado. La pintura se está despegando de la puerta, y las bisagras se asientan en un ángulo extraño mientras la madera podrida se hunde pesadamente. Saco las llaves de la motocicleta de mi bolsillo, selecciono una pequeña llave oxidada y desabrocho el candado de hierro, moviendo la llave en la cerradura congelada antes de que finalmente se libere. Tengo que levantar todo mi peso detrás de cada puerta para abrirlas y revelar un Jeep Cherokee modelo más antiguo. En todo el mundo, Sasha y yo tenemos casas seguras, armarios de almacenamiento llenos de suministros, automóviles. Este es uno de los de Sasha.

Voy a la parte de atrás y busco la llave dentro del tubo de escape. Desbloqueo la puerta y me deslizo detrás del volante, observando cómo espesas nubes de niebla se arremolinan frente a mi cara. Giro el encendido y el auto tose. Un zumbido bajo proviene del motor de trabajo antes de que a regañadientes chisporrotee a la vida. Esto es, el último tramo de mi viaje, y cuando salgo a las oscuras calles de Moscú, me parece que conduzco hasta las puertas del infierno.

Los minutos se convierten en horas, y pienso en Nero. Echo un vistazo a mi teléfono, notando la batería roja parpadeante. Lo pienso por un momento antes de marcar su número. Es estúpido y sentimental, y sé mejor que nadie que no tengo espacio para el sentimiento, pero solo una última vez.

—Una—. Su voz es tensa y fuerte, mezclada con una ira que haría que los hombres adultos se encogieran de miedo.



—Capo—, susurro.

Hay un momento de silencio. —Estás en Rusia—.

—Sé que no entiendes, pero ...—

—Date la vuelta, ahora mismo. Donde quiera que estés, detente. Iré por ti.

—No puedo—, digo en voz baja.

—¿Harías eso? ¿Le entregarías a nuestro bebé?

Suena tan dolido, y detrás de toda esa rabia, sé que debe estar en agonía. Mis ojos vuelven a llorar con lágrimas no derramadas y me muerdo el labio con enojo. —Por favor confía en mí. Tengo un plan. Tendrás el bebé.

Hay una pausa —¿Pero a ti no?—

No digo nada por un momento. —Prometí que volvería a ti de una forma u otra—. Incluso si solo recibe un pedazo de mí, ese bebé será todo lo mejor. Los no contaminados.

—Morte, por favor ...— Su voz se rompe, y aprieto el volante hasta que mis nudillos se vuelven blancos.

—Te amo—, le digo.

—Una ...— Cuelgo la llamada y un bulto se forma en mi garganta. Las emociones amenazan con estallar, pero las encierro. Las empujo a un profundo y oscuro recoveco de mi corazón destrozado, y levanto una pared de acero a su alrededor. Ahí es donde Nero vivirá hasta que pueda verlo nuevamente, o hasta que muera. Él permanecerá encerrado detrás de un acero impenetrable porque la Una que Nicholai no ama, su pequeña paloma, no puede amar.

Después de horas de conducción, doy vuelta por la pista desolada apenas perceptible en la espesa nieve, pero puedo encontrar esta pista con los ojos cerrados. De la misma manera que un pájaro siempre sabe a dónde migrar, esto es instintivo. Una vez llamé a este lugar hogar, después de todo. La pista desaparece en la oscuridad de la noche. Una pared de nieve blanca se precipita en mis faros mientras sigo la línea de árboles. Finalmente, un punto brillante de luz se hace visible en la distancia. Cuanto más me acerco, más brillante y más grande se vuelve esa luz singular. Paro el auto justo en frente de la puerta de eslabones de cadena de ocho pies de alto. El alambre de navaja se cierne amenazadoramente, los bordes irregulares proyectan sombras a través de la luz.



Apagué el motor y cerré los ojos, apoyando la frente contra el volante. Esto es todo, el momento en que todo termina. Yo escucho el fuerte chasquido de la puerta seguido por el chasquido raquítico de que se deslice hacia atrás a lo largo de la línea de la cerca. Cuando abro los ojos, dos figuras están paradas en la brecha, la nieve inquietantemente ondulante a su alrededor. Mis dedos entumecidos alcanzan la manija de la puerta, y la jalo. En el momento en que se abre la puerta, me atraviesan vientos helados y me estremezco violentamente. Me obligo a ponerme de pie y enfrentar a los dos hombres frente a mí. No les mostraré miedo porque el miedo es poder.

—Estoy aquí para ver a Nicholai—, grito sobre los vientos furiosos, volviendo a mi lengua materna.

Me apuntan con un rifle y el hombre de la derecha mueve la cabeza detrás de él. Sus caras están cubiertas, dejándome incapaz de distinguirlas. Camino hacia el pequeño edificio de hormigón enterrado en la nieve. El techo es una cúpula curva y, para el ojo desprevenido, parece nada más que un antiguo hangar de aviones, pero se hunde muy por debajo de la tierra y es un laberinto impenetrable de túneles construidos para resistir un ataque nuclear. Nicholai no es más que paranoico y demente.

Se detienen frente a la puerta del compartimento del vehículo. Uno de ellos me revisa, quitando el Cal .40 de la parte trasera de mis jeans antes de empujarme hacia adelante. La puerta se abre frente a mí. Me clavan un rifle en la espalda y me empujan un paso adelante. La primera parte del búnker es la bahía de vehículos, y allí, entre los SUV y los vehículos de nieve, está Nicholai. Sus manos están cruzadas delante de él. Su abrigo de lana está en capas sobre un traje inmaculado. Se ve tan impecable y tan fuera de lugar en este infierno helado. La ironía es que él está, de hecho, perfectamente ubicado. El diablo sin corazón que preside su reino de tortura y control.

—Pequeña paloma—, respira, su rostro estallando en una amplia sonrisa.

Aunque todos los músculos de mi cuerpo están tensos, dispuestos a luchar, sigo estoica. Reconozco completamente la amenaza frente a mí. Y es extraño, porque aunque he estado fuera durante varios años, siempre he visto a Nicholai como una figura paterna, alguien que me ayudó, que me hizo fuerte. Sabía que tenía defectos. Sabía que era duro y feo, pero lo



acepté. Fui leal a él. Hasta ahora. Hasta que quiere a mi hijo. Porque de repente, las cosas que hizo, sus métodos y sus motivaciones, no están justificadas. Y no es hasta ahora, hasta que quiere a mi hijo, que lo veo tan claramente. Veo a Nicholai no como mi salvador, sino como mi perseguidor. Lo veo como la criatura enferma y retorcida que es.

Él se acerca, estirando una mano hacia mi estómago. Gruño y me alejo de él. —¿Dónde está Anna?—

—Ella está a salvo—.

—La liberarás de inmediato—.

Él ríe. —Mi dulce palomita—. Se acerca y envuelve mi mandíbula con su mano, sonriendo en mi cara. —No eres nada aquí—. Aprieta hasta que el dolor irradia a través de mi cara. —Eres solo lo que te hice. Tú. Eres. Una decepción.—

—Déjala ir—. Alejo mi rostro de él y me agacho, pateando las piernas del hombre con el arma. Golpea el suelo con un ruido sordo. Aparezco con su arma levantada y apunto en dirección a Nicholai.

El sonrío. —Ah, ya ves ...— mete las manos en los bolsillos y camina unos pasos hacia la derecha. —Siempre fuiste la mejor, Una. Mejor que nadie. Sus ojos azul hielo se encuentran con los míos. Me haces sentir tan orgulloso—.

En una señal silenciosa, las figuras emergen de los rincones oscuros del garaje. Al menos veinte más o menos, todos armados, y puedo decir por la forma en que se mueven, que son Elite. No serán tan buenos como yo, pero no puedo pelear con veinte.

Nicholai sonrío. —¿Me matarás, pequeña paloma?—

—Libera a Anna—.

—Quisiera. Pero sigues insultándome y deshonrándome a cada paso. Entonces, no te daré ese honor. Tu hermana se quedará aquí. Quizás ella te motive —. Tenía la sensación de que haría esto, y hace que mi tarea aquí sea infinitamente más difícil. Dos figuras se mueven a cada lado, una



apuntando con un arma a mi cabeza, la otra apunta el arma a mi estómago. Parece que Nicholai los está haciendo tan despiadados como siempre. Sin opciones, dejo caer el arma y levanto las manos.

Me conducen a través de corredores que podría navegar con los ojos cerrados. Me estremezco violentamente cuando los muros de hormigón de la fortaleza subterránea parecen emitir aire helado como el interior de un refrigerador. Estoy encerrada en una celda en la misma ala en que me quedé cuando vine por primera vez. Recuerdo que Nicholai me salvó de las garras de violadores solo para traerme aquí y encerrarme. Estuve aquí por semanas. Los guardias no me hablaban. Fui privada de sueño, comida, recibí golpizas ... y después de semanas, Nicholai *'reapareció'*, diciéndome que había tenido que dejarme. Yo tenía trece años. Había perdido a mis dos padres, había sido arrancada de mi hermana, casi violada ... parecía un salvador para una niña que nunca había tenido uno. ¿Y qué tenía que hacer a cambio de su amabilidad, su respeto, su adoración?? Tenía que ser fuerte. Tenía que ser la mejor. Tuve que matar Y mientras hacía esas cosas, creía que tenía su amor. Creo que lo necesitaba porque a pesar de que me golpeó, a pesar de que me obligó a dispararle a Alex ... ¿no es el amor el único motivador real en este mundo? Como humanos lo anhelamos, lo necesitamos y haremos casi cualquier cosa por ello. Es nuestra debilidad definitiva e inevitable. Vendí mi alma por amor, por el amor de un hombre que usa la adoración de los niños indefensos para construir un ejército.



Kiss Me

22. NERO

En el momento en que cuelga el teléfono, estoy luchando contra la ira cegadora. Intento devolverle la llamada, pero la línea se ha desconectado. ¿Cómo podría ella hacer esto? Lanzo el teléfono a través de la habitación con un rugido. Gio está de pie en silencio junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido. Jackson está sentado en el sofá, con las piernas abiertas y los codos apoyados sobre ellas. Lo llamé porque no quiero el jodido consejo de Gio en este momento. Quiero sangre quiero una puta guerra y Jackson me la dará.

—Está a solo veinte millas de la base—, dice Gio, colocando un iPad en la mesa de café. Un pequeño punto rojo parpadea dentro y fuera de un mapa. Cuando atrapamos a Una en París, la noqueamos y le pedí al médico que le pusiera un rastreador en la nuca. Ella nunca se daría cuenta, y espero que los rusos no lo ubiquen. —Incluso si pudiéramos llegar a ella, Nicholai tendrá fuerzas terrestres tan cerca de la base. Sería una misión de rescate suicida —.

Me siento completamente indefenso y no puedo soportarlo. Agarro el borde de mi escritorio, inclinándome sobre él. Quiero decirme a mí mismo que esto no ha terminado, que todavía podemos pelear, pero maldita sea, ella se rindió sin siquiera decirme. Y ella se fue a mis espaldas, así que no tengo ningún plan, no hay forma de llegar a ella. Ella me dejó fuera y ahora me quedo aquí mientras lleva a mi hijo a una base impenetrable con un tipo que ella abiertamente admite que está loco.

—Encuentra una manera de contactar a Sasha—, le digo a Gio. Es bueno con las computadoras y la piratería. Estoy seguro de que puede encontrar una manera de enviarle un mensaje al tipo. Bien puede ser nuestra única forma de contactar a Una ahora. Gio asiente y sale de la habitación.

Jackson me mira. —¿Qué estás pensando?—

—Reúne a tus muchachos y contacta a Devon. Los quiero listos para irnos mañana por la mañana. Vamos a quemar toda Rusia hasta el suelo.



Quieres una jodida rata Nicholai, atente a las consecuencias—. Devon es mi otro capo de Nueva York, leal y letal. Ninguno de los chicos necesitará preguntar dos veces cuando se trata de joder a los rusos.

—Estoy en eso—. Jackson se levanta. Sirvo un vaso de whisky. Él duda en la puerta. —La recuperaremos, jefe—, dice, y luego se va.

Espero que tenga razón, o haré que la Bratva se ponga de rodillas con mi ira. Después de todo, sin ella, sin mi hijo, ¿qué tengo que perder?

Me paro frente a uno de los clubes propiedad de los rusos. Es un edificio de ladrillo de aspecto discreto en el Lower East Side, ubicado entre dos cadenas de restaurantes. Un transeúnte no miraría dos veces. Me apoyo en el capó de mi auto y llevo un cigarrillo a mis labios, inhalando una espesa nube de humo. Mi mente se desplaza constantemente hacia Una, preguntándome qué le está haciendo. Son esos pensamientos los que alimentan mi ira, como bombear oxígeno constantemente a un infierno ardiente.

Jackson llega a la esquina de la cuadra y se acerca casualmente a mí. —Quizás quieras dar un paso atrás—, dice con una sonrisa perversa.

Rodeamos mi auto y nos agachamos detrás de él. Un par de sus muchachos usan el auto estacionado detrás del mío para ponerse a cargo. Arrojo el cigarrillo y Jackson me da el teléfono celular de aspecto primitivo. Mantengo presionado el botón durante varios segundos, y luego, la calle detrás de nosotros entra en erupción. El golpe es tan fuerte que me hace daño a los oídos. Se abren ventanas en los edificios cercanos, y puedo sentir el calor desde aquí.

Jackson echa la cabeza hacia atrás, riendo maniáticamente. —¿Algún ruso asado?—

Me pongo de pie y veo el infierno de llamas que envuelve el pequeño edificio de ladrillo. Las llamas se extendieron, llegando a los restaurantes a ambos lados. La gente corre por la calle gritando mientras otros salen



tambaleándose de los restaurantes. Nadie abandona el club ruso, y eso se debe a que Jackson lo manipuló con suficientes explosivos para derribar un edificio dos veces su tamaño. Observó y el techo de repente se derrumba, hundiéndose hacia adentro antes de colapsar en una pila de llamas. Una explosión secundaria hace temblar el suelo. Doy la vuelta a mi coche y me subo al lado del conductor. La ventana está rota por la explosión, pero no me importa. Este es solo uno de los doce ataques diferentes que ocurren en toda la ciudad. Nicholai pensó que podría tomar lo que es mío, que no habría consecuencias, bueno, esta es la consecuencia. No me importan las repercusiones. ¿Qué más puede hacerme? Me ha quitado todo, y veré que la mierda rusa se desangre por todo el hormigón de Nueva York, incluso si no es su sangre.

Llamo a Cesare tan pronto como estemos a pocas calles de la explosión. —Nero—, dice cuando contesta, su voz se escucha por los altavoces del automóvil. Jackson mira por la ventana, deliberadamente tratando de parecer que no está prestando atención.

—Nicholai tiene a Una—, le digo, mi voz suena mucho más tranquila que la furia candente que me está quemando de adentro hacia afuera.

—Esta es una llamada de cortesía. Quizás ahora sea un buen momento para llamar a tus contactos rusos.

—¿Qué vas a hacer?—, Pregunta con cuidado.

Me río sin humor. —Ya comencé, pero voy a quemar todo lo que los rusos tengan en el suelo. Les dices que cada día que mi mujer y mi hijo no estén conmigo, mataré a una mujer y un niño rusos. Gruño con los dientes apretados.

—No. Vas demasiado lejos ¡Ella es rusa! Ella es Élite.

—Nunca te dije lo que Nicholai ha planeado para mi hijo, ¿verdad?— Silencio. —Lo va a convertir en el mejor soldado, criado desde el nacimiento para ser un arma para la Bratva—.

Se aclara la garganta. —Déjame llamar a Dimitri. Puedo razonar con él—. Dimitri Svelta, en lo alto de la Bratva con vínculos en el gobierno ruso. Es



tan corrupto como ellos, pero corrupto del que parece que puedo lidiar. La locura absoluta de Nicholai no puede ser razonada.

—Los Bratva han permitido que Nicholai haga esto por años. Les ha construido un ejército.

—Puedo hablar con ellos sobre el niño, pero ella es rusa, Nero—, dice, como si perteneciera a Nicholai, una propiedad que se compra y se vende.

Una lenta sonrisa tira de mis labios. —Ella es mía. Ese bebé es mío. Y no te estaba pidiendo permiso. Esto es lo que haré. Ponte en mi contra y desataré tus secretos, viejo. Intenta detenerme y te convertirás en el enemigo. Pasa el mensaje a Dimitri, ¿quieres? Cuelgo y me recuesto en mi asiento, golpeando el acelerador con el pie.

—¿Entonces estamos en guerra?—, Pregunta Jackson.

Asiento con la cabeza. —Una guerra como la que los rusos nunca han presenciado—. Lo miro. —Te pido que entres en un baño de sangre. ¿Estás conmigo?—

—Como si incluso tuvieras que preguntar. Soy el único hijo de puta que casi podría estar tan enfermo como tú. Él resopla.

—Recuperaremos a Una. Estás en un maldito lugar más manejable cuando ella está cerca —, dice. —Quiero decir, estoy deprimido por la sangre y los cuerpos, pero Cesare probablemente se está cagando en este momento—. Se ríe y sacudo la cabeza.

Es mejor que Cesare salga adelante, porque en este momento, tomaría su maldita cabeza sin pestañear.



23. *NERO*

Gio se sienta en el asiento del pasajero, y prácticamente puedo sentir la tensión proveniente de él. Por lo general, reconozco su consejo, después de todo, él es un hombre de la mafia nacido y criado. Él sabe lo que se necesita para mantener el poder en la mafia, pero en este momento, no me importa una mierda la mafia. Voy a usar cada centímetro de energía que tengo para recuperar a Una.

Nos detenemos en el muelle de embarque. Salgo del auto y el olor a salmuera del puerto me golpea. Inmediatamente enciendo un cigarrillo, inhalo una bocanada de humo y lo veo alejarse en el viento mientras lo apago. Gio viene a pararse a mi lado. Camino hacia el pequeño laberinto de contenedores de envío en el centro del patio de embarque. Esa ira constante me está golpeando, consumiendo todo en su intento de llenar el vacío enorme dejado por Una que fue arrancada de mi lado. Camino hacia el contenedor con pintura azul oscuro que se despega de debajo de la plancha. Abro la puerta. Las bisagras se arrastran ruidosamente. La bombilla individual colocada desde el techo proyecta un fuerte resplandor amarillo sobre el interior del contenedor. Jackson y Devon están aquí, ambos con una máscara de piedra. Jackson asiente con la cabeza cuando entro.

Devon es joven para ser un capo, y a diferencia de la enorme masa de Jackson, podría ser un hombre de negocios, un joven banquero o algo por el estilo, excepto por el hecho de que es una pequeña mierda sedienta de sangre. Gio es mi segundo porque lo conozco de toda la vida. Él es la única persona que puede controlarme cuando voy demasiado lejos, lo cual es frecuente. Es el segundo porque tiene moral. Jackson y Devon son mis capos porque no tienen ninguna. Jackson se mueve hacia un lado, revelando dos figuras acurrucadas contra la pared del fondo, una agarrada en los brazos de la otra.

—Tráelos—, le digo, sacando mi arma de la funda. Jackson agarra a la mujer por el brazo y la arrastra a sus pies. Inmediatamente comienza a llorar, sollozando, sus sollozos son desesperados mientras alcanza al niño.



Devon agarra al niño. La mujer y el niño están arrodillados frente a mí. El niño debe tener unos doce o trece años.

—Quítales las bolsas—. Jackson les quita las bolsas de la cabeza y ambos parpadean. La mujer probablemente tiene más de treinta años. Su cara está manchada de lágrimas y su cabello oscuro pegado a sus mejillas. El niño tiene cabello rubio y, a pesar de haberse cabreado consigo mismo, no está llorando. Su cara está blanca, sus ojos muy abiertos. Le tiembla el labio inferior. Cuando los miro, sé que debería sentir algo, porque incluso para mí esto es malo. Estas personas son completamente desconocidas para mí. No se llevaron a Una. No quieren llevarse a mi hijo. Y tal vez, al mirar a este niño, debería pensar: ¿y si fuera mi hijo? Pero no. No siento nada más que furia fría. No pienso en nada más que enviarle a Nicholai un mensaje alto y jodidamente claro: seguiré viniendo por ti y derramaré sangre inocente hasta que las calles de Nueva York se pongan rojas.

Levanto mi arma y Gio se mueve a mi lado. —Nero, por favor ...—

Lo fulmino con la mirada. —Jodidamente no me cuestiones Gio—.

Se pasa una mano por el pelo y luego se pasa la palma por la cara. —Habrá consecuencias por esto. Estás cruzando una línea de la que no podrás volver —, suplica, sus ojos se movieron entre mí y la mujer frente a mí. Ella se da vuelta, tirando a su hijo en sus brazos mientras llora.

—En la guerra, hay bajas, Gio. Hasta que recupere a Una, esta es una guerra de mierda. Levanto el arma y aprieto el gatillo, disparando al niño en la cabeza. La mujer grita hasta que lo jalo de nuevo, silenciándola. Ambos golpean el suelo y la sangre se extiende por el piso del contenedor de envío. Pongo mi arma de nuevo en la funda y me di la vuelta, saliendo. Espero sentir algún tipo de culpa. Nada. Tal vez soy tan malo como Nicholai. Me importa una mierda



24. NERO

Diez días. Han pasado diez días desde que Una se fue y siete días de matar sin piedad a mujeres y niños rusos. Diría que la sangre me pesa mucho, pero no es así. Cesare me ha rogado que pare. No tiene el estómago para tomar decisiones difíciles. Él cree que esto se puede resolver con palabras y tacto. El simple hecho es que las líneas de batalla deben dibujarse con sangre.

Con la ayuda de Rafael, me las arreglé para joder los suministros de drogas y armas de la Bratva. Será una guerra de desgaste. Los mataré de hambre si debo hacerlo. Sin sus drogas y armas, los Bratva pronto se apresurarán, desesperados por dinero. Es lógico que la vida de una mujer y un niño no valga la anarquía completa. Lo que queda de la Bratva aquí en Nueva York está cosechando mi ira y están huyendo, retirándose a Rusia porque el capataz italiano ha declarado la guerra

Nicholai no tiene debilidades, y Una es su obsesión, por lo que nunca la abandonaría. Los únicos que pueden forzar la mano de Nicholai son el resto de la Bratva, así que es a ellos a quienes presiono.

Levanto el vaso de whisky hacia mis labios, bajando el líquido ardiente antes de volver a llenar el vaso. Son las dos de la mañana y no puedo dormir.

En cambio, me siento en mi escritorio mirando la pantalla de la computadora portátil. En el pequeño punto rojo en un plano. El rastreador de Una. No se ha movido de la misma habitación en la base de Nicholai en los últimos nueve días. ¿La tiene prisionera? ¿O lo encontraron? ¿Y si ella está muerta? Aprieto el puño sobre el escritorio frente a mí. No, ella no puede estar muerta.

Levanto el vaso a mis labios nuevamente cuando suena mi teléfono. Frunciendo el ceño, miro la pantalla y veo que parpadea con una advertencia de seguridad. La puerta de salida de incendios ha sido violada. Una sonrisa lenta tira de mis labios porque sé exactamente lo que eso significa. Nicholai finalmente recibió mi mensaje. No hay nadie en el apartamento que no sea yo. Gio se estaba quedando aquí, pero lo envié de



regreso a los Hamptons porque ya no podía aguantar más sus quejas. Tengo dos tipos en el vestíbulo y dos en el estacionamiento, pero eso es todo. Una ya no está aquí para proteger, y quiero que vengan.

Al abrir mi escritorio, saco la Cal .45 que guardo allí, reviso el clip antes de deslizarlo hacia atrás con un clic rotundo. Mi Cal.40 está atada a mi pecho. Si eso no es suficiente, entonces estoy jodido de todos modos.

Apago la lámpara del escritorio y sumerjo la oficina en la oscuridad. Mis ojos se ajustan lentamente. El resplandor de la ciudad me permite tener suficiente luz para llegar a la puerta. Presiono mis omóplatos contra la pared, justo al lado de la puerta y espero. No escucho nada, pero por supuesto, si son Elite, no lo haría. Finalmente, la manija de la puerta de la oficina baja lentamente. Mi pulso se acelera rápidamente mientras la adrenalina inunda mi sistema. Cuando alguien abre la puerta, apunto a través del hueco y aprieto el gatillo. Un cuerpo golpea el suelo, y si hay más, he perdido el elemento sorpresa.

Moviéndome a través de la puerta, mis ojos se mueven por todas partes, buscando un rastro de movimiento. Algo roza mi pierna y balanceo mi arma hacia abajo, solo para encontrar a Zeus, su elegante abrigo negro lo camufla en las sombras.

Veó una sombra en la parte superior de las escaleras y disparo, incapaz de ver si el disparo dio en el blanco antes de escuchar pasos en el vestíbulo. Sin dudarlo, le digo a Zeus que se quede, y luego me dirijo hacia el vestíbulo, permitiendo que la ira que burbujea debajo de la superficie se manifieste y se desborde. Se llevan a Una y ahora estos cabrones están en mi casa. Una bala me atraviesa. Siento una pequeña picadura ya que solo rozó mi oído. Me paro en la entrada de la cocina con una línea de visión clara hasta el vestíbulo. Mis reflejos actúan sin mi consentimiento, y disparo dos veces, derribando dos cuerpos. Me duelen los músculos por la tensión de estar tan apretado. Mis respiraciones vienen y van.

Doblo la esquina y una figura recortada se interpone en mi camino. Ambos levantamos nuestras armas al mismo tiempo, congelando en su lugar.

—Nero—, me saluda la voz familiar.



—Sasha—. Él no dice nada. —Yo debería haber sabido. Le dije que no se podía confiar en ti.

—No me hables de Una—, dice, su voz vacía de emoción. —Tú provocaste su ruina—.

Doy un paso adelante y veo su dedo apretarse sobre el gatillo de su arma. —¿Por qué es eso?— —¿Porque ya no quiere ser miembro del club de chicos?—

Su mandíbula se tensa por un segundo, y luego se agacha y desliza su arma por el suelo. Frunzo el ceño confundido e imito su acción. Apenas tengo tiempo de parpadear antes de que me golpee, fuerte. Retrocedo un paso, pero él está allí de nuevo, balanceándose al otro lado de mi cara. Sonríe, mis músculos se mueven mientras me agacho y le clavo un golpe en el estómago. Ni siquiera se estremece antes de patear las piernas debajo de mí. Caemos al piso intercambiando golpes hasta que cada parte de mi cuerpo grita en agonía.. El sabor de la sangre en mi lengua es su propia forma de subidón y me alimenta con un tipo de violencia que no había sentido en años.

Acomodo su cuerpo y lo golpeo en la garganta. Se ahoga antes de golpearme una vez en el riñón y otra vez en la sien. Aturdido, me inclino hacia un lado, y luego él está encima de mí, sus manos envueltas alrededor de mi garganta. Lo golpeo en las costillas, el estómago y la espalda. En todas partes, pero está encerrado como una pitón y mi oxígeno ahora está disminuyendo. Jesús, es como el maldito terminator. En un último esfuerzo, lo agarro con fuerza por el codo y lo empujo contra su hombro. Escucho el estallido satisfactorio de su hombro dislocarse y su pequeño gruñido de dolor. Sus dedos se relajan y aprovecho para empujarlo a un lado. Me arrastro lejos de él, mi visión se duplica y se vuelve borrosa. Me desplomo con la espalda contra la pared observando cómo se pone de rodillas y golpea su brazo contra el costado de la barra de desayuno, tratando de reubicar su hombro. Finalmente se desploma contra la barra. Y aquí nos sentamos, los dos respiramos pesadamente, magullados y sangrando.

—Luchas bien—, dice.

—Gracias—. Hay un momento de silencio. —¿Sigue viva?—

Gira la cabeza hacia mí y puedo distinguir su expresión en blanco. —Por supuesto.—



Kiss Me

Sé que ya no lo va a decir. Siento que mi irritación se arrastra. —Entonces fuiste enviado a matarme—.

—Me ofrecí.—

Yo sonrío. —Bueno, tal vez deberían haber enviado más hombres—. Hice un gesto hacia los dos cadáveres tumbados en mi vestíbulo.

Él inclina su cabeza hacia atrás contra la pared. —Me rogó que interviniera, para evitar que Nicholai enviara un equipo detrás de ti—.

—¿Estás interviniendo?— Bufé.

No dice nada por un momento. —¿Crees que ella te ama?—

—Yo ... sí—.

—Ella solía ser diferente, ¿sabes? Antes de Alex. Eran mejores amigos. Ella lo amaba. Solía ver la forma en que lo miraba, como si él fuera lo único que la hacía feliz. Tenía dieciséis años cuando Nicholai la obligó a dispararle.

Jesús, eso está jodido, incluso para mis estándares. —Ella no fue la misma después de eso. Nunca la volví a ver feliz.

—¿Es eso lo que es ser Elite?— —¿La matarías si él te lo pidiera ?—

El duda. —No.

—La amas—, le digo.

—Ella me hace feliz—. Es una declaración tan simple, casi inocente, que no es una palabra que asociaría con Sasha.

—Ella también te ama, Sasha. Ella se negó a creer que eras el enemigo.

El me mira. —Y tú la haces feliz—. Suspira profundamente. —No ... no quiero quitárselo, pero tengo un deber. Tengo órdenes.

—¿Y si no lo hicieras?— Él inclina su cabeza hacia un lado. ¿Y si Nicholai no existiera? ¿Qué pasa si no tienes órdenes? ¿Entonces qué? Sus cejas se juntan como si la pregunta lo dejara perplejo. —Si la amas, Sasha, ayúdala. Ayuda a su bebé. Mi bebé. La desesperación se filtra en mi voz y estoy sentado hacia adelante porque me doy cuenta de que esta podría ser mi única oportunidad, mi única oportunidad de ayudar a Una.

Me pongo de pie y cojeo hacia él. Se levanta, agarrándose el brazo de un lado. Nos miramos el uno al otro por un momento. —Una vez me dijo que juntos, tú y ella fueron los mejores—. Él asiente. —Entonces sé el mejor,



Kiss Me

pero lucha por una causa. Elige un lado, Sasha. Me agacho y recojo mi arma, entregándosela. Estoy jodidamente confiando en él porque Una confía en él. Esa maldita mujer me tiene haciendo estupideces por ella.

Toma el arma y la mira por un segundo. —¿Morirías por ella?—, Pregunta.

—Por supuesto.

Un profundo ceño se graba en sus rasgos y luego, con un suspiro, gira la pistola y se dispara



Kiss Me

25. UNA

No sé cuánto tiempo he estado aquí, ni siquiera dónde estoy. Estoy atada a una cama y mi cabeza da vueltas mientras me abro paso entre la niebla de sedantes. Una mano acaricia mi cabello y parpadeo contra las brillantes luces del techo, tratando de concentrarme en la figura borrosa frente a mí.

—Pequeña paloma, es hora.— Me alejo de la voz, tratando de girar mi cabeza hacia un lado.

—¿Hora?— Mi voz es ronca y apenas audible.

—Hora de conocer a tu bebé—. ¿De qué está hablando? Él se hace a un lado y una mujer lo reemplaza. Siento el pinchazo de una aguja presionando en mi brazo, y luego ella se aleja. Nicholai toma mi mano entre las suyas y acaricia mi mejilla. Me las arreglo para concentrarme en él, en sus helados ojos azules. Una suave sonrisa toca sus labios. —Estoy muy contento de que estés en casa. Todo esto terminará pronto, y te haré fuerte de nuevo. Lucho contra el hormigueo de las lágrimas y aprieto los ojos. —En cualquier momento—, dice. Mis ojos se abren cuando mi estómago se tensa como una banda de acero.

—¿Qué esta pasando?—

El sonríe. —Estás teniendo a tu bebé, pequeña paloma. Será más fuerte que tú.

—No, no puedo. Es muy pronto —digo, el pánico entrelazando mi voz.

—Shh, shh, has estado durmiendo por semanas. Estarás bien. No te dejaría morir, pequeña paloma. Eres demasiado preciosa. —Su mano acaricia mi cabello otra vez, y luego se pone de pie, besando mi frente antes de salir de la habitación.

Nunca me he sentido menos que bien en mi vida. Semanas. He estado aquí por semanas. Mi plan ... mi tiempo se acabó ahora. Este bebé se acerca, y una vez que salga de mí, mi tarea se volverá infinitamente más difícil. Solo puedo imaginar el terror que Nero está infringiendo sobre todos. Mi sección



media se contrae de nuevo, cada músculo se pone rígido. Aprieto los dientes y mi cuerpo se contorsiona, pero solo hasta ahora porque mis muñecas, tobillos y pecho están atados en la cama. Oh Dios. Me va a dejar para tener esta bebé aquí sola.

La puerta se abre de nuevo y Sasha entra en la habitación. Nunca he estado tan feliz de verlo. No puedo evitar sonreír mientras se acerca a mí. Su postura es rígida, su rostro con una expresión sombría.

—Sasha—. Se detiene a mi lado, su cuerpo erizado de tensión. Noto que un brazo está metido contra su pecho en una banda. —¿Qué te pasó?— Su otro puño se aprieta con fuerza. No dice nada por un momento. —¿Sasha?— Casi puedo extender mis dedos y rozar su mano. Se estremece antes de que sus ojos se encuentren con los míos.

—Tuve un encuentro con el italiano—.

El corazón se desploma en mi pecho y mi pulso se acelera. Si Sasha fue tras Nero, uno de ellos debe estar muerto, y Sasha está parado aquí, así que ... —¿Él está ...?—

Él sacude su cabeza. —Vive—. Relajo mi cabeza contra la cama, exhalando un suspiro de alivio. Necesito que Nero viva. Él es mi razón y debo aferrarme a eso. —Pero él ha declarado la guerra—.

—Por supuesto—, susurro. Es Nero. Una vez me dijo que vive para la guerra. Tengo que confiar en que él puede ganar su guerra.

Hay un largo compás de silencio antes de hablar, su voz tranquila. —Lo siento, Una—.

Sacudo la cabeza —¿Por qué?—

—Debería haber ... No deberías estar aquí—.

—¿Dónde está Anna?—

Sus labios se presionan juntos. —Ella está aquí. Ella está a salvo.

Mi estómago se tensa de nuevo y respiro hondo, apretando los puños hasta que me clavo las uñas en la palma de la mano. —¿Dónde?—

—Está detenida en una de las celdas—.



—Por favor, Sasha—. Mis ojos se encuentran con los suyos y quiero rogarle. Quiero ayudar a Anna, lo hago, pero tengo que confiar en que Rafael hará lo que le dije y negociará por ella. —Necesito tu ayuda.—

—No puedo ayudarte—. Su voz y su expresión es tensa, pero veo la fisura de dolor detrás de sus ojos.

—El bebé—, digo en voz baja. —Tienes que sacarlo y llevarlo a Nero—.

Él separa sus manos en el borde de la cama y deja caer su cabeza hacia adelante. Aprieto los dientes bajo la próxima ola de dolor. —Debes dejar ir esto—.

—Sasha...—

—¡No!— Él golpea sus palmas en el borde de la cama, mirándome. —No más, Una. Tu fuiste quien falló en su deber. Nunca deberías haber estado trabajando con Nero Verdi, y mucho menos dormir con él. Trajiste esto a tí misma. Sus cejas rubias se juntan con fuerza. Lucho contra las lágrimas. Él era mi última esperanza. Mi única esperanza. Parece que lo he perdido todo. Mi hermana está encarcelada. Mi bebé será un soldado. Mi hermano me odia Y Nero, sacrifiqué a Nero con la esperanza de que Sasha hiciera esto por mí. Nero siempre decía que Nicholai no pudo romperme, pero ahora, cuando mi cuerpo trata de sacar al niño de mis entrañas, me doy cuenta de que estoy a punto de encontrarme más sola que nunca.

¿Es mejor haber amado y perdido que nunca haber amado? Creo que sería mejor si nunca hubiera conocido a Nero, nunca hubiera encontrado a Anna porque el dolor emocional es mucho peor que cualquier cosa física.

—Entiendo—, le digo, apartando la mirada de él y enfocándome en el techo. Él permanece en la habitación, pero lo ignoro, incluso a medida que el dolor progresa en las próximas horas.

Cuando la agonía alcanza un máximo histórico, la puerta se abre. Un tipo con una bata blanca entra junto con dos mujeres con batas. Nicholai se detiene detrás de ellos, caminando hacia mí lentamente. Me sueltan los



tobillos y doblan las piernas, separándolas. Me duele demasiado concentrarme en lo que están haciendo mientras miran entre mis muslos. Nicholai acaricia mi cabello, una pequeña sonrisa en sus labios. —Sabes, se dice que el parto es lo más doloroso que una persona puede experimentar—. Otra contracción me agarra y me levanto de la cama, tirando de las restricciones y reprimiendo el impulso de gritar. —¿Recuerdas lo que te enseñé, pequeña paloma?— No le respondo. —Te enseñé que el dolor está en la mente y, por lo tanto, no tendrás drogas—. Me acaricia la mejilla y me besa la frente suavemente. —Traerás a ese niño a este mundo y dejarás que sea un recordatorio de que eres Una Ivanov. Ese niño será arrancado de ti, y con él, esta enfermedad, esta debilidad que has permitido que te contagiara. El dolor te castigará y te limpiará —, dice. Realmente no puedo entender sus palabras porque otra ola violenta de agonía cegadora me inunda. Y tiene razón, este es el peor dolor que he experimentado. Me han disparado, quemado, cortado, ahogado, pero esto ... se siente como si mi cuerpo se estuviera dividiendo en dos, destrozado pieza por pieza.

—Puja, puja, puja—, dice una de las enfermeras. Y lo hago, pujo, y un grito sale de mis labios cuando mis uñas se incrustan profundamente en mis palmas. Nicholai sonríe ampliamente y luego se da vuelta, dejando la habitación. Me desplomo sobre la cama y mis ojos se cierran.

Desearía que Nero estuviera aquí. Dedos cálidos atraviesan los míos, apretando con fuerza, y cuando abro los ojos, Sasha está allí.

—Puedes hacer esto, Una—, dice. —Eres la persona más fuerte que conozco—. Sin embargo, no lo soy.

Parece durar para siempre, hasta que una sensación se funde con la siguiente y todo lo que siento es un dolor tan intenso que parece latir con los latidos de mi corazón. Otra ola de dolor me invade, tan fuerte que mi visión vacila. —¡Empuja!— Encuentro el último vestigio de fuerza que tengo y empujo con todo en mí. Y luego, el dolor disminuye, mi cuerpo se relaja y me desplomo contra la cama. Solo quiero cerrar los ojos y alejarme. Y luego, escucho un ruido que hace que mi corazón tartamudee en mi pecho. Un grito tan pequeño y delicado, tan fuera de lugar en este infierno de concreto. El doctor coloca esta pequeña cosa en mi pecho y lo miro. Su



piel rosada está cubierta de sangre, pero es perfecto. En un solo latido, todo mi mundo se inclina sobre su eje. Todo lo que pensaba que importaba de repente ya no lo hace, solo él. Mi bebé. Intento tocarlo, pero mis manos aún están restringidas. Con él justo aquí, justo frente a mí, la realidad de nuestra horrible situación golpea duro en casa. Las lágrimas caen por mis sienes y deseo más que nada poder sostenerlo.

—Sasha, por favor—, le susurro. Escucho su suspiro irregular, y luego suelta mi mano, mirando hacia la puerta antes de soltar el brazalete de cuero. Coloco vacilante mi mano en la espalda del pequeño bebé y lo aprieto a mi pecho, presionando mis labios contra su cabeza. Él deja escapar un pequeño grito y lo acerco a mi cuello. —Gracias—, le susurro a Sasha.

La puerta se abre, y así, lo sé. Nicholai se para a un lado, con una sonrisa engreída en su rostro. —Es perfecto, pequeña paloma—.

Extendí mis dedos sobre su pequeño cuerpo, deseando que fuera suficiente para mantenerlo aferrado a mí, pero siempre fue una batalla perdida.

Sé que la única forma de salvarlo es dejarlo ir. Pero mi corazón no puede manejarlo, y esta necesidad, a diferencia de todo lo que he sentido, está furia dentro de mi cabeza, gritándome que lo abraza, que nunca lo deje ir.

La enfermera lo aparta de mí, y una nueva ola de lágrimas fluye libremente. Ni siquiera tengo la fuerza de voluntad para detenerlas. Lo envuelven en una toalla y se lo entregan a Nicholai, que lo mira como un orgulloso nuevo padre, pero no es el hijo de Nicholai. Él es de Nero. El es mío.

—Gracias, pequeña paloma—, dice, y luego sale de la habitación, llevándose a mi bebé con él. El dolor y la angustia como nunca me he sentido me consume, y este horrible ruido resuena por la habitación. Me lleva unos segundos darme cuenta de que el sonido soy yo. Es el sonido de un corazón destrozado. Es el sonido de una madre que pierde a su hijo.



Permito que las aguas oscuras me rodeen, para convertirse en un suave abrazo. Por un breve momento, considero abrir la boca e inhalar. El dolor en mi pecho es este dolor constante y una parte de mí desea poder cortarlo, pero no puedo, no lo haré porque me recuerda que mi hijo era real. Y esa es la razón por la que debo sobrevivir a toda costa.

Mis pulmones comienzan a arder y mis dedos se contraen, una reacción nerviosa, mi cuerpo me grita que esto no es bueno. El dolor está todo en la mente, y el miedo no es más que emoción sin sentido, así que lo obligo a volver a la forma en que fui entrenada. La mano envuelta alrededor de mi nuca me suelta y arrastro una bocanada de aire. Nicholai se para al otro lado del tanque de agua, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras me frunce el ceño. Acercándose, me estudia, evaluando cada pequeño detalle, cada pequeña reacción.

Cuando apenas está a un pie de distancia, me mira a los ojos y yo le devuelvo la mirada, negándome a mirar hacia otro lado o mostrar alguna emoción.

Sus labios se tuercen en una pequeña sonrisa. —Crees que lo escondes tan bien, pequeña paloma—.

—¿Ocultar qué?—

Él pasa el dorso de su mano sobre mi mejilla, inclinando su cabeza hacia un lado. —El fuego en tus ojos. La ira. Ahora me odias, pero con el tiempo lo verás. Hago esto porque te amo. Te haré fuerte de nuevo, y luego todo volverá a ser como antes. Aprieto la mandíbula y asiento. —Pero primero, debo recordarte lo que eres. Eres una criatura de mi creación, pequeña paloma, y te romperé una y otra vez hasta que lo recuerdes, hasta que no sepas nada más. Un temblor de miedo recorre mi cuerpo y me pone la piel de gallina. Sé que hará exactamente lo que dice, y sé que no soy lo suficientemente fuerte para eso. Pensé que podía hacer esto, pero estando aquí - recuerdo por qué me convertí en su criatura. Simplemente porque fue más fácil. Si sueltas tu alma, no puedes sentir que se diezma una pieza a la vez.



—Ahora, llévala al nivel seis—, dice Nicholai despectivamente antes de que salga de la habitación. El nivel seis es donde realizan toda la terapia de electrochoques. Han pasado dos días desde que di a luz y mi cuerpo ya está gritando por el trauma, pero esto es lo que debo soportar. Cuanto más rápido termine con esto, mejor. Solo espero no romperme porque incluso con toda mi fuerza y con mis emociones bajo control, los métodos de Nicholai empujan la mente y el cuerpo a un lugar al que nunca deberían tener que ir.



Kiss Me

26. *NERO*

Hace frío como la mierda. Estoy sentado en un automóvil con Gio en el asiento del pasajero, y estamos estacionados al costado de un camino rural estrecho que está medio oculto bajo la cubierta del bosque. La nieve cae a nuestro alrededor, y aunque puedo ver el aliento frente a mi cara, no podemos encender el motor.

El trato que hice con Sasha fue vago en el mejor de los casos. El me ayudaría. Ayudaría a Una. Pero tuve que detener los asesinatos, acostarme y esperar a que me contactara. Entonces, acepté y él regresó a Rusia con un agujero de bala de aspecto auténtico en el hombro. No ha sido fácil han pasado semanas y todo ha estado inquietantemente silencioso. No hacer nada se ha sentido como una lenta tortura

El mensaje de Sasha fue simple. Un conjunto de coordenadas y una hora y fecha, junto con las instrucciones para permanecer fuera de la vista hasta que sea la hora correcta. Eso fue todo. No sé qué estamos esperando o cuándo será el momento adecuado, pero tenemos diez minutos para que suceda lo que se supone que sucederá. Por supuesto, las coordenadas eran para las afueras de Smolensk, cerca de la frontera entre Rusia y Bielorrusia.

Estoy nervioso porque estamos en Rusia. Solo puedo esperar que eso signifique que Una ha escapado de alguna manera. Los diez minutos van y vienen, y me estoy agitando cada vez más cuando vemos unos faros a la vuelta de la esquina. Hemos estado aquí por casi una hora y no he visto un auto en esta carretera.

El auto nos pasa y llega un estremecedor sonido, poco profundo antes de que apague el motor.

Gio me mira. —Sasha podría haber sido un poco más informativo—, comenta.

No digo nada mientras mantengo mis ojos fijos en ese auto. Nadie sale. Simplemente se queda allí. Y luego, unos minutos más tarde, otro juego de faros. Un camión. Disminuye la velocidad a medida que se acerca y se



estaciona detrás del automóvil. Se abren las puertas del auto y salen dos tipos, ambos armados con rifles.

—Supongo que esto es todo—, dice Gio.

Saco mi arma de su lugar en el tablero. —Vamos rápido y duro. No nos esperarán. Él asiente con la cabeza, palmeando su arma mientras salimos silenciosamente del auto. La nieve en polvo hace que nuestras pisadas sean completamente silenciosas. El frío implacable amenaza con adormecer mis dedos. Seguimos la línea de árboles hasta que estamos justo al otro lado de la carretera hacia el camión. Dos hombres salen de él y el grupo de cuatro se acerca a la parte trasera del camión. Se oye el fuerte ruido de la puerta enrollable, y luego lo escucho, un pequeño grito proveniente de la parte trasera de ese camión. El llanto de un bebé. Estoy corriendo por ese camino antes de que los hombres lo hayan registrado realmente. Disparo a dos de ellos antes de que apunten un rifle hacia mí. Sin embargo, Gio está justo detrás de mí, sacándolos de mi camino. Llego a la parte trasera del camión y miro dentro. Está oscuro, pero puedo distinguir estantes, apilados con armas, cajas de suministros. Y en la esquina, la fuente de ese pequeño grito. Salto dentro y saco mi teléfono, enciendo la linterna del celular. Hay una bolsa de lona negra escondida detrás de cajas de explosivos. Sin embargo, no puedo pensar en eso ahora. Descomprimo la bolsa, y allí, envuelto en varias mantas, hay un pequeño bebé. Mi bebé.

Recojo el trozo de papel que está metido en la manta y leo la escritura desordenada.

No puedo ayudar a Una, pero ella estará bien. Cuida a su hijo. Él es su felicidad.

Me trago el nudo de la garganta y levanto a mi bebé, mi niño, sosteniéndolo contra mi pecho. Le debo a Sasha una deuda que nunca podré pagar. Saltando desde la parte trasera del camión, me encuentro con la mirada de Gio. Una suave sonrisa tira de sus labios mientras mira el manojo de mantas que grita en mis brazos.

—Ella lo hizo—, dice.

Asiento con la cabeza. Ella lo hizo y ahora solo puedo esperar que esto no sea un sacrificio. Mientras lo sostengo en mis brazos, nunca he amado a Una más que antes. La necesito. Él la necesita. Protegeré a nuestro hijo con mi vida hasta que ella vuelva a casa. Ella me lo prometió.



—Explota el camión—, digo, pasando por encima de los cuerpos mientras me dirijo de regreso al auto.



Kiss Me

27. UNA

Mi espalda golpea el piso de concreto con un ruido sordo que resuena en mis huesos. El chico presiona su rodilla contra mi pecho y me da tres golpes en la cara. Levanto la guardia, pero no sirve de nada. Mis músculos están débiles por estar en coma inducido durante tanto tiempo. Mi cuerpo es suave y todavía se está recuperando del bebé que tuve hace solo una semana. Pero esto es lo que es ser Élite, dolor y sufrimiento, porque no se tolera la debilidad. Nicholai está demostrando un punto, a pesar de que fue él quien me puso en coma.

—Pensé que se suponía que eras la mejor—, dice, gruñendo mientras intenta otro golpe. Algunos de los otros Elite se ríen por lo bajo. El chico es arrogante y carente de respeto. Le permito que me dé dos golpes más, llevándolo a una falsa sensación de seguridad antes de que me cubra y convoque todas mis fuerzas, golpeándolo en la garganta. Sus ojos se abren y tose, tratando de respirar a través de su tráquea colapsada. Lo empujo fuera de mí y su rostro comienza a ponerse púrpura.

Me levanto usando mis manos y rodillas, escupiendo una bocanada de sangre sobre el concreto. Normalmente, me encantaría estar de vuelta en este concreto, peleando como Elite recién entrenado porque nadie más puede proporcionarme una buena pelea. Pero ahora, cada parte de mi cuerpo duele.

Mi cara está hinchada y estoy bastante segura de que mi nariz y pómulos están rotos. Las costillas de mi lado derecho palpitan dolorosamente y mis nudillos se abren hasta el hueso. Esto es lo que es cumplir con los estándares de Nicholai.

Veo sus brillantes zapatos de vestir entrar en mi línea de visión, y luego se agacha, de la misma manera que he visto a Nero cuando quiere conducir a casa el hecho de que él es el que tiene todo el poder. Su dedo presiona debajo de mi barbilla y levanta mi rostro. Hago un esfuerzo consciente para borrar todo rastro de pensamiento o emociones de mi expresión mientras lo miro con ojos hinchados.



—Una vez fuiste la mejor, Una—, dice, decepción pintando sus rasgos. No digo nada y él simplemente sacude la cabeza, alejándose. Lo veo salir por la puerta. Sasha está apoyado contra la pared al lado de la puerta, con sus gruesos brazos cruzados sobre su pecho. Sus cejas rubias se juntan en un ceño fruncido mientras se aleja de la pared, pasando a mi lado. Tan pronto como se para frente a ellos, todos los Elite se ponen firmes.

—Adam, vuelve a la fila—, le espeta, y el chico que acaba de golpearme se pone de pie, agarrándose la garganta. —Toma nota. La subestimas porque la ves débil y ella lo está ahora. Pero ... Él da un paso atrás hasta que está a mi lado. —Una Ivanov es el único soldado que ha recibido el nombre de Ivanov. Los hombres le temen, ella es mucho más letal que cualquiera de ustedes. Por supuesto, aprovecha su debilidad, es lo que hace un buen luchador, pero no le faltes al respeto. Incluso en su punto más débil, ella aún te supera, Adam. Me enfurece el hecho de que él continuamente me está llamando débil. —Desaparezcan—. Se alejan, dirigiéndose a los barracones en la parte trasera de la sala de entrenamiento. Se da vuelta y me mira, sus ojos tocando varios puntos de mi cuerpo. Sé que está evaluando lesiones. —Te has ido a la mierda—, dice.

—Acabo de tener un maldito bebé—, gruño, aunque sé que no es excusa. No en este lugar

Suspira y tira de la línea del cuello de mi camiseta sin mangas, revelando un moretón profundo y feo que sé que se está asentando en el tejido profundo de mi hombro. Estoy bastante segura de que también me he roto un ligamento, pero sinceramente, entre los huesos rotos y la conmoción cerebral, creo que es la menor de mis preocupaciones. —Vamos—. Se da vuelta y se dirige hacia la puerta, ingresando un código en el teclado antes de salir al pasillo. Lo sigo hasta una puerta del pasillo. Cuando lo abre, quisiera darme la vuelta y volver a salir. —Sasha—, me quejo.

Se da la vuelta, con una expresión severa en su rostro. —Este es el primer día. Si no te pones en forma rápidamente, dejará que te maten, Una. Solo volverás a sus buenas gracias si te conviertes en lo que eras. Él arquea una ceja. —Debes ser la mejor —.

El tiene razón. Sé que tiene razón. Él va a la enorme tina de metal y abre el agua antes de ir al enorme congelador de acero en el rincón y abrirlo. Mete varios cubos de hielo al agua y me extiende la mano. Me quito la



ropa, me acerco a la bañera y respiro hondo antes de agarrar su mano, tirando mi pierna hacia un lado. La forma más fácil de hacer baños de hielo es hacerlo rápido, por lo que paso rápidamente con los dos pies y respiro hondo antes de caer bajo el agua.

—Creo que preferiría tener las electrocuciones—, le digo con los dientes apretados. El frío solo aumenta el dolor punzante que se extiende sobre cada centímetro de piel.

Él sonríe, sentado en el borde de la bañera de metal. —Te adormecerás en un minuto—. Asiento. —¿Nicholai ha mencionado algo sobre tu hijo?—, Pregunta, causando un tipo de dolor completamente diferente que se asienta en lo profundo de mi pecho.

—No—, le digo y él asiente lentamente. —¿Por qué?— Sus brillantes ojos verdes se encuentran con los míos y duda por un segundo. —¿Por qué? ¿Qué le ha pasado, Sasha?

—Él ha sido raptado. Nicholai solo puede suponer que debe ser un topo, alguien a quien Nero Verdi ha pagado —.

Pienso en eso por un segundo. ¿Qué pasa si no es Nero? —¿Por qué piensa que es Nero?— Sus ojos recorren la habitación y sé lo que está pensando, en ningún lugar está a salvo en este lugar. Todo se puede escuchar.

—Tu italiano ha estado haciendo un pequeño y agradable baño de sangre. Le declaró a Dimitri que por cada día que no te tuviera a ti y a su hijo, mataría a una mujer y un niño rusos. Aunque se detuvo después de que intenté matarlo. Solo podemos suponer que teme las repercusiones de sus acciones precipitadas. Lucho contra una sonrisa. Nero no teme a nada y agradecería cualquier repercusión. Sasha hizo un trato con él. Es la única explicación plausible. Lo que significa que Sasha ayudó a sacar a mi bebé de aquí. Él mintió cuando dijo que no me ayudaría.

Me siento en el baño de hielo y lo abrazo con fuerza. —Gracias—, le susurro al oído.

Cuando me alejo, él asiente. La idea de que Nero tiene a nuestro bebé, que está a salvo, hace que ese dolor en mi pecho disminuya. Y sin él, el dolor físico se siente como una carga fácil de soportar. Ahora debo concentrarme en mi misión aquí. Debo sumergirme nuevamente en la Élite, convertirme



en el mejor, ganarme su respeto, y luego, con la ayuda de Sasha, derribaré a Nicholai, rodeado de los mismos soldados que entrenó.

—Está bien, ve. Vamos a entrenar —, dice Sasha.

Sin dolor no hay ganancia, ¿verdad? Esto va a ser bastante doloroso.



Kiss Me

28. UNA

Cierro los ojos y aprieto los dientes, esperando que llegue el toque. Todo mi cuerpo está temblando, exigiendo que reaccione. He estado aquí antes, cuando estaba entrenando, pero eso fue con propósito, por una razón. Esto ... esto se siente como un castigo y lentamente, pieza por pieza, está destrozando mi humanidad.

Escucho el movimiento de los pies. Una palma golpea mi brazo, el frío metal del guante toca mi piel antes de sentir una descarga eléctrica masiva. Mata, mata, mata. Es mi único pensamiento, una y otra vez hasta que no puedo comprender nada más. Mi mente se apaga, completamente en blanco. Reacciono, el instinto anula todo. Es como si estuviera viendo una televisión, viendo a otra persona romper el brazo del hombre y romperle el cuello con tanta fuerza que su mandíbula se suelta casi por completo. Otro Elite se mueve hacia mí y observo mientras voy de la mano con él. Levanta una pistola y empuja su muñeca hacia un lado, chasqueando el brazo hasta que la pistola apunta a su propio pecho, luego aprieto el gatillo dos veces, terminando con él. Otro comienza a acercarse ...

—¡Suficiente!— La voz de Sasha retumba a través de la habitación y balanceo mi arma en su dirección, luego a Nicholai de pie contra la pared del fondo. —Una, suelta el arma—. Es Sasha. Intento forzar a mi cuerpo a obedecer, mis dedos a soltar el arma. Me tiembla la mano. Se acerca hasta que el cañón del arma está contra su pecho. —Una, mírame—. Lo miro y él envuelve sus dedos alrededor del arma, con cuidado de no tocarme. Lentamente libero el arma y retrocedo un paso. Aprieto los ojos y trato de alejar la niebla roja de mi mente. Me agacho y presiono las palmas de mis manos contra los párpados. —La empujas demasiado—, dice Sasha.

—Le doy lo que necesita—, es la fría respuesta de Nicholai.

—Ella se romperá. Sus habilidades no tienen paralelo, pero si le rompes la mente, no nos servirá de nada. Si deseas castigarla así, solo dispárale a ella —.

—Olvidas tu lugar—, gruñe Nicholai.

—Entreno a los soldados. Y ella es la mejor. Oigo que la pesada puerta de acero se abre y luego se cierra de nuevo. —Una—. Abro los ojos y miro a Sasha que se eleva sobre mí. El piso a su alrededor está cubierto de sangre. Y dos cuerpos destrozados yacen en el centro del desastre. —Ve y



límpiame—. Él mueve la cabeza hacia la puerta y yo me paro, caminando aturdida por el pasillo.

No puedo soportar mucho más de esto. Ha estado haciendo esto durante un mes consecutivo, obligándome a soportar y matar. Es simple, el instinto y la falta de conciencia son los que hacen al asesino perfecto. El condicionamiento táctil se concentra en los instintos más primarios, forzando las cosas que nos hacen fundamentalmente humanos de nuestra mente, y sin eso, las emociones “*afecto-amor*” son todas intrascendentes. Me está convirtiendo en un animal y no hay nada que pueda hacer para detenerlo.



Kiss Me

29. UNA

Un mes después

Tomo la longitud lisa de madera, envolviendo mis dedos alrededor de ella. Vadim se para frente a mí, con los brazos bien abiertos mientras agarra su propio báculo. Una pequeña sonrisa toca sus labios mientras me mira a través del cabello oscuro que ha caído sobre su rostro. Es unos años más joven que yo, pero es bueno.

Me desplazo hacia la izquierda y él hace lo mismo, imitando mis movimientos. Estudio la forma en que se desliza sobre el suelo y él hace lo mismo. De repente, él se separa, viniendo hacia mí. Los dos palos se rompen uno contra el otro, moviéndose tan rápido que no es más que una serie de clics. Él ataca hacia adelante, pero llega demasiado lejos. Me las arreglo para maniobrar a un lado, golpear con mi bastón sobre sus omóplatos y pisar su pie, enviándolo al suelo. Me dirijo hacia el lado del anillo improvisado, rompiendo mi cuello a un lado. Sasha está de pie cerca, sus manos apretadas detrás de su espalda mientras me miran. Me ha cocinado constantemente durante semanas, y finalmente, mi cuerpo está como antes era. Atacar y matar es nuevamente tan instintivo para mis músculos como respirar. Escucho a Vadim ponerse de pie, y luego se apresura hacia mí. Yo sonrío. Estúpido chico. Las cejas de Sasha se levantan una fracción y levanto mi rodilla, rompiendo la madera sobre ella. En una fracción de segundo, giro y lanzo el trozo de madera astillada como una lanza. Golpea a Vadim en el hombro con tanta fuerza que termina de espaldas sobre el hormigón. Me acerco y lo miro, aferrándome al trozo de madera que sobresale de su hombro destrozado. Esa sensación familiar de satisfacción me invade, el poder y la emoción de la violencia son como una droga.

—Esa no fue una pelea justa—, dice, jadeando.

No le doy descanso, mientras pongo mi bota en su pecho. —No existe una pelea justa. Usa las armas que tienes. Sé más inteligente que tu oponente. Levanto una ceja y agarro la madera, sacándola de él. Él gruñe de dolor, cerrando los ojos con fuerza. —Y agradece que apunté a tu hombro y no a tu garganta—.

Sasha viene a pararse a mi lado, asintiendo a alguien para que ayude a Vadim. —Llévalo al médico—.



La sala se llena con el sonido de un aplauso lento y Sasha y yo nos volteamos para ver a Nicholai caminando por el área de entrenamiento, con una amplia sonrisa en su rostro. —Ah, pequeña paloma, te has convertido en ti misma de nuevo. Tan despiadada. Él sonríe. —

Tengo un trabajo para los dos. Parece que a Rafael D'Cruze le gusta tu hermana, pequeña paloma. No le doy ninguna reacción. No ha mencionado a Anna en el tiempo que he estado aquí, y no ha mencionado el hecho de que ya no está en posesión de mi hijo. Quizás él quiere que piense que lo está. Después de todo, la forma más fácil de mantener la lealtad de la madre es si tú retienes a su hijo. O tal vez él piensa que me ha librado de tales lealtades. Tal vez lo tiene. A decir verdad, Nero, el bebé ... todo parece un sueño perdido distante que no puedo recordar del todo, pero esa sensación de tenerlo por solo un breve segundo está marcada en mi corazón, en mi alma, incluso si mi mente lo olvida. —Ofrece un intercambio muy necesario, ahora que el italiano ha hecho que sea muy difícil mover cualquier cosa dentro y fuera de Estados Unidos—. Su mandíbula se aprieta y sus ojos parpadean con rabia.

—¿Te reunirás con él?—, Pregunta Sasha.

—Sí, y ambos vendrán conmigo, pero primero—. Una sonrisa retorcida tira de sus labios. —No cree que Anna siga viva. Él quiere una prueba de vida. Irás a ella, palomita, y le cortarás el dedo meñique —. Ella tiene un tatuaje, ¿no? Ella tiene un número de esclavo tatuado en el exterior de su dedo meñique.

—Está bien.

Él inclina su cabeza hacia un lado, entrecerrando los ojos hacia mí. Sé que está buscando cualquier signo de debilidad, pero no lo encontrará. Trabajé y me preparé hace mucho tiempo para el hecho de que tanto Anna como yo probablemente moriríamos aquí. ¿Es un sacrificio justo? No. Pero no puedo salvar a todos, y estoy cansada de intentarlo. Si tomar su dedo compra su libertad, entonces es un pequeño precio a pagar.

—Ve con ella, Sasha—, dice Nicholai, entregándome la llave de su celda.

—Quiero confiar en ti, pequeña paloma, pero estaré observando. Siempre. Me acaricia la barbilla y mi cuerpo se cierra, la necesidad de matarlo rugiendo en mi cabeza como un golpe de tambor. Es peor que nunca. La idea del toque humano me hace sentir enfermo ahora. La sed de sangre bombea por mis venas como pura adrenalina. Tengo que luchar hasta el último resquicio de mi moderación para no arremeter contra él.



Él sonríe y deja caer su mano, indicándonos que nos vayamos. Sasha camina a mi lado y bajamos por los pasillos hasta que llegamos al ascensor, entrando en él. Puedo sentir los ojos de Sasha en mi rostro, pero me niego a reconocerlo. Me mantengo serena, tranquila, distanciada. Es solo un dedo.

Cuando estamos fuera de su celda, espero sentir algo, un indicio de anticipación o miedo, pero no lo hago. No siento nada. La puerta se abre y la veo acurrucada en la esquina de su cama. Sucio cabello rubio le cuelga en la cara. Su sencilla sudadera gris y el pantalón de chándal la hacen parecer más pálida, más enfermiza. Por supuesto, esta es la primera vez que veo a Anna cara a cara desde que éramos niñas. Esos profundos ojos azules se encuentran lentamente con los míos, y veo la más mínima chispa de esperanza en ellos. Por un segundo, soy esa niña de trece años, que se aferra desesperadamente a mi hermana de ocho años mientras intentan alejarme de ella. Veo las lágrimas que recorren sus pequeñas mejillas rosadas y me sacude por un momento. Pero forzo todos esos pensamientos y sentimientos de regreso. Justo aquí, ahora mismo, ella no es nada para mí.

—Sostenla,— digo.

Sasha se acerca a ella y la empuja hacia la cama. —¿Una?— Su voz es pequeña y quebrada. Saco el cuchillo de la funda del muslo y agarro su muñeca, forzando su palma contra el delgado colchón. —Una, por favor, susurra, las lágrimas ahora corren por su rostro.

—Esto terminará pronto —, le dice Sasha.

Me doy fuerzas y bajo la cuchilla afilada sobre su dedo rápidamente. La cuchilla muerde el hueso y ella grita. La sangre empapa el colchón debajo de ella, y agarro la manta, la enrolló y la presiono contra la herida.

—Aguanta esto—, le indico. Lo agarra con mano temblorosa mientras lágrimas histéricas caen por sus mejillas. Levanto el dedo y salgo de la habitación, incapaz de mirarla. —Consigue a alguien para coser eso—, le digo a Sasha.

Me paro a un lado de Nicholai y Sasha se para al otro. Frente a nosotros, Rafael está flanqueado por dos de sus propios hombres. La nieve se está derritiendo ahora y una capa de aguanieve cubre todo. Estamos en el techo de un estacionamiento abandonado, y todo a nuestro alrededor es sombrío y gris, que me recuerda el invierno ruso. Los ojos de Rafael se encuentran con los míos y yo le devuelvo la mirada. Su expresión se vuelve molesta.



Sus hombros se encogen de tensión antes de mirar de nuevo a Nicholai. —Te ofrezco términos razonables, pero quiero una prueba de vida—.

Nicholai echa la cabeza hacia atrás en una carcajada. —Estás exigiendo por una don nadie—, dice con arrogancia. Rafael es un poderoso jefe de cártel, pero Nicholai se considera un dios rodeado de su Elite. —Aquí—. Se mete la mano en el bolsillo y le arroja algo a Rafael. Una bolsa Ziploc de plástico, y en ella, está el dedo de Anna.

Sus gruesas cejas negras fruncen el ceño mientras mira la bolsa de plástico en su mano. —¿Esto es una broma?—

—Por supuesto que no. Mira, es fresco. Cortado esta mañana. Nicholai extiende sus manos a un lado.

—Esto no es prueba de vida—, gruñe Rafael, y ahí está, pintado en toda su cara. Él la ama. Donde una vez me molestó, ahora solo lo veo como un tonto porque no hace nada para ocultarlo. Expone su debilidad y Nicholai la explotará.

Acercándose a él, Nicholai sonríe. —En mi honor—, dice, colocando su mano sobre su pecho. —Una se lo cortó—. La mirada de Rafael se dirige a la mía y aprieta los dientes.

—¿Hiciste esto?—, Pregunta, su voz mezclada con una acusación clara mientras levanta la bolsa.

Lucho con el impulso de defender mis acciones. No puedo parecer demasiado interesada con Nicholai aquí. —Querías una prueba de vida. Ahora la tienes —, le digo. —Su dedo por su libertad me parece un buen negocio—. Mantengo mi voz completamente plana e indiferente. Sus ojos cambian de mí a Nicholai y de regreso. Lo veo reconstruirlo, tratando de comprender a la mujer que ve ahora con la mujer que una vez conoció.

—Ella te ama—, gruñe Rafael.

—El amor es debilidad, Rafael.— Levanto una ceja y me acerco a él. —Después de todo, mírate aquí, negociando acuerdos no ventajosos, todo para mi dulce y pequeña hermana—

Sus labios se dibujan en una pequeña sonrisa antes de mirar a Nicholai. —¿Tenemos un trato?—

La cabeza de Nicholai se inclina hacia un lado. —Lo hacemos—. Quiero dar un suspiro de alivio porque Rafael acaba de comprar la libertad de Anna. Las piezas de Nicholai se retiran lentamente del tablero, una a la



vez. Con Nero, Anna y mi hijo fuera de juego, pronto seremos solo él y yo de pie cara a cara



Kiss Me

30. NERO

Me despierto con un sonido, apenas un susurro sobre el monitor del bebé antes de que se apague. Mi corazón se acelera y alcanzo la pistola en la mesita de noche. Siempre he estado nervioso, pero tener un bebé es el tipo de estrés que ni siquiera puedo comenzar a explicar. Y viendo cómo Dante mi bebé es buscado por esa maldita organización rusa, no me puedo arriesgar.

Silenciosamente salgo de mi habitación y camino por el pasillo, solo para encontrar a George acurrucado justo afuera de la puerta de la guardería. Frunzo el ceño y cuidadosamente abro la puerta. La luz de la noche ilumina la sombra de una figura encapuchada en la habitación. Levanto mi arma y apunto hacia ella hasta que me doy cuenta de que está sosteniendo a Dante. Aprieto los dientes y bajo la pistola un poco. Bien podrían estar agarrando mi jodido corazón en sus brazos. La figura se da vuelta, y los ojos violetas chocan con los míos, ojos que veo cada vez que miro a mi hijo. Una. Se me acelera el pulso y libero un largo suspiro. Ella es exactamente la misma y, sin embargo, diferente, más dura. Una cicatriz púrpura corre por su pómulos, estropeando su piel lechosa que de otra manera sería perfecta. Sombras oscuras permanecen debajo de sus ojos. Ella se ve más delgada, más dura.

—Hola, Nero—, dice ella, sosteniendo a Dante apretado contra su pecho, una mano descansando ligeramente sobre la parte posterior de su cabeza. Sus ojos pasan de mi cara a la pistola en mi mano, todavía apuntando. —¿Vas a dispararme?— Quiero confiar en ella. Quiero creer que ha vuelto a mí, pero algo me hace dudar. Han pasado cinco meses desde que se fue, y cuatro desde que Sasha me envió a Dante. Nicholai no la dejaría ir así tan fácil. Quiero confiar en ella, pero no puedo confiar en nadie cuando se trata de mi hijo, ni siquiera en ella.

—¿Por qué estás aquí?— Joder, es difícil ser cínico con ella.

Ella mira a Dante y apoya la mejilla contra su cabeza, cerrando los ojos por un segundo. —Él es tan perfecto—, ella suspira antes de que sus ojos se abran para encontrarse con los míos. —Me enviaron a matarte—, dice ella, acercándose a la cuna y acostando suavemente a Dante. Sus dedos agarran el borde de la cuna y su cabeza cae hacia adelante. —Quiere que te mate y me lleve a mi hijo. Es una prueba de mi lealtad.



Mi pulso se acelera y mis dedos se aprietan alrededor del arma. —¿Y dónde está tu lealtad?—

Ella se gira lentamente para mirarme. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, están fríos, pero, enterrados bajo la superficie en la parte de Una que solo puedo ver, hay capas y capas de dolor y tortura. —Con él—, susurra, mirando por encima del hombro hacia la cuna. Y como una grieta que atraviesa un cristal, se rompe. Su barbilla cae sobre su pecho y agarra el borde de la cuna con tanta fuerza que sus nudillos se vuelven blancos. Me acerco a ella y la tenue luz revela lágrimas brillando en sus mejillas. Presiona su palma contra su pecho, frotándose distraídamente. —Mi lealtad siempre estará con él—.

—Morte—. Me acerco a ella. Todo su cuerpo se cierra antes de que ella me esquive, extendiendo su mano.

—No lo hagas—. Sus ojos se abren y sacude la cabeza. Me acerco a ella nuevamente y ella retrocede como un animal salvaje. —Nero, no quiero lastimarte—.

—Siempre soy tu excepción, Morte—.

—Esto es diferente. Él ... Una triste sonrisa toca sus labios. —No estoy segura de poder regresar esta vez—.

—Ven—. Giro mi cabeza hacia la puerta. Ella, vacilante, me sigue fuera de la habitación y dentro de la mía. Está tensa, preparada como si estuviera a punto de atacar, y aunque no dudo de su lealtad a Dante, no me arriesgaré a provocarla cerca de él. Sus dedos se aprietan y sueltan repetidamente. Sus movimientos son espasmódicos. Cuatro meses desde que tuvo un bebé y su cuerpo está tan apretado y afilado como antes, cada centímetro de ella se convirtió en el arma perfecta. Ella tiene jeans negros ajustados con una pistola atada a un muslo y un cuchillo al otro. Su capucha cubre su cabello rubio, tal como era cuando la conocí. Casi puedo fingir por un segundo que no ha pasado tanto tiempo y que estamos de vuelta donde comenzamos, ella y yo. Enemigos y aliados. Queriendo tanto matarse como follarse. Pero, por supuesto, todo ha cambiado. Ahora tenemos un bebé, somos enemigos, y yo la amo

—Háblame—, le digo. Se acerca a la ventana y se queda allí, mirando las luces de la ciudad. —¿Cómo lo llamaste?—

—Dante—.



—El infierno de Dante—, susurra. Me acerco a ella lentamente. —Nero. Por favor. Su voz tiembla y los músculos de su espalda se tensan. —No puedo controlarlo—.

Lentamente extendiendo mi mano y acaricio sobre la estrecha franja de piel expuesta en su cadera. Mis dedos apenas hacen contacto con su piel antes de que golpee, golpeándome en el estómago dos veces y golpeando su pie contra el costado de mi rodilla. Mi espalda golpea el suelo y ella está justo encima de mí, con el cuchillo en la mano y la hoja presionada contra mi garganta. Ella respira pesadamente, sus ojos salvajes de una manera que nunca había visto antes. Es como si ella ni siquiera estuviera aquí.

—Morte—, susurro. Aprieta los dientes y la cuchilla muerde mi piel. Si la vuelvo a tocar, creo que me abrirá y dejará que sangre, así que hago lo único que puedo. Peleo. Llevando mi brazo dentro del de ella, golpeo su mano a un lado y la muevo fuera de mí, aterrizando sobre ella. Sus piernas me rodean la cintura y me aprieta fuerte, presionando mis riñones con fuerza. Me da un puñetazo en la mandíbula dos veces antes de que pueda sujetar sus muñecas por encima de su cabeza. Ella se sacude y gruñe como algo poseído, como si tuviera dolor físico. —Una, mírame. ¡Mírame! Sus ojos se clavan en los míos, salvajes y turbulentos. —Concéntrate en mí, recuérdame—.

Echa la cabeza hacia atrás y un grito irregular se desliza de su garganta. —Por favor—, ruega. Joder, ¿por qué siento que la estoy lastimando? ¿Qué demonios le hizo?

—Bebé, no voy a lastimarte. Te amo. Las lágrimas caen lentamente por sus sienes y suavemente toco mi frente con la de ella, inhalando ese aroma familiar de vainilla y aceite de pistola. Se queda quieta, su cuerpo ocasionalmente se convulsiona como si la estuviera electrocutando. Odio esto. Odio que le haya hecho esto a ella. Odio que voluntariamente le permitió que nos hiciera esto.

Lentamente, con cuidado, toco mis labios con los de ella. Ella se queda quieta, sus labios entreabiertos. La beso más fuerte y ella me muerde el labio inferior. Cuando me alejo y ella logra liberar una mano, golpeándome de nuevo. Hijo de puta. La tomo por el cuello y la clavo en el suelo. Hubo un tiempo en que siempre éramos así, cuando el amor era una puta guerra, y la única forma de superar sus defensas era luchar contra ella. Tal vez sólo necesitemos volver al punto de partida.



Veo sus ojos brillar entre querer matarme y besarme, y en su propia forma enferma y retorcida, hace calor. —Siempre tan fuerte, Morte—, respiro contra su oreja. —Pero te romperás por mí, de la misma manera que siempre lo haces—. Mis dedos se aprietan en su garganta y ella aprieta mi mandíbula, sus uñas arañan mi cara lo suficientemente fuerte como para sacar sangre. Suelto un suspiro y tiro de ella con la capucha sobre su cabeza antes de ponerla de frente. —Dime que quieres esto—, le digo.

Ella apoya su frente contra su antebrazo. —No quiero lastimarte—, dice ella, su voz tensa.

—Ah, pero vivo por tu tipo de violencia, mi amor—. Le quito el cuchillo y la pistola. —¿Confías en mí?—

Hay un momento de silencio. —Si.

—Bien—. La tomo de la nuca y se pone furiosa. Una vez más, ella se retuerce y gruñe, sus dedos arañando la alfombra mientras intenta liberarse. La correa de su camiseta sin mangas se desliza de su hombro y presiono mi cuerpo sobre el de ella, rozando mis labios sobre la piel expuesta. Ella continúa luchando contra mí, y sigo sosteniéndola, incluso cuando su respiración se vuelve irregular y sus músculos se tensan. Beso el costado de su cuello, sobre su espalda. Lleva mucho tiempo, pero lentamente, poco a poco, ella se relaja y yo la aflojo. Paso mis manos sobre sus costados y lentamente empujo su camiseta hacia arriba, observando cada reacción mientras beso suavemente su columna vertebral. Ella tiembla y yo sonrío, agarrando sus caderas y volteándola de nuevo. Sus ojos se encuentran con los míos, todavía salvajes, pero más tranquilos, más en control.

¿Qué será, Morte? ¿Matarme o besarme?

—Ambos—, susurra, esa sola palabra tan atormentada. —Siempre las dos cosas—. Joder, la extrañaba. Golpeo mi boca sobre la de ella, y ella me pasa la mano por la nuca. Su cuerpo se suaviza bajo mi toque. Nikolai nunca la tendrá. Una es mía, y ella siempre será mía. Él puede pensar que es un arma y, en muchos sentidos, lo es, pero esto es algo que sólo me da a mí, y se lo recordaré mil veces si es necesario.

Ella se agacha, deslizando tentativamente sus palmas sobre mi cuerpo. Sus manos están otra vez, callosas y ásperas, y eso me hace gemir. Mi reina viciosa, las cicatrices descubiertas. Muerdo su mandíbula y ella gira la cabeza hacia un lado, lo que me permite más acceso. Abro el botón de sus jeans, arrastrándolos y su ropa interior por sus piernas. Ella me mira



Veo el indicio de violencia en sus ojos, la amenaza persiste justo debajo de la superficie.

—¿Estás pensando en todas las formas en que te gustaría hacerme daño?— Sonríe. Ella entrecierra los ojos mientras se sienta. Abre la boca para hablar, pero la agarro por la garganta, acercándola hasta que nuestros labios se tocan. —No puedes. Ya has hecho lo peor —.

Sus ojos se cierran, sus cejas se juntan en un pequeño ceño fruncido. —Lo siento—Me toma la cara y me besa. La empujo hacia atrás en el piso, y ella alcanza mis boxers, empujándolos por mis muslos. Se aferra a mí con fuerza, como si tuviera miedo de que la suelte, y cuando empujo dentro de ella, rompe nuestro beso, sus ojos se clavan en los míos. Hay tantos elementos en Una, que no estoy seguro de si alguna vez los conoceré realmente, pero cuando la miro, siento que la conozco mejor que yo mismo. Y quiero todo de ella. Cada parte bellamente jodida. Ella está perfectamente arruinada. Mi pequeña mariposa viciosa, mi reina salvaje, mi amor.

Echa la cabeza hacia atrás y un pequeño gemido sale de sus labios. Deslizo mi lengua por la columna de su garganta expuesta, conduciéndola con fuerza. Su cuerpo se inclina hacia mí, sus caderas ruedan con cada empuje. Se siente como en casa, como si todo estuviera bien mientras tengamos esto, mientras yo la tenga a ella. La follo lenta y profundamente, y la veo desmoronarse como siempre lo hace, mostrándose a sí misma. La leona exponiendo su yugular. Su cuerpo se tensa y sus uñas me arañan la espalda en un sendero ardiente. Aprieto los dientes porque se siente muy bien y ha pasado tanto tiempo. Ella deja escapar un largo gemido. Dejo caer mi cabeza hacia adelante, besándola y gruñendo contra sus labios cuando me vengo.

—Siempre seré tu jodida excepción—

, digo con la respiración agitada.

—Siempre—, susurra. —Te amo.

Levanto la cara de su cuello y la miro a los ojos. —Eres mía, Morte. Él nunca te tendrá.



31. UNA

Me despierto y me toma un momento darme cuenta de dónde estoy. La cama de Nero. Dormir junto a él casi me parece un sueño. Los primeros susurros de la luz de la mañana gotean a través de la oscuridad, pintando la habitación en tonos grises. Miro a Nero, sus pestañas oscuras proyectando sombras sobre sus pómulos. Su cara es algo que pensé que me había comprometido recordar, y cinco meses no es tanto, pero había comenzado a olvidar lo hermoso que es. Un mechón de cabello oscuro cae sobre su frente y lo hace ver un poco rebelde.

Escucho el más leve ruido en algún lugar de la casa y me alejo de Nero, salgo silenciosamente de la cama y salgo de la habitación. Voy a la guardería y abro la puerta, yendo hacia Dante. Está completamente despierto, sus pequeñas piernas rechonchas se agitan mientras me mira con los ojos del mismo tono que los míos. Su cabeza está cubierta por una suave capa de cabello oscuro que sobresale en todas las direcciones. Sonriendo, me agacho y lo levanto, llevando su pequeño cuerpo contra el mío. Es como si cada nervio destrozado, cada faceta rota de mí se uniera, sanando bajo su toque inocente. Me hace sentir completa. El me da un propósito. Beso su cabello suave, inhalando el aroma de él, un olor que es diferente a cualquier otra cosa en este mundo.

Lo llevo abajo y lo sostengo mientras preparo café. George se entretiene alrededor de mis pies, meneando la cola con entusiasmo. Abro el refrigerador y miro las botellas de fórmula. Hay algún tipo de máquina en un lado de la cocina. No tengo ni idea de qué hacer. La ola de tristeza me golpea porque me he perdido todo esto. Ni siquiera sé cómo cuidarlo. Dante hace este ruido y luego está llorando, bueno, más bien cómo un lamento.

—Shh, detente. Está bien. Estoy mirando frenéticamente a mi alrededor buscando algo que pueda hacer que se detenga cuando Nero aparece en la puerta, sus gruesos brazos cruzados sobre su pecho desnudo y una pequeña sonrisa en sus labios.

—Es un poco gruñón por las mañanas—, dice. Le tendí a Dante y él me lo quita de las manos. Les sonrío a los dos, tienen el mismo cabello de recién levantados. Nero y yo nos sentimos atraídos por la naturaleza sedienta de sangre del otro, pero nunca ha sido más sexy de lo que se mira cuando sostiene a mi bebé.

—¿Qué quiere él?—, Pregunto.



—Él quiere lo que todos los hombres quieren, comer y cagar—.

Arrugo la nariz. —Desagradable.—

—O en su caso, se cagó en el pañal y ahora no está contento con eso. ¿No es así, amigo? —Nero levanta a Dante, sacudiendo su cabeza ante la pequeña y arrugada cara de Dante. —Vuelvo en un segundo. ¿Puedes poner una botella en la máquina por unos minutos? —Él desaparece y me quedo mirando el artilugio, sintiéndome completamente inútil.

Poco después, Nero regresa y me entrega a Dante nuevamente. Lo tomo y Nero le sonríe antes de que vaya a esa estúpida máquina, poniendo la botella en ella. Me acerco, tomando nota de cómo funciona. Sus labios se levantan en una sonrisa irónica. —Las armas son mucho más fáciles—, dice, apoyándose contra el mostrador. Me alcanza, agarrando mis caderas y tirando de mí entre sus piernas. Mis músculos se tensan, pero no es nada en comparación con mi reacción habitual al ser tocada. Me quita el pelo de la cara y yo paso las uñas tentativamente sobre el rastrojo de su mandíbula. Gira la cara y presiona un beso en el interior de mi muñeca. Mi piel hormiguea bajo sus labios y la piel de gallina salpica mi piel. El contacto pequeño pero íntimo se siente como fuego después de haber estado viviendo en el frío congelante. Se acerca a mí presionando a Dante entre nuestros cuerpos. Sus dedos bailan sobre mi mejilla y yo me estremezco, pero por lo demás no hago ningún movimiento.

—Te extrañé, Morte—, dice, sus ojos oscuros se clavan en los míos.

Yo también lo extrañé. Más de lo que puedo decir. Levanto mi barbilla, rozando mis labios sobre los suyos. Me besa, arrastrando sus dedos hacia la parte posterior de mi cuello y acercándose. Esto se siente correcto y fuerte. Se siente como todo por lo que estoy luchando. Dante comienza a inquietarse, dejando escapar un chillido agudo. Me alejo de Nero y miro al pequeño hombrecito.

—Una buena manera de bloquearme la polla chica—, dice Nero, dándose la vuelta y sacando la botella de la máquina. Se salpica un poco de leche en la muñeca y luego me entrega la botella. —Todo tuyo.—

Me siento en la barra de desayuno y acuesto a Dante en un brazo, sosteniendo la botella frente a él. Chupa fuerte y no puedo evitar sonreír mientras lo veo.

—Así es como debería haber sido—, dice Nero en voz baja. Lo miro. Él tiene los codos apoyados en la barra de desayuno, agarrando una taza de café mientras nos mira.



—¿Como hiciste esto? ¿Dónde aprendiste a cuidar a un bebé?

El sonríe. —La madre de Tommy ha estado ayudando—. Él se encoge de hombros. —Y el resto, aprendes a medida que avanzas—. Pensar que hubo un momento en que pensé que no querría un bebé, cuando iba a privarlo de ser padre. En el pequeño vistazo que he tenido de ellos juntos, puedo ver que Nero es un padre increíble. Me trae más alivio del que puedo expresar. Si no mato a Nicholai, y si yo muero, Dante tendrá todo lo que necesita en Nero.

—No quiero dejarlo.

—Entonces no lo hagas—, gruñe, sus ojos oscuros brillando. —Quédate aquí. Dale la espalda a esta maldita idea—.

—Nero, han pasado cinco meses. Renuncié a los primeros cuatro meses de la vida de Dante para poder mantenerlo a salvo y eliminar a Nicholai. Estoy tan cerca.—

Deja el café y coloca las palmas de las manos sobre la barra de desayuno. Los músculos de su torso se flexionan y giran mientras se mueve, la tinta en sus brazos parece bailar sobre su piel con cada movimiento. —Somos más fuertes juntos. ¡Mira lo que te ha hecho!

—Solo necesito más tiempo—.

¿Sabes cómo es? ¿Sin saber lo que te está haciendo? ¿Sin saber si volverás con vida?

—Olvidas quién soy—, le susurro.

—¡No!— Su mandíbula se aprieta, su cuerpo palpita con rabia reprimida.

—No lo olvido, joder. Pero para cuando termine contigo, ¿sabrás quién eres? ¿Podrías saberlo?—

—Sí—, respondo. Nero y yo somos inquebrantables. Las cosas que Nicholai me ha hecho ... Nero no debería ser más que un recuerdo lejano. Dante, más bien como un sueño. Debería haber sido capaz de matar a Nero y, en cambio, me trae de vuelta, me castiga de la misma manera que siempre lo ha hecho.

—Eres su juguete favorito, y si él piensa que no puede tenerte, nadie lo hará—.

Suspiro y dejo la botella casi vacía sobre el mostrador. Levantándome, doy la vuelta a la barra y le doy a Dante. Lo toma, arrojando un paño de cocina sobre su hombro antes de presionar su palma contra la espalda de Dante y abrazarlo. Nunca un hombre se vería tan fuera de lugar y, sin embargo,



completamente en casa con algo tan frágil en sus brazos. Mi hijo en los brazos de mi monstruo. No hay otro lugar donde prefiera que esté. —Por favor, confía en mí, Nero—. Me levanto de puntillas, besándolo rápidamente y luego la parte posterior de la cabeza de Dante. —Soy su debilidad. Lo ciego.

—Si algo te sucede, mataré a la Bratva pieza por pieza hasta que no quede nada—. Esa violencia que amo tanto se arremolina en sus ojos, amenazando con extenderse.

—Tengo un plan. Necesito tu ayuda.—

El sonríe. —Ah, Morte, dime lo que necesitas y se hará—. Por supuesto que lo hará, porque él es Nero Verdi. Nicholai se considera invencible porque nadie puede enfrentarse a él, pero aún no he revelado mi arma secreta. No he desatado a mi monstruo. Nicholai no tiene idea de lo que Nero y yo somos capaces.

Todo el viaje desde el aeropuerto hasta la base, pienso en el plan en mi cabeza. Esto funcionará. Esto tiene que funcionar. Una parte de mí quiere darse la vuelta y volver a Nero, para que pueda enfrentar esta pelea conmigo, pero no puedo. He llegado demasiado lejos para regresar ahora. He arriesgado todo para derribar a Nicholai, y tendré éxito o moriré en el intento. Este será mi legado, el que dejo a mi hijo.

Me detengo en las puertas y me dejan pasar. Cuando llevo el SUV a la cochera, Nicholai está allí, esperando. Salgo del auto y camino hacia él. Sus manos están juntas detrás de su espalda, su traje tan impecable como siempre.

—Pequeña paloma. Veo que estás decepcionantemente con las manos vacías —, dice, barriendo una mano a través de su cabello canoso en agitación.

Tengo que obligarme a regresar a ese lugar frío e insensible lo más lejos posible de Nero. —El niño no estaba allí—.

—¿Oh? ¿Y Nero Verdi está muerto? Esos ojos helados se fijan en los míos, buscando cualquier rastro de engaño.

—Verdi ha enviado al niño lejos como protección—. La mentira se desliza fácilmente de mis labios mientras lo miro sin pestañear. —Me gané su confianza para determinar la información. Él no está muerto. Puede que todavía necesite usarlo.

Sus ojos se estrechan. —Él está enamorado de ti—.



—Si.

—¿Y él te cree enamorada de él?—

—Si.

Él suspira. —¿Y dónde está el niño?—

—Con Rafael D'Cruze—.

—Envío al niño a tu hermana—. Se ríe, aplaudiendo. —¿Y qué le dijiste, pequeña paloma?—

—Le dije que necesitaba olvidarme. Dije que garantizaría la seguridad del niño, pero que éste es mi lugar—, digo robóticamente.

El asiente. —Bueno. Esto es bueno. —Hay un filo en su voz, y sé que él no confía en mí.

—¿Conoces la ubicación exacta del niño?—

—Si. Lo mantienen en el complejo de Rafael cerca de la frontera —, le transmití la ubicación que Nero y yo elegimos. —Pero debemos movernos rápidamente. No creo que él confíe en mí.

—Tú y Sasha formarán un equipo. Irás a México y recuperarás al niño. Mata a Rafael D'Cruze. Y mata a tu hermana—, dice, levantando una ceja para llevar el punto a casa.

—Está bien —. Empiezo a alejarme.

—¿Y pequeña paloma?— Me detengo. —Iré contigo a México. No confío en que hagas lo mejor que debes hacer —. Si no estuviera tan cegado por su obsesión conmigo, no confiaría en mí en absoluto. Quizás en su propia forma retorcida me ama. Después de todo, dicen que el amor es ciego. Desea tanto creer que soy una vez más su hija leal y favorita que ignora lo que está frente a él. ¿Cómo podría dar mi lealtad hacia él cuando mi hijo está afuera? Si tuviera hijos, si supiera cómo se siente ese amor, Nicholai no confiaría en mí. Pero su versión obsesiva y enferma del amor lo lleva a su propia destrucción. Seré yo, su preciosa hija, quien cortará su corazón. Estoy tan cerca que casi puedo oler su sangre hormigear el aire. El juego está casi terminado.



32. UNA

Salgo del avión y camino junto a Sasha hacia el Range Rover estacionado a unos metros de distancia. El calor húmedo se adhiere a mi piel, envolviéndome como una manta. Sasha se pone del lado del conductor y yo me subo a su lado. Tres Elite suben a la parte de atrás, todos con los rifles pegados contra el pecho, sus expresiones serias y centradas. El sol está empezando a caer bajo el horizonte irregular de Juárez en la distancia. La dirección a la que vamos es la mansión de Rafael, a unas pocas millas de la ciudad.

Nicholai insistió en que aterrizáramos y nos dirigiéramos directamente antes de que alguien pudiera comunicar nuestra presencia al cartel. Miro a Sasha, pero él mantiene sus ojos fijamente en el camino. La ciudad es un desastre de edificios cubiertos de grafiti, caminos llenos de baches y desorden general. Este es un país del cártel, donde la cantidad diaria de asesinatos es mayor que la de algunos países en un año. Estas calles pueden parecer una ciudad de personas que se dedican a sus negocios, pero es una zona de guerra con los cárteles continuamente luchando por el terreno.

Nuestro convoy de automóviles serpentea por las calles que salen de la ciudad, cayendo en un valle que se extiende entre las irregulares colinas polvorientas del campo mexicano. Nos detenemos en un camino de tierra a una milla de la puerta principal de Rafael. Salimos y vamos a la parte trasera del auto, tomando nuestras armas. La mirada de Sasha se encuentra con la mía y me da el más leve asentimiento.

En total, tenemos veinte Elite, que es más de lo que esperaba que vinieran con nosotros. Nicholai sale del auto detrás nuestro, su traje más adecuado para el desierto polvoriento de México que para la extensión helada de Rusia. Él mira a sus soldados reunidos, todos vestidos de negro y armados hasta los dientes. —Tu misión es ir al recinto y recuperar al niño. Mata a todos. Sus ojos se encuentran con los míos, y sé que está haciendo un punto, porque todos incluyen a Anna. —No me falles—, dice sin apartar la vista de mí.

Nos damos vuelta y comenzamos a trotar hacia el complejo. Sasha y yo estamos corriendo. El resto de los soldados nos siguen. El sol nos golpea y el sudor me cae por la espalda a medida que avanzamos hacia el



complejo. Tan pronto como nos acercamos a la valla perimetral, nos refugiarnos detrás de una pequeña elevación de tierra.

—Guardias—, me dice Sasha.

Uno de los otros me entrega un rifle y yo tiro el soporte hacia abajo, apoyándolo en la parte superior de la cresta. Mirando hacia abajo, alineo a los dos guardias, enfocando la mira justo a la izquierda del hombro del primer tipo. Tengo que ser exacto aquí. Respiro profundamente, sostengo, apunto, disparo. Dos disparos suenan en rápida sucesión y ambos guardias caen. Los disparos tienen más soldados del cártel corriendo hacia las puertas, y yo también les disparo, viéndolos caer uno por uno.

—Muévete—, grito. Sasha lleva al equipo Elite a la puerta principal, irrumpiendo en el recinto. Aquí es donde se complica. —Ustedes dos—, señalo a dos de la Elite. —Conmigo—. Sasha asiente mientras continúa con el resto del grupo. Tomo a los dos y me separo, atravesando la casa hasta que encuentro la escalera que conduce al piso de arriba. Subo las escaleras, agarrando mi pistola. Alcanzando mi bolsillo delantero, rápidamente atornillo un silenciador en mi arma. Sintonizo mis sentidos con los dos hombres que caminan detrás de mí, escuchando cada pisada apagada, cada respiración agitada. Llegamos a la cima de las escaleras y caminamos por el pasillo, pasando un sofá lleno de cojines. Me doy la vuelta, arranco el cuchillo de la funda del muslo y lo tiro al mismo tiempo que agarro uno de los cojines, empujándolo contra la cara del chico de la izquierda. Lo desequilibro lo suficiente como para que se tambalee hacia la pared. Veo el destello de acero e inclino mi cuerpo lejos de él justo cuando presiono el arma contra el cojín y aprieto el gatillo. Suena un pop apagado. La punta del cuchillo atraviesa la piel de mi estómago antes de que su cuerpo caiga al suelo. Miro hacia abajo a la sangre que se filtra a través de mi camiseta y suspiro antes de recuperar mi cuchillo del cráneo del otro chico.

Siguiendo las instrucciones de Rafael, encuentro la última puerta al final del pasillo. La oficina de Rafael. Él no está aquí, pero las ventanas tienen una vista completa de todo el complejo. Mi misión en este momento es simple: eliminar los Elite y despejar el complejo. Traté de persuadir a Sasha para que los volviera de nuestro lado, pero era demasiado arriesgado. No podíamos dejar que nadie supiera que no estábamos con Nicholai. Las lealtades de la Élite son profundas en lo que a él respecta.

Echo un vistazo por cada una de las ventanas hasta que veo al grupo de cuatro Élite cruzando el patio con las armas en alto. Descanso mi rifle en



el alféizar de la ventana y alineo el disparo. Los cuatro están abajo en dos segundos. Todo ese entrenamiento, todos esos años de lucha, y ni siquiera tuvieron la dignidad de una muerte decente. Murieron como vivían, como carne de cañón para un loco. Seis caídos. Faltan catorce más.



Kiss Me

33. NERO

Muevo los dedos sobre el volante con ansiedad, mirando el reloj en el tablero. Gio suspira y se desploma en su asiento mientras juguetea con los botones del aire acondicionado. El sol brilla en el capo del auto y miro de reojo en el espejo retrovisor el auto estacionado detrás de mí. En ese momento, observo cómo una nube de polvo se levanta del camino que corta el valle debajo de nosotros. Recojo los binoculares y veo el viento negro de los Range Rovers que avanza por la carretera vacía del desierto, con sus vidrios polarizados ocultando a sus ocupantes. Se detienen con un chillido y todas las puertas se abren, los soldados vestidos de negro salen y se arman. Veo a Sasha y Una a la cabeza de lo que deben ser veinte Elite.

—Joder, esos son muchos Elite—, murmuro, una sensación de inquietud arrastrándose a través de mí. Son demasiados. Una y Sasha son buenos, y tienen la ayuda de los hombres de Rafael, pero ¿Veinte Elite altamente entrenados? No son invencibles.

—¿Cuántos?—, Pregunta Gio.

—Tal vez veinte—.

—Iré y se lo diré a Rafael—. La puerta se abre y el aire caliente y polvoriento llena la cabina antes de que la puerta vuelva a cerrarse.

Sonríó cuando se abre la puerta trasera del segundo Range Rover y Nicholai Ivanov sale con su traje. Una dijo que vendría, pero no lo creí. Es conocido por su agudo intelecto y su habilidad estratégica, pero esto, viniendo aquí, ¿seguramente no es tan arrogante? Está completamente expuesto, maduro para la cosecha. Incluso con su Élite ... este es un país del cartel. Y, por supuesto, no podría predecir lo que Sasha y Una están a punto de hacerle a su preciosa Élite, o tal vez podría haberlo hecho, si no estuviera tan obsesionado con Una y la idea de tener a nuestro hijo. Es exactamente como ella dijo; él está cegado por ella. Nunca lo verá venir.

El equipo de Elite se dispersó, subió la ladera y dejó a Nicholai solo con solo dos Elite para protegerlo. Estúpido. Muy estúpido La puerta se abre y Gio vuelve a entrar.

—Él está aquí. Solo dos guardias con él —digo.

Sus ojos se estrechan y sus labios se presionan en una línea. —Esto parece demasiado fácil—.



Asiento con la cabeza. —No estoy seguro de si es una trampa, o si él realmente está seguro de su fuerza—.

Gio suspira pesadamente. —Parece ir en contra de su naturaleza, pero luego entró profundamente en el territorio de Rafael una vez antes para atrapar a Anna—

Golpeo mi dedo sobre el volante. Esta es una muy buena oportunidad. Sasha nos habría advertido si hubieran traído más refuerzos. Una podría mantenerse en la oscuridad, pero no Sasha.

—Vamos—. Miro por el espejo retrovisor de nuevo, encontrando la dura mirada de Rafael mientras se sienta al volante del otro auto. Anna se sienta a su lado en el asiento del pasajero a pesar de que le dije que a Una no le gustaría. Aparentemente, él piensa que ella está más segura donde él puede vigilarla. Si tan solo Una fuera tan fácil de controlar. Arranco el motor y me alejo, enviando el Hummer por la empinada ladera, levantando polvo y piedras a su paso.

Se lo doy a Rafael, él tiene todo el maldito kit. Hummers blindados con pistolas calibre .50 montadas en el techo. Uno de sus hombres está colgando en el traga luz, listo para abrir fuego contra el ruso y sus soldados armados. Sin embargo, tiene instrucciones de no matar a Nicholai. Una merece ese honor.

Tan pronto como estamos en terreno plano, estamos apuntando hacia los Range Rovers estacionados. Los dos soldados se mueven frente a Nicholai, disparando balas al auto. Los disparos salen disparados del capó y golpeo mi pie sobre el acelerador. Cuando se dan cuenta de que sus balas no están haciendo una mierda, corren hacia el automóvil y hacen pasar a Nicholai adentro.

Gio alcanza y dispara por la espalda, golpeando la rodilla del tipo con una bala de su arma de alto poder. Ellos abren fuego, las balas dejan agujeros del tamaño de una pelota de golf en la carrocería de uno de los Rangers Rover estacionados.

—Maldición, necesito uno de estos autos—, le dije con una sonrisa.

—Podría ser un poco llamativo en Nueva York—, grita Gio sobre la explosión ensordecedora, explosión tras explosión de disparos. El Range Rover chilla, se dirige al desierto, y yo lo sigo. Rafael se detiene a mi lado. Las balas rocían la parte trasera del Range Rover, rompiendo el vidrio y haciendo agujeros en la carrocería hasta que explota una llanta. El automóvil gira violentamente hacia un lado, se desvía antes de patinar y



volcarse. Da vueltas varias veces antes de detenerse sobre sus ruedas nuevamente. Tomo mi Cal .40 y abro la puerta. Gio y Rafael están a mi lado. Levanto mi arma, disparando al Élite que está desplomado contra el volante agarrándose la cabeza. El otro parece muerto. Rafael va hacia la puerta de atrás, apoyando su mano sobre la manija mientras me mira. Me alinee, levantando mi arma antes de asentir con la cabeza. Abre la puerta y Nicholai se cae del auto. Por un momento, estoy seguro de que está muerto, pero luego gime e intenta arrastrarse por el suelo.

No tengo simpatía por este pedazo de mierda. Si fuera por mí, lo amarraría a la barra de remolque y lo arrastraría de regreso a ese complejo para que Una lo matara, pero podría morir en el camino y ella debe ser quien le ponga fin. Él ha tomado más de ella que nadie. Le doy una patada en el estómago lo suficientemente fuerte como para que caiga de espaldas, sin aliento. Levanta la mano, protegiéndose los ojos del sol mientras intenta mirarme. Su traje está cubierto de polvo y sangre gotea de su nariz, cayendo por su barbilla.

—Nicholai Ivanov—, le digo con una sonrisa torcida, inclinándome y poniéndolo de pie. Se balancea y Gio lo agarra del brazo, sosteniéndolo en alto. —Cómo caen los poderosos—.

—Nero Verdi—, dice y luego se ríe. —Llegaste demasiado lejos. No saldrás vivo del país —.

—¿Quién me va a detener?— Levanto las cejas y luego ahueco la oreja, inclinando la cabeza. —No escucho nada—. Sonrío. —Oh espera. Eso es porque nadie viene. Ya no tienes aliados, Nicholai.

Aprieta los dientes. —No necesito aliados. Tengo un Ejército. Mi Élite acabará contigo, y tu hijo será mío.

Mis dedos se estremecen, queriendo agarrar mi arma. En cambio, le doy un puñetazo en el estómago lo suficientemente fuerte como para que un aliento jadee entre sus labios. Gio lo sostiene y yo me acerco a él, ahuecando la parte posterior de su cuello y acercando mis labios a su oído. —Tu Élite está muriendo mientras hablamos. Asesinados por los tuyos ... —, digo en voz baja. —Hiciste que Una fuera bastante formidable—. Doy un paso atrás y sus fríos ojos azules parpadean con enojo.

Audiblemente rechina los dientes. —La hice fuerte. La hice la mejor ...

—¡Jodidamente la rompiste!— Grité, mi temperamento se disparó. Agarro la parte delantera de su chaqueta y lo levanto de puntillas. —Pero tienes



razón, Nicholai. La hiciste fuerte.— Busco la mirada sin alma de él —Lo suficientemente fuerte como para acabar contigo—.

Él resopla una carcajada. —Una es mía. Ella siempre será en lo que la convertí. Una sonrisa enferma se extiende por sus labios.

—Ahí es donde te equivocas. Una es mía. Su bebé es mío. Lo empujo lejos de mí, y él se tambalea hacia atrás. —Estás a punto de ver qué sucede cuando tratas de tomar lo que es jodidamente mío—. Asiento con la cabeza a Gio y él lo arrastra hacia el auto antes de que rompa mi palabra y lo mate. Gio lo empuja adentro junto a nuestro pistolero que ahora está sentado en el asiento trasero, apuntándole con su arma.

Rafael viene a pararse a mi lado. —No puedo esperar para ver esto—, dice con una sonrisa.

Mi pequeña reina viciosa finalmente se vengará.



34. UNA

Espero en la oficina de Rafael, el sonido distante de disparos llenando la casa, pero no sé quién está ganando. El simple hecho es que una banda de Elite no es fácil de eliminar. La puerta de la oficina se abre y giro mi arma en esa dirección. Sasha me frunce el ceño, con impaciencia escrita en todas sus facciones. La sangre está salpicada sobre su cuello y brazos, y su camiseta negra está húmeda con ella. —Vamos—, resopla.

Pongo los ojos en blanco y me pongo de pie, balanceando el rifle sobre mi hombro. Bajamos las escaleras y lo sigo al patio. Los hombres de Rafael a los que disparé nos acompañan cuando se abre la puerta principal, lo que permite que dos Hummers entren al patio. Las ventanas están completamente oscurecidas. Dos armas pesadas están montadas en el techo. Sasha está rígido a mi lado. Sé que esto es difícil para él. Sus lealtades no son tan blancas y negras como las mías.

La puerta del lado del pasajero de uno de los Hummers se abre, y veo como un cuerpo familiar se baja. Nero me lanza una sonrisa arrogante mientras cierra la puerta. Lleva pantalones de traje gris y una camisa negra, abierta en el cuello. Con sus Ray Bans y su rostro perfecto, parece que debería estar en las páginas de una revista en lugar de estar aquí, en un complejo de carteles, participando en una guerra de la mafia. Gio sale del lado del conductor y Rafael sale del otro auto, seguido de Anna. Su cabello largo y rubio atrapa el viento, y cruza los brazos sobre su cuerpo, manteniéndose cerca del lado de Rafael. Fijo los ojos en mi hermana y ella me ofrece una pequeña sonrisa. Aparentemente, me perdona por cortarle el dedo.

—Ahora que todos están aquí ...— dice Nero, abriendo la puerta trasera del auto y arrastrando a Nicholai. Su traje está arrugado y sucio como si hubiera estado rodando por la tierra. Su nariz está ensangrentada. Pusimos en práctica este plan, pero siempre pensé que de alguna manera lo vería venir, que nos superaría de la misma manera que lo ha hecho con tantos otros. Pero estaba cegado por su propia desesperación, su propia obsesión demente, y al final, fue su obsesión con Dante lo que lo llevó a este punto. Rompió sus propias reglas y, en lugar de perseguir a un niño vulnerable e indefenso de un orfanato, eligió al hijo de dos de las personas más temidas del mundo. Estúpido.

Esa helada mirada azul suya se encuentra con la mía antes de pasar a Sasha, que está a mi lado. —Tú—, le dice a Sasha, su voz en capas de



acusación y decepción. —Les dí todo a ambos—, dice. Yo confié. Sasha ... bueno, Sasha era el hijo pródigo infaliblemente leal. Hasta que me vio caer, a lo mejor de la Élite. Hasta que presencié mi amor por Dante. Eso lo cambió. Entonces, cuando Nicholai le pidió que reuniera información sobre si mi hijo estaba realmente en posesión de Rafael, Nicholai nunca lo dudó. Fue demasiado perfecto.

Respiro hondo y me paro frente a Sasha, sabiendo que esto le pesa más que a mí. —No nos diste nada Nicholai—, le digo. —Te llevaste todo—. Lo miro con fría indiferencia mientras camino hacia él, consciente de que todos los ojos están sobre nosotros. Siento la presencia fortalecedora de Nero mientras se apoya contra el auto.

Doy vueltas detrás de Nicholai y lo pateo con fuerza, dejándolo de rodillas con un gruñido. Agarro su mandíbula y giro su rostro, obligándolo a mirar los cuatro cuerpos de Elite caídos, a los que disparé antes. —¿Sabes por qué estás aquí, Nicholai?— Gruño. Él no dice nada, luchando contra mi agarre. Agarro la parte superior de su cabeza y lo sostengo de tal manera que amenazo con romperle el cuello. —Estás aquí, de rodillas, porque eres arrogante. Te creíste invencible, protegido por tu ejército. Protegido por tus chicos.— Lo libero y me alejo. Me acerco a Sasha que me entrega dos cuchillos. Los tiro al suelo. Se detienen justo delante de Nicholai. —Tómalos—, le digo, crujendo mi cuello de un lado a otro mientras camino unos pasos hacia Nero y de regreso. —¡Jodidamente, recógelos!—, Grito cuando él no responde.

—¿Entonces puedes matarme y llamarlo una pelea justa?—, Dice. Resoplo cuando un ruido sordo de risa proviene de Nero.

—Nada podría hacer que sea una pelea justa—, le dice Nero, divertido en su tono. —Morirás, sin duda—.

—Me quitaste a mi hijo y luego me obligaste a pelear contra algunos de tus mejores hombres, días solo días después de dar a luz—. La ira amenaza con consumirme y la necesidad de dispararle en la cara es fuerte. Aprieto los ojos, recordando el momento en que me dio la espalda, dejándome atada a una cama mientras él se alejaba con mi bebé. —Así que ahora lucharás lo mejor que puedas, Nicholai. Sabrás lo que es luchar por tu vida —.

Sus ojos se encuentran con los míos por un breve momento y luego su mandíbula se aprieta. Agarra los cuchillos y se pone de pie antes de arremeter. Sonrío, de pie completamente quieta mientras él viene hacia



mí. Me muevo en el último segundo, agarrando su brazo mientras apunta directamente. Giro su brazo detrás de su espalda, rompiéndolo. El cuchillo se desliza de su agarre y lo atrapo, golpeándolo profundamente en su hombro. Él aúlla de dolor y yo sonrío.

Gira, amenazando salvajemente con el cuchillo restante, sus movimientos no son más que desesperados, los últimos esfuerzos de un hombre que sabe que su destino está sellado. Retrocedo varios pasos antes de moverme rápido, golpeando mi puño contra su garganta. Se ahoga y le quito el cuchillo, incrustándolo en su otro hombro. Él ruge de dolor, y es un sonido tan satisfactorio. Matar siempre ha sido una habilidad fácil para mí. Lo disfruto porque soy buena en eso, pero es solo un trabajo. No hago sufrir a mis víctimas. Esto ... esto no es un trabajo, y quiero que sufra como nunca antes había querido lastimar a nadie.

Se balancea sobre sus pies, la sangre brota de ambos hombros mientras me mira. —La Bratva te va a cazar, pequeña paloma—, dice con una mueca.

Sacudo la cabeza, acercándome a él hasta que puedo oler el sabor metálico de su sangre oliendo en el aire. —No creo que lo hagan. Después de todo, contigo muerto, sus armas y drogas volverán a correr libremente. Levanto una ceja y agarro las empuñaduras de ambos cuchillos, los saco y los cruzo frente a mí, a la velocidad del rayo, abriéndole el estómago en una cruz. desde las costillas hasta la cadera en ambos lados. Sus ojos se abren y tose sangre, tambaleándose por un momento. Se desploma en el suelo, jadeando y retorciéndose como un pez moribundo.

Me agacho a su lado. —Adiós, Nicholai—. Levanto la hoja en el aire y la bajo por su garganta, cortando la médula espinal. Ese último aliento revelador deja sus pulmones y yo vuelvo a caer al suelo, mirando su cuerpo sin vida. Levantando mi rostro, miro alrededor a todas las personas que miran, a todas las personas a las que lastimó. Familias arruinadas, niños rotos. Esto era lo que se merecía. Esto fue justicia. Y finalmente ... finalmente soy libre.



Epílogo

NERO

Un mes después

Apago el cigarrillo y me levanto del escritorio, apagando la lámpara. Llegué tarde lidiando con las consecuencias de la muerte de Nicholai, manejando a Cesare y los rusos. Parece que están dispuestos a dejarlo ir si les dejamos intercambiar sus armas en nuestro territorio. Cesare lo aceptó, así que por ahora tengo que ir con él ... al menos mientras el viejo todavía respira.

Subo las escaleras y me detengo con Dante de la misma manera que siempre hago antes de acostarme. En cambio, encuentro a Una sentada en el sillón en la esquina de la habitación, con la cabeza apoyada en uno de los cojines mientras acuna a Dante en sus brazos.

Ni siquiera la escuché entrar. Ella y Sasha salieron a trabajar antes, un “golpe rápido” como ella lo llama. Una vez asesino, siempre asesino. Se les paga bien y eso alimenta su naturaleza sanguinaria. Pero el jodido Sasha no usará el elevador porque dice: es una emboscada esperando que suceda. ¿Quién piensa así? Insiste en que usen las escaleras. De alguna manera ha pasado por alto mi alarma. Él y Una se mueven como jodidos fantasmas, así que nunca sé cuándo alguno de ellos va a aparecer.

Los nudillos de Una están abiertos. Salpicaduras de sangre adornan su cuello, surcando su cola de caballo color rubio blanco. Mi reina manchada de sangre, acunando a su inocente hijo. La pequeña mejilla de Dante se presiona contra su pecho, sus labios se separaron mientras respira pesadamente. Sonríe y me acerco, acariciando el pelo suelto de su cabeza. En un abrir y cerrar de ojos, una Cal .40 apunta a mi cabeza. Por supuesto. La palma de Una está cubriendo el costado de la cara de Dante como si protegiera sus oídos del sonido del disparo.

—¿Alguna vez vas a dejar de apuntarme?—, Le pregunto.

Ella inclina la cabeza hacia un lado, entrecerrando los ojos antes de volver a meter el arma debajo de los cojines. —No llegues así—.

Me río. —No me estoy arrastrando.— Cuidadosamente tomo a Dante de ella, más bien lo aparto de ella. El niño se va a malcriar. Ella lo deja dormir sobre ella todas las noches, a pesar de que él duerme bien solo. Lo acuesto en su cuna y ni siquiera se mueve. Duerme como un muerto, y espero que



siempre lo haga. Espero que nunca le afecte la maldad que hay en el mundo. Con Una como madre, siempre estará protegido, protegido de los peligros de este mundo.

Voy hacia Una y me inclino para besarla. —No puedes dormir en su habitación por el resto de su vida, Morte—.

—Mírame.

Me río y sacudo la cabeza. —Vamos—, le digo. Se levanta y mira con nostalgia a Dante antes de que finalmente salga de la guardería. Ella silba a George. Sube las escaleras trotando, yendo y acurrucándose justo en frente de la cuna de Dante. Ese maldito perro está casi tan apegado a él como a Una. Ella insiste en que duerma con Dante para protegerlo. ¿De qué mierda lo protegerá ese perro?, no lo sé.

Tan pronto como la puerta de nuestra habitación se cierra, la levanto, sujetándola contra la pared. Sus dedos pasan por mi cabello, tirando con fuerza mientras se muerde el labio inferior. Beso la longitud de su cuello, gimiendo mientras inhalo el aroma de vainilla y aceite de pistola mezclado con el metálico de la sangre. Es jodidamente caliente. Todavía cuando siento el frío beso de acero en mi cuello. Me alejo y levanto una ceja hacia ella. Sus ojos se estrechan, una sonrisa torcida juega sobre sus labios. —No lo hagas—, advierto.

Sus ojos violetas brillan, lujuria y violencia rugiendo a la superficie, y sin romper el contacto visual, arrastra lentamente la cuchilla a lo largo de mi clavícula antes de llevarla a sus labios y lamerla.

—Oh, te encanta empujarme—, le digo con un gruñido salvaje, tirando de ella lejos de la pared y arrojándola sobre la cama.

Ella sonríe ampliamente porque es tan jodidamente depravada como yo. Mi pareja perfecta, mi otra mitad, mi pequeña mariposa viciosa. Mi reina rota y salvaje. No hay nadie más que pueda estar a mi lado excepto ella.

—Te amo—, dice ella, con los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas.

Gimo, tocando mi frente con la de ella. —Jodidamente te amo, Morte—.

Ella pudo haber comenzado como un peón en un juego, pero ahora, ella es mi reina coronada. Ella es lo que más valoro. Ella es mi felicidad Incluso los monstruos pueden encontrar su felicidad para siempre.

EL FIN.



Kiss Me

Querido lector

¡Gracias por leer!

Amo todos mis libros y todos mis personajes, pero adoro a Una y Nero. Son mis personajes perfectos, tan horribles, pero tan perfectos juntos.

En serio, gracias. Sin ti, todo esto no tendría sentido. Así que gracias por un clic. Gracias por leer mi trabajo y gracias por ser increíble.

Si fueras increíblemente amable y dejaras una reseña, estaría muy agradecida.

Expresiones de gratitud

Hay muchas personas a las que agradecer por ayudarme con Kiss Me, así que aquí va Stevie J. Cole, mi hermana de otro señor, mi esposa, mi mejor amiga, coautora y, en este caso, editora. Te amo más que a la vida nena.

Muchísimas gracias a Tiffany Marie por modelar Una, y Eric Battershell por tomar una foto increíble. Muchas gracias a Cassy Roop de Pink Ink Designs por diseñar la portada.

Gracias a mi encantadora formateadora, Leigh Stone, por hacer que este libro se vea tan bonito y profesional.

Muchas gracias a Kerry Fletcher, Cara Gadero y Jen Lum por la lectura beta, y también a Kerry por ser un PA épico.

Hay tantos blogs e individuos que me han ayudado en el camino y todos ustedes son muy apreciados, pero debo reconocer uno en particular.

Give Me Books y One-Click Addicts. Las amo chicas y no podría hacer esto sin ustedes. Mamá Kylie, reina de la organización y verdadera jodida diosa, gracias por tus increíbles relaciones públicas y tu continuo apoyo. Eres una estrella, y nadie más puede hacer lo que haces.

Hay muchísimas personas que me han ayudado y usted sabe quién es usted.

Espero no haber olvidado a nadie. Solo sé que cualquiera que haya escrito una crítica, publicado un teaser o leído alguno de mis libros ... Gracias. Su apoyo continuo significa el mundo.

El autor

Suscríbase al boletín de LP Lovell y Stevie J. Cole y manténgase actualizado: Únase a la lista de correo



Kiss Me

Lauren Lovell es oriunda de Inglaterra. Sufre de una falta total de filtro de cerebro a boca y es la amiga que tiene que explicar antes de presentarle a alguien y pedirle disculpas después.

Ella es una pervertida desvergonzada y confiesa, que puede estar sufriendo de una leve envidia.



Kiss Me

Kiss of Death Series

#0.5-Make Me

#1-Kill Me

#2.Kiss Me

Gracias por leernos!!

Síguenos en nuestra página de Facebook

Para enterarte de nuestros próximos proyectos



Kiss Me